

**Víctor J. Andrés**

# UN VIKINGO EN AL-ANDALUS

La increíble historia del saqueo vikingo de Sevilla



**Lectulandia**

25 de Septiembre de 844. Sevilla dormía sin saber que al amanecer de esa mañana más de cien barcos cargados de guerreros remontaban el Guadalquivir para invadir la ciudad.

Dos hermanos vikingos con destinos separados, una mujer cordobesa dedicada al cuidado de los caballos y muchos otros personajes de la época entremezclarán sus vidas convergiendo en un viaje que marcará un antes y un después en sus vidas y en la historia de al-Ándalus. Hallarán el amor, descubrirán el odio, las intrigas y la violencia en una etapa histórica de una España poco conocida y que con una acción trepidante hilada hábilmente entre hechos históricos nos traslada al Siglo IX, en pleno dominio Árabe. *UN VIKINGO EN AL-ÁNDALUS* atraparà al lector en una voràgine de acontecimientos que no le daràn tregua a lo largo de las páginas de este libro. Acción, historia y aventuras en una novela de la alta edad media española.

**Lectulandia**

Víctor J. Andrés

# **Un vikingo en Al-Ándalus**

ePub r1.0

Titivillus 07.12.17

Título original: *Un vikingo en Al-Ándalus*  
Víctor J. Andrés, 2012

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRÓLOGO

*Primavera de 844.*

**E**L océano bramaba.

Las altísimas olas empequeñecían la flota. Los barcos, los pequeños drakar de poco calado tan temidos en todas las costas, aparecían y desaparecían tras las enormes ondas en un aparente juego del escondite. Pese a ese fogoso mar, los vikings, o los vikingos como se les conocía en todo el mundo, remaban con vigor y hasta con alegría. No les era desconocido el mar bravío. Se sentían a gusto lidiando en esas condiciones. Su propio mar danés tenía cierto parecido con el que ahora se les mostraba en todo su vigor.

Ivar, como ayudante de Rieg, el piloto, permanecía a duras penas de pie al lado del timón, mientras Rieg daba sensacionales carcajadas cada vez que coronaban una ola. Rieg era de los veteranos y había navegado ya por el mar de los Galaicos en varias ocasiones. Incluso había participado en la viking en la que raptaron a su madre 20 años atrás. Entonces, como le había contado Rieg en infinidad de ocasiones a Ivar; él y Harald, el padre de Ivar, eran más que amigos. Estaban hermanados y como tal se trataban y se apoyaban. Esas historias de hermanamientos entre los vikings siempre provocaban una triste sonrisa en Ivar. Su propio y verdadero hermano —aunque solo lo fuera por parte de padre— remaba con furor y con ese brillo en los ojos que solo los *berserker* tenían. Como si adivinase que Ivar lo estaba contemplando, Gunrod, su hermanastro, dirigió hacia él una mirada dura e intensa mientras le sonreía en una burlona mueca de ira y desprecio.

—Ja, ja, ja, ja, —volvió a carcajearse Rieg cuando el drakar se elevó sobre un muro de agua para descender por el otro lado como si nada.

—¿Cómo puede gustarte tanto este mar? —pregunto Ivar.

No es que Ivar tuviera miedo, el espíritu de camaradería y de unión que imperaba en la nave hacía que se sintiera seguro. Era como los niños muy pequeños; si se encontraban con una culebra y nadie hacía aspavientos de miedo o rechazo, el niño no percibía que fuese peligroso ese animal; pero si por el contrario algún adulto gritaba y se escondía del reptil, inmediatamente provocaba el miedo en el niño. En el drakar, los casi 50 hombres que componían la tripulación se movían seguros como uno solo, con tensión y con bravura; pero con calma.

Aún así, Ivar distaba mucho de sentirse tranquilo navegando por ese océano ignoto y hostil que los zarandeaba de lado a lado. Viendo cómo los demás solo se concentraban en su quehacer, se sintió una vez más un poco desplazado de esos hombres rudos y valientes. Su mezcla de sangre, pensaba, volvía a diferenciarle de

los demás componentes de su pueblo.

—Mira Ivar —dijo Rieg mientras señalaba con el dedo una pequeña playa en la cercana costa—. De ahí procede tu madre.

Ivar observó la tierra con detenimiento. El verde de los prados llegaba hasta el agua y tan solo una pequeña ensenada con arena dejaba entrever un sitio donde desembarcar. Todo lo demás eran abruptos acantilados, hermosos y temibles para cualquier nave que se acercase demasiado a ellos. Despuntaban aquí y allá rompientes entre las espumas de las olas como enormes fauces dispuestas a devorar la embarcación que se aventurase por sus aguas.

Esa era la tierra de su madre. De allí procedía. Esos eran los bosques y los montes de los que tantas veces le habló. Ese era el océano temido y querido a la vez en el que recolectaban marisco entre las rocas y la arena.

Ivar aspiró el aire. Siempre le gustaba inspirar fuertemente en los lugares que descubría. Muchos se reían de esa práctica, aunque el pueblo de los vikingos era respetuoso y temeroso de los sacerdotes y nunca olvidaban que Olalla, la madre de Ivar raptada en esas tierras hacía ya 20 años, lo era y por tanto su hijo tenía algo distinto. Ivar se apoyaba firmemente sobre sus pies, cerraba los ojos e inhalaba lenta pero intensamente el aire dejándose empapar por sus sentidos. Unas veces olía a ganado y a verde, otras a salitre y a humo. Este..., este aire olía a monte y a mar. Era un olor límpido y claro. Un aroma que le impregnó por dentro y le dio paz. Quizás estaba mediatizado por saber que era la tierra de origen de su madre; pero..., no, no era eso. Era un aroma puro que le abrazó y le provocó un escalofrío. Descubrió con estupor mientras abría los ojos que allí, a muchos días de navegación desde que había partido desde la lejana Dinamarca, allí en una tierra que él no había divisado nunca, allí... olía a hogar, olía a casa.

—Te saludo tierra de mis antepasados. —Pronunció con respeto en lengua romance.

—Ivar. ¿Estás hablando la lengua de tu madre? —preguntó atento Rieg.

—Sí, mi madre me lo pidió. Me pidió que abrazase su tierra y que dejara que me empapase.

—Es una tierra hermosa y fuerte. —Comentó Rieg con admiración mientras contemplaba con detenimiento la costa.

—Lo es..., como mi madre.

—Sí, como tu madre. No me extraña que cautivara a tu padre nada más la vio. Aún recuerdo esa incursión, como se me iba a olvidar —dijo el piloto mientras evocaba el recuerdo con la mirada perdida—. A diferencia del resto del poblado no se asustó cuando llegamos, es más, parecía esperarnos. Cuando tu padre Harald y yo la descubrimos estaba a las afueras del poblado, a la sombra de un enorme olmo.

—Como Embla. —Dijo Ivar interpretando la mitología escandinava.

—Sí, como Embla, la primera mujer que Odín creó a partir del tronco de un olmo. —Aseveró Rieg para continuar con su relato a continuación—. Cuando nos vio se

sentó sobre un tocón y esperó a que nos acercáramos. Ya en ese momento vimos que era una mujer especial. Irradiaba poder. No se explicártelo Ivar, Olalla era la que dominaba la situación con su serenidad pese a que nosotros éramos los invasores armados.

Ivar asintió. Era una historia que había escuchado incontables veces; pero aún le fascinaba escucharla, más aún si cabe por estar frente a la costa donde sucedió.

—Cuando llegamos a su lado casi no sabíamos cómo actuar —comentó riéndose Rieg—. Yo me quedé de pie mirándola y tu padre se sentó lentamente al lado de ella en el tocón. Entonces Olalla, miró fijamente a Harald y, acariciando el tronco que les servía de asiento, dijo en su lengua *Fresno*.

Ivar supo que fresno era el nombre romance del árbol que los escandinavos llamaban *yggdrasil*.

—Tu padre y yo miramos el tocón que ella acariciaba y descubrimos que era un *yggdrasil*, el tronco que utilizó Odín para crear a Ask, el primer hombre.

Rieg se rio en voz alta siempre recordando.

—En ese momento supimos que se trataba de una mujer mágica. Tu padre se levantó del tocón como si le hubiera mordido un topo en el culo. Una mirada de asombro cruzaba su cara, esa mujer cautivadora y desconocida acababa de identificar los dos árboles sagrados de los dioses escandinavos y que encarnaban al hombre y a la mujer. Pero aún habría de sorprendernos más cuando se irguió y apoyando una mano en el pecho de tu padre dijo «fresno» y apoyándose la otra mano en su pecho dijo «olmo». Ahí supimos que ella había elegido a Harald y no al revés. La cautiva era la que había hecho el prisionero.

Una enorme ola cruzó el drakar de lado a lado provocando que Rieg soltara otra carcajada y dejara de hablar de cómo se habían conocido sus padres.

—¡¡Yuuuuuuu!! —Exclamó mientras sacudía la cabeza para librarse del exceso de agua del pelo—. Njöror está hoy travieso.

Njöror o Nimrod, era el Dios del mar y de los pescadores. Era un Dios querido e idolatrado por los vikingrs porque se preocupaba de que las singladuras de estos llegasen a buen término.

—Ven Ivar, coge el timón, quiero que sientas el poder del océano. —Comentó Rieg mientras cedía el timón a Ivar.

Ivar percibió al instante la ruda fuerza del agua. Se sabía un hábil navegante a la vez que un experto piloto. Leía las estrellas con facilidad y se orientaba de inmediato. Solo su falta de experiencia jugaba en su contra. Era su primera singladura en la que estaría más de una semana fuera de su hogar. Se había limitado a navegar alrededor de la península danesa y alguna que otra vez había acompañado a su padre, Harald, y a su maestro Rieg a comerciar con los alamanes. Pero esto era diferente, llevaban cerca de cuatro semanas a bordo. Esta vez era una campaña de viking, de incursión. Por primera vez se sentía un hombre participante de las incursiones, un vikingr, o un vikingo, como decía su madre en romance. Así, cuando tomaba el timón, notaba el

barco. Percibía a través de sus manos como la madera crujiente del drakar le hablaba y se mecía al compás que él le marcaba.

Observó como una enorme ola se dirigía hacia el drakar de través. Con un golpe de timón, encaró elegantemente la proa del barco hacia la ola. Lo que parecía el fin del mundo se convirtió en una onda gigante que la nave capeó con indiferencia.

—Bien hecho Ivar —aprobó Rieg—. Solo te ha faltado el grito de júbilo.

—Procuraré soltarlo a la siguiente ola. —Comentó Ivar sonriendo.

—No te rías de mí, chaval, los hombres se sienten mejor cuando ven tranquilo al piloto, así que si le ven disfrutar...

Rieg no terminó la frase esperando que Ivar siguiera el hilo de su razonamiento.

—Comprendo, les hace permanecer confiados.

—En efecto, esa es la idea. No hay nada peor que una tripulación timorata. Por eso somos los mejores navegantes del mundo.

Ivar sabía además, que morir en la mar durante una viking, era como morir en el combate. Se dirigía el finado directamente hacia el Valhalla, el salón de los guerreros. Por ello, los vikingr no tenían miedo a la mar ni a la guerra. Era un privilegio morir en esas circunstancias aunque él, personalmente, prefería que ese momento no llegase de inmediato. En esos pensamientos estaba cuando una nueva ola gigante les acometió. Ivar volvió a capearla elegantemente y esta vez sí lanzó un profundo grito. —¡¡YUUUUUUUUUUU!!— que Rieg acompañó con otra de sus risotadas.



# I

*Periodo de años del 824 al 844. Algún lugar de la costa danesa.*

— ¡Ivar! ¿Dónde estás hijo? —Llamaba Olalla con su timbre agudo y limpio.

—Ya te llama tu mamá —dijo Gunrod pronunciando esta última palabra con desprecio mientras se levantaba del pecho de Ivar que permanecía tumbado inmovilizado bajo el peso de su hermanastro.

—¡Contesta! —volvió a decir con manifiesto desdén.

—¡Ya voy mamá! —se apresuró a decir Ivar mientras salía a la carrera aliviado por haberse librado de los malos tratos de Gunrod.

Esa era su vida. Correr sin cesar por los prados escapando de su hermano. Siempre escondiéndose, siempre alerta.

Gunrod era cinco años mayor que Ivar. La madre de Gunrod había muerto en el parto y Harald, su padre, se había ocupado de él todo lo que puede un padre viudo ocuparse de un hijo en las duras tierras danesas. La pequeña granja absorbía todo su tiempo. Había que atender a los animales, cuidar los pocos cultivos que tenían, aprovisionarse de leña para los largos inviernos y reparar la robusta aunque siempre mejorable armazón de la casa. Además, esto con menor fortuna, debía de confeccionar los ropajes y el calzado de él y de su pequeño. Los zapatos de piel vuelta, eran suaves y cómodos; pero esa misma cualidad los hacía poco resistentes; por lo que debían tener siempre un par de zapatos de repuesto para cuando se rompieran los primeros que era no más allá de los cinco o seis meses de uso.

Realmente Harald estaba saturado de trabajo. Pese a que había otras mujeres en la aldea, ninguna le seducía. Sus amigos, especialmente Rieg, siempre le comentaban lo mismo al verle permanentemente ocupado en la granja.

—Harald, debes buscar una mujer fuerte y hacendosa. Te estás matando a trabajar y a pesar de ello tu hijo crece como un potro salvaje.

Harald miraba entonces hacia su pequeño Gunrod. Con su corta edad ya era fuerte como un roble. El criarse al lado de las bestias y en las tierras de labranza lo había endurecido. Era el más bravucón de los niños de su edad y cuando estos estaban en sus casas con sus madres, él jugaba solo por los campos y los bosques cercanos. Los demás habitantes de la aldea lo toleraban conociendo su historia. Además Harald era uno de los hombres más respetados y todos eran conscientes de su desgracia.

—Lo se Rieg; pero no hay ninguna mujer que me satisfaga. Además está muy reciente la muerte de mi mujer. —Decía apenado y contrito.

Rieg sonreía con tristeza. Habían pasado ya tres años desde la muerte de Inga, la madre de Gunrod. Harald la había querido con locura. Habían sido desde muy jóvenes la pareja perfecta y todos en la aldea sabían que estaban destinados a ser

marido y mujer, como así sucedió. Eran una pareja bendecida por Freyja, la diosa del amor. Esos dos jóvenes rubios y de ojos azules se habían encontrado para perpetuar la nobleza danesa. Los dos eran altos y mientras Inga era sublime y de rasgos suaves y femeninos, Harald era un guerrero de anchas espaldas y fuertes brazos.

Una vez más los dioses parecían bendecir la unión cuando durante el primer año de matrimonio Inga se quedó embarazada. Freyr, Dios de la fertilidad, estaba con ellos. La alegría de ambos fue inmensa. Harald se aplicó con denuedo a mejorar su vivienda para la nueva personita que iba a ocupar sus vidas. Fue un periodo feliz. Desde su vientre Inga le desveló a Harald la personalidad vigorosa del bebé. Las muchas patadas que este daba eran motivo de alegría para los felices padres.

La noche en que nació Gunrod fue larga, fría, oscura y llena de malos presagios. Las mujeres que acompañaban a Inga en su alcoba no cesaban de animarla. El niño, grande y fuerte no parecía querer salir. Harald, acompañado por sus amigos, bebía inquieto una cerveza tras otra. Por fin, tras incontables horas de llantos y gritos, nació Gunrod. El bebé era grande y fuerte como un toro. La comadrona comentó que era de los niños más grandes que había visto nunca. Harald, orgulloso, lo tomó en brazos y lo mostró a sus compañeros de armas. Todos le aclamaron y le dieron la enhorabuena. Siempre hacía falta buenos guerreros en un mundo en el que tantos hombres caían en las frecuentes vikings.

Los efluvios de la cerveza no impidieron que Harald se percatara de que algo iba mal en el cuarto donde su esposa permanecía con las otras mujeres. La comadrona salió para hablar con él. Inga estaba agotada y había perdido mucha sangre durante el penoso parto. Harald exigió ver a su esposa y no se separó de ella hasta que dos días después murió por las fiebres.

Todo el pueblo lloró su desgracia. Harald se abandonó durante casi medio año en el que Gunrod fue criado por una mujer de la aldea que le dio el pecho. Los vecinos asistían impotentes al desmoronamiento de Harald. Hasta que un día, quizás visitado por Mimir, el dios de la sabiduría, Harald apareció en la casa de la mujer que había criado a su hijo para reclamarlo.

Desde ese día, Harald se aplicó de nuevo en la granja. Pero siempre fue un poco distante con Gunrod, como culpándole de la muerte de Inga.

Tras una viking, en la que una tormenta envió a su barco hasta las costas de Hispania, Harald apareció en la aldea con una extranjera. Gunrod desconfió de la nueva intrusa. Aunque no recibía el calor de su padre como él quisiera, la nueva mujer creó en el niño más desconfianza y rechazo por que creyó sería un nuevo impedimento en la ya fría relación entre padre e hijo. Sin embargo, Gunrod llegó a sentirse más amado en ese periodo de tiempo que en toda su anterior vida. La extranjera de nombre extraño, Olalla, le trataba con cariño y con paciencia y poco a poco fue tomándola afecto. Además, sin duda influenciado por esa mujer, su padre cambió también su frío trato con el niño. Por primera vez, Gunrod experimentó lo que era vivir en familia. Nunca se había sentido protegido por una madre hasta ese

momento.

Pero ese periodo idílico se vio truncado cuando tomó como un rival al niño que nació cuando su nueva madre se quedó embarazada. Sin que realmente Olalla cambiase el trato para con Gunrod, el niño no entendió las largas atenciones que Olalla profesaba al bebé recién nacido. Unos celos opresivos le llenaron el alma, volviéndole taciturno y hosco en el trato.

Y eso no había cambiado con el paso del tiempo. Ivar tenía ya siete años y aún sufría los maltratos de Gunrod.

Olalla recibió a su hijo Ivar con una sonrisa y un abrazo.

—Vamos Ivar, lávate un poco, siempre vienes lleno de tierra.

Ivar, se dirigió a la pequeña fuente que manaba detrás de la casa y procedió a frotarse bien los costrones de barro y los arañazos que inevitablemente portaba siempre, fruto de su complicada existencia con Gunrod. Una vez limpio, entró en la casa en donde Olalla le esperaba cocinando.

—Ya estoy madre —dijo mostrando sus manos bien limpias.

Olalla le observó largamente con una pequeña sonrisa en sus carnosos labios. Ese niño era la luz de su vida y, pese a que era consciente de los terribles celos que su hermanastro Gunrod le tenía, Ivar nunca se quejaba ni tenía una mala palabra.

No era una convivencia fácil para Olalla. También amaba a Gunrod. Cuando llegó a ese, su nuevo hogar desde su lejana Galicia; se encontró a un niño algo desarrapado y muy sucio de jugar por la tierra. No dejaba de asombrarla su porte pese a no tener más de tres años. Era un niño macizo y robusto con el pelo tan rubio que parecía blanco y una mirada fría y azul que estremecía. Era la viva imagen de su padre.

Sin embargo la aparente dureza que mostró el niño al principio, se deshizo como el hielo en cuanto Olalla le mostró cariño. En pocas semanas Gunrod pasó a ser un niño alegre y vivaz que se reía con grandes carcajadas cuando se le sorprendía con algo. No había perdido su carácter algo hosco, sobre todo con los otros niños; pero en una sociedad tan ruda y viril como la de los daneses, se encontraba este rasgo como una muestra de que se estaba incubando un gran guerrero.

Todo cambió cuando nació Ivar. La alegría de los padres era inversamente proporcional al odio que Gunrod sentía por el recién llegado. ¡Qué iluso había sido! Había creído que esa nueva mujer sería su madre; pero ahora, sería la madre del pequeño llorón que había en el camastro. Su carácter se agrió de nuevo; pero esta vez para siempre. Aunque algo en su interior aún hacía que mantuviese un cariño especial por esa mujer y por supuesto por su padre, su ídolo; el que apareciera en escena ese berrón era algo que no podría perdonarles.

Tiempo después, cuando el bebé creció, se mostró la gran diferencia que había entre los dos hermanos. Ivar resultó ser un niño callado y reflexivo. No tan robusto como Gunrod, era sin embargo también de alto porte. A primera vista no parecía en absoluto que tuvieran un padre común. Ivar tenía el pelo negro azabache como su madre y un andar elegante y ágil, mientras que Gunrod era todo potencia y rudeza.

Tan solo la azul mirada les hermanaba. Muchas veces, Olalla se quedaba absorta en los ojos de Ivar, tan claros y tan azules que parecían refulgir, más aún enmarcados en esa tez morena heredada de su origen hispano.

—Madre. ¿En qué piensas? —Preguntó Ivar viendo a Olalla ensimismada.

—Ja, ja, —rió Olalla despertando de su ensoñación—. En nada hijo, venga, empecemos la clase.

Todas las mañanas, Olalla enseñaba a Ivar a escribir. Olalla era una mujer culta, algo extraño en aquella época, y sabía leer y escribir perfectamente en latín cuando fue raptada de su tierra natal. Hija de un jefe local y con una gran avidez por aprender, se había acercado a los cultos ancestrales que aún se practicaba en las aldeas. Aunque el catolicismo era la religión imperante, persistían viejas creencias y ritos en las pequeñas aldeas del norte hispano. Estas creencias eran curiosamente muy similares a las que los vikingos poseían. Parecían tener un tronco común pese a las evidentes diferencias. También en Galicia pervivían caracteres rúnicos y se adjudicaban propiedades mágicas a según qué plantas y fenómenos ambientales.

No eran infrecuentes las incursiones vikingas en el norte español, y pese a que su aldea nunca las había sufrido, todos temían a estos gigantes bárbaros del norte que tan fieramente luchaban. Llegaban por el mar y en un momento saqueaban los poblados llevándose a los supervivientes del ataque como esclavos para venderlos en el norte de Europa. Algunas mujeres se quedarían con ellos como concubinas y otras, las menos, como esposas.

Olalla no se quejaba de su aparente rapto. Sentía fascinación por los viajes y por conocer otros lugares y a otras personas y por ello siempre interrogaba a los viajeros que se acercaban a su pequeña aldea a comerciar. Por eso, cuando los vikingos irrumpieron en su aldea, aunque fue solo un barco separado de la flota por una persistente tormenta, observó con interés y curiosidad a aquellos rubísimos hombres del norte. Los vikingos fondearon en la playa con intención de abastecerse de agua. Viendo que la pequeña aldea apenas contaba con protección por la falta de hombres que sin duda estaban en las faenas del campo, aprovecharon para robar unas gallinas y algo de cerveza. De manera totalmente incruenta, tomaron lo que les hacía falta prestos a partir rápidamente antes de que los hombres regresaran al caer el día.

Fue entonces cuando Olalla descubrió a los dos norteños. Nada más ver a Harald supo que ese era el hombre con el que quería vivir su existencia. No tuvo miedo y una vez más, como a lo largo de toda su vida, los espíritus del bosque le susurraron lo que debía hacer. La fresca sombra del imponente olmo la llamó y la invitó a que se sentara en el tocón del fresno que lo acompañaba en el bosque. Casi percibió físicamente como la brisa que pasaba entre el follaje del olmo atraía al hombre del norte hacia ella. Advirtió en sus ojos azules que estaba también hechizado. Percibió el deseo que afloraba en su mirada; pero también el respeto y el amor que sabía siempre le tendría.

Su falso rapto no fue tal. Fue ella la que le invitó a sentarse a su lado. Y ella fue la

que habló primero sabiendo que no se podían entender. Y aún así, él contestó en un idioma incomprensible en el que notó palabras cálidas de amor y ternura.

Volvió a la aldea de su brazo, escribió una rápida misiva a su anciano padre que apacentaba al ganado en los pastos altos tranquilizándole por la decisión voluntaria de irse con el extraño y, tras despedirse de alguna vecina, partió con Harald en el pequeño barco en el que un tosco dragón tallado en la quilla pareció saludarla como efecto de la suave marea que inclinaba el armazón del drakar.

El viaje fue perfecto. Durante toda la singladura no encontraron prácticamente olas y los vientos fueron casi siempre propicios al regreso, con lo que en muy contadas ocasiones los hombres debieron coger los remos. Esta bonanza del bravo océano, por supuesto fue interpretada por la tripulación como otra señal de que la mujer que había elegido los árboles sagrados era una sacerdotisa. Y como tal la reverenciaron y le dieron el trato más afable que les era posible, más aún cuando el capitán, Harald, pasaba las noches y los días junto a ella en la proa. Allí Olalla comenzó a conocer el lenguaje de los daneses.

El regreso fue como una luna de miel para Harald y Olalla. Parecía que estuviesen condenados a encontrarse en la vida y así lo decían sus cuerpos. Pese a que la intimidad en el drakar era algo imposible, los amantes siempre encontraban un rincón en donde cobijarse juntos en las frías madrugadas oceánicas. No hablaban la misma lengua, no tenían ninguna referencia uno de otro, no compartían ni siquiera la misma cultura o religión y aún así, el amor se abrió paso entre ellos derribando todos los impedimentos que surgían.

Por supuesto, tras llegar a casa de Harald, la boda fue inminente. Las otras mujeres de la aldea, miraban curiosas a la extranjera que siempre, con una radiante sonrisa, conquistaba a cuantos se la acercaban. Olalla aprendió muy pronto el idioma de los daneses. Ello hizo que la integración en la aldea fuera completa. Descubrió con satisfacción que Harald tenía un hijo, Gunrod, y lo quiso desde el primer momento. Le encontró tan desvalido pese a la fortaleza que irradiaba, que no pudo por menos que abrazarlo en cuanto le vio. El niño, algo asustado al principio y sin duda extrañado por esa muestra de afecto que tan ajena le resultaba, pronto se abandonó a esa grata sensación de sentirse querido por alguien.

Olalla se notaba plena. Tenía un marido con auténtica devoción por ella y un hijo, que aunque no era de su carne, parecía como si lo fuera. Todo se complicó cuando se quedó en cinta. La alegría inmensa se trocó en amarga cuando comprobó hasta que punto los celos atacaban a Gunrod. El pequeño había pasado de ser poco menos que un salvaje olvidado a ser integrante de una familia. Y ahora se sentía de nuevo excluido, aunque fuera solo porque él lo veía así. Olalla no sabía qué hacer. Gunrod había empezado a leer y a escribir con Olalla y lo dejó de la noche al día. Pasaba largo tiempo fuera de casa y cada vez era más huraño. Sin embargo, Olalla lo percibía, debajo de esa máscara de dureza, estaba el niño asustado y deseoso de afecto que ella conocía.

Cuando nació Ivar, Gunrod ni se acercó a verle hasta pasada casi una semana del alumbramiento. Olalla, que le daba el pecho en ese momento le sonrió invitándole a que conociera a su hermano. Gunrod se acercó, miró alternativamente al pequeño y a su madre y dando pasos hacia atrás, salió de la estancia dando un portazo. Olalla comprendió que esa ira que había nacido en Gunrod nunca se le curaría.

Desgraciadamente no se equivocó. Los niños crecieron juntos y Gunrod impuso su ley, la del más fuerte. Ivar no se quejó nunca. Aprendió a evitar a su hermano aunque eso le costó no relacionarse mucho con los otros niños de la aldea por no coincidir con su hermanastro. Quizás eso ayudó a que pasara más tiempo con su madre que le enseñaba a leer y escribir en latín. Además, cuando estaban solos, siempre hablaban en romance entre ellos.

Harald, su padre, era afectuoso y alegre cuando estaba en casa, si bien, pasaba muchas semanas fuera navegando para comerciar o para saquear otros poblados en lejanos lugares. Le enseñó a luchar con una espada de madera e incluso le hizo un pequeño escudo que pintó con un bonito sol. Rieg, el gran amigo de Harald, se acercaba muchas veces por su casa a visitarlos. Era mayor que su padre y muchos decían que era el mejor navegante de toda la costa norte. De carácter afable, nunca tuvo hijos y quizás eso hizo que se encariñara con ese niño moreno de ojos despiertos que no cesaba de preguntarle cosas acerca de sus viajes.

Gunrod no participaba en esos encuentros. Su odio hacia Ivar hacía que despreciase todo lo que él hacía, incluido el estudiar con Olalla o departir con Rieg. Tan solo respetaba a su padre con devoción y ayudaba en la granja con gran fervor cuando él estaba en casa para compartir así su tiempo con Harald.

Sus continuas riñas entre los zagales de la aldea le habían curtido y, para gran desasosiego de Olalla, frecuentaba al viejo Haakon, jefe local de los Berserker, la hermandad más temida de los vikingos. Los Berserker constituían una especie de secta dentro de los vikingos. Realizaban dos funciones, por un lado protegían al rey y por otro eran la fuerza de choque. Unas toscas pieles cubrían a duras penas su cuerpo repleto de cicatrices. Parecían indiferentes al frío y los elementos. De ahí les venía su nombre *Berr* era desnudo y *Serkr* camisola. Los Berserker eran los «descamisados» de entre los vikingos. Su ferocidad era tal que los propios reyes a los que protegían limitaban su número. El consumo constante de cerveza adicionada de beleño y otras drogas, les hacía vivir en un estado alterado de consciencia que les empujaba a las acciones más cruentas y feroces. Mordían los escudos de madera cuando presentían el inicio del combate y lanzaban terribles alaridos al lanzarse contra sus enemigos. Llegaba a tal punto su descabellada violencia, que muchos perecían antes de un desembarco porque, en su impaciencia por entablar combate, saltaban al agua mucho antes de que el barco tocara tierra llegando a morir ahogados y obligando a las tripulaciones a tener que atarles hasta que fuera seguro el desembarco.

Por supuesto, la figura de un berserker ejercía fascinación entre los niños y todos aspiraban a ocupar un puesto entre los elegidos. Gunrod no era la excepción y dada

su habilidad para el combate y su gran corpulencia, tenía muchas posibilidades si en el futuro seguía deseando ingresar en el grupo.

Haakon, siempre expectante a descubrir nuevos adeptos que engrosaran un particular ejército que sufría gran cantidad de bajas, se había fijado en Gunrod y procuraba fomentar los encuentros con el aún niño, consciente de que en un breve futuro podría ser una valiosa incorporación.

Harald procuraba tranquilizar a Olalla.

—A todos nos han atraído los Berserker cuando éramos niños —decía a modo de explicación tras escuchar la apesadumbrada queja de Olalla—. Ya verás como en un par de años se le pasa, conoce a una chica y entonces se le borra de la mente el viejo Haakon y sus locuras.

—Ojalá tengas razón Harald, ojalá. —Contestaba siempre Olalla preocupada sabiendo que el carácter especial de Gunrod le empujaría sin remisión hacia los Berserker.

## II

—**I**VAR, ven a mi lado. —Llamó Rieg al chico mientras palmeaba un lado del escaño en el que estaba sentado.

Ivar se acercó expectante. Sabía que Rieg había estado hablando con su madre largo rato dentro de la casa y tenía bastante curiosidad por saber de qué se trataba.

—Verás muchacho. —Comentó Rieg mientras pasaba un brazo por encima del hombro del joven—. He hablado con tu madre y antes con tu padre que está ahora comerciando con los Alamanes. Dado que me consta eres un chico espabilado y aplicado que domina la escritura de las runas y del latín y que hablas la lengua de tu madre, les he propuesto enseñarte los secretos de la navegación. Ellos están de acuerdo y tan solo quiero saber tu parecer.

Ivar se sintió desbordado de alegría. Su vida más o menos solitaria se complementaba perfectamente con el estudio. Leía ávidamente los libros que Harald le proporcionaba tras las vikings por tierras de Irlanda en las que numerosos monasterios eran saqueados. Pero ansiaba saber más. Los libros eran casi todos misales o libros de cánticos escritos en un latín abigarrado y tan florido que le costaba no pocos esfuerzos entender las letras que decoraban sus páginas. Tener la oportunidad de aprender los secretos de las estrellas de manos del mejor navegante de los contornos era un honor a la vez que una ocasión estupenda de integrarse en los vikingr.

—Por supuesto que quiero aprender —dijo emocionado mientras una enorme sonrisa delataba su ilusión.

Rieg sonrió a su vez observando la alegría del ahora pupilo.

A partir de ese momento, casi todos los días dedicaban un tiempo al aprendizaje. Rieg le mostró los nombres de las estrellas y constelaciones cuando las noches eran claras. Ivar pronto se supo el firmamento de memoria. Lo dibujaba toscamente en tablillas de madera ante la atenta mirada de Rieg que descubrió la gran capacidad de retentiva de su alumno.

Poco después pasaron a las leyendas. Por medio de escaldos y cánticos, se memorizaban los accidentes geográficos de la costa. Rieg conocía más de cien escaldos y los recitaba de memoria. Todos comentaban rasgos particulares del paisaje del tipo:

*«Tras los acantilados en donde anida la golondrina de mar, a cuatro jornadas al norte de la aldea con viento a favor, un fiordo esconde una playa baja donde una fuente mana todo el año un agua clara».*

—Es importante que te los aprendas todos —decía muy serio a Ivar—. Es el mejor legado que puedo dejarte. Con los datos de cada una de las composiciones podrás saber en cada momento en que costa te encuentras y a cuantas jornadas de



casa estás.

Ivar sabía que la tradición dictaba que los relatos que describían el paisaje se pasaran oralmente de padre a hijo o de maestro a pupilo; pero él decidió escribirlos por la noche utilizando la lengua romance. Para ello, a la luz de la lumbre se afanaba sobre unos trozos de piel de ternera ablandada al máximo para poder ser enrollada.

Con el tiempo llegó a poseer más de veinte rollos de esa especie de pergaminos, en cada uno de los cuales se recogían no menos de cinco o seis poemas correlativos. Era un mapa descriptivo, que no dibujado; pero un mapa a fin de cuentas.

Un día de otoño, Rieg llevó a Ivar a la pequeña ensenada que hacía las veces de puerto. Allí le indicó que subiera en un pequeño skeid, una chalupa pequeña utilizada para la pesca y para cruzar los fiordos.

Ambos cogieron los remos y partieron con la mañana en dirección norte.

—Venga, piloto, indícame que nos encontraremos al doblar el cabo. —Animó Rieg.

Ivar, sin pararse a pensar apenas, recitó de memoria el pequeño escaló que correspondía con el relieve del paisaje visto desde el mar.

—«*Tras rodear el cabo norte de al lado de la aldea, una jornada a remo nos llevará a una bahía en la que los pantanos llegan a la orilla del mar*».

—¿Qué vendrá después? —Volvió a inquirir Rieg.

—«*Gira la costa a poniente tras los pantanos, sin posibilidad de desembarco por los acantilados. Dos jornadas a remo nos harán llegar al poblado de Ulm*».

Y así siguieron largo rato. Ivar perdió la cuenta; pero debió recitar más de 40 escaldos de situación. El sol estaba en lo alto y los dos remeros sudaban tras el esfuerzo.

—Vale, dejemos los remos. —Ordenó Rieg mientras sacaba un odre con agua y se lo pasaba al muchacho.

—Vamos a estudiar los distintos tipos de coloraciones del agua del mar. —Dijo tras dar un largo trago—. Es un recurso que te permitirá saber en todo momento como es el fondo, que corrientes hay, o si algún río desemboca cerca.

Rieg le instruyó acerca de los tonos de azul que se divisaban desde la cubierta. Así, el tono más claro correspondía con un fondo arenoso y no muy profundo mientras un color marrón o un agua con profusión de restos de ramas indicaba que en las cercanías desembocaba un río. Le enseñó un fondo con rocas, cómo era el color del mar donde la profundidad era mayor, cómo mueven las corrientes las algas... Fue una experiencia magnífica.

Tras comer un poco de pescado seco que portaban, retomaron los remos y volvieron a la aldea.

Ivar no había dudado que ser piloto de una embarcación pudiera ser interesante; pero tras su primera experiencia en el mar con Rieg, descubrió que estaba entusiasmado.

Llegó a su casa exultante. Se lo contó todo atropelladamente a su madre que le

escuchaba con una enorme sonrisa en la cara, complacida de ver que su pequeño estaba creciendo y aprendiendo un oficio. Y no cualquier oficio. Era uno de los más respetados dentro de la comunidad. Rara era la casa en la que no había al menos un guerrero; pero navegantes, se contaban con los dedos de la mano los existentes en la aldea.

### III

**G**UNROD llegó a su casa justo cuando más excitado estaba Ivar contando su jornada con Rieg. Escuchó callado desde el dintel de la puerta la historia de su hermanastro en el mar y al poco salió dando un enorme portazo que rompió el encanto que madre e hijo estaban compartiendo. Los dos fueron conscientes, aunque no lo hablaron, que Gunrod se acababa de alejar un poco más de la familia. Los enormes celos de este, no podían sino crecer al comprobar que su hermanastro estaba encaminado a ser un personaje importante en la organización civil de la aldea. Era un mazazo para su ego.

Ese arribista —pensaba— le había quitado a su madre y ahora le quitaría el papel principal en la familia como primogénito que era.

Gunrod, presa de la rabia más fuerte que había sentido en los últimos años, se dirigió con premura hacia la casa en la que habitaba Haakon. No pensaba en otra cosa que en no ser menos protagonista que su hermanastro. Dispuesto a incorporarse al selecto grupo de los Berserker, se juró a sí mismo ser el más temido y fiero guerrero de todos ellos.

Haakon, como si le esperara, descansaba afilando una enorme hacha de guerra de manera indolente en un escaño de madera situado en el exterior de su casa. Los Berserker eran muy respetados por los vikingos; pero también temidos. Solían habitar en las afueras de los poblados. Se contaba de ellos que si sobrevivían muchos años, cosa extraña por la gran cantidad de proezas extraordinarias en las que se comprometían, acababan convirtiéndose en hombres lobo. Nadie gustaba vivir al lado de un personaje así, por ello eran relegados a los alrededores de las aldeas. Al ver llegar a Gunrod, Haakon esbozó una sonrisa enigmática.

—Haakon, he decidido convertirme en un berserker. —Dijo el joven Gunrod de manera altiva y desafiante mientras contraía sus poderosos músculos para mostrar una estampa recia y firme.

Haakon se levantó con una rapidez que Gunrod no se esperaba. Le lanzó un tremendo golpe con el mango de su hacha a la altura del plexo solar y derribó al fornido muchacho. Una vez en el suelo le pisó el cuello mientras le miraba con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—Yo decidiré si quiero que seas un berserker —susurró Haakon con voz glacial—. No todos los que quieren ser un berserker pueden convivir con los espíritus que nos guían. Algunos ni siquiera los sobreviven. Ahora leo el miedo en tus ojos. Te falta el aire, te duele el pecho en donde te he golpeado y ya no ves en mí un viejo del que cuentan historias terribles. Ahora las crees, sabes que una presión mayor te partirá el cuello pese a que te creías más fuerte y más rápido que yo.

Levantó el pie del cuello de Gunrod mientras este jadeaba y tosía buscando el

anhelado aire del que le había privado el salvaje ataque de Haakon.

—Créeme si te digo que vendrán días en los que habrías preferido que hoy hubiera acabado contigo. El aprendizaje de los berserker es atroz; pero si lo superas serás el mejor guerrero del mundo —dijo sentándose de nuevo en el escaño y tomando la piedra de afilar.

—¿Sigues queriendo unirme a los berserker? —Preguntó con la voz normal, como si no hubiese pasado nada.

Gunrod se levantó aún mareado dispuesto a no dejarse amedrentar pese a que estaba realmente asustado. El viejo se había levantado como un rayo. No vio venir el golpe y no fue capaz de reaccionar una vez estuvo en el suelo. Le había paralizado el terror. Esos ojos, esa voz de ultratumba... Además estaba completamente seguro que Haakon hubiera podido matarle en cualquier momento. Sí, deseaba aprender, anhelaba convertirse en un guerrero así.

—Solo dime qué debo hacer y lo haré —dijo procurando entonar su voz de manera firme aunque algo temblaba aún en su interior.

—Deberás obedecer en todo. Cumplir todas mis órdenes y comer y beber lo que yo te dé.

—Seré tu guerrero más fiel —aseveró Gunrod deseando realmente demostrarle al viejo Haakon lo duro que era.

—Ya lo veremos. —Comentó mientras seguía pasando la piedra por el filo del hacha.

—¿Has comido o bebido algo antes de venir a verme? —preguntó a continuación.

Gunrod no se esperaba esa pregunta. ¿Querría invitarle el viejo Haakon a cenar acaso?

—Un poco de cordero y unos tragos de cerveza —contestó.

—Entonces, no tienes hambre ¿verdad? —afirmó más que preguntar.

—No.

—Bien, desnúdate. Pasarás la noche ahí donde te he derribado.

Gunrod se desvistió pensando que el viejo quería probarle. Aunque de día no hacía mucho frío, las noches, sobretodo las más despejadas, podían venir acompañadas de alguna helada por las mañanas. Aún así se sintió capaz de superar el reto. Se quitó la ropa y sintió la fresca brisa del atardecer. No sentía verdadero frío; pero sabía que este iría incrementándose a medida que avanzara la noche.

—¿Qué debo hacer ahora?

Haakon pareció no haberle escuchado. Prosiguió afilando la hoja del hacha con movimientos lentos y precisos. Al cabo de un buen rato se levantó, dejó la piedra en el escaño, miró al cielo y comentó como para sí mismo.

—Quizás no hiele, parece que llegan nubes del oeste.

Y dicho esto se introdujo en su cabaña dejando a Gunrod plantado sin saber a qué atenerse.

Fue la noche más larga de su vida. Se prometió permanecer firme, de pie,

desafiante. Esperaba que a lo largo del tiempo Haakon se asomara para verle. Decidió no parecer cansado. Cuando ya las lechuzas volaban por la noche cerrada, comprendió que el viejo no se asomaría a verle. Querría comprobar si aguantaría hasta por la mañana. Sí, esa sería la prueba, pensó. El frío era ya manifiesto. Pese a su recia constitución estaba aterido y unos violentos escalofríos le recorrían el cuerpo. Comenzó a frotarse las manos y poco a poco fue restregándose con más y más energía el resto del cuerpo. Acabó saltando en el sitio para intentar combatir el frío que le carcomía los huesos. ¿Qué pretendía el viejo berserker demostrarle? ¿Qué el frío es duro? Bueno, pues él sería más duro que el frío.

Poco a poco despuntó el alba. Gunrod tiritaba violentamente. Exhalaba vaho cada vez que respiraba aunque en una cosa había tenido razón el viejo, no había helado gracias a que unas nubes impedían que el calor escapara a la atmósfera.

Aún tuvo que esperar a que el sol se levantara un poco hasta ver aparecer a Haakon. Este, salió al exterior sin siquiera lanzarle una mirada. Gunrod intentó erguirse todo lo que pudo pese a que sentía mil punzadas provocadas por sus miembros ateridos. Haakon se limitó a acercarse al corral que había al lado de la casa y coger unos huevos. Después volvió a entrar cerrando la puerta tras él y sin decir ni una palabra al desconcertado Gunrod.

De nuevo solo, Gunrod no sabía qué pensar. Se sentía ridículo allí, enfrente de la casa de Haakon, desnudo, helado, hambriento. ¿Cómo ganaría una batalla si estaba muerto de frío? ¿Qué quería demostrarle Haakon?

A lo lejos ya se oían los sonidos típicos de la aldea. La gente hablando, el ganado saliendo a pastar, el canto de los gallos y de los demás pájaros... Pasó gran parte de la mañana y llegó la hora de la comida. El frío, pese a que no era tan intenso porque el sol había calentado el ambiente, se le había adherido a su cuerpo. Los dientes le tiritaban violentamente y le dolían los pies de los continuos pisotones que daba para intentar, en vano, que reaccionaran al frío.

Haakon salió de la cabaña cuando el sol ya estaba en todo lo alto y se marchó en dirección a la aldea de nuevo ignorándole por completo. Regresó cuando ya de nuevo caía la tarde y esta vez sonrió con ironía a Gunrod.

—¿Sigues queriendo ser un berserker?

—Más que nunca —contestó balbuceando Gunrod.

—Bien. Que pases una buena noche.

Y dicho esto se introdujo sin más en la cabaña de la que al poco asomaron unas volutas de humo por la chimenea.

Gunrod no se lo podía creer. ¿Otra noche a la intemperie? No sabía si lo aguantaría. La desesperación se apoderó de él. Poco a poco la ira se apoderó de su ser. ¿Qué se creía ese viejo? Le había derribado porque le pilló por sorpresa; pero ahora estaría preparado. Sí, le gritaría que saliera y lo retaría a que se comportara como un guerrero, no como un déspota exigiendo inútiles pruebas destinadas sin duda a humillarle.

Cuando ya estaba dispuesto a gritar el nombre de Haakon comprobó con estupor que, durante el tiempo en que había estado pensando en pelear, durante el momento en el que la ira había aparecido, desde ese instante, no había pensado en el frío. Sí, continuaba haciendo un frío tremendo y más para su cuerpo expuesto tanto tiempo; pero él, Gunrod, no lo percibía. Era inmune ahora que la rabia le había generado el calor que necesitaba.

Sin duda era eso lo que el viejo le había querido enseñar. Los berserker son como son porque dominan la rabia. Y eso les hace invencibles.

Contento por su descubrimiento se asombró de ver un personaje que acudía por el camino en dirección a la casa de Haakon. Era Harald, su padre. Debía haber regresado de su viaje. Pensándolo bien, le pareció haber oído a media mañana el revuelo que se generaba cada vez que un barco atracaba en el puerto del poblado.

Vio la cara de asombro primero y de alivio después que se formó en la faz de su padre mientras se acercaba a su hijo con largas y potentes zancadas.

—Pero hijo. ¿Qué haces desnudo con este frío? —dijo mientras se agachaba y le alcanzaba las vestiduras a Gunrod—. Vístete y volvamos a casa. Tu madre está muerta de miedo pensando por ti.

En ese momento salió Haakon de la casa. Observaba la escena como si no fuese con él.

—¿Qué le has hecho a mi hijo? —dijo Harald encarándose con el berserker.

Gunrod temió el encuentro. Su padre era el hombre más fornido del pueblo; pero había visto moverse al viejo con esa rapidez de víbora al ataque.

—Harald, tu hijo ha venido a mí. Quiere ser un verdadero guerrero.

—Solo tiene 16 años, lo que quiere es estar por primera vez con una mujer y lamerle los pechos. ¡Un berserker! —dijo con enorme desprecio mientras escupía al suelo.

Gunrod temió la reacción del viejo tras la contestación de su padre; pero no hubo tal. Tan solo se encogió de hombros y comentó algo que solo él oyó como para sí mismo mientras volvía a su casa.

Olalla les recibió llorando. Se abrazó a él, hecho que le incomodó de cara a su padre y hermano; pero que internamente le reconfortó.

—¡Estás helado! Siéntate al lado de la lumbre, te acercaré un caldo de gallina —dijo con decisión en lo que a Gunrod le pareció la mejor de las órdenes que cumplir.

A un lado de la estancia estaba Ivar mirándole con expresión neutra. Mejor así. No quería hablar con él. Ahora estaba siendo él, Gunrod, el protagonista. Harald, como leyéndole la mente se aproximó.

—Hijo, se que ahora te puede parecer muy atractivo el emular a los berserker. Yo también fui chiquillo y también escuchábamos alrededor del fuego las historias que se cuentan sobre ellos. Todos queríamos ser esos superhombres. Pero la realidad es otra. La realidad es que siempre están solos. Casi no se toleran ni entre ellos cuando están serenos; pero cuando están poseídos es peor. Por cualquier motivo sacan el

cuchillo. Sí, son valerosos y arrojados en el combate; pero es mejor ser prudente que loco. Las espadas les hieren igual que a los demás hombres aunque ellos no parezcan sentir las sobre su piel. He visto a un berserker correr tras una mujer para forzarla sin darse cuenta que sus tripas le colgaban y las arrastraba por el suelo. No sienten el dolor; pero mueren igual que otro guerrero.

—Y seguro que no saben preparar un caldo de estos —dijo conciliadora Olalla mientras le alcanzaba un cuenco de madera ahuecada en el que una humeante sopa desprendía un magnífico aroma.

Gunrod no pudo por menos que sonreír mientras asía el cuenco y sorbía con avidez.

—Estábamos muy preocupados por ti. No sabíamos donde podías estar. Tu hermano y yo no hemos pegado ojo en toda la noche esperando que llegaras.

Su hermano, ya estaba, ya había salido el canijo de su hermano en la conversación. Ahora se las daría de hijo bueno que nunca da disgustos. Esa era su táctica, seguro. Solo había que verle, ahí, de pie mirando sin decir nada. Esperando que sus padres se dieran cuenta que él es mejor que Gunrod.

La rabia volvió a corroerle las entrañas. Ahora volvía a sentir que no podía seguir viviendo con ese parásito que estaba volviendo a sus padres contra él, contra el primogénito.

Se disponía a decir algo cuando reparó en los ojos de su padre. Los brillos del fuego se reflejaban en el fondo de un inmenso azul claro. Estaba preocupado, le había leído el pensamiento. Tenía los ojos tristes. Su padre había percibido su rabia y sentía pena por él. Esos ojos le decían todo; leía en ellos el cariño que le tenía y lo mucho que sufría por su hijo.

Olalla, se abrazó a Harald. También ella percibía los poderosos sentimientos que impregnaban la habitación. Entonces, dando un beso en la mejilla a su marido, se dirigió hacia Gunrod, le tomó las manos ya calientes por el poder del fuego y le dijo una frase que solía utilizar cada vez que algo malo había sucedido y parecía romper todos los males dando paso a un futuro más esperanzador.

—Lo pasado, pasado está —y besó a Gunrod en la frente como borrando los momentos duros que todos habían vivido—. Vamos a acostarnos, todos necesitamos descansar.

Allí, entre las cuatro paredes conocidas y confortables, allí con la barriga llena y recuperando el calor que había perdido su cuerpo tras la larga velada, allí recordó Gunrod las palabras que había escuchado al viejo cuando regresaba al parecer indolente hacia su cabaña.

—Da igual tu opinión, Harald, el chico ya ha decidido y tarde o temprano volverá a mí para que lo forme.

Gunrod no sabía aún que el viejo decía la verdad.

## IV

**D**os años pasaron sin grandes novedades. Ivar prosiguió su aprendizaje con Rieg. Cada semana salían un par de días a navegar. Rieg le comentó que pronto le llevaría con él a una expedición. Ivar había crecido mucho y a sus 13 años parecía mayor. Su pelo negro y lacio contrastaba vivamente con unos ojos tan azules que refulgían. Nunca sería tan vigoroso como su fornido hermanastro; pero no desmerecía para nada en la aldea y era uno de los más altos entre los chicos de su edad. Su nuevo status de aprendiz de navegante le había otorgado cierto prestigio entre la chiquillería del pueblo. Ahora era mucho más popular y todos querían ser su amigo.

A esto contribuyó también que Gunrod dejó de hostigarle de manera continuada. Aún era manifiesto su desprecio; pero no lo golpeaba a la menor ocasión como antes. Tal y como predijo su padre, Gunrod había entrado en la edad en la que las chicas eran lo más importante. Además había participado en una vikingr y se enorgullecía y empavonaba de ello continuamente. En realidad su nueva vida social no le dejaba tiempo para atizar a Ivar. Con 18 años recién cumplidos era un joven fornido y musculado. Su tez y cabellos eran tan rubios que parecían blancos y sus ojos, de un azul intenso, también destacaban con la palidez del muchacho.

Harald participaba cada vez menos en las vikingrs. Prefería comerciar. Para ello se aventuraba en el langskip de la aldea. Era este un barco largo con el mástil abatible y la vela rectangular. En él, hasta 50 remeros podían trabajar, aunque lo normal en las visitas comerciales era que el número de estos no sobrepasara los 30. Así quedaba más espacio para la carga, constituida por los más diversos materiales, desde los famosos quesos «ost» escandinavos, hasta esclavos tomados en las poblaciones asoladas por las viking. Esta última mercancía era muy bien pagada por varios pueblos, que los utilizaban para realizar los trabajos más duros. A las mujeres jóvenes y bonitas se las empleaba también como concubinas. El viaje se aprovechaba intercambiando estas mercancías por otros productos como ganado, armas, aperos y ámbar. Aunque comerciaban con otros vikingos de Dinamarca o de Noruega, también lo hacían con el pueblo de los alamanes.

Volviendo de una de estas expediciones sufrieron el ataque de una nave pirata. No era frecuente el que se atacase a una nave vikinga; pero algunos vikingr, sobre todo noruegos, se dedicaban a la piratería y no distinguían entre ningún tipo de barco. Asaltaban al que se cruzara con ellos.

Cuando llegó Ivar al muelle procedente de su paseo semanal en bote con Rieg, observó la gran cantidad de gente que poblaba el malecón y los gritos de muchas de las mujeres. Divisó el langskip que capitaneaba su padre y apretó el ritmo de los remos. Rieg le secundó sin decir nada. Estaba claro que algo había sucedido.

Desembarcó a la carrera y se aproximó a la embarcación de carga. Algunos



vecinos de la aldea atendían a varios heridos entre un pequeño caos de gritos e histeria general. Divisó en el timón a su madre agachada al lado de una figura postrada. Era Harald. Corrió en pos de sus padres y al acercarse descubrió que junto a ellos estaba Gunrod de pie con los puños apretados y los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien padre? —preguntó mientras se arrodillaba al lado de Harald y le tomaba de la mano.

—Hola hijo. —Dijo con voz mortecina y cansada Harald—. ¿Vienes de navegar? Hola Rieg, viejo amigo —comentó levantando la mirada.

Rieg también había corrido hacia la embarcación.

—¿Quién ha sido? —Preguntó Rieg agachándose al lado de su amigo de correrías.

—No lo sé, Noruegos o Suecos. Un barco de piratas. Pero les hemos dado en qué pensar. Se han ido con varias bajas y el rabo entre las piernas —comentó orgulloso Harald.

Rieg lanzó una mirada a Olalla que, callada, dejaba que las lágrimas corrieran libremente por su cara. Ivar lo observó también. Su madre hizo un mudo gesto de negación mirando a Rieg. Ivar entonces miró a su padre otra vez, este, percatándose que su hijo entendía que estaba gravemente herido le asió por la mano.

—Gunrod acércate. —Llamó Harald a su hijo mayor.

Gunrod se agachó al otro lado de su padre y le cogió la mano a su vez.

—No estéis tristes hijos. He traído el barco a casa con la ayuda de Njöror el dios del mar. Le prometí que si me conducía con suaves vientos a ver a mis hijos, iría contento después a brindar con él al Valhalla.

Ivar sintió que las lágrimas se le desbordaban de los ojos. Gunrod en cambio solo movía la mandíbula en señal de furia y tristeza, todo en uno.

—¡¡Venir ya, bellas Valkirias, conducirme al salón de los guerreros. Tengo sed y me gustaría tomarme una cerveza con tantos y tantos valientes compañeros que fueron allí antes que yo!! —Pronunció en voz alta mirando al cielo.

—No llores mujer, voy a un lugar mejor. —Dijo a Olalla sonriendo.

—Lo sé Harald, lo sé. He visto los cielos abriéndose y a todos en Asgard esperándote —comentó con la voz sorprendentemente serena pese a las lágrimas que cubrían su rostro.

—Te he querido mujer, y no creas que te olvidaré. Por bellas que sean las valkirias, te esperaré en el Valhalla. —Dijo tiernamente mientras se le escapaba la vida con una postrera sonrisa llena de paz.

Olalla le cerró los ojos besándoselos en el mismo acto. Ivar y Gunrod, aún asidos a las manos de Harald parecían petrificados. Rieg fue el único que reaccionó.

—¡Amigos, compañeros...! —gritó para hacerse oír—. ¡Harald está ahora en el Valhalla bebiendo a nuestra salud!

—¡¡Salve Harald!! —Gritaron todos al unísono.

Todos menos su familia que, cada uno con sus pensamientos, permanecían

agachados al lado del cuerpo de Harald.

Después, cuatro guerreros del poblado envolvieron el cuerpo sin vida del que fuera patrón del barco en una tela de lino. Sin aparente esfuerzo lo izaron sobre sus hombros y lo transportaron hasta el Vé. El Vé era un espacio natural sagrado. En cada aldea solía encontrarse uno, en el caso del poblado de Harald estaba en un pequeño prado rodeado de abetos. Allí, en el centro, al lado de una gran piedra, colocaron el cadáver. Dado que era seguro su viaje al Valhalla, el ambiente era de fiesta. Los daneses creían que el finado era ayudado por las Valkirias a encontrar el cielo vikingo, el Asgard. Allí irían junto a Odín al salón del Valhalla, donde acudían todos los vikingos que habían encontrado su muerte luchando o en el mar.

Cuantiosos fueron los brindis que por Harald se realizaron esa noche. La cerveza corría por doquier y muchos cayeron ebrios antes que el sol se levantara por el este. Por la mañana llevaron el cuerpo al Godhaus, la casa de Dios. Allí lo amortajaron y dispusieron las pertenencias que le acompañarían en este último viaje. Poco después lo sacaron a hombros y lo llevaron a la orilla del mar. Una balsa en la que se había acumulado gran cantidad de leña se mecía suavemente llevada por las indolentes ondas que producía el calmo mar de ese día. Olalla permanecía de pie al lado de la balsa. Ivar, que acompañaba el cuerpo de su padre, observó un tanto extrañado cómo su madre vestía con ropajes de viaje. Entonces, mientras se acercaba la comitiva donde la balsa esperaba, escuchó a Gunrod preguntar.

—¿Vas a acompañar a mi padre?

—Sí Gunrod. Sé que a él le hubiera encantado —contestó Olalla con la voz plana y sin restos de emoción.

Ivar no daba crédito a lo que estaba escuchando. Su madre pretendía ir en la barca con el cuerpo presente de Harald. La tradición mandaba colocar el cuerpo del finado encima de los leños para a continuación prenderle fuego y dejar que el mar se lo llevara.

—Madre, no. —Dijo Ivar acercándose a ella.

Ella les miró a los dos. Que diferentes eran y sin embargo que iguales. Gunrod alto, muy alto y fuerte. Sus enormes manos se apretaban hasta mostrar los nudillos blancos. El mentón prominente y los cabellos tan rubios que casi parecían blancos. Ivar tenía en cambio el cuerpo más estilizado. Con el tiempo sería tan alto como Gunrod pero menos fornido, aunque no por ello de aspecto débil. Su pelo negro como el carbón indicaba bien a las claras que era hijo suyo. Un brillo en su mirada denotaba que estaba a punto de llorar. En eso si que eran diferentes, en la mirada, que no en los ojos. Ambos tenían los ojos más claros que Olalla hubiese visto antes. Era un azul metálico que casi se tornaba transparente. Sin embargo donde en Gunrod pintaban un hielo frío e intenso, en Ivar mostraban un sereno estanque de aguas calmas.

—Escuchadme bien. —Dijo tratando permanecer serena pese a que sabía que les estaba a punto de comunicar una de las noticias más terribles que un hijo puede escuchar de una madre—. Debo acompañar a vuestro padre en este último viaje.

Ante el principio de una protesta que partía de la boca de Ivar, levantó la mano con energía para acallarle.

—Es mi deber como esposa amante que soy de Harald.

Una antigua tradición, no demasiado extendida aunque no olvidada, permitía a las esposas de los guerreros muertos acompañarles en la balsa ceremonial. Para ello, la esposa se quedaba en la almadía cuando esta era enviada a alta mar. Le dejaban una espada, que solía ser la del guerrero muerto, y con ella la viuda se atravesaba el cuerpo. Una flecha prendida en pez se lanzaba entonces desde la orilla para incendiar los troncos y con ellos los cuerpos.

Pocos practicaban esta tradición; e Ivar no se creía que su madre se lo estuviera proponiendo.

—¿Por qué madre? —preguntó casi sollozando.

Olalla le miró fijamente.

—Verás hijo. Gunrod ya es un adulto. Dentro de muy poco conocerá a una chica con la que se casará y con la que se irá a vivir a otra casa. Tú, mi pequeño, casi tienes 14 años. He hablado con Rieg y piensa llevarte con él en sus viajes. Dice que necesitas conocer el mar y eso se consigue navegando. ¿Qué me queda a mi? ¿Vivir sola esquivando los galanteos de otros guerreros?

—Madre, yo estaré aquí, contigo. No iré a navegar. —Dijo desesperado un Ivar desconsolado.

—Por eso debo acompañar a tu padre. No quiero que pierdas tu vida.

—Pero la vas a perder tú.

—No Ivar. Según las creencias de tu padre, estaremos juntos en Asgard, bebiendo cerveza con Odín y los viejos guerreros que nos precedieron.

—Pero madre, tú crees en otro Dios —argumentó Ivar sabiendo que Olalla era de tradición cristiana.

—Yo creo que tu padre y yo nos encontramos porque los hados, los espíritus o Dios, como quieras creer, nos empujaron a conocernos. Nuestro amor nos permitió salvar todas las diferencias que había entre nosotros. Criamos a Gunrod y te concebimos a ti. Y ahora, cuando ya no nos necesitáis, me piden las carnes no dejar solo a vuestro padre. Créeme que nunca os dejaría si estuviésteis desvalidos o fueseis demasiado pequeños. Pero este viaje de vuestro padre, también debe ser el mío. Vinimos juntos a esta tierra, y de ella partiremos juntos de nuevo. Y al dios que quiera que reine en el cielo, sea Odín y Thor, o Dios y Jesucristo, seguro no le importará que dos enamorados permanezcan unidos cuando vayan a su encuentro.

Rieg se aproximó en ese momento. Cogió por los hombros a Ivar y asintió muy serio a Olalla, dando a entender que él se haría cargo del pequeño.

Gunrod, que durante todo el diálogo había permanecido callado, se acercó a Olalla y la abrazó siempre serio y con un gesto de tensión que hacía que pequeños músculos se movieran en su potente mandíbula.

—Cuida de mi padre. —Acertó a decir yéndose sin esperar respuesta.

Olalla, con una lágrima resbalándole por la mejilla observó cómo se alejaba con poderosos pasos su hijo mayor, porque siempre lo había considerado como tal. Sabía que, siendo Gunrod un guerrero tan tradicional y orgulloso de su estirpe, valoraría su sacrificio como un acto noble y digno.

Ivar en ese momento se soltó de Rieg y se abrazó fuertemente a su madre llorando desconsoladamente.

—Mi pequeño. —Susurró Olalla mientras le besaba el pelo y se dejaba empapar hasta los huesos de ese postrer abrazo—. Mañana debes pensar que... lo pasado, pasado está.

Rieg tornó a asirlo por los hombros permitiendo que Olalla se dirigiese hacia la balsa. Un silencio respetuoso acompañaba todos sus movimientos. La gente del poblado observaba con orgullo la determinación de esa mujer venida de lejanas tierras. Tres guerreros empujaron la almadía para que se separase de la orilla. Poco a poco la balsa fue llevada por las corrientes hacia el profundo mar. Ivar observaba por última vez como su madre se alejaba. Lloraba profusamente pero no le importaba que los demás habitantes de la aldea le viesen. Era su madre, todos lo entenderían. Incluso algunas de las mujeres de la aldea dejaban caer también alguna lágrima.

En un momento dado, Rieg le apartó la mirada y se lo llevó hacia el poblado. Al poco tiempo hubo un sobrecogimiento general en el ambiente. Olalla, su madre, debía de haberse atravesado con la espada de Harald.

Un arquero prendió una larga flecha untada con brea. El ruido con el que se despidió la flecha nunca se le olvidaría a Ivar. La balsa prendió a los pocos instantes mientras varios de los presentes brindaban de nuevo por los enamorados.

Siempre acompañado por Rieg, Ivar retornó al poblado. Cuando coronaban una pequeña loma descubrieron allí, erguido y mirando hacia el mar, la figura imponente de un orgulloso Gunrod.

## V

**N**O pasaron más que dos días, apenas el tiempo de recuperarse de la espantosa resaca que sufrió tras las celebraciones del funeral, cuando Gunrod volvió frente a la cabaña del viejo Haakon.

—Se de tu pérdida chaval, y te felicito por tener a esos padres tan valientes. Es digna de elogio la actitud de tu madre —comentó el viejo a modo de saludo.

—Gracias Haakon. —Contestó visiblemente orgulloso Gunrod.

—Supongo que el estar aquí es porque no quieres desmerecer de ellos y quieres hacerte un Berserker.

—Así es, retomaré lo que no debí dejar hace dos años. Así, cuando Thor quiera, me reuniré con mis padres en el Valhalla con todo el honor que merece un guerrero.

—Bien dicho. Empezaremos pues en donde lo dejamos. ¿Has comido o bebido algo antes de venir a verme?

—He bebido más de lo que debía hace ahora un día. Y no he comido nada porque mi cuerpo no lo aceptaba. He estado demasiado borracho para ello —contestó un tanto turbado Gunrod.

—Bien, desnúdate pues.

Por un momento, Gunrod había esperado no retornar a padecer de nuevo esa parte del aprendizaje; pero parecía que debería sufrir de nuevo los azotes del frío y el hambre en sus carnes. Obediente, se desnudó. El viejo entró en la casa y tras un buen rato volvió al exterior con un cuerno vaciado lleno de lo que parecía ser cerveza.

—Toma, bebe y apura todo el contenido del cuerno.

Gunrod sin dudarlo se llevó el cuerno a los labios y se sorprendió al ver que en efecto se trataba de cerveza. Quizás tenía un leve sabor un tanto más agrio de lo habitual; pero en todo caso estaba claro que era cerveza. Cuando bebió todo el líquido devolvió el cuerno a Haakon.

—Bien, ahora deberás esperar aquí. Ya te avisaré cuando puedes volver a vestirte.

Y dicho esto, se encaminó de nuevo a su vivienda mientras dejaba a Gunrod solo en el exterior mirando cómo caía la tarde y cómo, inevitablemente, llegaría la noche con su frío manto.

No supo bien que había pasado, el caso es que Gunrod se despertó y comprobó que era de día y que el sol brillaba en lo más alto. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había dormido. Sin duda aún le perduraban los efectos de la resaca y el trago de cerveza que le había proporcionado Haakon le había llevado al sueño. Lo que sí recordaba era que no había tenido un sueño placentero. Había soñado cosas disparatadas, como por otra parte son casi todos los sueños. Se levantó del suelo y comprobó que estaba entumecido. Le dolían todos los músculos. Por supuesto —pensó— estás desnudo y te has pasado la noche al raso ¿cómo no vas a estar

entumecido?

En ese momento salió Haakon de la cabaña.

—Buenos días —saludó Gunrod respetuosamente no sabiendo si el viejo Berserker le regañaría por haberse dormido.

—Buenos días muchacho. Puedes vestirte —dijo con un ademán mientras le señalaba la ropa que estaba doblada a unos diez pasos de él.

Gunrod se dirigió hacia la ropa doliéndose de sus miembros y pensando que el viejo no le había perdonado por dormirse durante la prueba. Intentó pensar algo que le permitiera hacer ver al viejo que su interés en ingresar en el selecto grupo de los berserker seguía intacto.

—Haakon, pese a que me he dormido, la otra vez entendí el secreto que conlleva superar esta prueba.

Haakon le miró divertido.

—¿Ah sí? ¿Cuál es ese secreto tan valioso que has aprendido? —preguntó irónico.

Gunrod se esmeró en encontrar las palabras que pudieran explicar su postura.

—Comprendí que pese al padecimiento del hambre, la sed y el frío, cuando más agotado estás, la rabia puede ser un poderoso aliado. La furia que sentía contra la situación por la que estaba pasando me hizo fuerte e insensible a la helada y a los mordiscos del hambre. Por un momento pareció que no había sufrido ninguna de las privaciones a las que me sometiste.

—Así que esa es tu lectura de la prueba... la rabia empuja a la fuerza. —Aseveró dejando en el aire la frase.

—Sí, estoy convencido de ello —se animó Gunrod pensando que al viejo le agradaba escuchar su explicación.

—Verás Gunrod. Hoy vas a aprender de verdad la lección que pretende esta prueba. La vez pasada viniste con la barriga llena de cordero y cerveza. Te despojaste de tus ropajes, pasaste la noche desnudo y aterido de frío. Cuando amaneció tu debilidad era tremenda y sí, quizás la rabia te dio fuerzas; pero créeme, eran unas fuerzas momentáneas. Esa furia está basada en la debilidad y por eso es una furia débil y pasajera. Puedes dar un golpe; pero no aguantar una batalla de golpes.

Gunrod escuchaba atentamente a Haakon. Después de todo. ¿Había estado equivocado? Haakon prosiguió.

—La prueba tuvo su continuación el día que volviste a la puerta de mi casa. En contra de lo acaecido la otra ocasión, tu cuerpo venía vacío de comida y además mortificado por el malestar de la cerveza abundante durante demasiadas jornadas. Y sin embargo, con el poder que los espíritus del más allá te han prestado, estás ahora aquí, después de tres jornadas sin que siquiera lo hayas percibido.

—¿Tres jornadas? —preguntó con estupor Gunrod.

—Sí, hace tres jornadas que te desnudaste y bebiste la cerveza de los elegidos. Y desde entonces has demostrado que no solo aguantas el néctar de los espíritus, si no

que puedes dominarlo. No todos lo hacen. Unos, los más, se pasan vomitando o inconscientes todo el proceso. Otros no soportan tener a los espíritus dentro y se vuelven locos o incluso mueren. Tú no. Tú has aguantado con fortaleza. Has obedecido en todo lo que te he pedido sobradamente. Tú, Gunrod, serás un buen berserker.

Gunrod no sabía que pensar. Tres jornadas desnudo y... ¿Obedeciendo? ¿Obedeciendo qué?

—Comprendo tu estupor —prosiguió Haakon—. Verás. La cerveza de los berserker, además del beleño que le añaden los vikingr, contiene otras sustancias que permite a los espíritus penetrar en nosotros y que nos confieran su poder. Una mezcla de hongos y otras plantas mágicas nos dotan de la fortaleza necesaria para ignorar nuestro cuerpo mortal y sus necesidades.

Ese era el sabor agrio de la cerveza, pensó Gunrod. Haakon continuó su lección.

—Tras el inicial desvanecimiento en el que los espíritus te reconocen, te erguiste como el guerrero invencible al que aspiras ser. Te di mi hacha y te exigí partir los leños que hay apilados en el lateral de mi cabaña. Con una fuerza descomunal y sin sentir el castigo del dolor de los miembros cansados, partiste todo ese montón de maderos en pocas horas —dijo señalando una enorme pila de troncos partidos—. Después te pedí escalaras ese árbol y colgaras en lo más alto tu gorro.

Gunrod miró hacia la copa del árbol que le indicaba Haakon y en efecto, en la parte más alta, casi en donde las ramas eran tan finas que no podrían aguantar un hombre, allí estaba su gorro.

—Pero no me acuerdo de nada de esto —confesó turbado Gunrod.

—Porque aún no estás acostumbrado a que los espíritus se acomoden en tu cuerpo. De todas formas poco a poco lo irás dominando.

Así que esto era el secreto de los berserker, una poción por la que los espíritus anidaban en sus cuerpos dotándolos de resistencia, fuerza, agilidad e insensibilidad frente al dolor o el frío. Por eso iban siempre sin camisola hiciera el tiempo que hiciera.

—¿Y ya está? ¿Ser un berserker consiste en tomar ese brebaje para ser inmune a los elementos?

—No solo es eso, te enseñaré a luchar como nadie y dónde debes golpear en el combate para que nunca el enemigo pueda rehacerse contra ti. Pero lo esencial es que tu cuerpo permita que los espíritus te acompañen en la lucha. Con ellos a tu lado, serás invencible.

Pese a sus iniciales dudas, Gunrod paladeó esas últimas palabras, «serás invencible». Sí, ese era su destino, ser el más grande de los guerreros, ser invencible.

## VI

CLAUDIA saboreaba el cálido amanecer de la campiña andaluza. Montaba un estupendo caballo tordo galopando a la par de Marco, su padre. Ambos eran consumados jinetes. Los recuerdos de Claudia siempre estuvieron ligados a un caballo. Montaba desde que era muy niña en la propiedad que su padre tenía cerca de Córdoba. Allí criaban caballos. Según le contaba a menudo su padre, su familia provenía de una de las estirpes más antiguas de romanos afincados en la península ibérica. Componían una familia establecida previamente a la invasión de los brutos visigodos desterrados ahora por los árabes. Un antiquísimo fichero recogía toda la genealogía de su familia desde que llegara de la Roma imperial, allá por el año 338, Publio Marco Hircio, reconocido tratante de caballos que, buscando nuevas fincas para la cría del noble bruto, se instaló en la provincia de Hispania en unas tierras cerca de Corduba.

Desde entonces, varias generaciones de su familia habían habitado esas tierras. Todas ellas estaban recogidas en un pergamino que contaba con no menos de 30 nombres de vástagos del primer Publio Marco. La tradición familiar de que siempre hubiera un varón llamado Publio Marco que prosiguiese con la empresa se veía amenazada ahora. Claudia era hija única y su madre, también de nombre Claudia, murió de fiebres tras el parto. Publio Marco, su padre, al que en realidad todos llamaban Marco, era un hombre benévolo que adoraba a su hija. Tras el duro golpe de perder a su mujer, crio a la pequeña Claudia como si fuera un varón. Era este un hecho totalmente inusual en esa época y en ese lugar, que una mujer cabalgase, curase caballos y acompañase a su padre a transacciones y mercados, era algo inaudito.

Al-andalus, como la conocían los árabes, era un reino musulmán dentro de la península ibérica. En el norte, el reino cristiano de Asturias ejercía una presión cada vez mayor sobre el estado islámico asentado en la península tras vencer a los visigodos en la batalla de Guadalete en el año 711, hacía ya más de 130 años.

La familia de Claudia había sobrevivido y se había adaptado a las convulsas situaciones sociales, religiosas y culturales que se habían producido desde su afincamiento en la península. Así, habían pasado de ser una provincia del imperio, a ser una nación visigoda independiente, para acabar perteneciendo a un califato árabe. Y se las había arreglado para no perder su esencia romana. Los nombres de los vástagos eran netamente romanos y así mismo mantenían gran parte de las tradiciones de la otrora época imperial.

Marco aminoró el galope recogido con el que se desplazaban ya a las afueras de la ciudad y, tras un breve intervalo de trote, ambos quedaron al paso ocupando todo el ancho del camino carretero por el que transitaban.



—Debes obedecer en todo lo que te diga —comentó preocupado Marco.

—Si papa —respondió Claudia por enésima vez esa misma mañana.

Marco había sido requerido por el propio Abu I-Mutarraf Abd ar-Rahman ibn al-Hakam, o como era comúnmente conocido, Abderramán II. Era el emir de Córdoba un hombre docto que gustaba rodearse de sabios y artistas. Amaba las artes y la belleza. Era poeta y desde antes de acceder al poder ya había empezado a construir la que sería la mejor biblioteca del mundo, adquiriendo tratados y libros en todo el orbe. Cierto es que para costear sus extravagantes caprichos había interpuesto unos durísimos impuestos a la población, en especial a los mozárabes que mantenían la religión cristiana dentro de al-Ándalus. Además era de sobra conocido su aprecio por los sillares y columnas romanas. Estas las conseguía en ruinas esparcidas por todo su territorio; pero también podía expoliar alguna hacienda que poseyera una pieza de su agrado.

Por todo esto Marco estaba preocupado. Su hacienda era hermosa y mantenía, por supuesto, grandes similitudes con las construcciones romanas más antiguas. De hecho hasta poseían mosaicos en algunas de las salas. Aunque no creía que para eso lo hubiera llamado el emir. Le bastaba con haber mandado un contingente de tropas y proceder al expolio. No, debía ser otro el motivo.

El mensajero había sido escueto.

—La luz del mundo, el emir Abu I-Mutarraf Abd ar-Rahman ibn al-Hakam, de la familia de los omeyas, emparentados con el profeta Mahoma, reclama que Publio Marco Hircio y su descendencia se persone en su presencia en el plazo de dos días.

El tener que llevar a su hija ante el emir era el principal motivo de preocupación de Marco. Abderramán II era conocido por yacer cada noche con una mujer virgen. Claudia aún tenía 13 años y el menstuo, a Dios gracias, aún no le había sobrevenido. Quizás eso frenara al emir en el caso de que lo que pretendiese fuera el honor de su hija. Puede —se decía a sí mismo— que lo único que quisiera el emir fuese hablar sobre caballos, a los que era muy aficionado.

Claudia, ajena a la angustia de su padre, disfrutaba del viaje. No había tenido muchas oportunidades de viajar y menos a la capital de al-Ándalus. Advirtió el trasiego de campesinos que se amontonaban a las puertas de la ciudad para entrar con sus viandas destinadas a los mercados. Unos guardias fuertemente armados y con aspecto agresivo observaban a los que entraban a la ciudad. En su cara se reflejaba el hastío que les producía esta ocupación. No era infrecuente que con la base de la lanza, pegasen en la espalda a algún viandante que se retrasara un poco más de lo habitual en traspasar las puertas.

Cuando llegaron a su altura, los guardias les observaron con ojos ladinos y curiosos. Pero no pasó de ahí su interés. Era evidente que Marco y Claudia eran visitantes importantes. Sus ropajes y sus monturas atestiguaban su poder económico. Como experimentados guardias de puerta que eran, sabían que era mejor no importunar a esas personas que sin duda conocían a alguien importante del interior de

la ciudad.

Tras cruzar las puertas, la ciudad se mostró a Claudia en todo su esplendor. Había más gente de la que nunca había visto junta. Un caótico frenesí de voces y movimiento la envolvía. Marco se situó a su lado y la invitó a seguir. Al poco llegaron a otras puertas. Eran estas las del palacio del emir. Unos guardias, más ricamente vestidos que los del acceso a la ciudad les recibió, esta vez sí, preguntándoles quienes eran y que querían.

Marco explicó el motivo de su viaje y a continuación uno de los guardias les guio por el patio del palacio. Un siervo acudió de inmediato tras ver a los jinetes. Se acercó a ellos y asió a los caballos por la cabezada. Claudia y Marco desmontaron y siguieron de nuevo al guardia esta vez a pie.

Un nuevo personaje se les acercó, cruzó unas rápidas palabras con el guardia y se dirigió a ellos en un árabe cerrado y florido.

—Bienvenidos, mi nombre es Abu Hassan, soy el chambelán del emir. Por favor acompañenme a la sala del trono.

Los dirigentes musulmanes trataban de instaurar el idioma árabe como lengua oficial; pero el pueblo era remiso a abandonar el romance procedente del latín. Claudia y Marco hablaban los dos idiomas con fluidez y no tuvieron problemas en entender al legado.

Claudia observaba todo embelesada. Por donde paseara la vista descubría bellas telas, imponentes muebles o ricos adornos. Todo era precioso. Cuando llegaron a la enorme sala del trono se quedó con la boca abierta. Era tremenda y estaba abigarrada de riquezas por donde mirara. Los suelos eran de mármol de varios colores y las paredes estaban cubiertas de preciosas sedas de vivísimos tonos. En el ambiente flotaba un penetrante pero a la vez suave aroma que no supo identificar. Al fondo del salón una magnífica puerta abierta permitía divisar una fuente cuyo sonido aportaba frescor a la estancia.

—Esperen aquí —les indicó el chambelán—. Ya les recibirá el emir.

Había muchas personas en el salón y en el tiempo que estuvieron esperando, que fue gran parte de la mañana, llegaron muchas más. Claudia observó que la gente hablaba en árabe mayoritariamente, aunque también descubrió un par de grupos que utilizaban el romance y otro grupo que empleaba una lengua que no conocía. Todos los personajes de la sala estaban ricamente ataviados y les observaban con curiosidad cuando creían no ser vistos por padre e hija. Claudia era una de las pocas mujeres de la sala y desde luego era la única niña. Marco, paternalmente, apoyó una mano en el hombro de su hija.

—Conozco a alguno de estos hombres. Son ricos hacendados y comerciantes —explicó.

—O sea que el emir quiere hablar de negocios —aventuró Claudia.

Marco sonriendo por la perspicacia de su hija contestó:

—Eso espero hija, eso espero.

## VII

**T**RAS el funeral, Ivar se mudó a la casa de Rieg. El curtido navegante intentó hablar con Gunrod por ver si deseaba unirse a ellos, pero lo encontró en el hof —el salón destinado a las fiestas— demasiado borracho para enterarse siquiera que le estaban hablando. Después se enteraría por los muchachos de la edad de Gunrod, que se había ido con el viejo Haakon decidido en convertirse en berserker.

—Tu hermano ya es mayor para elegir su vida. Además no creo que desee vivir con nosotros. Para él sería humillante ser menos que tú, que estás encaminado a ser piloto de un drakar —explicó Rieg a un apesadumbrado Ivar.

En pocos días había perdido a su familia. Su padre y su madre rumbo al Valhalla y su hermanastro convirtiéndose en un ser al que todo vikingr de bien huía por temor, un berserker. Además, Gunrod se había marchado a otra aldea a completar su formación.

Rieg, leyéndole los pensamientos, le revolvió el negro cabello.

—No te preocupes muchacho, el viejo Rieg cuidará de ti y te hará el mejor navegante de Dinamarca.

La casa de Rieg era más pequeña que la suya propia. En ella encontró múltiples instrumentos que le resultaban desconocidos. Varios los había conseguido como botín en lejanas tierras en alguna de las frecuentes viking en las que había participado. Otros eran útiles necesarios para orientarse en alta mar, según le explicó el viejo marino.

La vida con Rieg transcurrió placenteramente. El viejo navegante era un hombre atento con una gran vocación didáctica, que enseñaba pacientemente al pequeño Ivar.

Pasaron dos años entre pequeñas salidas al mar y las clases del piloto. Ivar después de los primeros tres meses comenzó a no llorar a sus padres. Por supuesto se acordaba de ellos; pero ya los veía como en un sueño y no le dolía el pecho cuando los rememoraba. Se acordaba de Harald, cómo le enseñaba a pelear con la espada porque el hacha era muy pesada para él y de Olalla, cuando leían juntos en latín intentando descifrar la elaborada caligrafía de los libros que su padre les traía de extrañas tierras.

Un día que pensaba en su madre en voz alta mientras permanecía sentado en un tronco en el exterior de la casa, se le acercó Rieg.

—¿Hablas con tu madre?

Ivar, súbitamente sorprendido por la presencia de Rieg le contestó no sin cierto apuro.

—Si Rieg. ¿Cómo lo has sabido?

—Hablabas en voz alta en la lengua que debió ser la natural en la tierra de tu madre.

Fue entonces cuando Ivar se percató que hablaba en voz alta con su madre en lengua romance. Se sentía bien cuando lo hacía, le contaba cómo había pasado el día o qué había aprendido nuevo. Le hacía partícipe de sus miedos y sueños y siempre se despedía de ella al final. Sentía como si existiese un canal invisible de comunicación con Olalla. Siempre tuvo fama su madre de tener unos poderes especiales y quizás él los había heredado y por eso hablaba con ella allá en donde estuviese. En alguna ocasión le parecía incluso que ella le respondía aconsejándole o alentándole a proceder de una u otra forma. Sí, le hacía bien hablar con su madre.

Notó cómo le miraba Rieg, acaso preocupado por su salud mental, y decidió tranquilizarlo.

—Descuida Rieg, es solo un ejercicio que me permite concentrarme en mis estudios. Me libera de tensión y me centra en lo que hago y no creo que haga mal a nadie.

—Eres digno sucesor de tu madre, Ivar. Recuerdo haberla visto hablar sola durante la travesía desde su tierra.

—Espero ser de verdad un digno sucesor de mis padres.

—Lo serás Ivar. Por cierto —dijo Rieg mientras se alejaba del muchacho— coméntale a Olalla que dentro de tres días partimos hacia la tierra de los noruegos en misión comercial. Ah, y por favor, envíale saludos míos a tu madre —dijo medio en serio medio en broma.

Un viaje, iban a realizar un viaje. Sí, los noruegos vivían a pocas jornadas de su aldea; pero sería su primer viaje e iría como ayudante del piloto.

—Madre —dijo excitado dirigiendo su voz hacia el cielo—. Voy a realizar mi primer viaje por mar.

En ese momento una ráfaga de aire cálido que traía aromas de salvia y menta le alborotó el pelo. Ivar, sonriendo, sintió la mano de su madre en ese acto.

## VIII

**G**UNROD llevaba más de año y medio fuera de su aldea. En todo ese tiempo raramente había evocado a su hermanastro. Sin embargo, ahora que volvía, sentía una pequeña curiosidad por lo que habría sido de él.

El camino estaba enfangado por las últimas lluvias; pero eso no era ningún obstáculo para Gunrod y Sigfried, su compañero de armas, Berserker también. Porque ya eran Berserker de pleno derecho. Habían pasado varios meses en el sur de la península danesa entrenándose en la lucha y aprendiendo a dominar, o por lo menos tolerar con más o menos consciencia, la poderosa droga que les administraban con la cerveza. Era preciso no caer en el mundo de los sueños al que con tanta fuerza te conducía el brebaje. Gunrod asombraba a todos los veteranos porque tras un corto espacio de tiempo, unos tres meses, soportaba bastante bien la bebida no llegando nunca a quedarse dormido o traspuesto. Según comentaban, llegaría a ser un caudillo entre los berserker.

Sigfried, por ejemplo, lo había conseguido al cabo de casi dos años y aún hoy una de cada 10 tomas le producía un ligero desvanecimiento que por supuesto le invalidaba para la lucha.

—Los espíritus te respetan y te guían con fuerza, Gunrod. —Decían los veteranos al joven discípulo.

Para la mentalidad de los berserker, la droga permitía a los espíritus entrar en comunión con el guerrero, dotando a este de una resistencia sobrehumana y una total ignorancia al dolor.

Por supuesto le enseñaron a luchar. Gunrod manejaba el hacha de doble hoja, la espada, el cuchillo, el arco y las flechas con una soltura digna del mejor guerrero. Además, el intenso ejercicio que les exigían, había construido un Gunrod aún más musculado que el que partió de la aldea. Tenía un poderosísimo torso que intimidaba al mejor guerrero y sus manos eran tan grandes que podía quebrar con solo una de ellas el cuello de un hombre mediano. Además de su genética, Gunrod había desarrollado su potente cuerpo porque se entregaba sin descanso a los ejercicios más extenuantes. Todos los Berserker eran guerreros grandes y fuertes. El propio Sigfried era un coloso si se le comparaba a cualquier hombre normal; pero Gunrod desafiaba toda medida. Era fuerte como un toro y además rápido en sus movimientos. Poseía unos reflejos endiablados, lo que unido a su fuerza le hacía letal. De hecho, en las frecuentes peleas de entrenamiento, había llegado a lesionar a varios de sus compañeros de armas.

Si el oficio de berserker consistía en intimidar al adversario, Gunrod lo conseguía tan solo con su apariencia. Portaba un escudo redondo de madera con el dibujo de una cabeza de dragón. Una espada y un cuchillo largo se ajustaban a su cintura; pero

sin duda lo que más llamaba la atención era su enorme hacha de doble filo. La transportaba en la espalda, con el mango destacando detrás del poderoso cuello. Con un suave y elegante movimiento de la mano por encima de su hombro, alcanzaba el hacha y la extraía con facilidad de una tosca funda de piel mostrando el tremendo y fulgurante filo. La habían construido para él. Era tan grande como un niño de seis años y pesaría lo mismo. En las prácticas derribaba puertas de madera de un solo golpe. Los escudos de los adversarios volaban o se fragmentaban al contacto con ese arma terrible manejada con tanta violencia. Había acabado siendo su seña de identidad. Entre los berserker, Gunrod, era ya, sin haber realizado una incursión, un verdadero hito. Tenía además madera de líder y así era tratado por los que como él estaban en periodo de aprendizaje.

Ya se divisaba la aldea al fondo. Un reconocimiento y porqué no, una suerte de añoranza acudía a su ánimo. Sin querer aceptarlo abiertamente, estaba alegre por volver a casa. En los berserker les aleccionaban para no tener casa. El no tener vínculos con seres queridos o lugares, hacía más fuertes y más desprendidos a los berserker. Estaban así entregados en cuerpo y alma a la salvaje secta. Gunrod lo sabía; pero aún así notó un escalofrío cuando desde un otero contempló su pequeña aldea. Una palmada en el hombro lo sacó de su ensueño.

—Bonita aldea —aprobó Sigfried—. Seguro que hay mujeres hermosas y cerveza en abundancia —dijo mientras reía su gracia.

—Vamos, pasaremos primero a presentarle nuestros respetos al viejo Haakon —contestó secamente Gunrod molesto por la liviandad del comentario de Sigfried.

Sigfried aunaba una inusitada violencia con un poderoso físico y una especial falta de recato en cuanto a los placeres terrenales. Sus borracheras eran célebres, así como sus desmanes entre las mujeres. Tenía un carácter irascible que no mejoraba tras una buena ingesta de alcohol y era pronto a enarbolar la espada por cualquier menudencia. Todo ello, unido a su evidente militancia entre los berserker, le hacían temido y odiado a la par en muchos pueblos y aldeas que habían padecido sus visitas. Su soberbia y mal carácter eran sin embargo desconocidos en el trato que dispensaba a Gunrod, al que adoraba desde una noche en que este evitó que unos vecinos de una aldea le lincharan por forzar a una muchacha. Gunrod irrumpió en la disputa y de dos terribles golpes con su hacha apartó a los lugareños de un aterrado Sigfried que se daba por muerto. En ese momento, Sigfried le juró lealtad a un Gunrod que ni la quería ni la valoraba puesto que no tenía muy buen concepto de Sigfried.

Por fin llegaron a la casa del viejo Haakon. Este, cómo no —pensó Gunrod—, se hallaba en el portal sentado en el escaño afilando su hacha.

—¿Aún no está bastante afilada? —preguntó jocosamente Gunrod dirigiéndose al viejo.

—Comparada con tu lengua, está totalmente roma —respondió el viejo mientras miraba de lado a la pareja de jóvenes que se aproximaban a él.

Cuando estaban a apenas dos metros, el viejo se levantó veloz como un rayo y blandiendo el hacha lanzó un poderoso golpe con la parte plana al pecho de Gunrod

tal como había hecho varios años atrás. Gunrod apenas tuvo tiempo de reaccionar. Blocó a duras penas el golpe con su escudo gracias a su instinto y a su avezado entrenamiento guerrero, mientras, en un parpadeo, había extraído el hacha de su espalda y la blandía firmemente ante la cara de un risueño Haakon.

—¿Comprendes ahora muchacho lo que es un Berserker? Hace unos años, envalentonado como un gallo, viniste a mí y te traté de igual modo que ahora. Como verás, es muy distinto el resultado.

—Viejo loco —rio Gunrod—. Cómo lo vuelvas a intentar en otra ocasión, juro por Odín que te parto en dos.

Ambos guerreros se fundieron en un abrazo.

—¿Quién es este muchacho que te acompaña? ¿Tu esclavo? —Comentó con desdén Haakon mientras dirigía su mirada a Sigfried.

—¿Pero que decía ese viejo? —pensó anonadado Sigfried. Primero atacaba a su amigo y ahora le despreciaba delante de él.

—Tú hubieras caído —pronunció gravemente Haakon delante de la cara de un pasmado Sigfried—. Te quedaste de piedra, no reaccionaste. De haber sido tú el atacado, te habría destrozado —dijo con desprecio dándole la espalda.

—¡Viejo estúpido! —gritó Sigfried mientras desenvainaba un cuchillo y se lo clavaba en el pecho hasta la empuñadura a un sorprendido Haakon.

—¿Qué has hecho? —tronó Gunrod mientras apartaba de un fuerte empujón a Sigfried y se abalanzaba hacia Haakon que trastabillaba hacia atrás malherido.

El viejo berserker se dejó recostar por su pupilo. Se miró el pecho y después miró a Gunrod que no sabía qué hacer. La herida era espantosa y el lugar en donde había penetrado la cuchillada estaba muy cercano al corazón. Haakon intentó decirle algo a Gunrod pero un ruido silbante y unos espumarajos rosáceos le llenaron la boca.

Gunrod sintió una intensa furia que se apoderaba de él. Se irguió notando todos sus músculos en tensión. Era cómo cuando ingería la poción de los berserker; pero en este caso, esa furia era natural. Provenía de sí mismo. No había intervenido ninguna droga. Era rabia pura.

Sigfried miraba la escena con pasmo. ¿Por qué Gunrod no le entendía? Ese viejo se lo había buscado, le había insultado y ni siquiera era familiar de Gunrod. Entonces, ¿por qué se dirigía hacia él tan furibundo?

Gunrod le propinó un tremendo puñetazo en la mandíbula. Solo la enorme corpulencia de Sigfried logró evitar que diera con sus huesos en el suelo. Atontado, como tras un velo, divisó de nuevo un golpe que se dirigía a su cara. El impacto fue rotundo y directo sobre su nariz. Un chasquido le hizo comprender que se le había roto. Esta vez sí voló hacia atrás. Cayó cuan largo era mientras notaba borbotear la sangre de su maltrecha cara. Gunrod se aproximó hacia él de nuevo y le propinó una patada en las costillas que le hizo doblarse en dos. Hizo un esfuerzo titánico para levantarse. Le faltaba el aire. Debía tener un par de costillas rotas. Sacó el cuchillo aún ensangrentado con el que había apuñalado a Haakon y se dispuso a defenderse de

un Gunrod que se dirigía hacia él con la mirada más aterradora que había visto nunca Sigfried. Lanzó una estocada hacia Gunrod que este esquivó con gran maestría mientras le agarraba del brazo. Con un movimiento brusco de torsión de la muñeca hizo que Sigfried perdiera el arma a la vez que le obligaba a arrodillarse.

—¡Era mi maestro y mi amigo! —Dijo en un tono de voz que heló la sangre a Sigfried. Lo peor es que no gritaba, lo decía muy muy quedamente y con un tono espantosamente frío.

—Perdona —consiguió responder Sigfried aovillándose por la tremenda presión que Gunrod ejercía sobre su brazo que retorció sin piedad.

—No hay perdón —y mientras decía esto dio un brusco tirón que provocó que Sigfried sintiera más dolor que en toda su vida anterior.

Debía haberle descoyuntado el hombro. Sigfried cayó entre lloros al suelo solo para ver cómo Gunrod cogía la daga con la que había apuñalado a Haakon.

—¿Querías un hermano de sangre no? —preguntó sin esperar contestación un iracundo Gunrod—. ¡Pues toma la sangre de Haakon! ¡Qué se mezcle con la tuya!

Y diciendo esto acuchilló salvaje y repetidamente a Sigfried.



## IX

CLAUDIA revisaba las sujeciones de la *soleae spartae* colocadas en una yegua torda rodada. Consistían estas en una envoltura de esparto que se colocaba sobre los cascos de los caballos con objeto de aislarles del suelo. No se utilizaban en todos los casos, tan solo en aquellos animales que precisaran una protección por motivo de alguna afección plantar. La yegua en cuestión, había padecido una especie de podredumbre del casco debido a una estancia demasiado prolongada sobre suelos húmedos. Había limpiado bien las ranuras de la planta de la pata extrayendo el material blanduzco y maloliente que indicaba la putrefacción de la zona. Tras eliminar toda la piel y uña muerta, había aplicado una pasta cerosa mezclada con resina de pino. Luego había pintado el casco por la parte exterior con este mismo unto y por último había envuelto el casco afectado con el zapato de esparto para aislarlo y protegerlo.

La *soleae spartae*, es decir, la suela de esparto, se utilizaba desde siempre; pero hacía poco habían llegado noticias de un nuevo utensilio que se estaba empezando a emplear clavado en el duro casco de los caballos, la herradura. Marco, su padre, enviado por Abderramán II, estaba en un largo viaje aprendiendo la fabricación y el uso de este útil que protegía de tal manera la dura uña de los equinos que evitaba las roturas tan frecuentes sobre todo en terrenos pedregosos.

Claudia, a sus 18 años, había quedado al mando de la hacienda. Cierto es que los siervos eran prácticamente su familia. Marco siempre los había tratado bien y por ello obedecían y respetaban ahora a la joven ama. La hacienda bullía de actividad tras el encargo que dos años atrás les hiciera el emir Abderramán II. Debían cuidar de la yeguada de palacio. Consideraban a Marco como el mejor tratante y cuidador de caballos de al-Ándalus y de ahí el nombramiento.

Aún recordaba Claudia la alegría de su padre mientras volvían a su hacienda tras aquella primera visita a palacio. A Claudia lo que más le impresionó fue la apariencia del Emir. Abderramán II era alto, muy alto, y tenía una mirada penetrante e inteligente que hacían disimular su prominente nariz ligeramente ganchuda. El otro detalle que recordaba Claudia con claridad le había llamado la atención en esa primera visita, fue la penetrante voz del Emir. Era grave y reposada; pero a la vez modulada de una manera que no admitía peros. Abderramán II llenaba la estancia con su presencia y con su voz. Se notaba que estaba acostumbrado a reinar y a imponer su voluntad; pero no por ello resultaba distante. Es más, había sonreído ligeramente tras descubrir con sorpresa que el primogénito del tratante de caballos era una niña. Abderramán les había encargado entonces que supervisaran su yeguada. La persona que hasta ese momento había ocupado ese puesto, Yusuf, era ya mayor y se retiraría en breve. Gran amigo de Marco, Yusuf le había recomendado frente a Abderramán y

este había decidido hacerle caso.

El cuidado de la yeguada del emir parecía un trabajo muy complejo dada la gran cantidad de animales que componían la misma. Entre sementales, potros y yeguas, no habría menos de noventa ejemplares, todos ellos magníficos. Claudia aún recordaba cuan majestuosas le resultaron entonces las caballerizas. Tanto animal sin embargo apenas daba trabajo a Claudia y su padre, ya que empleaban a casi una docena de mozos muy bien formados en el arte del cuidado de los equinos. Solo en contadas ocasiones habían acudido a Marco con alguna urgencia, el resto del trabajo, aunque supervisado por Marco y su ayudante personal, Amín, se desarrollaba de manera rutinaria y eficiente.

Tras la partida de su padre buscando ese nuevo elemento de calzar a los caballos, Claudia se afanó por mantener la hacienda de la misma manera que si estuviera él. Bien instruida por su padre, poseía, además de los conocimientos, una especial conexión con los equinos. Siempre los trataba con sosiego y cariño y los animales, incluso los más ariscos, la reconocían así y le permitían cosas que no conseguían de ellos otros cuidadores. *Vendaval*, un precioso semental de capa alazán con mucho nervio, solo dejaba que fuera Claudia la que le curara una fea herida que se había hecho tras golpearse con un hierro en el pecho. La muchacha, siempre hablándole con afecto, limpiaba todos los días la dolorosa herida mientras asistían absortos a lo lejos los mozos de cuadra anonadados por la docilidad del nervioso macho. Hasta Marco comentaba con orgullo el don que tenía su hija con los animales.

Contenta por como habían quedado las tiras de cuero que ataban las suelas de esparto de la yegua, Claudia abandonó la cuadra no sin antes darle un trozo de manzana al animal. Tras cerrar el establo detectó una gran algarabía en las puertas de la hacienda.

Marco, su padre, había regresado.

## X

**E**l mar estaba en calma aunque una fina lluvia les acompañaba toda la jornada. Rieg al timón corregía el rumbo cada cierto tiempo. Pese a que el cielo estaba encapotado y una suave neblina les rodeaba, remaban a buen ritmo en busca de la costa Noruega.

Ivar remaba también. Sentado en su arcón se esforzaba como el que más en la bancada. El langskip, o barco largo, tenía una vela rectangular para aprovechar los vientos favorables, lo cual no era el caso. De ser necesario, el mástil podía abatirse. La calma del mar estaba acompañada de la calma de los vientos, con lo que solo les quedaba remar. Ivar en su calidad de ayudante del piloto, podría haberse quedado fuera de los remos; pero había descubierto que era un ejercicio que le fortalecía y le permitía quemar un poco el natural impulso juvenil de hacer algo en el pequeño navío. Además, el hecho de haberse puesto a los remos, le había granjeado la simpatía de los demás marineros que le trataban con cortesía y afecto además del natural respeto que imponía a todo navegante la figura del piloto o su ayudante.

Los barcos daneses, tanto los langskip, destinados a la carga, como los drakar, más utilizados para las incursiones, carecían de bancos para los remeros. Eran barcos muy sencillos en los que los remeros se sentaban sobre los arcones que portaban de sus casas. Estos arcones contenían las pertenencias de cada vikingr y servían también para guardar el botín que cada uno hubiese conseguido. Ivar utilizó un arcón que le había regalado Rieg, ya que Gunrod se había llevado el de Harald con él. Dentro apenas portaba nada. Una muda, un abrigo de piel de lobo por si el tiempo se tornaba frío y una manta que había hecho su madre de lana para las frescas noches. Solían dormir en tierra cuando hacían navegación de cabotaje, es decir, cuando seguían el contorno de la costa; pero en las ocasiones, como esta, en las que cruzaban el mar en una navegación de altura, tendían una lona a modo de toldo a lo largo del barco y dormían protegidos así del relente o la ocasional lluvia.

Rieg llamó a Ivar y le instó a que se acercara a donde estaba con el timón. Dejó el remo y se aproximó al navegante que estaba sacando algo de su arcón.

—Ven muchacho —dijo pasándole una mano sobre los hombros—. ¿Podrías indicarme dónde está el norte? —preguntó mientras su otra mano abarcaba la línea del horizonte que se difuminaba bajo la neblilla.

Ivar buscó en vano la posición del sol. Sabía que era más o menos mediodía, con lo que el sol, de poder divisarlo, le marcaría el Sur. El problema es que la niebla no le permitía encontrar el astro rey. Buscó su sombra; pero se encontró con que no había tal. Por supuesto tampoco tenía ninguna referencia de costa que pudiera interpretar. Después de repasar todos sus conocimientos decidió rendirse.

—No sé donde se encuentra el Sol, con lo que no se donde está el norte —

reconoció.

—Ven, te voy a enseñar un instrumento que nos dará la situación del Sol —y diciendo esto, Rieg le mostró una roca casi traslúcida de forma más o menos cúbica.

Ivar la tomó entre sus manos aún perplejo por cómo sería capaz una roca de orientarle en medio del mar. La piedra no parecía tener ninguna propiedad especial. La miró y la remiró en todos sus ángulos; pero no pudo determinar cuál sería la utilización de la misma.

Rieg le miró sonriendo. Por fin, tendió la mano para que Ivar le devolviera la roca.

—Mira Ivar. Esta roca tiene una característica especial. Deja pasar la luz del sol por uno de sus lados y transforma esa luz en colores cómo los del arcoíris en el otro lado de la misma.

Diciendo esto, levantó la roca y fue girando sobre sí mismo con la roca siempre en alto. En un momento de su giro, la roca pareció cobrar vida y un pequeño arcoíris salió de uno de sus extremos. Rieg se detuvo en ese momento. Sonriendo se dirigió a Ivar.

—Mira Ivar. ¿Ves el arco iris? La luz del sol llega desde el otro extremo de la piedra. Prueba tú.

Ivar asió la piedra con sumo cuidado y la sostuvo como lo había hecho Rieg. En un primer momento no obtuvo resultados; pero tras moverse ligeramente hacia su derecha, el rayo de luz polarizado surgió de nuevo de la roca. Una gran sonrisa cruzó la cara del joven.

—Muy bien Ivar —aprobó Rieg—. ¿Dónde está entonces el norte?

Ivar estudió el rayo polarizado, siguió con su mirada el extremo opuesto desde donde entraba la luz del sol, oculto por las nubes, e indicó la situación del mismo a su maestro.

—Ahí está el sol —dijo mientras señalaba al astro rey—. Puesto que es mediodía, señala el sur, luego el norte está ahí —mostró mientras se colocaba de espaldas al lugar que ocupaba el sol.

—Bien hecho —aprobó Rieg dándole una palmada amistosa en el hombro—. Ya sabes manejar la «*solarstein*», la piedra mágica que descubre donde se oculta el sol.

Ivar se sintió el hombre más feliz del mundo.

## XI

LA tremenda fortaleza de Haakon y las hábiles manos de Olga, la curandera del pueblo, fueron las que obraron el milagro de la sanación del viejo. La profunda y dolorosa cuchillada tardó casi tres meses en sanar por completo. Gunrod estuvo todo ese tiempo con el viejo Haakon en su casa cuidándole. Sentía una deuda de gratitud hacia el Berserker por haberle iniciado. Haakon resultó ser un paciente difícil. Por todo protestaba y maldecía; la comida, la postura en el jergón, hasta el sabor de la cerveza fue un día el motivo de su enfado.

Gunrod callaba y le dejaba desfogarse asumiendo un rol totalmente sumiso con el viejo. A veces, por la noches cuando no podía dormir, pensaba en porqué estaba allí en la casa de Haakon en vez de en la suya propia. Se dio cuenta, con algo de vergüenza, que consideraba a Haakon como un padre. Su propio padre, Harald, no le había enseñado tanto como el viejo Haakon. Siempre de viaje, apenas coincidía con él más que unas pocas semanas al año y aún entonces Harald solía pasar el tiempo con los amigos tomando cervezas o todos juntos en la casa familiar con el aborrecible hermanastro.

Sin duda, el sentirse el centro de atención de una persona, en este caso Haakon, le había despertado sentimientos filiales para con el viejo vikingo. Ciertamente que no era su hijo; pero era lo más cercano a un padre que recordaba haber tenido.

Por eso soportaba con resignación los constantes desplantes del viejo Haakon que, sin duda, no apreciaba la relación con su pupilo de la misma forma. Solo parecía haber una especie de comunión entre ambos cuando, muy frecuentemente, Haakon le pedía le contara con todo lujo de detalles como mató a Sigfried.

Gunrod, de tanto contarle, había adornado la historia que crecía y crecía cada vez más con detalles truculentos: cómo sangraba Sigfried, cuánto suplicó por su vida, de qué manera agonizó... Haakon disfrutaba sobremanera del relato y paladeaba la narración con perverso placer mientras con la mirada perdida imaginaba la muerte del joven.

Gunrod siguió entrenándose duramente durante la convalecencia del viejo. Haakon de vez en cuando se animaba a levantarse y se acercaba a la puerta para dar instrucciones a Gunrod acerca de tal postura así como la lanza o cual modo de disparar una flecha.

Muy de vez en cuando, Gunrod bajaba a la aldea para adquirir provisiones y tomar unas cervezas con sus antiguos camaradas. Sin embargo poco a poco dejó de hacerlo al percibir en sus miradas cierto miedo mezclado con desprecio. Los Berserker no habían sido nunca muy queridos y las cosas no cambiaban de repente. Además Gunrod ya había sido un niño problemático más acostumbrado a ir solo que con los niños de su edad, lo que no le ayudó a la hora de relacionarse ahora con sus

compañeros de entonces.

Había pasado casi seis meses en su aldea y solo se había cruzado con su hermanastro dos veces.

La primera fue al mes de estar en la aldea. Ivar regresaba de un viaje por mar y se encontraron en la dársena que hacía las veces de puerto.

El muy niño le había gritado en la playa. Gunrod no podía dejar de ver en Ivar el reflejo de Olalla y eso le dolía. Había querido a esa mujer de las tierras galaicas; pero tuvo que tener a este otro vástago que saludaba desde la ensenada. Escupió en el suelo y se alejó de la costa dejando a Ivar cariacontecido.

La segunda vez que lo vio no pudo evitar hablar con él. Fue en casa de Olga, la curandera. Gunrod se había acercado a por una pasta que aplicaba sobre la herida de Haakon y allí estaba Ivar recogiendo un linimento para dar friegas. Rieg, recordó Gunrod, solía sufrir dolores en las articulaciones.

—¡Gunrod! —exclamó con sorpresa Ivar cuando le vio entrar en la casa de la curandera—. Dame un abrazo hermano.

Gunrod se apartó del abrazo que se disponía a darle su hermanastro. Pese a que algo en su interior le decía que compartían sangre, su recelo era mayor. No. Ese escarabajo le había robado a su padre, le había robado a Olalla y encima le había pisoteado al hacerse piloto navegante, uno de los oficios más venerados entre los daneses. No, decididamente, no le daría el abrazo. Él era el primogénito y él debía haber tenido el protagonismo de la familia. Pero hasta eso se lo había arrebatado ese arribista de Ivar.

—Déjame en paz si no quieres que te traspase con la espada —dijo con tono frío y hostil—. Y tú, mujer, dame el unguento para mi maestro —exigió duramente a la curandera.

Dejó unas monedas en la mesa y salió de la estancia sin despedirse, quedando Ivar y Olga sin palabras ante el enorme desprecio exhibido.

Un veneno le intoxicaba el cuerpo cada vez que recordaba a su hermanastro. Era algo insuperable, un afán de revancha que le carcomía por dentro, acrecentado por la aparente amistad que parecía subrayar las palabras que su hermano de padre le dirigía. Todo sería más fácil si Ivar le mostrara la misma hostilidad que él le dedicaba cuando se encontraban; pero el muy mentecato parecía incluso desilusionado cuando Gunrod le insultaba con su desprecio. Era desconcertante.

Un día Haakon, ya casi plenamente recuperado, se dirigió a Gunrod en su manera brusca habitual.

—Afila tus armas y prepara tu baúl, dentro de tres días partimos.

La noticia pilló de sorpresa a Gunrod; pero cuando quiso comentarla con Haakon, descubrió que el viejo ya se había introducido en la cabaña.

## XII

*Año 844*

**E**L trabajo en la hacienda era febril. Marco, el padre de Claudia, había vuelto junto con Ahmed, el herrero, con grandes ilusiones por aquel nuevo calzado para los caballos, la herradura.

Ahmed trabajaba intensivamente en la fragua. Su trabajo había variado como de la noche al día. De ser un empleado más, tan solo ocupado en arreglar o fabricar algún útil o herramienta metálica, había pasado a ser una pieza fundamental en la yeguada. Ya le habían adjudicado cuatro aprendices y se había ampliado la herrería. Trabajaban de sol a sol con el sonido cadencioso del martillo golpeando el hierro. Una tras otra, un gran cúmulo de herraduras de distinto tamaño se ordenaban perfectamente por tamaños en unas cajas de madera. La idea era tener un gran almacén para después pasar a herrar directamente a las monturas. Para ello, se fabricaban las herraduras de varios tamaños para los distintos tipos de cascos de los caballos. Unas eran más pequeñas y finas para los estilizados pura sangre árabes y otras grandes y anchas para los enormes caballos de tiro.

Una vez fabricadas las herraduras en la herrería, acudía Ahmed con una fragua pequeña y un ayudante a la yeguada. Allí se disponía un espacio para la colocación de las herraduras en el casco de los caballos.

Para coger experiencia y no dañar a los carísimos sementales y yeguas del emir, se comenzó por herrar a los caballos más viejos y, por decirlo de alguna manera, prescindibles. No es que se fuera a herir al caballo de forma permanente; pero todo comienzo implica un aprendizaje y una práctica. Marco no podía arriesgarse a dejar cojo un caballo del emir. Además, todos los caballos debían ser herrados.

Las ventajas que aportaba la herradura frente a que los caballos fuesen descalzos eran evidentes. Los cascos de los caballos solían sufrir mucho cuando los terrenos eran duros y pedregosos, El casco no es más que una uña muy dura y poderosa, pero largas jornadas sobre piedras o terrenos rocosos, hacía que gran número de equinos acabaran con heridas porque el casco se había deteriorado en demasía y la uña desgastada llegaba a sangrar.

Con la herradura se conseguía que el hierro absorbiese el impacto con las piedras, dejando así la uña intacta. Para colocar la herradura, había que dejar que los caballos tuviesen un poco largo los cascos, después se limpiaba bien la suela y, con una herradura del tamaño aproximado de la planta, el herrero se hacía una idea de cómo trabajar el hierro para que le encajase perfectamente. Ahí venía el trabajo de verdad y lo que distinguía a un buen herrero de otro mediocre: cómo moldear el hierro para

que la herradura se acoplase perfectamente al casco del caballo. Con la fragua se calentaba el metal y, una vez estaba al rojo vivo, se golpeaba por los puntos por los que se quería dar forma al mismo. En unos casos se pretendía cerrar el arco de la herradura, en otros abrirlo, a veces era larga y había que cortarla, en otras ocasiones se alargaba ligeramente con el recurso de golpearla repetidamente para que perdiendo grosor el hierro, se estirase un poco.

Ahmed disfrutaba de esta nueva faceta de su trabajo. Siempre se había sentido bien trabajando para Marco; pero ahora además estaba reconocido dentro del gremio de los herreros como el «maestro herrador». Y todo ello pese a que apenas acababa de cumplir los 25 años.

Hijo de herrero, aprendió el oficio desde los 13 años en que empezó a ayudar a su padre con la fragua. Si una herida mal curada que luego se infectó no se lo hubiese llevado hace ya tres años, que orgulloso estaría su padre de verle ahora —pensaba en muchas ocasiones Ahmed para sí—.

Viendo crecer su posición y la consideración que hacia él sentía todo el mundo como maestro herrador, Ahmed se permitió soñar. Y su sueño no era otro que su joven patrona, Claudia, la hija de Marco.

La alegre y dicharachera Claudia le visitaba a menudo interesándose mucho por el arte de fabricar y colocar herraduras. Pese a que prácticamente vivía en las cuadras, la joven siempre destilaba un suave aroma a azahar que embriagaba al herrero y que hacía que fantasease con ella.

Algún día serás mía —se sorprendía diciendo para sí cuando nadie le oía.



## XIII

—**I**VAR, no te olvides del remedio para Rieg —dijo riendo Olga mientras le daba risueña un recipiente que contenía el bálsamo para el reuma del viejo piloto.

—¡Es verdad! ¡Qué cabeza tengo! Es que me distraes —dijo zalamero a la vez que, recogiendo el recipiente de las manos de Olga, le daba un nuevo y largo beso que la muchacha recibió con abierto interés.

—Vete ya, no me tientes —comentó sonriendo la muchacha mientras empujaba a un remiso Ivar a la puerta—, y no esperes a que a Rieg le duela algo para venir a verme.

—Me está comenzando a doler ahora mismo una zona del cuerpo. ¿Quieres que te muestre dónde? —preguntó con malicia Ivar mientras comenzaba a bajarse los pantalones.

—Ya te he curado dos veces esa zona hoy —dijo riendo la muchacha mientras continuaba empujando hacia la puerta a Ivar.

—Es que tengo recaídas. Estoy muy grave —remoloneaba Ivar componiendo un gesto de cachorro abandonado.

—Fuera malandrín —se despidió Olga dándole una palmada en el culo.

Ya fuera de la casa de la curandera, Ivar se acomodó un poco los pantalones y se encaminó hacia la casa de su maestro silbando melodías que solían cantar los navegantes en las largas singladuras.

La vida le sonreía. Se sentía pleno. Era respetado en la comunidad como aprendiz de piloto. Había crecido sano y fuerte y había conseguido por fin pensar en sus padres sin que una profunda tristeza le embargara el corazón. Y estaba Olga, la curandera.

Era mayor que él, aunque apenas cuatro años. Hija de una curandera, la vida la había tratado duramente también, ya que a sus apenas veinticuatro años era ya viuda desde hacía tres de un joven guerrero que cayó en una de las vikings. Ahora había heredado el papel de su madre, muy anciana y casi ciega, y trataba a los aldeanos con cariño y afecto de las dolencias que sufrieran a la vez que hacía el papel de comadrona en los partos.

Las continuas visitas que Ivar realizaba a la muchacha en busca de remedios para el cada vez más persistente reuma de Rieg, habían acabado por unir a los dos jóvenes, convirtiéndoles en amantes.

Ivar estaba enamorado de Olga, o al menos eso pensaba; pero Olga, más pragmática, se reía al escucharle.

—Mira Ivar, lo nuestro es muy bonito y estamos muy bien juntos; pero no quiero tener otro marido que me deje durante meses para no saber si volverá de las pillerías de ultramar. Y no puedo pedirte que dejes el mar, porque tarde o temprano volverías a él. Así que disfrutemos el momento que vivimos ahora juntos y ya veremos el futuro

que nos trae —solía decirle cuando Ivar le hablaba de matrimonio.

Ivar se enfadaba al oírla; pero ella sabía sacarle del enfado con sus caricias y besos, desatando la pasión que recorre a los cuerpos en la veintena. Como Olga decía, «hay pocas enfermedades del alma que el sexo con deseo mutuo no pueda curar». Y debía tener razón porque siempre transformaba sus enfados en paz y sosiego.

Llegando a casa de Rieg, le encontró a la puerta hablando con uno de los guerreros del pueblo.

—Ivar ¿dónde te habías metido? Prepara todo para una larga expedición. Partiremos de aquí a tres días, con la luna llena.

Una larga expedición, descubrir nuevos horizontes, nuevas rutas, diseñar nuevos escalos para su larga colección de pergaminos de orientación. Ya ensoñaba con todo eso cuando se dio cuenta que atrás quedaría Olga.

Fue entonces cuando comprendió a la muchacha.

## XIV

LA costa se aproximaba velozmente al ritmo constante de los remeros. Gunrod había estado bogando; pero ahora, reclamado por Haakon, estaba junto a los restantes berserkers en la proa del navío. En total eran seis los berserkers de ese barco de un total de treinta hombres. Otros dos barcos les flanqueaban con once berserkers entre los dos drakars.

Se respiraba un ambiente de tensión previo al combate. Entre los remeros, el capitán del drakar, se aprestaba a repartir una cerveza fuerte aderezada con un poco de beleño. Esta droga proporcionaba ánimos y eliminaba el miedo al inminente desembarco. Haakon repartía a su grupo de berserkers otra cerveza. Contenía beleño también; pero además se agregaba en pequeñas dosis una toxina procedente de un hongo así como cornezuelo del centeno.

Gunrod bebió sin dudar el brebaje servido en un cuerno de toro. Tenía un sabor que no era desagradable. Era como si al amargo de la cerveza se le añadiese un toque dulzón. El efecto de la mezcla era casi inmediato. El corazón se aceleraba y palpitaba agitado de manera febril. La respiración se acrecentaba, algunos bufaban y resoplaban como si estuviesen liberando vapor de una olla tapada, Gunrod sin embargo procuraba contenerse aunque a veces se descubría con los carrillos hinchados. A los pocos minutos la sinrazón estallaba en sus cabezas, ese era el momento más peligroso para el que se encontrara cerca de un berserker. Los ojos, inyectados en sangre, solo buscaban una presa en la que cebarse. Daba igual si era una mujer o un niño. No había piedad, no cabía misericordia en la drogada mente de los berserkers. De una presa, se pasaba a otra y de esta a una tercera. Era una obsesión ciega y desmedida.

—¡¡Aguantad!! ¡¡Notad la fuerza que los espíritus os aportan!! —gritaba Haakon a los sudorosos berserkers que pateaban el suelo del barco en un frenesí cada vez más incontrolable.

Mientras, los remeros, arengados a su vez por el capitán, con cada introducción del remo en el agua exhalaban un atronador HURRA, remando cada vez con más ímpetu.

En un momento terrible, cuando aún restaban varias remadas para arribar a la ensenada por la que ya corrían algunos aldeanos prestos a defenderse del desembarco, con un alarido terrible, Hans, un Berserker tuerto y plagado de cicatrices, no pudiendo contener ese bullir de su sangre, se abalanzó desde la proa del barco al frío océano. Un segundo berserker, a su vez cegado por la potente droga, le siguió casi de inmediato.

—¡¡Aguantad!! ¡¡Aguantad berserkers!! —volvió a atronar la voz de Haakon cuando el mismo Gunrod casi se aprestaba para lanzarse al aún profundo mar.

Un golpe sordo, casi tapado por el HURRA de la tripulación, fue el último sonido que acompañó a aquellos dos berserkers al ser embestidos por la embarcación lanzada a toda velocidad.

Por fin las aguas se tornaron claras y dejaron ver el suelo arenoso de la playa inminente. Haakon gritó el tan esperado.

—¡¡Nos veremos en el Valhalla!!

Frase con la que demostraban su desprecio por la muerte en el combate.

Los berserkers, tropezando por el ansia desmedida por el combate, saltaron a la playa en el momento mismo en el que la proa del drakar irrumpía en la arena.

Con los escudos en alto, frente a una pobre nube de apenas una docena de flechas, se dirigieron a todo correr sobre los defensores de la costa. Eran estos unos cincuenta, de los que tan solo unos treinta no eran muchachos o viejos.

Los berserker les arrollaron como un cuchillo entra en la mantequilla tibia. Gunrod sacó su enorme hacha de la espalda sin parar de correr y, de un tajo salvaje que concentraba todo el odio y la fuerza que en él despertaba la droga, partió literalmente por la mitad a un hombre que se le enfrentó. El feroz hachazo entró por el hombro izquierdo del infortunado y con un corte en diagonal de arriba abajo le segó la vida mientras emergía por debajo de su brazo derecho. Antes de llegar al suelo había muerto. Gunrod prosiguió su loca carrera buscando una nueva presa, una nueva vida que segar. Era el brazo de Odín, el martillo de Thor. Era invencible.

Eran la avanzadilla de una enorme flota de más de ciento cincuenta navíos. Gunrod había pedido estar entre los guerreros encargados de abastecer la flota saqueando las aldeas que, a lo largo de la costa, fueran encontrando. Era su cuarta aldea y ya había cosechado más de treinta vidas.

Y cuanto más mataba, más vivo se sentía.

## XV

**E**N apenas una semana, eso sí, febril, habían conseguido herrar las casi ochenta yeguas del emir y los diez sementales. A los potros jóvenes no los herrarían de momento y a los de tres años lo harían poco a poco. Marco no quería precipitarse con los pequeños caballos, orgullo del Emir. Aún era una técnica tan novedosa el herrado de los caballos que temía algún percance en animales tan nerviosos y juguetones como los potrancos. Prefería ir paso a paso conociendo los resultados con los animales adultos.

Claudia estaba tan ilusionada como su padre con la nueva técnica. Después de tres meses de haber probado en animales no tan caros y especiales como los de la yeguada, habían constatado que los equinos herrados tenían los cascos en perfectas condiciones. Fruto de la conservación del casco que procuraba la herradura, la uña crecía fuerte y sana. Antes de usar herraduras, las uñas se desgastaban como fruto de pisar directamente sobre los terrenos. Ahora, al ir calzados, los caballos no desgastaban la uña y esta crecía protegida por la herradura. El trabajo del cuidador de caballos había cambiado y en vez de limar las uñas para dejarlas igualadas y curar las que se rompían de mala manera; ahora solo tenían que quitar la herradura vieja, cortar un poco el exceso de crecimiento del casco y volver a colocar otra herradura.

Los caballos extrañaban un poco la nueva actividad; pero por lo general aceptaban de buen grado el trato. Además, constató Claudia, el nuevo ruido de los caballos al andar con los zapatos de hierro era un sonido característico y elegante.

Marco, una vez estuvo herrado el último semental, invitó a cenar a los dos herreros ayudantes y al maestro herrador Ahmed.

La cena se celebraría en las dependencias que, dentro del complejo de edificios que componían la yeguada, estaban destinadas a Marco como cuidador jefe.

Tras el caluroso día de abril, Claudia se bañó ayudada por una sirvienta y se colocó un fresco vestido de algodón. Nada fuera de lo común, a fin de cuentas no se trataba más que de una cena con los trabajadores.

Ahmed sin embargo no lo vio así. La muchacha casi siempre rondaba por la zona de trabajo, e incluso había herrado a un par de animales ella sola. En esas ocasiones, Ahmed distraía a veces la mirada para furtivamente observar a la muchacha que vestía cómodas prendas de trabajo, generalmente con pantalones, ya que a lo largo del día solía montar también. Pero no estaba preparado para ver a Claudia con un vestido que marcaba sus formas de manera tan clara.

—Perdonar el retraso, me he explayado un poco más de la cuenta en el baño —se disculpó la joven cuando entró en la sala donde los cuatro hombres ya disfrutaban de un refrigerio.

El trato de la joven a los hombres, aunque estos eran sirvientes de su casa, era

afable y cordial. En casa de los Marco no se empleaba a esclavos ni se trataba a los sirvientes con despotismo. El trato amable regía como denominador común. Ciertamente es que la familiaridad tenía sus límites; pero eran contadas las ocasiones en las que Marco había tratado con severidad a alguien bajo su mando y desde luego había sido por alguna falta grave que merecía ese trato.

Todos saludaron a la muchacha salvo Ahmed que apenas balbuceó un saludo mientras la devoraba con los ojos. Nunca la había visto tan bella. Su pelo, habitualmente recogido en un pañuelo, aparecía suelto y, aún húmedo, le caía indolente por encima de los hombros formando bucles oscuros que destacaban sobre la blanca carne del fino y estilizado cuello. Los senos y las caderas se balanceaban suave y rítmicamente al compás de los pequeños pasos que daba la muchacha. No era Claudia una mujer voluptuosa ni de formas rotundas; pero su menudo y joven cuerpo lucía espléndido en un delicado equilibrio entre la elegancia y la belleza. Por otro lado, las frecuentes horas de ejercicio montando a caballo y trabajando en la yeguada, hacía que estuviera en forma y tuviera bien torneada su figura.

Claudia percibió una mirada que era un poco más larga de lo habitual y la recorría de arriba abajo. En su aún joven cabeza y sin experiencia en el mundo de los hombres, interpretó el interés de Ahmed como un cumplido. Se sintió guapa. Siempre era agradable suscitar asombro en alguien y eso la hizo sonreír levemente un tanto cohibida; pero a la vez orgullosa.

Aunque nada más que los protagonistas lo advirtieron, Ahmed bajó la vista con miedo de haberse puesto en entredicho delante de su jefe y padre de Claudia. Ahmed se había casado muy joven en los acostumbrados matrimonios concertados por las familias. Su mujer, musulmana como él, era paciente y disciplinada, como debe ser una mujer con su hombre; pero falta de imaginación, diálogo y carisma. No era fea y cierto es que se entregaba sin protestar cuando él la requería; pero faltaba algo. No habían tenido hijos, cosa que a Ahmed no le importaba, aunque la familia de ella, particularmente su madre, no paraba de darle brebajes para que se quedara en cinta. A Ahmed, ahora que estaba creciendo en su estatus, le parecía que su mujer podía resultar un estorbo en su escala social. Ciertamente es que la mujer no representaba un papel determinante en la vida social de al-Ándalus; pero toda piedra hace pared.

Ahmed soñaba con desposar a Claudia. Era curioso, le gustaba verla pasear con el pelo al aire y el rostro descubierto, esa libertad en comparación con el normal recogimiento que tenía la mujer en esa época, era precisamente lo que más le atraía de ella y sin embargo ansiaba tenerla para que viviera recluida por y para él. Sería delicioso, soñaba, llegar a casa y encontrarla allí, a su entera disposición. Sí, él sabría domar a esa damita, él le enseñaría lo que es un hombre.

Ahmed siempre había sido ambicioso, cierto es que también había sido un buen trabajador y por ello estaba donde estaba; pero no quería conformarse, ansiaba más, ansiaba a esa mujer, ansiaba el poder que representaba el cargo de jefe de la yeguada del Emir. Deseaba algún día poder vivir como Marco, como su amo. Y haría lo que

hiciese falta para llegar a ello.

Ahora que le había parecido percibir una sonrisa cautivadora en la muchacha, se había decidido a dar un primer paso hacia su ascenso, así que no le quedaba más remedio que tomar una determinación. Fátima, su mujer, no era más que un estorbo. No encajaba en ese mundo en el que aspiraba vivir Ahmed. Solo sería un obstáculo. Tendría que encargarse de ese problema.

## XVI

QUIZÁS había tensado la cuerda demasiado, pensaba Abderramán II mientras con un gesto mecánico se atusaba la recortada barba. Acababan de informarle de que sus tropas habían sufrido una derrota en el norte.

Tras la aburrida y protocolaria enumeración de sus títulos, el mensajero había pasado a relatar los hechos.

El rey Ramiro I de Asturias, se había refugiado en el castillo de Clavijo con sus tropas, mientras se veía rodeado por las huestes musulmanas. Parecía que se disponían a resistir un asedio, cuando por la mañana, temprano, salieron del castillo dirigiéndose a un monte cercano de nombre Laturce. Allí, sobre ese otero que domina el paisaje, lanzaron un ataque sobre las tropas musulmanas que acabó por desbarolarlas poniéndolas en retirada.

La batalla en sí no era más que una entre tantas que se daban periódicamente entre los musulmanes y los cristianos en la dividida península ibérica. El problema estribaba en las repercusiones políticas que entrañaba esa batalla.

Sesenta años atrás, Mauregato, un débil y advenedizo monarca asturiano, llegó al trono gracias a la ayuda del primero de los emires que llevaron su nombre, Abderramán I. Por esta ayuda, cómo símbolo del poder de al-Ándalus sobre el Reino de Asturias, Abderramán I exigió, aparte de las consabidas prebendas en materia económica, un tributo especial que humillaba al aún naciente reino asturiano y que de alguna manera lo dejaba en una posición clara de vasallaje frente al todopoderoso emir musulmán.

Este tributo consistía en ofrecer cada año 100 doncellas para el harén del emir. Era un tributo infame y humillante que soliviantó al pueblo y los cortesanos del Reino de Asturias y que incluso llegó a costarle la vida al rey Mauregato cinco años después de instaurarlo a manos de los condes Don Arias y Don Oreco.

Bermudo I, que sustituye en la corona a Mauregato, se niega a seguir con el infame tributo y lo troca por dinero.

El problema llegó cuando Alfonso II «El Casto» accede al poder del Reino de Asturias. Era un rey que no aspiraba ni deseaba serlo y, como suele suceder en estos casos, por eso mismo fue un gran rey. Rechaza seguir pagando tributo alguno e incluso reconquista varios territorios en poder hasta entonces de los musulmanes infringiéndoles varias derrotas. Para colmo de males, permaneció en el poder nada menos que cincuenta y un años. El mismo Abderramán II lo había sufrido durante veinte largos años.

Por fin muere el rey cristiano en el año 842. Su sucesor será Ramiro I. Pero Ramiro I no tiene la fortaleza y el buen hacer de Alfonso II El Casto y pierde varias batallas contra el moro. Abderramán II, viendo tambalearse al reino asturiano de



nuevo a la vez que florece su propio reinado en los territorios de al-Ándalus, vuelve a exigir, como forma de humillación y para que quede claro su poder, el tributo de las cien doncellas.

Quizás ese fue su error. Debía haberse limitado a un tributo económico que debilitara y endeudara a su batallador vecino del norte; pero le seducía la idea de arrastrar el nombre del rey cristiano haciéndole tragar el sapo de tener que pagar tan execrable impuesto.

Ramiro I, debilitado, acepta pagarlo de nuevo ante la indignación del pueblo, que a fin de cuentas es quien aporta las doncellas. Y entonces comienzan las pequeñas revueltas cuando aparece por las aldeas y pueblos el siniestro «cobrador de doncellas». Según el tamaño de las poblaciones, se debe aportar un número u otro de doncellas. Siempre con gran dolor, se organizan grandes despedidas y se crean heroínas de simples muchachas. El dolor compartido es un gran vínculo de unión y poco a poco van surgiendo resistencias.

Y parece que la que colmó el vaso sucedió en una zona de los antiguos campos góticos, cerca de las orillas del Duero. Siete doncellas que habían sido elegidas para ser entregadas al moro, prefieren cortarse las manos como símbolo de asco y hastío. El cobrador moro cuando las ve las rechaza al grito de «*Si mancas me las dais, mancas no las quiero*». Esto es la chispa que hace que en otras poblaciones cunda la revuelta. Al final, Ramiro I, atormentado por haber tenido que claudicar ante las pretensiones de Abderramán II, arma un ejército y sale a luchar.

El problema para Abderramán es que la soldadesca cristiana está motivada y unida. Aunque el ejército moro consigue rodearles en Albelda y les obligan a retirarse a la fortaleza de Clavijo, se ve que, por propio pundonor, Ramiro I se pone al frente de sus mesnadas y rompe el cerco en la batalla que se dará en llamar «Batalla de Clavijo».

Según sus consejeros, no hubo error entre sus generales; simplemente no pudieron ante el ímpetu exacerbado de los cristianos. La extraordinaria motivación de los seguidores de Ramiro I fue determinante para el transcurso de la batalla.

—Y todo por una cabezonería —se reprochó en silencio el monarca andalusí.

En el futuro debía aprender de esta derrota, por lo demás insignificante para el fuerte y seguro al-Ándalus. Los pueblos unidos por un mismo fin se motivan y se convencen de su propia fuerza, por lo que resultan inestables y peligrosos.

—Debo seguir acosando a los cristianos; pero me guardaré mucho de crear figuras heroicas que los enciendan y guíen —pensó para sí mismo.

## XVII

LA enorme e imponente torre-faro destacaba sobre la abrupta costa. Los rompientes espumosos avisaban del peligro que se cernía sobre los navegantes que osaran acercarse demasiado a tierra. Sin embargo, un poco más adelante, una hermosa playa presidía una preciosa bahía en donde el verde de los prados se encontraba con el azul del mar. Allí decidieron desembarcar. Rieg indicó a Ivar el proceso del embarrancamiento del drakar en la arena. Debían contar con el empuje de los remeros y estudiar bien las olas para no dañar la estructura del barco. Los drakar eran barcos muy manejables y de muy poco calado, con lo que podían adentrarse fácilmente hasta la costa. Los pilotos de los drakar lo conducían con pericia aprovechando las olas y llegaban a embarrancar en la arena de las playas para facilitar el desembarco de los guerreros. Aquella costa en particular prometía grandes recompensas. La alta y esbelta torre de piedra que se divisaba desde el mar no era propia sino de ricas poblaciones. Para Ivar era una de las primeras construcciones totalmente de piedra que veía y le pareció hermosa y desafiante, allí en el alto frente al mar.

El desembarco en la playa fue rápido y masivo. Cerca de treinta barcos participaron en él. Varios más esperaban poder desembarcar después para ayudar en las labores de conquista de la sin duda gran ciudad que se debía encontrar en las cercanías. Varios vikingos se dirigieron a la torre en donde no encontraron a nadie. Cientos más se adentraron en el terreno buscando la población.

Ivar y Rieg, junto a los pilotos de las otras embarcaciones, se quedaron en las mismas junto a una guardia de seguridad. Al final de la jornada, que había comenzado al amanecer, un guerrero se presentó corriendo en el drakar de Ivar.

—Busco al piloto de este drakar —comentó rudamente jadeando ligeramente.

—Yo soy. —Se irguió Rieg.

—Te solicitan como traductor. Debes acompañarme.

Rieg fue consciente de que no le buscaban a él, sino a Ivar que le miraba con los ojos muy grandes.

—Ve Ivar, no solo eres el traductor, sino que ya te consideran piloto —dijo con una gran sonrisa al muchacho.

El guerrero, si se extrañó de ver al joven como traductor y piloto, no lo demostró. Tras esperar que Ivar cogiera su espada y su escudo partieron a la carrera hacia el interior.

El trayecto no fue muy largo, tras una loma, al abrigo de los vientos húmedos procedentes del mar, encontraron una pequeña aldea poco más grande que la suya propia.

Se dirigieron al centro del poblado en donde sentados en el suelo se veía a los

nativos que no habían sido muertos tras la incursión. Haakon, como jefe de los berserker y guerrero que había dirigido el ataque esperaba de pie la llegada de Ivar.

—Ven muchacho. Acércate —dijo con su voz grave y fría.

Ivar alcanzó a ver a Gunrod a la espalda de Haakon. Llevaba el hacha ensangrentada a la espalda y se erguía orgulloso y poderoso entre los demás guerreros con un aterrado aldeano cogido por el cuello.

—Tú hablas el idioma de tu madre que era de esta tierra ¿verdad?

—Si —dijo un tanto turbado Ivar.

—Durante todo el día hemos estado buscando la ciudad que construyó la torre que hemos visto en la costa y solo hemos encontrado este asqueroso pueblucho. Pregúntale a este aldeano donde se encuentra la ciudad.

Ivar se dirigió al aterrado nativo sin saber si sabría hacerse entender. A fin de cuentas su madre podía hablar un dialecto distinto del que utilizaran en la aldea.

—¿Cómo te llamas? —preguntó no sabiendo bien cómo comenzar la conversación.

El hombre le miró con los ojos muy abiertos y una sombra de esperanza pareció surcar su cara amoratada por los golpes sin duda recibidos.

—Mi nombre es Fernando mi señor —dijo con voz insegura.

—No me llames señor. Yo soy Ivar —dijo mientras sonreía al prisionero.

De alguna manera, se sentía bien hablando el idioma de su madre. Nunca había tenido oportunidad de hacerlo, salvo con Olalla. Fernando era el primero con el que se expresaba en esa lengua tan extraña para el resto de sus compatriotas daneses. Quizás por esa alegría de hablar en romance con otra persona, le cayó simpático el aldeano.

—Dime Fernando. ¿Dónde está la ciudad?

—No sé de qué ciudad me habláis, mi señor.

Ivar tradujo las palabras del prisionero, lo que provocó que Gunrod, a una señal de Haakon, propinara un brutal tirón del pelo de Fernando. Haakon se dirigió a Ivar.

—Dile a este infeliz que si no quiere hablar, le cortaré la lengua y le obligaré a comérsela para que nunca lo haga jamás.

Ivar, nervioso por el trato que dispensaban a Fernando y consciente de que la amenaza de Haakon no era en vano, volvió a dirigirse al aldeano.

—Fernando, debes decirme donde se encuentra la ciudad. Tu vida depende de que lo hagas.

Fernando llorando contestó.

—No sé de ninguna ciudad. Por aquí solo hay aldeas de pescadores y ganaderos. Solo conozco de oídas una ciudad y es Lugo; pero nunca la he visto y está a muchas leguas de aquí.

Tras traducir lo que Fernando comentaba, Haakon gritó con ira.

—¿Pretende que nos creamos que esa torre de piedra la construyeron los aldeanos?

Tras la traducción, Fernando contestó desencajado y desesperado porque le creyeran.

—Dicen las leyendas, que en la antigüedad nos conquistó un pueblo de ingenieros y constructores conocidos como romanos. Esa torre tenía en lo alto un fuego que mantenían encendido para guiar a los barcos en las noches y durante las tormentas. Lo llamaron la Torre de Hércules. Pero ese pueblo desapareció hace muchas generaciones.

Ivar creyó al hombre. Había oído hablar a su madre de esos constructores. Le había contado que en su pueblo, un puente de piedra permitía a los vecinos cruzar el río. Tradujo las palabras de Fernando a un cada vez más enfadado Haakon. Así mismo le hizo partícipe de su conocimiento de que esos pobladores habían dejado grandes obras por las tierras hispanas.

Haakon escupió al suelo y con gran desprecio en su voz gritó a los guerreros.

—¡Quemad la aldea y matar a todos los que no sean útiles como esclavos!

El primero en morir fue Fernando que miraba con sorpresa a Ivar mientras Gunrod le cercenaba la garganta sonriendo a su horrorizado hermanastro.

## XVIII

**N**ASR abu I-Fath, o Nasr el Fatá como se le conocía también, repasaba su vida en esas horas en las que el sol aún no alumbra; pero ya se intuye su presencia. No dormía bien desde hacía mucho tiempo. En más ocasiones de las que quería reconocer se encontraba pensando en cómo habría sido su vida si no hubiera sido entregado por su padre al selecto grupo de los eunucos de palacio.

Samuel, su padre, había aceptado emascularlo cuando era un niño. Quizás era la única forma que encontró para que pudiera tener una vida fácil, ya que los niños castrados se enviaban a palacio para ser educados y pasar a ser los futuros vigilantes del harén.

Además portaba un estigma encima; era hijo de cristiano apóstata, es decir, hijo de un cristiano reconvertido al islam. El padre de Nasr, aunque de ascendencia cristiana, pronto se convirtió a la religión musulmana viendo que era la mejor manera de medrar en la rígida sociedad cordobesa de la época. Para ello no solo mudó de dios, sino que se convirtió en un exacerbado militante del islam hasta el punto de que muchos le acusaban de delatar cristianos para ver crecido su prestigio personal.

Nasr había heredado ese odio cerval hacia los cristianos piadosos. Era algo que le superaba y que había definido su vida. Muchas de las matanzas de cristianos que se habían producido bajo el mandato de Abderramán II, por otro lado un emir con mucha tolerancia, las había protagonizado o dirigido el eunuco. No comprendía Nasr como Abderramán era tan tibio con los cristianos. Había estado deslumbrado durante muchos años por aquel emir todopoderoso y brillante, culto y enérgico. Desde que le cortaron sus atributos había pasado a estar al servicio de su casa. Había compartido con él su llanto cuando falleció su esposa Al-Shifá, madre del heredero Mohamed. Parecía que se iba a hundir en la desesperanza, él, el emir que cada noche desfloraba a una virgen. Ese emir había amado con locura a Al-Shifá y parecía que no encontraría a otra mujer a la que amar pese a tener más de cien mujeres en su harén. Finalmente encontró a Tarub, mujer de singular belleza y ardiente disposición para con el emir.

Tarub, Nasr sonreía al pensar en ella. Tarub significaba «hechizo». Y eso provocó esa mujer en el emir. Le devolvió el ánimo y la alegría. Nasr, como encargado del harén del emir, vivió en primera persona cómo medró esa mujer en la corte palaciega. Era como él, ambiciosa y decidida. Y no se detenía ante ningún obstáculo. Había dado hijas al emir y su dicha se vio colmada cuando dio a luz un hijo, Abdalláh.

Abderramán, pese a tener heredero, celebró el alumbramiento de un hijo por su favorita regalándole el «Dragón», un magnífico collar de perlas que le costó 10 000 dinares, gasto enorme que suscitó grandes polémicas entre los cortesanos.

Pero la mujer ambicionaba más y consiguió que el emir la dejara al mando del

harén, hasta entonces a cargo del eunuco. A Nasr podía haberle supuesto una afrenta, pero en realidad le liberó de un trabajo que le quitaba tiempo ahora que había conseguido un alto cargo en la corte como persona de confianza del emir.

Sí, quizás su padre había hecho bien. Él, hijo de un cristiano apóstata que ni siquiera hablaba bien el árabe, había llegado a las más altas cotas de poder dentro de la administración de Abderramán II, gran emir de al-Ándalus. Su condición de eunuco era la que le había hecho entrar en palacio y su ambición y saber estar habían hecho el resto. Luego solo era cuestión de mantenerse y hacerse importante para los demás. Toda la corte cordobesa disfrutaba de su magnífico palacio de recreo a orillas del Guadalquivir. La almunia la levantó con gusto exquisito. La llenó de plantas traídas de todo el mundo, creó un vergel de espectaculares frondas que se conocía en toda Córdoba como la «*Munyat de Nasr*». Parecía mentira el prestigio y el respeto que le proporcionó el invitar a la distinguida nobleza musulmana a su palacio. Nadie era nada si no era invitado por Nasr y, por supuesto, todos ansiaban estar entre los elegidos, por lo que le otorgaban todos los favores que el eunuco precisara.

Pero aún le faltaba algo a su vida, aún no había tenido a nadie a su lado. Siempre se sintió un hombre y no se sintió proclive a intimar con otros hombres. Admiró la perfección de las mujeres. Muchas veces, más de las que podía contar, las vio jugar y reírse en el baño o mientras se vestían. A fin de cuentas era solo un eunuco, un mutilado. Y sí, eso es lo que era, un mutilado, un hombre que por un capricho del destino se había visto privado de sus testículos. Un hombre que aunque no podía copular, sentía y sufría por no poder acceder a una mujer. Cuando le castraron, no le habían cortado su inclinación natural por el sexo femenino y, pese a que no sentía el tormento del deseo físico, si le pesaba su falta del mismo.

Ya clareaba el día. Su asistente en breve aparecería por la puerta dispuesto a prepararle el baño matinal que siempre le recordaba su invalidez. Ni siquiera era una mujer la que le lavaba. En su condición de eunuco, no estaría bien visto tener una mujer como asistenta. Eran muchos años como fiel eunuco los que le precedían para dejarse llevar ahora por las malas lenguas que especularan que acaso le quedara algo de virilidad en su ser. No, debería ser Nasr, el eunuco, el hombre que en realidad no lo era.

## XIX

CLAUDIA acercó su montura a la carreta en la que viajaba Ahmed.

—¿Cómo te encuentras Ahmed? —preguntó interesándose por el estado del herrador.

—Bien, gracias señora —respondió Ahmed sonriendo levemente como agradeciendo el gesto de su ama.

—Podías haberte quedado en la hacienda. Aún está muy reciente la muerte de tu esposa.

—Señora, mi puesto está aquí. Además prefiero el viaje, así me aparto un poco del lecho en el que me dejó Fátima —dijo contrito y con palabras que destilaban pesar.

—Has formado bien a otros herradores y podrías haber delegado en ellos —volvió a insistir la muchacha.

—De verdad señora, no quiero que le de más vueltas. Mi deber es estar al lado de mis amos. Gracias por su interés; pero de verdad, aquí es donde debo estar.

Claudia sonrió a Ahmed enternecida por el pesar que parecía portar el hombre encima. No hacía ni diez días que había enviudado de forma repentina y sin embargo su fidelidad le había hecho acudir con su señor a una labor de varias semanas lejos de casa. El emir le había encomendado a Marco que se acercara a las marismas del Guadiana a buscar sementales y yeguas nuevas entre los ejemplares que vivían en esas tierras. El caminar por las aguas bajas y los pantanales, provocaba un paso singular y elegante entre las caballerías. Elevaban de forma distinguida las manos al andar y se criaban fuertes y sanos por el ejercicio suplementario que provocaba el avanzar por los bajíos y la arena.

Ellos debían ahora llegar hasta esas tierras y comenzar a buscar entre los animales que libres se movían por las marismas. Cogerían los que les parecieran más aptos y tras reconocerles harían una selección entre machos y hembras.

Después debían reunirlos y llevarlos a Córdoba, en donde pasarían a engrosar el contingente de la yeguada. Era una labor ardua y larga; pero a la vez muy gratificante y que a Claudia le provocaba una especial ilusión ya que era su primer viaje de varias semanas fuera de casa, yendo además a un paraje que todos los que lo conocían calificaban como de gran belleza.

Ahmed sin embargo viajaba pesaroso, aunque solo de apariencia. Tras enterarse del viaje, decidió pasar a la acción. Tenía que forjarse su futuro como se forja el hierro. Había que dar de vez en cuando fuertes golpes; pero era necesario para la consecución de un fin. A lo largo del camino evocó varias veces como habían sucedido los hechos. Al regresar a casa la noche del anuncio del inminente viaje, cenó solo mientras su mujer le servía. Después reclamó a su esposa para que

cumpliera con sus deberes conyugales, cosa a lo que Fátima, sumisa, accedió de inmediato, si bien era evidente su desgana en el acto.

Ahmed, motivado por su ambición y viendo su matrimonio como un obstáculo para forjar sus planes, dejó hacer a la mujer hasta que, viendo llegar su frenesí, se echó encima de ella con un almohadón. Su mujer, aterrada, intentó en vano zafarse del mortal cojín que le privaba del aire. Ahmed, siempre apretando el almohadón, aprovechó esos movimientos agónicos de Fátima para proseguir con la cópula hasta que la mujer cesó asfixiada mientras él vertía su simiente en la moribunda. La experiencia le colmó. Había sentido un placer excepcional al combinar las dos experiencias: el sexo y el asesinato.

Gratamente sorprendido por el inesperado placer que su mujer le había suministrado en el momento de morir, todavía comentó.

—Fátima, ahora puedes presumir de tener a tu hombre satisfecho.



## XX

TRES días de combates habían decidido a los vikingos a retirarse de la ciudad de Lisboa. El gobernador musulmán Wahb Allah Ibn Hazm se había hecho fuerte tras los muros de su ciudad. Los vikingos no estaban preparados para el asedio y tampoco disponían de la paciencia necesaria para realizarlo. Lo suyo era irrumpir por medio de los desembarcos y pillar desprevenida a la población para generar el máximo caos posible. Y al principio lo consiguieron en Lisboa; pero rápidamente las fuerzas de la ciudad se habían organizado bajo el férreo mandato del gobernador.

Los vikingos navegaban ahora más iracundos que nunca. Dos errores en sus cálculos los habían conducido a estar ahora más lejos que nunca de sus casas y con un botín inexistente. Habían asolado una aldea pensando encontrar una gran ciudad y días después, cuando encontraron una gran ciudad, esta se les resistió.

La frustración era evidente entre los hombres; pero aún más patente si cabe se hacía notoria entre los Berserker y en especial en la persona de Haakon.

Hasta ahora la suerte les había dado la espalda y el viejo berserker pensaba que quizás estaba defraudando a los jóvenes guerreros puestos a su cargo. Como no quería que su autoridad se viera mermada por la aciaga expedición hasta el momento realizada, se mostraba más iracundo y más intolerante con sus subordinados que nunca. Les hacía remar el doble que a los demás guerreros y luego se ejercitaban en agotadores ejercicios de armas en la proa del barco. Por supuesto, eran los encargados de asolar las pobres aldeas que se encontraban en la navegación costera que realizaban. Pero claro, no era suficiente para su prestigio el masacrar a pobres poblachos de pescadores que en algunas ocasiones ni siquiera presentaban batalla.

Aún así, siempre mandados por el fiero Haakon, machacaban a los pobladores de esas aldeas robando sus escasos bienes, matando a quien se les ponía por delante y quemando sus casas. No había piedad en la cabeza del viejo Berserker.

Ivar estaba un poco asqueado. Cuando embarcó era consciente de que no eran un grupo deseable para ningún habitante de las costas; pero tanta sangre fácil y baldía le estaba superando.

—Rieg. ¿Siempre son así las incursiones? Me explico. ¿Siempre matamos a todos los habitantes de los poblados que saqueamos? —preguntó Ivar en un aparte.

El viejo navegante, con una mueca de hastío posó una mano en el hombro de su discípulo.

—Muchacho, sé lo que sientes porque tu corazón aún no se ha endurecido por los años de vikings. Yo ya tengo un callo en el corazón que me hace pasar estas cosas de largo. Pero realmente Haakon está siendo más cruel de lo necesario y hasta los guerreros más experimentados están un poco molestos por la manera en que está llevando esta campaña. Lo cierto es que no podemos llevarnos ahora esclavos, porque

no vamos de regreso a casa, con lo que solo serían más bocas a alimentar; pero tampoco debería masacrar a las poblaciones.

—¿Porqué nadie le dice nada entonces?

—Es complicado Ivar —se tomó unos momentos para responder—. Haakon ostenta el poder de los berserker de la expedición. Somos más de ciento treinta barcos y en cada uno hay cinco o seis berserker. Es una fuerza temible en un ataque y nuestra baza más segura de conquistar grandes territorios. Su furia e indiferencia ante el dolor y el miedo aterra a los enemigos más preparados. Haakon debe mantener el odio y la indiferencia en la mente de los berserker a su cargo, para que así no pierdan ni un ápice de su furia. Y lo está consiguiendo pese a que a nosotros nos parezca que en ocasiones se comportan de manera inhumana.

—Por eso no son apreciados cuando volvemos a la aldea —arguyó Ivar.

—Si, ningún hombre de bien que les haya visto comportarse en combate suele olvidar alguna de las atrocidades que cometen de forma gratuita muchas veces.

Ivar en ese momento pensó en Gunrod convertido en un monstruo y algo le mordió en su interior. Pese al desprecio que su hermanastro le dedicaba cada vez que se cruzaban, Ivar seguía considerándole su familia. Le dolía pensar en él como en uno de los salvajes berserker.

Rieg, adivinándole el pensamiento, comentó para hacerle más llevadera la situación al muchacho.

—De todas formas Ivar, si estás en medio del combate, siempre podrás agradecer a Thor que un berserker pelee a tu lado.

En ese momento un vigía de otro navío gritó algo que poco a poco fue comentado en todos los barcos de la flota. Una ciudad se adivinaba en el horizonte.

Ivar, como casi todos los hombres libres de remos en ese momento se asomó a la borda para intentar divisarla. En efecto, sobre lo que parecía una isla muy cercana a tierra, aparecía una ciudad.

Un grito corrió de barco en barco en medio de las carcajadas de los más aguerridos y veteranos vikingos.

—¡Remad, remad! ¡Hoy yaceremos calientes entre los senos de una mujer!

La ciudad de Cádiz estaba a punto de ser tomada por los vikingos.

## XXI

**L**EGARON a la preciosa ciudad de Sevilla. La caravana se quedó acampada a las afueras mientras Claudia y su padre entraban en la ciudad. Marco quería aprovechar para enseñársela a su hija. Siempre le había gustado viajar con su hija y ahora era una ocasión especialmente buena para disfrutar de su compañía. Claudia estaba fascinada y lo demostraba con entusiasmo en cuanto veía algo que le gustaba. Era una ciudad populosa y antigua que atraía la atención de padre e hija en cualquiera de sus hermosos rincones.

—¿Sabes Claudia? Cada vez que te veo reír veo a tu madre —dijo Marco con afecto y un punto de añoranza en la voz—. Vamos a hacer una cosa, nos quedaremos unos días en Sevilla, a fin de cuentas no tenemos ninguna prisa en llegar a las marismas y nos merecemos un descanso.

Claudia acogió la idea con entusiasmo. Sería perfecto estar unos días lejos del trabajo. Además le atraía la idea de poder comprar algo en el mercado y sabía que su padre no se lo negaría.

Así decidido volvieron donde la caravana aguardaba y ordenaron que se montara un campamento. En realidad no eran tantas las carretas que conducían, apenas una decena; pero era mejor montar un campamento a las afueras de la ciudad que buscar alojamiento para todas dentro.

Se aprestaron a la tarea. En realidad todos los trabajadores sonreían con la perspectiva de unos días de descanso. Pese a que siempre habría trabajo dentro del campamento, no era ni mucho menos laborioso ni largo, con lo que todos disfrutarían de tiempo libre.

Ahmed, como el resto, recibió la noticia con alegría. En su calidad de Maestro Herrador era de facto el jefe de la caravana siempre que no estuviera presente Marco. Se apresuró a dar las órdenes oportunas para que se instalara el campamento y los animales estuvieran atendidos.

—¿Mi señora, donde prefiere que les prepare sus aposentos? —preguntó solícito a Claudia en un momento que ella paseaba por donde él se encontraba.

—No te preocupes Ahmed, mi padre tiene amistades en Sevilla y nos hospedaremos en casa de un viejo albéitar que nos ha ofrecido alojamiento.

Ahmed asintió absorto por los enormes ojos marrones de Claudia. Además la familiaridad con que le trataba encendía aún más si cabe su fantasía de poseer a esa mujer.

—Entonces avísenme cuando dispongan la partida a casa de ese albéitar para acompañarles con sus pertenencias —se ofreció el herrador.

—No hace falta que nos acompañes tu Ahmed, puedes mandar que las traiga cualquiera —dijo Claudia queriendo quitarle trabajo.

Esas palabras le dolieron como una puñalada. ¿Cualquiera? ¿Una oportunidad que tenían para estar juntos la desperdiciaba así? Esa mujer le iba a volver loco.

—De ninguna manera mi señora. No consentiría que nadie tocase sus enseres —dijo quizás más efusivamente de lo que debiera.

Claudia se extrañó un tanto de la contestación y el tono del herrador; pero se vio forzada a sonreír frente a lo que interpretó como nervios del joven aún abrumado por la muerte de su esposa.

—De acuerdo entonces Ahmed. Prepáralo todo y saldremos de inmediato a la ciudad —dijo un tanto turbada mientras se alejaba del hombre en busca de su padre.

Lo encontró hablando con un siervo mientras le explicaba cómo debían servir las raciones de pienso y forraje a las cabalgaduras.

—Hola pequeña. ¿Me buscabas?

—Si padre. Ya he dispuesto que nos preparen nuestras cosas. Ahmed se ha ofrecido a portarlas.

—¿Ahmed? Él es maestro herrador. ¿Por qué no envía a algún otro?

—No lo sé padre. Se lo comenté pero pareció enfadado por la idea de no ser él quien nos acompañe. Quizás esté algo turbado aún por la muerte de Fátima.

—Puede ser —contestó pensativo Marco—. Quizás no haya sido tan buena idea que nos acompañara. Hablaré con él de hombre a hombre en algún momento que estemos solos. Quizás necesite algo y no se atreva a pedirlo, ya sabes lo callado que es. Y ahora venga, vayamos a la ciudad, le prometí a mi amigo Amín, el albéitar más famoso de Sevilla, que llegaríamos para la hora de cenar.

## XXII

**T**ARUB estaba irritada, y cuando esto sucedía, todos en palacio temblaban. La concubina favorita del gran Abderramán II era ahora la jefa del harén. El mismo emir la había nombrado sustituyendo al eunuco Nasr. De sobras conocida era su ambición y los grandilocuentes actos que había realizado para ser la preferida. Por supuesto era muy bella; pero no era por su belleza por lo que era la favorita, la verdad, lo que provocó que el emir se fijara más en esa mujer que en otras de su harén, fue que era una mujer visceral y pasional. Desde el primer momento encandiló al emir con sus arrebatos y el dominio perfecto de las artes amatorias. Poco a poco, pese a que el emir gustaba de acostarse cada día con una doncella, fue ganando terreno frente a las demás concubinas del harén. Tuvo varias hijas del emir; pero el varón se le resistía. Comentaban en palacio que era tal su afán de concebir un varón que, participando en una cacería a pocas leguas de Córdoba, Abderramán durante la noche tuvo una polución. Tarub, enterada por sus espías de ello, viajó durante toda la noche para llegar hasta la cama del emir y así «cabalgarse» sobre las sábanas impregnadas de la simiente del gobernante, tal era su determinación de conseguir quedarse embarazada. Al final lo consiguió, un hijo varón nació de su cuerpo. Su alegría entonces fue inmensa. Se veía a sí misma como madre del próximo emir de al-Ándalus. Abdallah, su hijo, sucedería a Abderramán II. Ella, Tarub, una mujer entregada al harén del emir de Córdoba cuando apenas contaba 7 años, ella, una muchacha nacida quién sabe dónde, ella... sería parte de la familia del emir de Córdoba. Y eso sería lo máximo, sería su culminación como mujer y como persona.

Pero no contaba con la terquedad de su amado emir. Abderramán II le había confirmado que no sería Abdallah su sucesor, sino Mohamed, hijo suyo y de su fallecida esposa Al-Shifá. Por supuesto, nunca le faltaría nada a Abdallah ni tampoco a ella, Tarub, su «hechizo».

Tarub, herida en lo más profundo de su ser, sintiéndose desplazada por una mujer con la que ni siquiera podía competir porque no estaba en el mundo de los vivos, se enfureció de forma visceral. Y así la encontró Nasr.

—Mi señora —saludó humildemente el eunuco al cruzársela por un pasillo de palacio.

—Nasr, viejo amigo, antes, cuando eras el encargado del harén no eras tan servil —contestó irónica la mujer.

—Hay que aprender a amoldarse a las circunstancias y a los cambios que la vida nos depara en nuestras relaciones con los demás. Unos suben en la escala social y otros no lo consiguen —dijo con doble sentido el eunuco sin duda enterado de la decisión del emir con respecto a su descendencia; pero dando a entender que sus palabras iban dirigidas a la mujer por su jefatura en el harén de palacio.

—Tienes una mente rápida y una lengua aún más rápida y venenosa. De haber nacido serpiente seguro serías de las más ponzoñosas y letales —comentó la mujer asiendo sin embargo al eunuco por un brazo y adecuando su paso al de él—. Pero dejemos nuestras demostraciones de ingenio Nasr —comentó con voz melosa Tarub.

—Estoy a su disposición mi señora. —Respondió algo sorprendido el eunuco por el cambio en el tono de la mujer.

—Dime Nasr, tú procedes como yo del pueblo, de una familia que te entregó al harén cuando eras un niño. Empezaste siendo un don nadie y mírate ahora, el fatá preferido del emir. Eres más rico y tienes más poder e influencia que nadie en al-Ándalus, salvo por supuesto el emir.

—Tampoco le ha tratado mal la vida a mi señora. De hecho tenemos muchas cosas en común. Los dos hemos medrado a partir del harén.

—Si, viejo amigo, somos muy parejos en muchas cosas, por ello es por lo que me atrevo a preguntarte algo íntimo y personal que espero quede entre nosotros —dijo casi susurrando acercando su cabeza a la del fuerte eunuco.

—Sabido es que mi hombría está cercenada desde niño y que no he conocido nunca mujer ni sabría qué hacer con ella, por lo que me intriga que es eso tan íntimo que queréis preguntarme.

—Con respecto a eso de que no has conocido mujer, tú, como eunuco del harén de Córdoba, es muy posible que nos conozcas más que muchos hombres con los atributos puestos en su sitio. Y si te tengo que ser sincera, en más de una ocasión he creído verte observar con demasiado detenimiento a alguna de nosotras mientras nos bañábamos —dijo de forma conspiradora.

—Mi señora, sin duda sería porque temía que quizás resbalara alguna muchacha en los baños. Esos mármoles, cuando están húmedos, han provocado más de un accidente. —Se excusó el eunuco mientras un sudor frío le recorría la espalda. ¿Tan evidente era su fascinación? ¿Tan notorios eran sus desvaríos pensando en cómo sería poseer a una de esas mujeres? En el futuro debería conducirse con más prudencia. Sí, seguía siendo eunuco; pero también seguía sintiéndose hombre.

—Tranquilo Nasr —comentó la mujer consciente de la turbación del castrado—. Ya te dije que este asunto es personal y quedará entre tú y yo.

—Soy todo oídos, mi señora.

—Dime, ahora que estás donde estás. Ahora que eres uno de los personajes más poderosos del reino. ¿Qué te queda por hacer? ¿A qué puedes aspirar? —Aquí la mujer hizo una pausa para que Nasr pensara en lo que le había preguntado.

—¿No te has parado a pensar que no somos personas normales? ¿No crees que, dado que nunca seremos libres de nuestro origen común, sería una pena conformarnos con lo que hemos conquistado hasta ahora? —prosiguió la favorita.

—Mucha gente nos envidia, mi señora. —Dijo Nasr sin saber a donde quería llegar Tarub.

—Sí, mucha gente. Gente rastrera e incapaz de ver más allá del puesto que

tenemos y de lo ricos que somos. Pero tú y yo somos distintos. Conocemos todas las vilezas humanas, sabemos manejarnos por las intrigas palaciegas, hemos apeado o eliminado a nuestros competidores en el camino.

—¿Eso lo decís por aquella muchacha que tristemente cayó por la balconada del harén? —preguntó con malicia el eunuco consciente de que Tarub había visto a esa nueva muchacha demasiado bonita y decidida para que el emir la conociera.

—Nasr, por favor, no me lo recuerdes, que pobre chica. Sin duda tropezó con algo. Es evidente que no eligió bien el camino a seguir. —Dijo fingiendo un dolor que Nasr sabía falso.

—¿Y decís que yo soy como una serpiente letal? —rió a gusto el eunuco.

—Digo que somos iguales. Por eso me dirijo a ti. Seguro que sabes que mi hijo no será elegido sucesor de mi bien querido emir.

Nasr escuchó con atención a la mujer. Ahí estaba el tema por el que «casualmente» se habían encontrado por los pasillos.

—Efectivamente, Mohamed, el hijo de Al-Shifá, es el favorito —contestó el eunuco muy seguro y curioso de a donde quería llegar Tarub.

—Es duro para una madre ver que un hijo está a las puertas de algo y no puede acceder.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con asombro Nasr.

—Nada. Solo eso. Que me gustaría que mi hijo, tuviera alguna oportunidad.

—Para eso, tendría que desaparecer Mohamed.

—Ya, una utopía. —Dijo resignada la mujer.

—¿Qué estás pensando Tarub?

—Pensaba en cómo podría cambiar la cosa en caso de que Mohamed no existiera. Mi hijo Abdallah podría ser emir algún día.

—Es aún pequeño tu hijo, mi señora y no depende solo de que falte Mohamed, la voluntad del emir podría colocar a otro de sus numerosos hijos en el trono. Recordad que su prole de varones pasa de los cuarenta hijos.

—Sí, es cierto. Aún es muy pequeño mi Abdallah, si accediese al trono porque su padre faltara, no sería yo, una pobre mujer, la que pudiera defenderlo y enseñarle los deberes del emirato. Allah sabe que mi hijo precisaría de un regente que durante su infancia gobernase en su nombre.

Nasr escuchó interesado. Ahí es donde quería llegar esa mujer. Tarub prosiguió hablando mientras observaba complacida el brillo en los ojos que acababa de despertar en el emasculado.

—Allah lo proteja durante largo tiempo; pero mi bien querido Abderramán ya no es un hombre joven. Ciertamente es un portento de vigor; pero el tiempo es inexorable y una infección o una enfermedad nos puede llevar a cualquiera.

—Por favor, dejar de dar rodeos. Exponerme vuestras ideas sin más —dijo impaciente Nasr.

—Verás. Solo quería pedirte, por la amistad que nos tenemos desde hace mucho

tiempo, que en el hipotético caso de que faltasen Abderramán y Mohamed, si fuese nombrado mi hijo Abdallah emir de al-Ándalus, fueses tú Nasr Abu I-Fath su protector y tutor, y ejercieses el poder mientras fuese necesario por su edad temprana.

—Ja, ja, —rio el eunuco—. Muchas variables. Deben morir tanto el emir como su heredero y después ser elegido tu hijo.

—Con un hombre tan capaz como tú protegiéndole y regentando el control del emirato, pocos en Córdoba le negarían ese derecho que tiene por nacimiento.

—Ese sería el ascenso supremo de los dos. ¿Verdad? Tú serías la madre del emir de al-Ándalus.

—Cierto Nasr, y tú ascenderías a regente. ¿A qué más podrías aspirar? —El eunuco quedó pensativo unos instantes. Nunca había pensado en la regencia del emirato. Un eunuco nunca podría ser emir; pero sí gobernar como tutor mientras el emir designado no tuviera edad suficiente para hacerlo. Además Abdallah no era ninguna lumbrera, era un niño más bien flojo y torpe que podría ser manejado sin problemas por un maestro capaz y autoritario.

Cambiando de tema —dijo la mujer súbitamente—. Es una tontería, pero ahora que me acuerdo, en el harén hay una mujer que me consta te mira a ti, como tú mirabas a las bañistas. Si quieres, dado que el emir no la echará en falta, la puedo pasar a tu servicio personal. Siempre es bonito tener al lado de uno a alguien que te aprecie, y como estás libre de sospecha de actuar en contra del harén... —dejó la frase en el aire mientras apretaba el paso—. Y ahora que me acuerdo, debo marcharme, estoy descuidando a mis chicas del harén. Me alegra haber hablado contigo Nasr, eres uno de los pocos hombres del emirato que pienso me comprende.

Y se apartó del eunuco contoneándose segura de sí misma mientras se dirigía a sus aposentos.

Nasr quedó quieto mirando la estilizada figura que se adivinaba debajo de las costosísimas sedas que la vestían. Sintió, en lo más profundo de sus pensamientos, que había sido envenenado con uno de los más potentes venenos que existen, la dialéctica al servicio de la ambición.

—Con razón —pensó— Tarub quiere decir hechicera.



## XXIII

UN gran río les recibió. Según un prisionero que habían capturado en la ciudad de Cádiz, les conduciría, aguas arriba, hasta la riquísima ciudad de Sevilla. El nombre del río era de difícil pronunciación para los hombres del norte. El Guadalquivir se mostró ante ellos con aguas calmas y profundas en su desembocadura. Los márgenes eran fértiles y frondosos. Los vikingos remaban acompasadamente remontando el gran río; pero sin los apuros que provocan los ríos pequeños y rápidos. La enorme flota llenaba el cauce y asaltaba a las embarcaciones que se encontraron en contra, casi todas de pescadores y comerciantes.

Rieg, al timón en uno de los barcos punteros en la flota, vigilaba que las aguas no tuvieran rocas o bajíos escondidos. Ivar en la proa del barco le indicaba si veía algo, aunque por el momento no era así. La profundidad del río era bastante más de la que necesitaban los pequeños y ágiles barcos vikingos y, según le pareció al muchacho, debía cubrir varias veces a un hombre en su parte central.

El prisionero acompañaba a Ivar. Pese a que no era marino, había viajado en numerosas ocasiones por el gran río. Puesto que Ivar era el único que hablaba su lengua, le acompañaba como guía sin perder su calidad de prisionero.

El hombrecillo se llamaba Abdul. Ivar lo veía como un hombrecillo ya que prácticamente le sacaba dos cabezas. De unos cuarenta años, tenía Abdul una mirada torva y desconfiada, aunque quizás en sus circunstancias Ivar tendría la misma, pensó sonriendo el muchacho. Además parecía un pájaro enjaulado, no paraba quieto ni un instante pasando su peso de un pie al otro de forma continua y lanzando rápidas miradas a un lado y al otro de los márgenes del río.

—¿Estás preocupado por algo Abdul? —preguntó divertido Ivar—. No creo que nadie te vea en la cubierta del barco desde la orilla. Y en todo caso no tendrías que temer nada, más bien al contrario.

Ivar se sentía seguro. Siempre era un riesgo remontar un río desconocido; pero en esta incursión el tamaño descomunal de la flota descartaba un peligro inmediato. De todas formas, cinco arqueros por barco vigilaban las orillas más próximas a cada embarcación. Algún campesino apareció aquí y allá mirando con cara de sorpresa el avance de los vikingos por el agua; pero evidentemente no resultaban un peligro para nadie.

De pronto divisaron una isla en medio del gran río. Abdul la llamó Qabtil, luego supieron que era conocida como la isla menor, señalando un lado de la misma les indicó en dónde se hallaba un pequeño embarcadero.

Los vikingos remaron con fuerza hasta llegar a la pequeña rada y, embistiendo contra la orilla embarrada, saltaron los primeros guerreros a tierra.

Ivar los observó adentrarse en la isla. Poco a poco, otros barcos les imitaron y al

final una gran turba de vikingos asoló fácilmente la isla y a los pocos defensores que osaron interponérseles.

Rieg se acercó al muchacho.

—Es un buen sitio para establecer una base. Se puede defender bien con pocos hombres al ser una isla. Además ¿quién va a venir por el río? —dijo con una de sus eternas carcajadas.

Lo cierto es que mirando el río apenas se veía el agua. Los drakars se agolpaban unos contra otros a decenas. Los guerreros cruzaban hasta cuatro barcos para poder llegar a tierra firme. Era todo un espectáculo.

Efectivamente, tras la fácil toma de la isla, se estableció en ella una base que les permitiría transportar a los prisioneros para alojarlos hasta que partieran de esas latitudes. Uno de los mayores beneficios que obtenían los vikingos era el que sacaban por los prisioneros. Paradójicamente, serían los propios musulmanes del norte de la vecina África los que les comprarían la mercancía humana para destinarlos a la esclavitud. Era algo curioso que no dejaba de asombrar a Ivar.

Tras interrogar a Abdul, Ivar informó al consejo de jefes tribales que comandaban la expedición de la existencia de un pueblo previamente a la llegada a la ciudad de Sevilla. Se trataba de Coria del río. Para su conquista, y a modo de exploración, se envió a cuatro navíos.

Llegaron a la población, desembarcaron y la arrasaron capturando a todos los habitantes que encontraron y que no habían perecido en los pocos combates que se desarrollaron.

Interrogando a otros prisioneros, Ivar informó que los comentarios de Abdul eran ciertos y que la ciudad de Sevilla quedaba a pocas leguas río arriba. Así mismo comentó que todos coincidían en la riqueza y el poderío que exhibía la gran ciudad.

La noticia corrió como un galgo entre los guerreros vikingos que ya se imaginaban tomando la ciudad y engalanados con ricos ropajes y vasos de oro. Ivar estaba por su parte muy nervioso, él, como muchos otros guerreros de la expedición, nunca había visto una gran ciudad y mucho menos había participado en una viking en gran escala como la que estaban llevando a cabo.

Sevilla dormía sin saber que al amanecer de la mañana siguiente más de ciento cuarenta barcos cargados de guerreros iban a invadir la ciudad.

## XXIV

**A**MANECÍA cuando Marco y Ahmed acompañaban a Amín, el albéitar de Sevilla, camino de las cuadras de este. Marco había prometido enseñarle el arte de herrar un caballo y por ello había mandado llamar a Ahmed. Ya casi llegaban a los establos cuando escucharon un griterío que parecía proceder de la parte baja de la ciudad que lindaba con el río. Sin visibilidad del curso del agua, no adivinaron qué era lo que pasaba y no le dieron mayor importancia.

—A veces hay disturbios con los cristianos que moran en la ciudad. Abderramán les ha endurecido la vida por culpa de el Alfaquí y de vez en cuando se producen detenciones por pequeñas rebeliones. Seguro que ese es el motivo del jolgorio — explicó el albéitar.

—Vayamos a lo nuestro pues —comentó Marco mientras entraba en la casona que hacía las veces de cuadras.

Una fragua ya encendida les esperaba en un patio central. Ahmed se dirigió de inmediato con sus herramientas hacia ella. Marco acompañaba al albéitar explicándole paso a paso el trabajo que con gran precisión y maestría iba realizando Ahmed.

Durante media mañana estuvieron en la gran casa herrando caballos. El griterío parecía aumentar a medida que pasaban las horas; pero entusiasmado como estaba por lo que estaba viendo, Amín le restó importancia argumentando que pasara lo que pasara, dentro de la casa estaban a salvo.

—Claudia estará segura también en mi casa. Tengo cinco siervos de toda confianza que saben defender la vivienda, así que no te preocupes Marco. — Tranquilizó a su invitado.

Marco, ciertamente estaba inquieto por la posibilidad de que los disturbios llegaran a la casa del albéitar en donde había dejado a Claudia con el pretexto de poder así hablar en privado con Ahmed sin que a este le resultara violento al estar la muchacha presente.

Pararon a comer y, como el griterío no cesaba, el albéitar decidió acercarse a ver que sucedía, dejando a Ahmed y a Marco solos delante de un asado de cordero.

—Ahmed, quiero hablar contigo de hombre a hombre. Espero que no me consideres tu amo, es una cuestión personal que tiene que ver con los sentimientos, por lo que espero que seas sincero conmigo sin tener en cuenta las diferencias de clase que nos separan.

Ahmed dejó de comer de inmediato. Se vio sorprendido por lo que acababa de decirle Marco, su amo, aunque él mismo le había apeado el tratamiento. ¿Habría notado su amor por Claudia?

Marco prosiguió con su discurso.

—Ahmed, Claudia me ha pedido que hable contigo y yo mismo casi me maldigo de no haberme parado a pensar antes en esta cuestión. Los preparativos del viaje me han entretenido demasiado y, no te lo negaré, las mujeres son mucho más sensibles en estos temas. Menos mal que ella me ha abierto los ojos.

Ahmed no se lo podía creer. Había sido la muchacha la que había insistido en la entrevista. Ya se veía encumbrado como miembro de la familia de Marco.

—Es una cuestión delicada que me costaba trabajo comentarle, amo —se maldijo a sí mismo por ese «amo» servil que se la había escapado. Eran demasiados años acabando las frases así para ahora dejar de decirlo.

Marco sonrió viendo además la turbación de Ahmed. A continuación componiendo un rostro serio continuó hablando.

—Ahmed, tu reciente viudedad debe haberte dejado sumido en el más hondo de los dolores, y de verdad, tanto Claudia como yo, compartimos tu pesar y agradecemos tu voluntad de acompañarnos en este viaje y lo valoramos en lo que cabe.

—Gracias Marco —se atrevió a contestar Ahmed dando ese paso que nunca había creído poder dar de tratar a su amo como a un igual—. Nunca pensé en dejar de hacer mi oficio donde me necesitaran. Quedarme en casa no me hacía ningún bien. No podré recuperar a mi esposa, por lo que es mejor seguir con mi vida —dijo lo más dignamente que pudo no sin evocar con deleite como expiraba Fátima bajo el cojín.

—Sé que es duro quedarse solo en la vida, yo mismo lo sufrí en mis carnes hace ya muchos años. Por ello, porque sé cómo se sufre, me parece digno de elogio tu predisposición a seguir con tu vida. Y créeme, eres joven y tienes un trabajo reconocido por el mismísimo Abderramán como maestro herrador. Hazme caso, deberías volver a casarte. Por supuesto cuando creas que estás preparado. No hay prisas.

Ahmed creyó ver en bandeja de plata una insinuación en las palabras de Marco, por lo que se envalentonó para dirigirse a su amo.

—Marco, nunca me hubiera atrevido a hablarle así antes de oír sus palabras. Cierto es que Fátima aún está muy presente por el poco tiempo que ha transcurrido desde su muerte; pero como muy bien dice, la vida debe seguir. Evidentemente este viaje es la mejor decisión que he tomado nunca. Esta conversación es la prueba. Y sobre todo el haber despertado en su hija, en Claudia, unos sentimientos tan afines a los míos.

Marco, oyendo el atropellado discurso de Ahmed, no alcanzaba a entender del todo lo que el herrador le estaba diciendo, aunque no le había gustado la referencia a Claudia. El herrero continuó.

—Quizás sea un error dejar pasar más tiempo, así que aprovechando la ocasión de que estamos solos quiero aprovechar para pedirle a Claudia en matrimonio.

Marco se quedó helado. ¿Cómo había evolucionado la conversación hasta estos extremos? ¿Cuándo le había dado tanta confianza a Ahmed cómo para que este se

atrevera a pedirle la mano de su hija? Por favor, ¡si hacía solo diez días de la muerte de Fátima!

Ahmed, estudió la reacción de Marco y no le gustó la cara de sorpresa y desconcierto que encontró en ella. Estaba muy claro, el mismo Marco le había animado. ¿Por qué se levantaba tan súbitamente con la mirada perdida?

—Ahmed, no sé en qué momento te he hecho concebir esperanzas; pero desde luego no era mi intención que pensaras que te estaba ofreciendo a mi hija en matrimonio —dijo de forma seria.

Ahmed, que se había levantado a su vez, escuchaba horrorizado las palabras de Marco. ¿Cómo había sido tan estúpido para pensar lo que había pensado? Pero, por otro lado, las palabras de Marco aún resonaban en su cabeza. Eran palabras que le alentaban a hacer lo que había hecho. Un profundo sentimiento de vergüenza junto con odio fue creciendo dentro del herrero, sentimiento que tardó poco en convertirse en una ira y rabia infernal.

En ese momento entró Amín a la carrera.

—¡Corred amigos, están invadiendo Sevilla!

## XXV

CLAUDIA no entendía qué estaba pasando. En las calles el revuelo era general. En la casa los siervos del albéitar se habían armado con espadas y procedían a tapar ventanas y a reforzar puertas. La gran casa podía así quizás resistir un asedio, ya que sus muros de adobe y piedra eran anchos y estaban bien cuidados.

Ibrahim, jefe de los siervos del albéitar, dirigía las operaciones de forma práctica y ordenada. Claudia, pese al miedo que esta nueva situación le provocaba, se sentía segura en la casa, temiendo solo por la suerte que hubiera podido correr su padre.

¿Cómo era posible que estuvieran invadiendo Sevilla? La marca, la línea que separaba el Reino de Asturias de al-Ándalus, estaba a muchas leguas, a varias jornadas de distancia. Además, se hubiera sabido de antemano de haberse producido un avance tan notorio en el frente. No, no podía ser eso. Pero entonces ¿qué pasaba?

Cierto es que había ocasionalmente revueltas de los cristianos que no toleraban la rígida vida que les imponía el emir; pero parecía demasiado caos el que reinaba en la ciudad para tratarse de una simple revuelta.

Pese a que Ibrahim había confinado a las mujeres de la casa en una habitación baja en la zona del patio central, Claudia quiso enterarse de que pasaba en la calle y se dirigió al primer piso de la casa para asomarse por uno de los balcones de la misma. La gente chillaba y corría despavorida huyendo hacia la parte alta de la ciudad. Parecía que escapaba del río. Decidió subir hasta la terraza superior en donde encontró al sirviente convertido ahora en capitán de los defensores de la casa. Ibrahim se volvió nervioso con la espada en la mano al oír pasos tras él.

—Mi señora, debe bajar con las demás mujeres —dijo apremiante.

Claudia se acercó al borde de la terraza y divisó un aterrador panorama. Cien hogueras vertían humo al luminoso cielo sevillano. Pero lo que más sorprendió a la muchacha fue la visión del río. Una miríada de navíos llenaban el cauce y aún llegaban más barcos remontando el río. Eran embarcaciones pequeñas en las que se divisaba una horda de guerreros vociferantes que nada más tocar tierra o algún otro barco de los ya atracados, corrían armas en mano hacia las calles de la ciudad.

En ese momento, a los pies de la casa se escucharon gritos en una lengua que Claudia no había oído nunca. Unos guerreros aparecieron por una esquina de la calle. Vestían tan solo una especie de taparrabos y mostraban su torso desnudo e imponente mientras vociferaban consignas que solo ellos comprendían.

Una pequeña tropa de soldados de la ciudad apareció al otro lado de la calle. Comandados por un oficial hicieron una carga contra los desarrapados invasores. A Claudia un henchido orgullo le permitió aventurar un grito de aliento hacia los defensores de la ciudad. En ese momento, uno de los guerreros invasores, un gigante rubio como el sol, escuchando el grito, dirigió su mirada hacia Claudia. Aún desde la

altura de dos pisos en la que se encontraba la muchacha, pudo verle los ojos azules y claros. El guerrero, mirándola, sonrió mientras sacaba una enorme hacha que portaba en su espalda. Pareció saludarla antes de que con un ronco alarido se lanzara a por los soldados.

Sus compañeros le siguieron aullando a su vez. Los soldados, superiores en número, avanzaban con sus largas lanzas apuntando a los cada vez más cercanos vikingos.

Claudia vio con espanto y fascinación al gigante rubio lanzarse el primero en una carrera casi suicida contra las lanzas que le aguardaban. Cuando apenas restaban tres pasos para el inminente choque, arrojó la pesada hacha que portaba contra los soldados, provocando que tres de ellos se apartaran de la trayectoria de esa tremenda arma que volaba hacia ellos. Un cuarto no tuvo tanta suerte y encajó el brutal golpe del hacha de dos filos con el torso. El gigante rubio entretanto aprovechó el hueco generado por su hacha para lanzarse como una máquina de matar sobre los aturdidos soldados. Con un devastador golpe con su escudo redondo, aplastó la cara de un soldado que intentaba recuperar la posición de defensa que había abandonado al esquivar el hacha asesina. Un segundo soldado rodó por el suelo empujado por la fuerza inhumana del agresor que se había lanzado contra el grupo.

En ese momento los otros vikingos también llegaron a contactar con los soldados. Pese a ser algo menos de la mitad en número que los defensores, tras ese primer contacto, el número quedó igualado. Tal fue la fuerza del envite de los invasores, que diezmaron a los soldados desde el primer momento. El oficial defensor trataba en vano de impartir órdenes a sus hombres que simplemente luchaban para tratar de salvar sus vidas. El mismo oficial comprobó cómo uno de los vikingos se lanzaba en su contra tras rebasar la zona del combate. El soldado pareció cobrar fuerzas y, plantándose bien en el suelo, arrojó su lanza contra el enemigo que vociferante se le acercaba. La lanza se clavó con fuerza en la clavícula del invasor; pero increíblemente, pese a que el impacto le había hecho trastabillar, el vikingo se irguió y mientras soltaba una horrible carcajada, se extrajo la punta de la lanza del cuerpo y volvió al ataque anterior.

Claudia quedó horrorizada. Aquel hombre, desnudo prácticamente, chorreaba sangre desde la terrible herida que la lanza le había provocado y sin embargo, despreciando el dolor, se lanzaba aún con más fuerzas al combate.

El oficial no se sobrepuso a la escena que acababa de presenciar. Ese hombre, malherido por el impacto de la lanza, no solo no se quejaba, sino que reía de forma horrorosa mientras le atacaba. Quedó helado por el terror, los invasores eran seres sobrehumanos, monstruos inmortales. En estos pensamientos estaba cuando su cabeza rodó por el suelo.

Claudia volvió a gritar, esta vez de terror. La lucha había terminado con un saldo terrible a favor de los invasores. Más de una decena de cuerpos aparecían en el suelo, y todos ellos eran los de los soldados. Tan solo un vikingo resollaba de rodillas

mientras una herida horrible dejaba sus vísceras al aire. Sus compañeros se reunieron a su lado y tras una breve conversación entonaron un feroz grito:

—¡¡Valhalla!!

Tras el cual, el gigante rubio cortó la cabeza al moribundo. Extrañamente, a Claudia le pareció que el moribundo sonreía a su verdugo mientras bajaba el hacha. Tras la horrorosa escena, el gigante rubio dijo algo a sus compañeros que, mirando hacia la puerta de la casa, comenzaron a golpearla con sus hachas para derribarla.

Ibrahim ya volaba hacia abajo para organizar la defensa. En la casa los gritos fueron ganando intensidad. Claudia, sola en la azotea, observó impotente cómo los vikingos por fin rompieron la puerta y penetraron en la vivienda. Los siervos iniciaron una pobre defensa que fue rápidamente desarbolada por los guerreros del norte. Cuatro de los defensores, entre ellos Ibrahim, yacían en el suelo del patio sin vida. El quinto se rindió y fue conducido por los invasores al grupo de las mujeres.

En esos momentos Claudia escuchó unos pasos tras ella. El gigante rubio la miraba desde su imponente estatura y exhibía esa sonrisa que ya había visto cuando estaba en la calle.

—Hola muchacha —dijo Gunrod con un marcadísimo acento germánico.



## XXVI

**N**ASR fue llamado con urgencia al palacio del emir. El eunuco no recordaba una premura de tal calibre. Cuatro soldados habían llegado a su palacete y, desechando toda cortesía, habían abrumado de tal forma al mayordomo que este se le había presentado llorando.

—Perdone mi irrupción en sus aposentos, Fatá —se había disculpado el mayordomo mientras entraba en las habitaciones de Nasr con dos de los soldados.

Los soldados se dirigieron hacia él sin ninguna pompa. Eran bereberes de la Guardia personal de Abderramán II por los uniformes que portaban. Abderramán siempre prefirió una guardia personal de soldados extranjeros que solo le obedecían a él. El que parecía estar al mando se adelantó y con un marcado acento le habló en romance, dado que Nasr, y eso se le echaba en cara constantemente por sus enemigos, no hablaba el árabe con fluidez.

—Nasr Abu I-Fath, debes acompañarnos de inmediato ante la presencia de la luz del día, el emir Abu I-Mutarraf Ab ar-Rahman ibn al-Hakam —dijo de forma violenta en un tono que delataba que no admitiría ninguna demora.

—Vayamos pues capitán, no hagamos esperar al emir —dijo el eunuco mientras se dirigía a grandes zancadas hacia la puerta.

Al llegar a palacio un revuelo considerable reinaba en las caballerizas. Aquí y allá entraban y salían mensajeros al galope. Nasr se encaminó a buen paso a la sala de audiencias siempre escoltado por el capitán.

—Nasr, vamos, acércate. —Dijo Abderramán en cuanto le vio llegar.

El emir estaba con tres de sus consejeros y un hombre que por el polvo que llevaba en sus vestiduras era evidentemente un mensajero.

—Nasr, este buen soldado, acaba de comunicarnos que Sevilla está siendo atacada.

—¿Sevilla? —preguntó incrédulo el eunuco—. Mis espías en la marca me hubieran avisado hace mucho tiempo de tal invasión.

—Al parecer llegaron ayer desde el río —dijo uno de los consejeros— y han cogido por sorpresa a la guardia de la ciudad. Se combate por las calles; pero el gobernador de la ciudad ha huido y Sevilla prácticamente se ha perdido.

A Nasr le daba vueltas la cabeza. El reino de Asturias no estaba en su mejor momento para atacar una ciudad tan alejada de sus posiciones como Sevilla. Además no contaba con ninguna flota, al menos que él supiera. Nunca habían tenido ningún interés por el mar. Tenía que haber otra explicación.

—¿De qué fuerzas disponemos para enviar inmediatamente a Sevilla? —Preguntó el emir.

—Nuestro principal contingente está en la marca, mi señor. Aquí en Córdoba

apenas disponemos de la guardia de la ciudad y su guardia personal. Y esos soldados deben permanecer en Córdoba en previsión de que el enemigo decida atacarla. —Dijo el comandante de la guardia del emir.

—Pues tenemos que recuperar la ciudad de inmediato —rugió Abderramán.

—Mi señor —dijo Nasr, entrando en la discusión—. Lo primero es saber quién es el enemigo que nos ataca. Si se trata de un ejército extranjero, si enviamos a la guarnición de la ciudad, dejaremos Córdoba desprotegida, con lo que una hipotética derrota, entregaría también la ciudad. Por otro lado, si el atacante es el Reino de Asturias, puede que sea una maniobra de despiste para que desplacemos soldados de la marca y así avanzar ellos en la frontera. En este caso, el ataque a Sevilla lo habrá protagonizado un pequeño contingente de enemigos que no podrán mantener la ciudad por mucho tiempo.

—¿Qué propones entonces, mi fiel Nasr?

—Necesitamos información. Enviaré mensajeros de inmediato a Sevilla. Debemos descubrir quién es ese enemigo. Por otro lado, enviaré orden a mis espías en la marca para que me informen de cualquier cambio que hayan visto se produce en las filas de los cristianos. En caso de que sea un enemigo extranjero y no veamos relación con el reino cristiano de Asturias, haremos una leva y traeremos soldados de la marca para retomar la ciudad.

—¿Cuánto tiempo puede llevar esa operación? —preguntó el emir.

—Mi señor, no menos de un mes.

—¿Y qué pasará con Sevilla mientras tanto?

—Deberá defenderse sola.

—Comenzad pues de inmediato. Nasr, tienes el mando absoluto. Organiza lo que sea necesario, quiero poder pisar las calles de Sevilla en un mes.

## XXVII

Los hombres se habían armado con los útiles que habían encontrado en los establos. Los siervos portaban horcas y palos. Amín y Marco empuñaban las dagas que solían llevar encima. Ahmed prefería su martillo de herrador. En sus enormes manos, era un arma terrible. De todo el grupo, era el único que imponía respeto por su tamaño y fuerza.

—Venid por aquí, hay una puerta de la ciudad en esta dirección —dijo Amin.

—Pero la casa está en el otro lado de la ciudad. —Protestó Marco pensando en Claudia.

—Mis hombres ya habrán salido de la casa con tu hija. No tiene sentido ir a la lucha, los invasores vienen del río. Si volvemos a la casa tendremos que luchar y no vamos bien armados.

—Es mi hija. —Dijo Marco mientras se lanzaba a la carrera hacia la casa de Amín.

Ahmed, se vio de improviso entre dos aguas. Por un lado, su instinto de supervivencia le decía que huyese con Amín. Por otro, sería una oportunidad única acompañar a Marco para demostrarle su fidelidad y así hacerse merecedor de la mano de Claudia.

—Voy con mi amo. ¿Dónde podemos vernos después?

—Tengo una hacienda a tres leguas en dirección Córdoba. —Respondió el albéitar—. Ismail os acompañará. —Dijo mientras con la cabeza indicaba al siervo que les guiara.

—Allí nos veremos —dijo Ahmed partiendo a la carrera en pos de Marco.

Marco le adelantaba unos pasos que Ahmed e Ismail, fruto de su juventud, recuperaron en pocas zancadas. Un poco despistados por el griterío y las gentes que se encontraban huyendo, giraron en varias callejuelas antes de encontrar una referencia válida para orientarse. Cuando llegaron a la casa del albéitar se toparon con dos de los invasores que salían del interior de ella con una mujer a la que llevaban medio a rastras asida de la melena.

Uno de ellos, al verles, les arrojó una lanza que Marco esquivó por poco al agacharse en el último suspiro. Ahmed se adelantó y aprovechando que el hombre había quedado desequilibrado al efectuar el lanzamiento, le propinó un golpe con el martillo en la cara que provocó que el vikingo cayese hacia atrás inconsciente y con la nariz y los dientes rotos en mil pedazos. El otro vikingo, estorbado por la mujer, murió al acuchillarle Marco con precisión en el corazón.

Dentro de la casa se escuchaba un gran revuelo en alguna de las estancias del primer piso. Los siervos de Amín yacían muertos en el patio entre grandes charcos de sangre.

Marco se dirigió hacia las escaleras como loco buscando a su hija. Ahmed le siguió escaleras arriba, no sin antes ordenar a Ismail que les esperara en el patio. Leía el miedo en sus ojos y temía les abandonase de un momento a otro. El mismo Ahmed notaba su corazón palpitando como un tambor. La adrenalina que corría por su cuerpo le llenaba de fuerza e incluso había disfrutado del golpe que había dado al vikingo. Hasta el ruido de los huesos al fracturarse le había sobrecogido de placer.

Pero meterse en la boca del lobo era diferente. Aventurarse por la casa sin saber a cuantos enemigos habría de enfrentarse era otro cantar. Marco mientras tanto corría desafortadamente de habitación en habitación gritando el nombre de Claudia. Tan solo encontró a tres de las siervas más viejas llorando desconsoladamente.

Cuando al fin comprobó que Claudia no estaba en la saqueada casa se volvió a Ahmed.

—Se la deben haber llevado. Vayamos al puerto. Seguro la tienen presa.

—Es una locura amo, a estas alturas la habrán violado como a estas viejas cluecas —dijo Ahmed espantado por la decisión de Marco.

—¡Es mi hija! ¿Y tú dices quererla? ¡Valiente marido ibas a ser! —dijo con desprecio Marco mientras daba un empujón a Ahmed apartándolo al pasar.

Aquello fue demasiado para el herrador. Las palabras de Marco le habían herido. Lo había tratado de cobarde. Una furia asesina se apoderó de él y, alzando el martillo por encima de su cabeza, lo bajó con todas sus fuerzas sobre la nuca de Marco. El cráneo de Marco estalló salpicando sangre y sesos por la enorme fuerza del golpe. El hierro se hundió hasta lo más profundo de su cabeza, matándolo en el acto.

Ahmed se quedó respirando muy fuerte tras el criminal golpe. Miraba el inerte cuerpo de su otrora amo mientras una sensación de frenesí le embriagaba. Se sentía henchido, vivo. Ese estúpido de Marco estaba muerto si pensaba en ir al puerto a luchar él solo contra una horda de salvajes. Únicamente había adelantado ligeramente su muerte. Además no había sufrido, el golpe había sido certero e inmisericorde. Ahmed solo tuvo un pesar repasando la muerte de su amo. No había contemplado su cara al morir.

## XXVIII

**E**L navío al que se había trasladado Ivar estaba casi a rebosar de prisioneros. Tras el desembarco, los navegantes solían tripular barcos de carga para portar a los reos hasta la isla menor, isla que habían habilitado los vikingos como prisión. Ivar al ser piloto de un drakar fue cambiado a un langskip, barco de carga más grande y preparado para el transporte.

Cuando prácticamente no había una persona más en la embarcación, una voz atronadora les llamó la atención.

—Esperad. Llevaros a esta mujer y que nadie la toque, es mía —dijo Gunrod de manera autoritaria y violenta dejando bien a las claras que no se trataba de una advertencia en vano.

—No te preocupes Gunrod, te la guardaremos bien segura. De todas formas hay mujeres de sobra para todos. —Rio un viejo vikingo encargado de amontonar a los presos en el barco.

Gunrod dio media vuelta y a la carrera volvió a adentrarse en la ciudad. No se dio cuenta de que Ivar patroneaba el navío. El mismo Ivar casi no se apercibió de la presencia de su hermano hasta que lo vio correr alejándose del langskip. Fue entonces cuando, a duras penas por la ingente cantidad de quejumbrosos prisioneros que llenaban el barco, cruzó el mismo para hablar con el viejo guerrero que ya empujaba el barco para separarlo de los muelles.

—Eric. ¿Ese era Gunrod de los Berserker? —preguntó. No solía decir «mi hermano Gunrod» por prohibición expresa del Berserker, si bien casi toda la flota conocía su parentesco. Seguía con su particular cruzada contra su hermanastro, del que no quería saber nada.

—Si Ivar, me encargó le vigilara a esta muchacha para su disfrute personal —y volvió a reír grotescamente mientras con el codo le llamaba la atención sobre una chica que llorosa permanecía aovillada a sus pies.

Ivar observó a la muchacha. Tenía la cara escondida entre sus rodillas y unas manos de dedos largos y finos aparecían entre los bucles de su pelo castaño. Sus ropajes delataban una acomodada posición. Estaba claro que no era una sierva ni una esclava. Sollozaba levemente de forma silenciosa, aunque el movimiento espasmódico de la espalda la delataba.

Ivar sintió pena por la muchacha. Era increíble, tenía un barco en el cual no menos de cincuenta de los pasajeros eran prisioneros, y a él le daba pena la única muchacha que había llevado Gunrod.

Cogió el timón y, dando órdenes a los remeros, al poco ya había colocado el barco en el centro del río. La corriente a favor en esta ocasión, les llevaría lentamente pero sin esfuerzo hasta la isla.

Con el paseo por el río los sollozos generalizados que envolvían el barco se quietaron. Parecía como si los prisioneros estuvieran embobados mirando el avance del barco por las tranquilas aguas y por un momento se les hubiera ido de la cabeza el penoso trance por el que estaban pasando. Ivar se sonrió pensando que no eran conscientes de las largas jornadas de navegación que les restaban hasta llegar a los mercados de esclavos del norte de África; pero claro, eso los reos no lo sabían.

La muchacha no fue una excepción y, al poco de discurrir el barco por el río, quizás contagiada del sosiego que genera una navegación fluvial, levantó la cabeza y se interesó por el entorno.

En un momento dado, Claudia cruzó su mirada con Ivar. El muchacho sentía más curiosidad de la que quería reconocer por ver a la chica que había elegido el bruto de su hermano. Se quedó anonadado. Tenía la cara ovalada y sus rasgos eran suaves y limpios. Unos enormes ojos del color de la miel y el ámbar que los alamanes recogían en sus playas, le traspasaban su miedo y su congoja. Sus labios eran rojos, grandes y carnosos.

Tras lo que le pareció a Ivar una eternidad, la muchacha, en un gesto de pudor que la hizo aún más encantadora, bajó la mirada. Ivar estaba absorto y solo el grito de uno de los vigías que llevaba en la proa de la nave indicándole la presencia de unos bajíos, le sacó de su trance.

La mujer que había elegido Gunrod era encantadora.

## XXIX

CLAUDIA bajó del barco de prisioneros custodiada por el viejo desdentado que no paraba de reírse de forma obscena. Estaba aterrada. Desconocía el paradero de su padre aunque sabía que no la dejaría allí en manos de esos salvajes. Y eso la preocupaba, temía la reacción impulsiva de su padre, una reacción que ella había heredado y que tantas veces les empujaba a tomar resoluciones irreflexivas. Temía ese carácter impetuoso que le empujaría a querer rescatarla abriéndose paso con la espada. Lo temía porque sabía que no tendría la más mínima posibilidad. Quizás su única esperanza es que pidieran un rescate por ella. Era esa una costumbre que solía darse entre musulmanes y cristianos cuando uno de los bandos hacía prisioneros con un alto poder adquisitivo. Pero en este caso no sabía que podría pasar. Estaba claro que no eran guerreros del Reino de Asturias. Es más, no vio en los abundantes torsos desnudos de los invasores ni una sola cruz. No, estos invasores procedían de otras tierras. Su misma lengua era totalmente extraña. Parecía tener más consonantes de las normales y no se le parecía a ninguna que conociese, ni siquiera en lo más mínimo. Tan solo había escuchado hablar al gigante rubio en su idioma; pero con un acento tan marcado que le costó reconocer lo que decía.

Ese «hola muchacha», pese a la sonrisa que le acompañó cuando lo dijo, resultó ser frío y a la vez lleno de promesas de un futuro nada halagüeño para ella.

Y luego estaba el muchacho del barco. Pese a su juventud manejaba el timón de la embarcación y daba órdenes a los demás tripulantes del navío. No entendió ni una palabra de lo que decía; pero el tono no era de tirano ni de desprecio. Sí, era autoritario y todos los marineros obedecían prestos sus órdenes; pero no gritaba desafortadamente, eran voces precisas y cálidas.

Como cálidos eran sus ojos. Los más azules que nunca viera Claudia. De un azul tan intenso que te atrapaban. De hecho se quedó más tiempo de lo que una mujer mira a un hombre deslumbrada por lo que esa mirada le transmitía. Leyó curiosidad, sintió cómo la observaba y entendió que no debía temer nada de quien así la miraba. Cuando se levantó en una de las operaciones de navegación, observó su estatura impresionante. Era tan alto como el gigante rubio y muy musculado; aunque no tanto como su raptor rubio. Si lo pensaba bien, había algo familiar entre esos dos hombres. Los dos eran muy altos, un poco más que los demás guerreros invasores y los dos tenían esos excepcionales ojos azules. Pero donde solo había encontrado fiereza en uno, había quietud y calma en el otro.

En un momento dado, la separaron del grupo de los demás prisioneros. A estos los metieron en una especie de cercado como si fueran animales. A ella, por el contrario, la llevaron con otras muchachas que se refugiaban del sol a la fresca sombra de un enorme olmo.

Muchas sollozaban, otras estaban como en un trance, mirando al vacío, quizás secas de tanto llorar. Un guerrero las vigilaba aburrido en la sombra de un árbol cercano.

Pasaron varias horas durante las cuales no comieron ni bebieron nada. El calor se amortiguaba por la llegada del atardecer; pero la sed acumulada las acometía con violencia. Poco a poco, el grupo de chicas de debajo del árbol había ido creciendo con la continua llegada de barcos. Si Claudia tenía alguna esperanza de que la hubieran apartado para pedir un rescate por ella, estas se esfumaron al comprobar que sus compañeras de presidio eran de origen variopinto. Había tanto moras como cristianas, esclavas y señoras, campesinas y mujeres de su casa. Solo había un denominador en común, eran todas jóvenes y bonitas.

Claudia, al darse cuenta de este hecho, lo acogió con una frialdad que la sorprendió. Quizás, en lo más profundo de su ser, sabía que su destino al ser hecha prisionera era ser esclavizada por un salvaje como el gigante rubio. Ojalá pereciese en la batalla, ojalá una espada se adentrase un palmo en ese pecho enorme.

La sed le nublabla la razón. Puede que lo viera todo más negro por culpa de esa sequedad que hacía que le costase tragar la casi inexistente saliva que segregaba.

En ese momento le vio. Era el navegante que la había conducido a la isla. Caminaba como distraído, mirando de cuando en cuando hacia la zona en donde los otros prisioneros empezaban a atestar el cercado.

En un impulso en parte fruto de su sed, en parte fruto de su naturaleza impetuosa se dirigió al alto marino.

—¡Por favor! —gritó para hacerse notar por encima de los sollozos de sus compañeras—. ¡Tenemos sed!

Lo repitió tres veces porque el navegante no parecía darse cuenta. Al fin, el muchacho giró la cabeza hacia el árbol en el que estaban las mujeres. Con paso firme se aproximó al guarda que indolente dormitaba ajeno a la algarabía de las prisioneras. Le dijo algo en esa lengua tan complicada que usaban, tras lo que el guarda se levantó y se fue. Después se acercó a Claudia que lo miraba sin recelo con la esperanza de hacerse comprender.

—Por favor mi señor —dijo humildemente y muy despacio ya sin gritar porque el navegante estaba a pocos pasos de ella—. Tenemos sed. Queremos agua. Agua —dijo mientras hacía el gesto universal de llevarse la mano a la boca a modo de estar bebiendo.

—Enseguida os traerán agua —dijo con voz calma y suave el vikingo.

Claudia casi se cayó hacia atrás al escuchar al invasor. Había hablado en lengua romance y prácticamente no tenía acento. Sí, tenía el acento de los cristianos del reino de Asturias; pero no el deformado por su propia lengua que tenía el gigante rubio.

—¡Entendéis mi idioma! ¿Procedéis acaso de los reinos cristianos? —preguntó alborozada Claudia.



Necesitaba tanto poder conversar acerca de su destino con alguien que casi creyó iba a romper a llorar de alegría. La incertidumbre de su suerte la reconcomía tanto como la sed. Además, si el navegante era cristiano, quizás pudiese negociar un rescate.

—Soy danés, como el resto de mis compañeros. —Dijo con ese tono calmado de voz que parecía envolverle—. Me llamo Ivar.

Claudia volvió a dirigirse al vikingo.

—¿Qué va a ser de nosotras?

Ivar dirigió la mirada hacia sus pies. No le resultaba fácil hablar de eso.

—Habeis sido apartadas de los demás prisioneros porque los berserker os reclamarán esta noche cuando vuelvan de la ciudad.

Claudia se llevó una mano a la boca con horror. Pese a que conocía en lo más íntimo de sí misma cual era su destino, el escucharlo de la boca de Ivar era una noticia demoledora.

—Por favor Ivar, no dejes que me hagan daño. —Lloró la muchacha mientras se echaba a los pies de Ivar.

Ivar, azorado, la ayudaba a levantarse cuando una voz atronó a su espalda.

—Tienes que estar siempre en mi camino ¿verdad hermanito?

Gunrod les miraba con cara de odio.

## XXX

No se puede decir que no disfrutara de la mujer. Era bonita y estaba bien formada. Realmente hubo momentos en los que lo pasó bien. Pero todo se venía abajo cuando pensaba en la escena de ver a Ivar con la muchacha que había elegido para que le acompañara en la cálida noche sevillana. ¿Por qué siempre tenía que encontrarse a su hermanastro en medio? ¿Cómo se torcía siempre todo a favor de él? ¿Qué dioses le ayudaban? ¿Freyja, la diosa de la fecundidad y del amor? En cambio a él, al berserker más formidable de la flota. ¿Qué diosa le acompañaba? Sin duda la hija de Loki, Hel, la maldita diosa de los muertos.

Quizás debió quedarse con la muchacha que había elegido; pero su rabia y su desprecio hacia todo lo que tocara Ivar hizo que eligiera a otra que se encontraba justo detrás de ella.

—¡Que se quedara él esa gimoteante mujer! —dijo en voz alta para nadie.

Había dormido poco por los excesos con la bebida, el cansancio acumulado y el sexo practicado repetidamente con la muchacha; pero sobre todo pensando en lo mucho que odiaba a Ivar.

Amanecía en el río cuando Haakon reclamó su atención en ese momento. Llamó a reunión a los berserker que atestaban el barco y les habló de su misión.

—¡Sevilla es nuestra! —gritó enardeciendo a los hombres—. Esta noche se ha quedado vacía. Ya tenemos prisioneros suficientes como para llevar un buen botín.

Los hombres volvieron a prorrumpir en gritos alborozados.

—Me informan —continuó— que solo quedan encerrados en una mezquita unos cuantos viejos y mujeres. Tenemos que ocuparnos de ellos y después podremos saquear la ciudad como solo nosotros sabemos —gritó acabando su discurso con una bronca carcajada—. ¡La quemaremos con esos viejos dentro y luego saquearemos la ciudad casa por casa! —anunció.

Los berserker aplaudieron la declaración de intenciones de Haakon. El grupo, medio drogado y con la adrenalina corriendo a raudales por su torrente sanguíneo no dudó en seguir a su jefe cuando saltaron a tierra.

Gunrod en cambio esta vez prefirió guerrear como un vikingo más, de todas formas no se esperaba verdadera resistencia de cuatro viejos infelices atrincherados en un templo. Por ello no probó la cerveza adulterada.

Llegaron a los pies de la mezquita. Varios vikingos permanecían cerca de ella bebiendo y comiendo. Los berserker encabezados por Haakon llegaron al pie del templo. La sólida mezquita alzaba altiva un minarete desde el que un anciano llamaba a oración en ese momento con una especie de cántico.

Haakon escupió y lanzó una maldición mientras contemplaba al anciano desde el suelo. Ordenó prender unas teas de brea y lanzarlas a los tejados de la mezquita. En

un momento, la madera que componía la techumbre, seca en extremo por la ausencia prolongada de lluvias, prendió con virulencia.

Gunrod reía esperando ver como salían los viejos del interior aterrados por el fuego. Era una escena que había repetido muchas veces. Nada mejor que el fuego para romper una voluntad de resistencia. Y entonces escuchó las palabras de Haakon.

—¡Vamos, berserker, taponar las puertas!

La orden del viejo berserker era un verdadero asesinato para los que dentro resistían.

—¿Quién quiere dedicarse a recoger viejos de un templo? Si luego no pueden remar ni valen gran cosa como esclavos. —Las palabras del berserker quedaron en el aire durante unos momentos—. ¡Taponar las puertas he dicho!

Unos berserker procedieron a colocar unos barriles y un carretón volcado en la entrada del templo justo en el momento en el que empezaba a abrirse. A partir de esos instantes los acontecimientos se precipitaron, los gritos y los golpes que daban las personas encerradas pasaron de ser de súplica a verdadero terror y finalmente de agonía y dolor.

Gunrod atribuyó su extraña sensibilidad ante el espantoso espectáculo a que no le gustaba el fuego y a la ausencia de la droga. Lo cierto es que estaba realmente desagradado y, curiosamente, esa sensación lo encolerizó.

—Haakon, esto es demasiado. Deja que salgan. Se oye a mujeres y a niños también.

—¿Qué te pasa Gunrod? —dijo Haakon mirando a su pupilo con desprecio—. Esto es necesario, así aprenderán a no resistirse. Además el terror es uno de los mejores instrumentos para dominar al adversario. Si no quieres estar aquí vete con tu hermanito a que te enseñe a navegar —dijo esto último con un tono en extremo burlón mientras se marchaba poniendo fin así a la conversación.

Gunrod se quedó observando el pavoroso incendio que se desarrollaba ante él preguntándose por primera vez si realmente quería ser un berserker. Esto no era una lucha de un hombre contra otro, esto era una masacre vacía e inútil. Por un momento incluso llegó a pensar que si él fuera moro vengaría esa canallada.

No estaba desencaminado en esos pensamientos. Los mártires de la mezquita de Sevilla, como luego se conocería el hecho en al-Ándalus, servirían como aliciente a las tropas musulmanas en las batallas que se avecinaban.

## XXXI

**R**IEG se comportaba como un muchacho. El viejo y experimentado vikingo compartía su lecho, como era privilegio de los navegantes, con una muchacha cogida presa hacía ya tres semanas.

Los berserker y los navegantes, como hombres especialmente valiosos en cualquier expedición, disfrutaban también de algunos privilegios, uno de los cuales era el poder disponer de las mujeres que ellos eligieran.

Rieg eligió a Sarah, una preciosa muchacha judía que asustada se escondía entre otras muchas mujeres. El destino de casi todas ellas pasaba por que algún vikingo las tomase alguna noche y ellas lo sabían. Era el privilegio del invasor. Desde tiempo inmemorial las mujeres han sufrido el castigo de ser usadas como objetos por los vencedores en las batallas y el caso de la invasión de Sevilla no era la excepción.

En la isla donde pernoctaban presos y carceleros, se establecían diferentes zonas según la categoría del vikingo y su estatus dentro del grupo. Ivar y Rieg dormían en el barco, uno a cada punta en un intento de tener algo de intimidad. Se protegían de los relentes con una lona y una manta de lana gruesa, pese a que la temperatura no era aún baja.

Rieg desde el primer día se fijó en los largos bucles negros de Sarah. Una mujer tan morena era difícil de encontrar en el norte y quizás eso le atrajo como un imán. La muchacha, visiblemente aterrada, tuvo que someterse a su nuevo amo y así quedaba en el puerto junto a otras mujeres cuando Rieg zarpaba y volvía a encontrarse con el viejo marino cuando este regresaba, que era casi todas las noches.

El trabajo de los navegantes era doble, por un lado debían ir periódicamente a Sevilla a recoger el botín que los guerreros conseguían en sus rapiñas. Una vez tomada y saqueada la ciudad de Sevilla, en tan solo una semana, vikingos a caballo se dedicaron a buscar nuevas poblaciones que asolar. Casi todos los días volvía alguna expedición con prisioneros o botín, o ambas cosas. Ivar y Rieg transportaban todo a la isla, cuartel general de los vikingos.

Rieg solía cantar en el camino de vuelta, y pasaba horas y horas hablando a Ivar de lo fantástica y maravillosa que era Sarah. De cuan fina era su piel, del sabor de sus pechos pequeños, de la tersura de sus nalgas... Ivar sonreía observando a su maestro tan ilusionado. Nunca le había conocido pareja estable, y por supuesto nunca le había visto tan volcado con una mujer. Decía que la desposaría al llegar a casa, que sería la madre de sus hijos, que le acompañaría en la vejez... en fin, decía todas esas cosas que dice un hombre enamorado.

Por supuesto no podían comunicarse. Sarah y Rieg no tenían ningún idioma común que se lo permitiera, solo Ivar, de vez en cuando, hacía de traductor, si bien se sentía azorado cuando su viejo maestro le decía que le declarase su amor a la

muchacha; que era continuamente, razón por la cual prefería mantenerse al margen.

Ivar por su parte compartía su espacio con Claudia. A veces se sentía un auténtico imbécil. La muchacha, tras ser rechazada por Gunrod, se quedó llorosa a sus pies. Le daba las gracias y le pedía que no la dejase sola, que cualquier otro berserker vendría a por ella.

Por inaudito que resultara, al final cedió y se la llevó a sus aposentos en el barco. Quedaba así claramente reservada como mujer del navegante. Claudia se lo agradeció llorando de nuevo de forma copiosa por el alivio que sentía. Ivar estaba hecho un lío, esa chica lloraba por cualquier cosa. Claudia se dedicó entonces a prepararle cenas para cuando llegaba al puerto improvisado en la isla. Además le remendó varias prendas y un zapato de piel. Era como tener una mujer esperándole en casa, salvo por una cosa, no compartían lecho. Sí, dormían juntos bajo la misma lona; pero aún no había tocado a esa mujer sexualmente hablando. Por eso se sentía un estúpido. Estaba en su derecho y de hecho todos los vikingos suponían que lo hacía; pero lo cierto es que no la había tocado un pelo. Se sentía más como un protector que como un amante. Le parecía mal haberla librado de la violación de un berserker para violarla él. Era algo que le comía por dentro ya que su naturaleza juvenil y exaltada, la deseaba con todas sus fuerzas. Sin embargo ahí estaba, durmiendo, o mejor dicho, acostado al lado de una preciosa muchacha que, esta sí, dormía plácidamente a su lado.

Era una experiencia realmente turbadora. La muchacha era inteligente, culta y bonita, realmente bonita. Por si fuera poco, a medida que pasaban los días, Claudia sonreía cada vez en más ocasiones, lo que le daba un plus de belleza. Ivar se descubría mirándola embobado mientras ella cocinaba algo o preparaba la manta para dormir. Su cuerpo bien formado y esbelto le desafiaba y sus instintos más bajos y ruines le visitaban cada vez en más ocasiones forzándole a hacer un verdadero esfuerzo para no tomar a esa mujer.

Para más agonía olía estupendamente. Solía adornar su precioso pelo negro con unas flores blancas y rosadas, se llamaba jazmín, según supo Ivar. Era una fragancia que le impregnaba sus sentidos y le envolvía en un aura invisible. Era un aroma que, en las largas noches de insomnio, le retaba a acariciar su pelo e incluso a acercar su nariz a esos cabellos incitadores. Era una tortura suave y deliciosa; pero una tortura a fin de cuentas.

Varias veces estuvo tentado Ivar de dejar a esa mujer en el cercado de prisioneros y elegir otra que no le provocase tantos dolores de cabeza, y varias veces se arrepintió siquiera de pensarlo. No podía imaginarse a Claudia sola e indefensa entre los presos siendo una chica más a la que poseer, tanto por los vikingos como por algunos prisioneros del cercado.

Otras veces pensó en buscar a otra muchacha para satisfacer sus apetitos; pero también se sentía mal si la dejaba sola para saciarse. Le parecía algo irrespetuoso, cosa que además le hacía gracia, sentir respeto por una mujer secuestrada de su

ciudad para ser vendida como esclava. Era irónico.

Ivar quería ver algún atisbo de afecto en la muchacha hacia él, y en muchas ocasiones le pareció que así era, aunque, con las dudas que siempre han acompañado a los amantes en silencio, creyó haberlos imaginado después.

Una aciaga mañana, cuando ya llevaban casi tres semanas en el barco, Ivar se levantó como siempre con el alba. Claudia se estiró perezosa encima de la mullida manta de lana en un gesto que a Ivar le parecía delicioso porque mostraba su cuerpo perfecto. Además, viendo la muchacha que Ivar la observaba, sonrió como disculpándose por su gesto. A Ivar le pareció la cosa más bonita que había visto nunca y se forzó a hacer algo para apartar sus pensamientos de esa escena.

—¡Rieg, viejo perezoso, levanta ya! —gritó para hacerse oír al otro lado del barco en donde Sarah y el marino compartían el toldo de piel.

Como no contestaban ni apreció movimiento alguno, se acercó haciendo ruido ostensiblemente para despertar a la pareja. Era raro ya que usualmente era Sarah la primera del barco en levantarse; pero una noche de sexo desenfrenado, a juzgar por los gritos de Rieg, debían haberles dejado exhaustos.

Apartó ligeramente la piel colocada a dos aguas con una cuerda como centro y súbitamente se encontró pisando sangre. Un gran charco atraía ya a las primeras moscas del día. Encima de él estaba Rieg con una mueca grotesca degollado. Sarah, tumbada enfrente, mostraba las muñecas abiertas con un cuchillo que reposaba a su lado.

Trastabillando hacia atrás cayó sentado mientras contemplaba horrorizado los cuerpos. Claudia se dio cuenta del hecho y acudió a la carrera ante el aparente desvanecimiento de Ivar para descubrir con repugnancia y estupor los cadáveres de sus otrora vecinos de barco.

Rieg, su maestro, su amigo, su segundo padre... había dejado este mundo a manos de la mujer que había querido. Sin duda, Sarah no aguantaba más su destino como concubina del navegante. Ivar se había quedado solo en el mundo.

## XXXII

**A**HMED se sentía dichoso. Había sido llamado por el mismísimo eunuco Nasr tras su regreso a Córdoba. Se presentó en el palacio del eunuco con los ropajes más elegantes que pudo adquirir, lo cual no era mucho decir, ya que el fasto y la pompa que reinaba en palacio le hacía parecer lo que en realidad era, un trabajador. Solo su porte, enorme y musculado por incontables horas de martillo y yunque, lucía de manera diferenciadora sobre el resto de los invitados congregados en aquel salón.

El eunuco apareció hablando con uno de sus secretarios. Se acercó a un sillón que había al lado de una enorme mesa de madera y ojeó unos papeles. Resopló para sí mismo y levantó la vista reconociendo a los que esperaban entrevistarse con él.

Cuando cruzó la vista con Ahmed, pareció demorarse un tanto más que con los demás asistentes. Pareció pensar algo y a continuación se sentó mientras un ayudante del eunuco procedía a leer un nombre. Se trataba del primero de los muchos personajes que deseaban hablar con el todopoderoso fatá.

Tras media mañana de espera en el que se dedicó a contemplar todo con auténtica admiración, escuchó como el secretario decía su nombre. Dio un respingo porque pensaba sería el último de los asistentes al que atendería.

Se aproximó un tanto cohibido a la mesa en donde Nasr escribía algo en un pergamino con una vistosa pluma de colores que el herrero no había visto nunca en ningún pájaro.

Se quedó de pie en un extremo de la mesa no sabiendo muy bien que hacer, cuando de repente el eunuco se dirigió a él con una voz suave; pero a la vez firme.

—Así que tú eres el maestro herrador.

—Sí mi señor.

—He sabido que estabas en Sevilla cuando la ciudad fue invadida y que luchaste valientemente para salvar a tu amo.

—Era mi deber, mi señor, solo lamento no haber podido hacer algo más por mi querido amo.

—Ya, bueno —y en este punto, el eunuco dejó la pluma sobre la mesa y le miró fijamente—. He hablado con la luz de nuestro reino, el gran Abderramán II y ya que tu amo ha fallecido y su hija ha desaparecido, parece ser que nos encontramos en una encrucijada. —Se levantó y se acercó hasta el expectante herrero—. El cargo de cuidador de caballos de tu amo Marco ha quedado vacante. Dado que él mismo había hablado tantas veces maravillas acerca de tus habilidades a nuestro emir, ha decidido que seas tú quien le sustituya en el cargo. ¿Te ves capacitado?

El asombro de Ahmed era tal que no supo responder. El eunuco, dándose cuenta de la sorpresa del enorme herrador, se lo puso fácil.

—Veo que no lo esperabas. Bien. Voy a tomar tu silencio como un sí. Se te

adjudicará la finca en donde moraba tu amo, dado que no deja descendientes. Es una finca magnífica y está preparada para que te desenvuelvas con tus artes continuando la labor de tu preceptor Marco.

—Gracias, muchas gracias, mi señor. Es un honor y no le defraudaré —dijo servil Ahmed.

—A partir de este momento serás además remunerado con 10 000 dinares al año en concepto de Maestro Herrador. Y tendrás a tu cargo varios pupilos para perpetuar y expandir tus conocimientos para que estos no se pierdan si por casualidad te pasara algo... Allah no lo quiera —dijo esto como una velada amenaza.

Nasr había comprobado que la obediencia y el respeto se volatilizaban de las personas en cuanto estas acumulaban poder y estatus. El miedo a ser destituido, en cambio, era un poderosísimo aliado en el manejo de la frágil y ambiciosa condición humana.

—Así lo haré mi señor —acertó a decir atropelladamente Ahmed, quien aún no se creía su buena suerte y el giro que en su vida acababa de producirse.

El eunuco se dio la vuelta y volvió a sentarse en el sillón a ojear otro pergamino a la vez que levantaba discretamente la mano derecha indicando al secretario que nombrara al siguiente en la lista. Daba así final a la conversación con el herrador.

Ahmed salió del salón como en volandas. Había subido tanto en la organización social de la ciudad Cordobesa que no se lo creía. De ser un simple herrero había pasado a ser un caballero de la élite. Y con dinero, nada más y nada menos que 10 000 dinares cada año...

Casi estaba mareado de pensarlo; pero sobre todo estaba orgulloso de una cosa, de haber tomado las riendas de su vida. Matar a Fátima y a Marco había sido lo mejor que había hecho en toda su vida, y ahí estaban los resultados para demostrarlo.



## XXXIII

Los funerales del piloto se celebraron como si de un gran guerrero se tratara. Muchos en la expedición conocían al marino y todos lo respetaban. Tras el consabido velatorio y la quema del cuerpo colocado sobre una balsa lanzada al río, Ivar estuvo desaparecido dos días con sus noches. Claudia dormía en el barco atenta al posible regreso del norteño.

Se sentía mal. No dormía bien y se despertaba con el mínimo ruido pensando que era Ivar que volvía. No lo entendía, ella era su prisionera. Cierto es que él siempre la había protegido y la trataba con deferencia y cortesía; pero seguía siendo uno de sus carceleros. Y sin embargo...

Se descubrió pensando en Ivar como hombre, como compañero. Era alto y fornido, y sí, era guapo, de hecho más guapo que cualquiera de los muchachos que hubiera conocido antes. Además estaban sus ojos. Esos ojos de azul intenso que provocaban admiración en Claudia. Nunca había conocido a nadie con los ojos tan claros y a la vez tan cálidos. Su fulgor se acentuaba por el negro pelo del muchacho y por la piel tostada por el sol de las largas jornadas de navegación. Además era educado y cordial, y sabía contenerse. Algunas noches cuando él la creía dormida, sintió cómo se arrimaba y acercaba su cara a su pelo.

Entonces se dio cuenta. ¿Por qué se colocaba todas las mañanas unos capullos de jazmín en el pelo? ¿Para qué se arreglaba? Para estar presentable, se dijo a sí misma; pero no, se estaba engañando. La verdad es que le gustaba arreglarse para estar bonita; y descubrió con estupor que se arreglaba para Ivar. Le gustaba que por la noche, bajo la lona, cuando ambos se acostaban, Ivar aspirara su perfume, le enaltecía sentir su cuerpo próximo, se le aceleraba el corazón cuando escuchaba su respiración tan cerca de ella.

—¿Dónde estás Ivar? —Dijo pensando en voz alta.

¿Qué le estaba pasando? ¿Acaso no estaba secuestrada? ¿Por qué no paraba de pensar en él? Debería estar pensando en cómo escapar para volver con su padre y sin embargo permanecía allí, en un barco desierto esperando a uno de sus captores. No tenía sentido.

Los otros vikingos que ocasionalmente pasaban por las cercanías del navío la dejaban en paz. Se limitaban a echarle miradas de depredador. Todos sabían sin embargo que la muchacha del barco era del joven piloto.

Claudia estuvo varias veces tentada de hablar con alguno de los guerreros para preguntar dónde podía encontrarse Ivar; pero entonces recordaba que nadie, salvo él, hablaba su lengua en la flota. También pensó en ir ella misma a buscarle; pero una vez más recordó las recomendaciones que en su día les hiciera Rieg a ella y a Sarah: «en nuestra ausencia, solo estaréis seguras si permanecéis en el barco».

Definitivamente no saldría del navío si no era forzada a ello. Aún se acordaba del terror que pasó cuando parecía iba a ser un juguete en manos de ese enorme Berserker.

Permanecía abstraída por los recuerdos, cuando escuchó unos pasos acercándose al barco. Se asomó por la baja borda para observar a la tímida luz del incipiente anochecer una figura que se aproximaba al navío. Era Ivar. Caminaba con la cabeza gacha y hundida en los anchos hombros.

Claudia, con el corazón palpitando con fuerza y una inmensa alegría y alivio fue hasta la pasarela de madera que servía de acceso al barco para recibirle. No hablaron, Claudia ni siquiera sabía que podía decir que aliviara la enorme pena que parecía haber empequeñecido al robusto muchacho. Ivar, tras esbozar una triste sonrisa a modo de saludo, se dirigió hacia su rincón, se sentó en la manta de lana que hacía las veces de colchón y se quedó allí, callado, contemplando la zona del barco en la que Rieg pernoctaba.

—He limpiado la sangre de la madera —dijo Claudia con voz tenue.

—Gracias —contestó con un hilo de voz Ivar.

—¿Has comido algo? Te prepararé un caldo —comentó solícita la muchacha.

—Déjalo, no podría tragarlo. —Se excusó el vikingo.

Claudia se sentó a su lado en silencio sintiéndose impotente y abrumada por el enorme pesar que demostraba Ivar. Ella había pensado mucho en lo que había pasado. Sí, Rieg era bueno y parecía querer mucho a Sarah; pero nadie había preguntado a la judía. Era la concubina de un viejo marino obligada a soportar su compañía. No habían hablado mucho entre ellas, Sarah parecía encerrarse en un mutismo absoluto en cuanto se insinuaba algo referente a su situación. Solo había comentado que era hija de un orfebre de Sevilla. Los vikingos irrumpieron en su casa rompiendo las puertas y secuestrándola. Como Claudia, no sabía nada del resto de su familia. Supo también que estaba a punto de casarse con un rico muchacho de Córdoba, que si bien no conocía personalmente, tenía buenas referencias de que era un hombre justo y bueno.

Muchas veces la encontró llorando quedamente en un rincón del barco. En esas ocasiones ella rehuía sus preguntas y luego, tras haberse desahogado, comentaba que lloraba por sus padres y hermanos. Claudia no la creía, sabía que en realidad Sarah lloraba por su destino. No parecía encontrar ninguna salida a su futuro y, ahora que lo pensaba, quizás ella había matado la última esperanza que tuviera Sarah de volver a su casa.

Sarah había comentado el pavor que le daba el ser vendida como esclava en el norte de África. Claudia, queriendo tranquilizarla, le dijo que Rieg no lo consentiría, que antes la llevaría a Dinamarca para allí convertirla en su mujer.

La mirada que le lanzó Sarah no la había aún olvidado. Respiró muy hondo y pareció entregarse a una oración, luego la rehuyó durante todo el día, aunque siendo de natural tan esquiva y solitaria, Claudia no había dado importancia a ese hecho.

Pero ahora comprendía que Sarah, agobiada por verse lejos de su tierra y su gente, sometida a un vikingo que, aunque bueno, no era más que un amo encubierto, no lo soportó más. Debió ocultar un puñal entre las mantas y, tras dormirse Rieg, lo degolló limpiamente mientras callaba su boca con las manos. Después, consciente de que no tenía otra salida se cortó las venas. Prefería morir, a su suerte en tierra extraña.

La terrible revelación de que ella había sido la que empujó a Sarah a realizar el terrible acto que cometió, la golpeó como una bofetada. Sarah y Rieg no podían comunicarse como ella e Ivar. No hablaban la misma lengua. Si hubiese estado callada quizás ahora las cosas seguirían siendo como eran. Las lágrimas afloraron a sus ojos.

Ivar debió notar su turbación pues se la quedó mirando un instante, se acercó al tembloroso cuerpo de Claudia y pasó su mano por encima del hombro haciendo que la cara de la muchacha reposara en su pecho.

Claudia se conmovió. Ivar la odiaría si se enteraba que por su causa Rieg había perdido la vida. Y ella no quería que Ivar la despreciase. Su llanto fue en aumento al pensar en las repercusiones que sus actos habían tenido. Ivar sorprendido por la vehemencia del llanto la abrazó, fuerte, muy fuerte, quizás queriendo poder llorar así él también.

Cuando se hubo calmado Claudia, con infinito cuidado la recostó sobre las mantas. Claudia no sabía que decir; sentía que había traicionado a Ivar. Había entristecido a su salvador, a su cuidador...

Sintió como las lágrimas volvían a aflorar y en ese momento, Ivar se llevó un dedo a los labios.

—Shhhhhh —la tranquilizó—. No vuelvas a llorar por ellos, estarán en el Valhalla bebiendo cerveza con Thor y con mis padres.

—No lo comprendes Ivar, yo le dije a Sarah que se quedaría con Rieg para siempre y por eso hizo lo que hizo —exclamó volviendo a llorar.

Ivar sonrió mientras cortaba con un dedo el recorrido de una lágrima que discurría veloz por la mejilla de la muchacha.

—Cada uno somos dueños de nuestros actos, tú no podías prever nada de lo que ocurrió. Para un guerrero, morir a cuchillo es ir al Valhalla, y Sarah, al igual que mi madre hizo con mi padre, ha ido con él acompañándolo.

—¿De verdad lo crees así? —preguntó Claudia mirando muy fijamente los azules ojos de Ivar.

—Quiero creerlo así. Además de nada sirve ahora lamentarse. Mi madre decía siempre: «lo pasado, pasado está» —contestó Ivar esbozando una leve sonrisa.

¿Cómo podía perdonarla? ¿Por qué ese hombre era tan bueno con ella? Podía haberla poseído por la fuerza y no lo había hecho, había cuidado además de que otros hombres no lo hicieran y ahora la perdonaba cuando su mentor había muerto por una indiscreción de ella.

No lo pretendía; o por lo menos, no lo pensó; pero se acercó a ese hombre que no

cesaba de salvarla hasta de ella misma y lo besó. Fue un beso liviano y frágil que nació de lo más hondo de sí misma.

Él se quedó mirándola sorprendido por su reacción. Se mordió ligeramente el labio inferior notándolo salado porque las lágrimas de la muchacha habían acompañado a su boca. Ella permanecía en silencio, casi asustada por lo que había hecho. ¿Y si no le había gustado?

Ivar, como leyéndole la mente cogió su cara con esas grandes manos y la acercó para besarla de nuevo. Esta vez el beso fue intenso, pleno, sin miedos. Poco a poco se fueron abandonando a sus cuerpos. Ella notaba como las manos de él bajaban por sus costados desnudándola. Lo dejó hacer deseando entregarse por completo y disfrutando del instante.

En un momento estuvieron los dos desnudos frente a frente contemplándose con la intensidad que solo los amantes disfrutan. Ivar se acercó a ella que, asustada y excitada, le miraba con una mezcla de deseo y temor.

—Por favor, no me hagas daño —dijo mientras entregaba su cuello a los besos del vikingo.

—Nunca te lo haré —contestó él entre beso y beso.

## XXXIV

**N**ASR durmió mal esa noche. La crisis por la que estaba pasando el reino tras la invasión vikinga exigía toda su atención y no encontraba un momento de relax en su ajetreada y atareada vida. Se acostaba tan cansado que le era imposible conciliar el sueño y entonces repasaba mentalmente la posible resolución de los enormes problemas con los que tenía que lidiar.

Abderramán II le había puesto al mando del ejército que se estaba formando. Estaba siendo un año aciago en lo militar. Tras la batalla de Clavijo en primavera, en la que salió reforzado Ramiro I de Asturias; ahora eran invadidos por los norteños a los que el pueblo llamaba al-urdumariyyun o mayus (adoradores del fuego). Y además, no contentos con haber tomado Sevilla, habían establecido un campamento en Qabtil (isla menor), y desde allí proseguían con los saqueos, ya a caballo, de las poblaciones al este y el norte de la ciudad. Era intolerable y se hacía necesaria cuanto antes una solución armada. No podían mostrar flaqueza negociando con unos invasores, menos aún tras la derrota a manos de los cristianos de Ramiro I.

Sus generales: Abd Allah Ibn al-Kulayh, Abd al-wahid al Iskan Darani y Muhammad ibn Rustum, habían reunido una fuerza de caballería y estaban acantonados en el aljarafe esperando una columna de infantería reclutada a toda prisa entre los soldados que estaban destacados a lo largo de la extensa frontera que dividía al-Ándalus del Reino de Asturias. Debían enfrentarse a los vikingos y lo que era más importante, debían dar una demostración de fuerza que alentara a sus soldados y a la población en general, que miraba con recelo los reveses por los que estaba pasando el emirato.

Sintiendo su pulso acelerado y realmente agotado, se propuso pensar en otra cosa. ¡Si por lo menos tuviera alguien a su lado en quien poder desahogarse! Cuan distinta podía ser su carga si alguien compartiera su lecho en esos momentos. Añoraba un cuerpo femenino, cálido y amigable a quien poder abrazarse. Claro está que su culminación carnal era imposible por su mutilado sexo; pero ansiaba ese otro contacto, ese poder refugiarse entre unos senos mientras le acariciaban con afecto, ese consuelo y esa desconexión del mundo que solo una mujer puede dar a un hombre.

Recordó su pasada conversación con Tarub, la favorita. Esa mujer había notado las largas miradas que a veces sostenía cuando veía alguna mujer que le atraía particularmente. Cierto es que, como hombre castrado que era, estaba libre de cualquier sospecha; pero aún así había que mantener unas formas que en calidad de eunuco del harén no podía saltarse. Ahora, ya liberado de ese cargo, era distinto. Estaba decidido a tener una sirvienta que en realidad fuera algo más. Aunque no se fiaba del todo de Tarub, quizás esa ambiciosa mujer pudiera aconsejarle. Además,

pensó, no hay mejor aliado que aquel que espera algo a cambio.

Zoraida, la mujer de la que habló Tarub, no era ya una jovencita. Había pasado fácilmente treinta años en el harén y Nasr la había ido viendo evolucionar en él. Ahora, ya veterana, seguramente hacía varios años que no había sido reclamada por Abderramán para compartir su lecho. Nunca tuvo descendencia pese a que Abderramán contaba con varias decenas de hijos nacidos en el harén procedentes de sus concubinas.

Nasr siempre se fijó en esa mujer. Le fascinaba la gracilidad de sus movimientos y el carácter pausado que ya desde niña mostró al entrar al servicio del harén. Por supuesto para Nasr la cosa no pasaba de ahí; pero a medida que pasaban los años se encontró pensando en que sería la mujer ideal para compartir su vida. Por supuesto era bella; pero no de una manera espectacular como muchas otras mujeres del harén. No, Zoraida era de una belleza serena y elegante. Poseía en su mirada ambarina una calma contagiosa que hipnotizaba al eunuco. Y, al contrario que otras concubinas de su edad, el tiempo la había tratado bien. Sus formas, rotundas pero a la vez insinuantes, la hacían sumamente femenina y lo mejor de todo, su sonrisa, seguía adornando su cara casi de forma permanente. Era un espíritu alegre y plácido. Era lo que ansiaba Nasr.

Tras la batalla que se avecinaba, el eunuco, en la soledad de su alcoba, decidió que tendría que hablar con Tarub.

## XXXV

Los caballos piafaban nerviosos. Los vikingos no eran grandes jinetes, preferían el combate en tierra en donde su mayor porte les daba algo de ventaja frente a sus rivales, pueblos normalmente más bajos que los altos escandinavos. Ante ellos se encontraban un ejército de infantes y soldados a caballo bien pertrechados y, lo que era más preocupante, motivados por sus generales por la masacre de la mezquita de los mártires de Sevilla, como ya se conocía el hecho del incendio que provocó Haakon. Además, sin el factor sorpresa que provocaba el desembarco de las hordas del norte, la ventaja parecía decantarse claramente por el lado de los musulmanes.

Gunrod, pese a la neblina que la droga provocaba en su raciocinio, se dio cuenta que seguramente esa noche brindaría en el Valhalla con su padre mientras le relataba cómo se desarrolló la batalla. Otros compañeros Berserker a los que la droga afectaba en mayor medida, echaban espumarajos por la boca y soltaban espantosos alaridos que en otras condiciones habrían atemorizado a sus oponentes. Pero ahora no se enfrentaban a campesinos o pescadores, sus oponentes eran soldados curtidos en batallas y escaramuzas en la marca hispana. No cabía esperar que unos cuantos gritos hicieran mella en su ánimo.

Haakon, con su grave y potente voz emitió su grito de guerra.

—¡¡¡¡Nos vemos en el Valhalla!!!!

Más de dos mil vikingos se lanzaron a la carga. De ellos, unos doscientos iban a Caballo, eso sí, sin ninguna estrategia de combate. Lo fiaban todo a su enérgica carga y sus fieros embates.

Los generales moros dieron varias órdenes y las primeras líneas de infantería se colocaron con largas lanzas clavadas en tierra a la espera del brutal encontronazo. La caballería musulmana en cambio, se dividió en dos y, evitando la carga de los vikingos a caballo, se lanzó hacia los que corrían a pie tras ellos al combate.

Gunrod galopaba de los primeros rumbo a ese erizo de madera y acero que se alzaba a su frente. Cuando ya consiguió divisar la cara de los infantes musulmanes que esperaban la carga, enarboló su enorme hacha por encima de su cabeza y lanzó a su caballo contra el mar de púas que le aguardaba mientras gritaba como un poseso.

Una oleada de saetas procedente de la retaguardia musulmana cruzó el aire tras él y aún tuvo tiempo de escuchar los estragos que hacía entre sus compañeros de armas antes del brutal impacto de su caballo contra los escudos y las lanzas.

Fruto de la suicida velocidad a la que condujo su caballo, pasó como un cuchillo por las primeras filas de defensores musulmanes. El encontronazo fue demoledor. El caballo, atravesado por tres lanzas, cayó derribando a varios defensores por la misma inercia y su gran peso. Gunrod salió proyectado hacia delante y amortiguó su caída con el cuerpo de dos soldados que nada pudieron hacer para esquivar al gigante que

se les venía encima.

Aún desde el suelo, mientras se erguía, Gunrod barrió con su hacha a los que se le aproximaban para luchar. Segó literalmente las piernas de tres hombres al trazar un enorme arco con su arma a la altura de las rodillas.

Ya en pie, continuó implacable cobrándose vidas. Se sentía despierto como nunca. Lúcido, pese a la droga, esquivaba mandobles y lanzaba certeros golpes asesinos. Y entonces, en el fragor de la lucha, un enorme golpe por su espalda lo tumbó. Un caballo lanzado por un vikingo contra las defensas, cayó rodando alcanzándolo con su empuje mortal. Sintió el sabor de la tierra y el enorme peso del animal sobre su cuerpo. Después, nada.



## XXXVI

LA lucha llegaba a las calles de Sevilla. Los vikingos, ampliamente derrotados, habían perdido más de un millar de compañeros en la reciente batalla. Desordenados, nunca fueron rival para un ejército competente y bragado como el de los musulmanes. La caballería mora se cebó en los atacantes a pie, mientras la caballería vikinga se estrellaba contra las defensas de la infantería mora. Fue una masacre. El ejército moro apenas contó dos centenares de bajas frente a los más de mil daneses que perecieron. Casi cuatrocientos vikingos fueron hechos prisioneros.

Ivar aparejaba velozmente el barco. Era preciso zarpar cuanto antes. Varios bajeles habían partido ya río abajo. Él prefirió esperar, Gunrod, su hermano, no había aparecido y le resultaba impensable partir sin saber nada de su suerte. Claudia, a su lado, le miraba indecisa. Ivar insistía una y otra vez en que se quedara en tierra. Estaría más segura allí que en un barco que sería perseguido y acosado por los jinetes musulmanes hasta la desembocadura del gran río.

—¿Nunca más nos veremos? —preguntó la muchacha aunque sabía la respuesta.

Ivar la miró con esos limpios y profundos ojos azules.

—Siempre te veré en mis sueños —dijo suavemente consciente de que sin duda sería así.

Ella se abrazó sollozando al alto muchacho que, aspirando el olor del pelo de la mujer, casi flaqueó en su decisión de dejarla allí.

Mil veces quiso llevarla a su casa, al norte, y mil veces se dijo que no sería justo para ella. Además del evidente peligro que supondría ganar mar abierto, Claudia solo pensaba en su padre, en qué habría sido de él. No, ella no podía ir con él. Toda su vida se recriminaría dejar a su padre con la angustia de pensar que la habían vendido como esclava en los mercados del norte de África. Ivar tenía claro que Marco, el padre de Claudia del que tanto le había contado, era el otro gran amor de la muchacha. Por ello tras haberse enterado de la debacle de la batalla de Tablada, como ya la llamaban los lugareños, había transportado a la muchacha desde la isla hasta el puerto de Sevilla.

Algo se desgarró en su ser al darse cuenta de que estaba enamorado de esa hispana que ahora dejaría en tierra. Parecía una tradición de los hombres de su familia el encontrar a las mujeres que querían en aquella tierra cálida y tan distante de su hogar en la península danesa.

Una enorme algarabía le sacó de su ensoñación. Varios vikingos corrían en desbandada hacia el puerto perseguidos por soldados musulmanes.

—Debes quedarte y encontrar a tu familia —dijo mientras notaba que algo dentro se le desgarraba.

Claudia le miró con una pena infinita mientras asentía. En el muelle varias

muchachas más, liberadas por la repentina huida de los daneses, la acogieron en su corrillo.

Ivar ordenó aparejar el navío y soltar las amarras. Debía impedir que tomasen el barco en el que varios compañeros de armas se afanaban por colocarse en sus puestos a los remos. Un último contingente de cinco vikingos alcanzó la nave que ya se separaba mansamente del muelle. Cuando el último de estos guerreros cayó exhausto en el fondo del barco, este ya estaba separado más de un metro de la orilla a la que en un momento llegarían los enardecidos soldados musulmanes.

Cuatro arqueros desde el centro del barco les hicieron retroceder para ganar el centro del gran río a salvo de posibles intentos de abordaje por parte de los soldados de tierra. Varios vikingos que no habían podido llegar a ningún navío fueron pasados a cuchillo en el mismo puerto pese a que se rendían arrojando sus armas. Ivar lo entendía. El pueblo de Sevilla estaba realmente enervado por el saqueo de los daneses. Durante más de un mes se había desvalijado aquella ciudad: habían quemado templos, violado a sus mujeres, esclavizado a su población. No podían esperar mejor trato de los defensores ahora que habían cambiado las tornas.

Claudia, su Claudia, aún permanecía en el muelle mirando hacia el barco que poco a poco se alejaba corriente abajo. Parecía aún más menuda y frágil de lo que era. Ivar se recriminó el dejarla allí, sola. Solo podía desearle suerte en encontrar a su padre. Si las cosas fueran de otra manera... —Je—, se rio, si las cosas fueran de otra manera, no se habrían conocido nunca. Por un momento pensó en quedarse junto a ella; pero al final desechó la idea, con buen criterio a la vista de lo que habían hecho a los que quedaron en el puerto.

Entonces observó preocupado como desde el puerto dos arqueros musulmanes prendían flechas en pez para lanzarlas al drakar con intención de incendiarlo. Sería un desastre si lo alcanzaban. El fuego, con la madera seca por el abrasador verano sevillano, se propagaría de inmediato en el barco. Entonces sucedió algo insólito. Las muchachas, comandadas por Claudia, llegaron hasta ellos y los rodearon impidiéndoles lanzar las saetas entre abrazos y gritos de emoción. Esto dio el tiempo suficiente a Ivar para sacar a su barco del alcance de las flechas. Comprendió que Claudia, de alguna manera, había manipulado a las muchachas para darle a Ivar esos segundos que necesitaba. Volvió a admirarse de la mente despierta de esa muchacha, de su capacidad de reacción. Se dio cuenta que quizás le debía la vida por esta última acción llena de picardía. Más triste que nunca, con el corazón desgarrado por las afiladas uñas del destino recordó entonces las palabras que siempre decía su madre: «Lo pasado, pasado está».

Pero esta vez se prometió a sí mismo, «¡Volveré!».

## XXXVII

**A**HMED estaba encantado con su suerte. Tras haber emergido en la escena social de al-Ándalus como Maestro Herrador, había jugado bien sus cartas para hacer méritos dentro de la sociedad musulmana. Había solicitado acudir a la batalla, previniendo, como así fue, que le denegarían tal oferta ya que su cargo era demasiado importante y sus conocimientos demasiado exclusivos como para perderle en la lucha.

Al ser denegada su petición, solicitó estar en el Aljarafe sevillano en donde la caballería musulmana tenía su base. Así, argumentó, podía ir herrando los caballos que iban a participar en la contienda.

Esta propuesta fue admitida y, tal y como esperaba, muy bien acogida por el eunuco Nasr que veía a un entregado Ahmed a la causa.

Nada más lejos de la realidad. Ahmed prefería no luchar. Su naturaleza cobarde y ladina no le permitía estar en el frente de batalla; pero si lo suficientemente cerca de este para apreciar lo bárbara que era la guerra. Desde su privilegiado otero que dominaba el campo de batalla, pudo observar la carga suicida de los vikingos y escuchar los gritos de agonía de los heridos. Admiró con deleite como la sangre aparecía por doquier y como se amputaban los miembros tras los durísimos encontronazos. Aquello le resultó fascinante. Ansiaba poder estar allí, destrozando vidas, saizando la carne. Una poderosa erección le acompañó a lo largo de las casi dos horas que duró la contienda.

Después, huyendo en desbandada los norteños, el ejército moro se dispuso a perseguirles. Ahmed, al mando de varios ayudantes y mozos de cuadras, bajó hasta la llanada en donde se habían producido los combates.

Caballos y hombres muertos les recibieron por doquier. Varios heridos gritaban a su alrededor suplicando una atención que él no les iba a proporcionar. Algunos soldados musulmanes que se habían quedado también en la llanada se pusieron a su disposición al ver los ricos ropajes que portaba. Nunca era mala idea obedecer a un personaje rico, como sin duda lo era Ahmed.

Ahmed, caminaba abstraído entre los moribundos. Se estaba empapando del dolor ajeno. En realidad le traía al paio que el herido fuera de uno u otro bando, la sangre, la dulce sangre, era igual de roja en los dos.

Una mano le asió de la pernera del pantalón. Un vikingo con una espantosa herida en la cara que le había vaciado un ojo le decía algo en una lengua que no entendía, aunque era evidente que solicitaba ayuda. Ahmed se agachó a su lado y le mesó los cabellos suavemente. Después con una daga le rebanó el cuello lentamente disfrutando de la mirada de terror que el herido lanzaba desde su único ojo sano.

El mundo pareció detenerse. El aire, embebido del olor a sangre, heces y otros

fluidos, nunca le pareció tan fragante. Se sintió más vivo que nunca. Era como un Dios. Podía decidir quién moría y quién vivía.

En estos pensamientos estaba cuando se descubrió apuñalando a otro vikingo herido. Se miró la mano empapada en sangre, en una sangre que no era la suya. Si no fuera porque estaban sus hombres cerca, le hubiese gustado pintarse la cara con esa sangre ajena. Le gustaba el rojo intenso y el tacto caliente y denso que emanaba de las heridas que estaba abriendo en uno y otro cuerpo.

Poco a poco, los heridos fueron conscientes del espantoso reguero de muertos que estaba dejando Ahmed entre sus compañeros caídos. Alguno intentó vanamente resistirse enarbolando pobremente un cuchillo o un hacha desde el suelo. Para Ahmed estos eran los mejores. Por sí mismo, con su gran corpulencia adquirida tras toda una vida de yunque y martillo, derrotar a un hombre sano no le sería difícil; pero que un hombre malherido le pudiese herir a él, le resultaba del todo impensable. Por ello, cuando alguno de esos pobres desgraciados pretendía defenderse, Ahmed lo saboreaba con deleite. Poco a poco iba hiriendo al desgraciado. Ahora en un brazo, ahora en una pierna... Y cada expresión de dolor del oponente, le proporcionaba una oleada de negro placer. Finalmente solía desarmar al vencido y, sentándose sobre su pecho, lo degollaba muy muy lentamente observando con deleite como brotaba la sangre de la herida del cuello y lo que era mejor, cómo los ojos de la víctima reconocían la muerte.

¿Veinte? ¿Treinta? No sabía a cuantos guerreros vikingos había matado ya cuando llegó donde estaba Gunrod. Era evidente lo que había pasado. Un caballo muerto le mantenía pegado al suelo al estar encima de su espalda. Por debajo del equino, se apreciaba una fractura abierta en la pierna del vikingo. El hueso, limpio y blanco, asomaba por debajo de la rodilla de la pierna izquierda del danés. El mismo peso del equino muerto había provocado una fuerte presión sobre la herida, lo que había impedido que se desangrase.

Ahmed fue consciente de la poderosa musculatura del apresado vikingo. Y lo mejor de todo, se apercibió del odio que transmitían esos intensos ojos azules que a duras penas se apreciaban a ras de suelo, en donde el caballo mantenía al guerrero inmóvil.

Acercó el cuchillo a uno de esos ojos para buscar el miedo que le alimentaba como una droga; pero descubrió que el guerrero, impasible, mantenía la mirada fiera, indómita. Ni un velo de terror pasó un momento por su faz.

Aquello sorprendió y agradó a Ahmed. Este guerrero le proporcionaría más diversión si cabe. Poseía un coraje que no da la desesperación. Era un coraje puro el que se le presentaba.

Y entonces se vio de verdad sorprendido.

—Libérame, malnacido, y pelea como un hombre —dijo el vikingo en romance con gran acento; pero aún así perfectamente claro.

—Por supuesto. —Sonrió Ahmed deseoso de sajar aquella vida que tan poderosa

se le presentaba. Volvió a mirar la pierna inútil del guerrero para cerciorarse de que no pudiera luchar de igual a igual y, tras decidir que sería pan comido, ordenó a cinco de sus hombres que liberaran al guerrero del peso del caballo.

Con no poco esfuerzo consiguieron mover el peso del animal que aprisionaba a Gunrod. A punto estuvo de gritar en varias ocasiones, ya que el caballo, al ser arrastrado, le recordaba las varias costillas que debía tener fracturadas, además de la pierna que inerte se le mostraba únicamente pegada a su cuerpo por un despojo de carne que se había resistido a separarse.

La droga hacía tiempo que se le había disipado del cuerpo; pero el contemplar como mataba canallescamente y sin honor a sus compañeros, le había proporcionado esa anestesia natural en forma de ira que tanta energía aportaba.

Tragándose el dolor lacerante de su pecho y su pierna, logró sentarse. Su hacha, extraviada durante el combate, permanecía fuera de su alcance varios cuerpos más allá. Solo portaba un cuchillo de un palmo de tamaño de hoja; pero, si se acercaba lo suficiente, por Odín que lo enterraría hasta la empuñadura en el pecho de ese sádico asesino.

—¿Qué buscas con la mirada? —Preguntó Ahmed mientras seguía las evoluciones de Gunrod—. ¡Ah! Debe ser tuya ese hacha enorme. —Dijo mientras se acercaba al arma. Tras asirla, la tanteó realizando varios giros—. Es un arma formidable y ciertamente pocos hombres podrán manejarla. Tiene un peso excepcional —declaró admirado.

—Dámela y te haré una demostración en tus propias carnes. —Exclamó desafiante Gunrod.

—Seguro que te gustaría. —Ahmed disfrutaba. Paladeaba por adelantado el placer que le proporcionaría sajar esa vida.

Ponderó por un momento darle el arma a Gunrod; pero, tras pensarlo bien, decidió que sería peligroso. Si ese hombre era capaz de manejar ese arma, sin lugar a dudas sería un poderoso guerrero.

También había otra alternativa. Probar. Podía ver como luchaba contra uno de los soldados que le acompañaban. Sería divertido y por supuesto seguro. Además, siempre podía rematarlo él mismo.

—Tu nombre soldado. —Dijo dirigiéndose a un fornido mozo.

—Alí Ben Yusuf, señor.

—Bien Alí. Dale el hacha a ese vikingo y pelea después con él. —Y en voz baja continuó—. Cuando esté mal herido apártate, es mío.

—Como ordene, mi señor.

El soldado cogió con asombro el arma que dejó Ahmed en sus manos. Sin duda el peso de la misma lo había sorprendido. Se acercó a Gunrod y lanzó el hacha a su lado. Gunrod se acercó arrastrándose y doliente hasta asirla.

En ese momento el moro comenzó el ataque. Con un alfanje lanzó un asesino golpe a Gunrod. Solo la pericia del norteño hizo que pudiera desviar el golpe con el

mango del hacha.

Ahmed, que lo observaba todo, por un momento casi gritó pensando que el combate acabaría tras ese primer ataque. Se asombró con agrado de que el fornido vikingo hubiera podido detenerlo. La diversión debía continuar. El moro volvió a atacar; pero esta vez Gunrod ya estaba en guardia y paró el golpe sin más problemas. Lo que era evidente es que su hacha, letal cuando estaba en pie, no era útil más que como parapeto cuando estaba sentado en la tierra. Era impensable moverla de manera práctica desde el suelo.

Ahmed comprobó, un tanto decepcionado, que el vikingo paraba otros dos ataques del soldado. Este, viendo que el vikingo se limitaba a parar los golpes fue poco a poco envalentonándose. Así, se decidió a lanzar una finta para provocar un movimiento lateral de defensa del norteño y poder atacar por el lado que dejara desguarnecido. Con un perfecto movimiento de muñeca giró su espada curva cuando iba a contactar con el hacha y, cambiando el peso de un pie al otro, se abalanzó sobre el vikingo con el alfanje por delante por el lado contrario al que Gunrod había colocado el hacha.

Ahmed admiró la maniobra del soldado. Con un sutil y elegante movimiento había esquivado la defensa del hacha y había llegado hasta el herido. Por un momento temió lo hubiese matado con la espada ya que ambos contendientes habían rodado por el suelo por el empuje del soldado. Cuando ya se disponía a acercarse observó cómo se erguía con dificultad el moro. Parecía que estaba levantando el enorme cuerpo del vikingo bajo él. Entonces se dio cuenta de su error. Con un alarido que le sobrecogió, el vikingo lanzó a su oponente muerto casi tres cuerpos más allá de donde permanecía sentado. La daga que portaba en su mano estaba manchada de sangre hasta la empuñadura. Había abierto en canal al soldado moro.

Paralizado por la escena observó como dos soldados se lanzaban a por el vikingo presos de la rabia que da ver a un camarada muerto. Gunrod entonces hizo algo que no esperaban, se irguió ayudándose del mango del hacha hasta poner su única pierna sana de rodillas en la tierra. El esfuerzo debió ser magnífico a juzgar por el espantoso alarido de dolor y rabia con que lo hizo; pero ya hincada la rodilla, podía manejar el hacha. Y Ahmed comprobó cómo lo hacía. Un movimiento ascendente partió el escudo del primer agresor lanzándole hacia atrás. Mientras, el otro soldado intentó atacarle por el lateral derecho. Gunrod, exhibiendo su fuerza excepcional realizó un rapidísimo movimiento con el hacha hacia el flanco en el que el soldado atacaba. El corte fue limpio y profundo. Gritando de dolor, el moro se separó del gigante mientras se miraba el abdomen abierto por el que se le escapaba la vida. Otro compañero se sumó a la lucha; pero su recorrido fue breve, Gunrod le lanzó la daga que impactó letal en el cuello. El moro al que inicialmente había derribado pugnaba por sacar el cuchillo de la funda cuando Gunrod lo acercó hacia él estirando de su pierna derecha. Un poderosísimo puñetazo en el mentón lo dejó casi inconsciente. Su error fue seguir asiendo el cuchillo ya fuera de la funda, porque Gunrod lo utilizo

para degollarlo.

Ahmed contempló el breve combate con estupor. Ese hombre, tullido y claramente disminuido, había combatido contra cuatro soldados y los había matado con una facilidad desconcertante.

Por supuesto varios soldados más preparaban las lanzas para matar a ese energúmeno que había masacrado a cuatro de sus compañeros.

—¡Quietos, lo quiero vivo! —dijo Ahmed deteniendo los instintos vengativos de la tropa. No resultó fácil reducirle. Seis soldados, con las lanzas colocadas al revés, fueron acosándole y apaleándolo hasta que un certero golpe bajo la oreja lo dejó inconsciente.

—Tú y yo vamos a divertirnos mucho juntos —dijo ladinamente Ahmed al cuerpo inerte del vikingo.

## XXXVIII

CLAUDIA sollozaba mitad de alegría de ver a los soldados musulmanes que rescataban a las muchachas, mitad de pena al ver el barco de su amado Ivar partir corriente abajo. Por supuesto que anhelaba ver a su padre y tranquilizarle, contarle que todo había ido bien, que estaba sana y salva. Pero también deseaba continuar con Ivar, con ese hombre que la había protegido, cuidado y convertido en mujer. Cuando se percató que dos soldados prendían flechas con intención de incendiar el barco de Ivar, no se lo pensó dos veces. Alentando a las muchachas que como ella habían sido liberadas, se dirigió veloz hacia los arqueros gritando alabanzas y abrazándose a ellos como salvadores de su destino. Por supuesto las otras mujeres la secundaron, muchas de ellas habían sido maltratadas y violadas en el campamento vikingo y su alegría era real y manifiesta. Claudia, por el contrario, solo sintió alegría cuando observó que la distancia entre el barco de su amado y los arqueros hacía imposible el lanzamiento de las mortales saetas incendiarias. Los soldados, sorprendido por el entusiasmo de las muchachas, si se molestaron por no haber podido disparar las flechas, no lo mostraron. En cambio estaban encantados de ser objeto de tantas atenciones por parte de ese buen puñado de mujeres.

Fueron conducidas con premura a un campamento que se había habilitado en las afueras de la ciudad. Allí todo el mundo gritaba el nombre de algún ser querido y desaparecido esperando encontrarlo. Claudia no fue menos. Preguntaba ansiosa a cualquier guardia que se le cruzara. Se alternaban las risas de gente que se encontraba tras largos días de cautiverio con los lamentos de quien había perdido a alguien en esos mismos días.

Tras dos días de angustiosa y desesperante búsqueda en la devastada ciudad de Sevilla, partió rumbo a Córdoba con un contingente de soldados y prisioneros liberados originarios de esa ciudad. Por el camino divisó las cabezas de los vikingos hechos prisioneros en la reconquista de Sevilla. En un macabro espectáculo, las tropas musulmanas las habían separado de los cuerpos y se mostraban colgadas en las palmeras a lo largo del camino. Multitud de cuervos se agolpaban ante los cuerpos graznando con despreocupación ante el paso lento de la caravana de personas que pasaban por su lado. Muchos de los córvidos aparecían con el pico sangrante sin duda saciados por los numerosos restos de cuerpos balanceantes. El macabro espectáculo era saludado con alegría por los caminantes. Claudia pugnaba por no mirar aterrada por divisar entre ellas la cabeza de Ivar, aunque era prácticamente imposible reconocer a nadie en esas condiciones. Por otro lado aún humeaban en el río algunos de los cerca de treinta barcos hundidos a los norteños. Por ese lado Claudia estaba segura de haber visto alejarse el barco de Ivar.

El camino se hizo duro y extenuante para los viajeros. Pese a que se encaminaban



al invierno, ese otoño estaba resultando particularmente caluroso, con lo que miles de moscas se cebaban en los caminantes.

Por fin, una mañana divisaron la ciudad de Córdoba desde una colina próxima. A Claudia se le desbocó el corazón. Desde la ciudad comenzaron a salir personas a caballo, en carretas o a pie para ir al encuentro de los que volvían del infierno sevillano. Una vez más se sucedieron las escenas de los encuentros de seres queridos y una vez más Claudia se vio buscando en vano a su padre.

Tras entrar en la ciudad, varios de los prisioneros más notables, entre los que se encontraba Claudia como hija del encargado de la yeguada de Abderramán, fueron conducidos a una enorme sala del palacio. En ella permanecía el eunuco Nasr recibiendo a los liberados personalmente.

Claudia entró un tanto cohibida. Pese a que era conocida como la ayudante de su padre, no dejaba de ser una mujer y aquello no dejaba de ser la corte. Fue casi de las últimas en ser recibida por el todopoderoso eunuco que departía alegremente con un grupo de casi una decena de hombres ricamente ataviados.

Se dio cuenta de que iba vestida de manera humilde y más bien andrajosa por el largo camino y las penalidades pasadas. Cuando llegó al lado del eunuco se inclinó en una graciosa reverencia y se presentó.

—Señor, me presento ante usted. Soy Claudia, hija de Marco, el encargado de la yeguada del Emir.

El eunuco detuvo la conversación que mantenía con el grupo de hombres. Claudia se sintió observada largamente y entonces de detrás de la figura del fatá apareció una persona que hizo que su corazón se acelerara de alegría al reconocerle.

—¡Ahmed! ¡Soy yo, Claudia! ¿Y mi padre? ¿Dónde está? —dijo casi sin poder contener la emoción que la embargaba mientras se abalanzaba hacia su otrora empleado de confianza.

La muchacha notó como la cara de los asistentes se ensombrecía y muchos evitaban mirarla. Era evidente que algo malo había pasado.

—Claudia —dijo Ahmed acercándose a ella y tomándola las manos—. Tu padre murió en la batalla cuando fuimos a buscarte a la casa donde te habíamos dejado.

## XXXIX

**I**VAR, tras su apresurada salida de Sevilla, retornó a la isla del río donde habían montado el campamento. Por las orillas, jinetes armados con arcos les acosaban de manera continua cuando se aproximaban en demasía a la vera del río. Divisó en la isla varios guerreros vikingos que esperaban impacientes un barco para salir de allí. Pero Ivar al llegar, sabiendo que sería uno de los últimos, sino el último barco que logró zarpar de Sevilla, constató que en la isla se agolpaban demasiados guerreros para poder evacuarlos a todos en los tres barcos que estaban amarrados al muelle. Además, para más dificultad, uno de los barcos se veía realmente en malas condiciones. Era bastante improbable que pudiera servir como escape de nadie.

Contando a los guerreros se dio cuenta que serían cerca de cuatrocientos hombres los que esperaban ansiosos la arribada del barco.

Y como no, entre ellos se divisaba la odiosa figura de Haakon. Estaba claro que proporcionaba las drogas y lanzaba a los berserker a la batalla; pero él no hacía lo mismo, permaneciendo en la retaguardia. Ciertamente es que había sido Berserker en sus tiempos; pero debía acompañar a sus hombres en el combate, o al menos así pensaba Ivar.

Tras las labores de ataque se dirigió hacia Haakon.

—¿Qué ha sido de mi hermano?

—Cayó en la batalla. Ahora estará bebiendo cerveza con Odín y tus padres en el Valhalla —dijo con orgullo mirando a Ivar con desprecio.

Ivar sintió que algo se desgajaba en su interior. Pese a la animadversión perenne de Gunrod, era su hermano. Se había quedado solo en el mundo. Rieg y su hermano habían perecido en esa tierra extraña y él había dejado a Claudia que saliera de su vida. Fue un mazazo. Se sentó en un tablón cercano mientras Haakon se le acercaba.

—Escucha muchacho. Las cosas están mal. Debemos partir cuanto antes e intentar desbloquear el río.

—¿Desbloquear el río? —preguntó Ivar extrañado.

—Si. Río abajo han cortado el paso por medio de unas cuerdas cruzadas de orilla a orilla. Hemos tratado de pasar; pero nos han rechazado dejando el barco que allí ves en muy mal estado.

Ivar volvió a mirar al drakar que ya había visto antes. Ciertamente no se podría hacer gran cosa con él. Apenas se mantenía a flote. Cientos de saetas se veían clavadas en sus costados y aquí y allá aparecía chamuscado por las flechas incendiadas que le habían lanzado.

—Hablaré con los musulmanes. Negociaremos.

—¿Hablar con ellos? ¡Te colgarán muchacho! Es lo que han hecho con los nuestros que permanecieron en tierra.

—Les convenceré. Para ellos no es una gran ventaja que estemos en la isla. Aquí estamos a salvo y no tienen embarcaciones para acosarnos. Además les costaría gran número de bajas.

—¿Y qué les vas a ofrecer? No tenemos nada.

—Tenemos a varios rehenes aún. Y por otro lado tenemos nuestros conocimientos. Me consta que es un pueblo que valora eso.

—¿Conocimientos? —Dijo Haakon casi escupiendo las palabras—. ¿Qué vamos a enseñarles?

En la mente de Ivar se había estado formando una idea. Mientras convivió con Claudia se divirtió varias veces mirando con qué placer comía la muchacha el Ost, el queso de vaca danés. Por lo visto, la ganadería vacuna no estaba explotada por aquel pueblo originario de unas tierras en donde los bovinos no abundaban y menos aún se aprovechaban para hacer quesos con su leche. Puede que esa fuera la solución.

Además, esa sería la forma de poder quedarse para poder buscar a Claudia. Descubrió que, muerto su hermano, no tenía realmente nada ni nadie que le esperase en su tierra natal. No tenía nada por lo que querer volver.

—Debemos hablar con el jefe de las fuerzas musulmanas —dijo con convicción.

Haakon le miró extrañado. Era evidente la determinación del muchacho. Era la misma que había observado tantas veces en su hermanastro. Además reconoció que no tenía un plan mejor.

—Está bien, vamos, traducirás mis palabras —ordenó el viejo Berserker.

—Eso está por ver —pensó Ivar.

## XL

**A**HMED se asombró de la súbita aparición de Claudia. Era toda una sorpresa. Su rápida mente le indicó lo que debía hacer a continuación. No estaba dispuesto a perder su puesto ni a devolver la finca a la muchacha.

—¡Claudia, que gozo más enorme! ¡Mi corazón se alegra tanto de verte...!

—¡Ahmed! —dijo la muchacha sollozando aún por la noticia de la muerte de su padre—. ¿Sufrió?

—¡No! Luchó con bravura y murió entre mis brazos diciendo tu nombre —mintió descaradamente Ahmed con voz quejumbrosa mientras por dentro disfrutaba enormemente recordando la cobarde muerte que dio a Marco.

—Lo siento muchacha —se compadeció el eunuco—. Era un gran hombre.

Ahmed vio llegar entonces su oportunidad. Ahora, tras sus mentiras constantes y su saber hacer, había conseguido tener una gran proximidad con el eunuco.

—Señor, querría atreverme a pedirle una cosa que me hará el hombre más feliz del mundo y estoy seguro será lo mejor para Claudia, la hija de nuestro bien amado Marco.

—Prosigue —concedió el eunuco.

—Dado que la muchacha se ha quedado huérfana y sin parientes vivos, quiero pedirle que me conceda casarme con ella. Soy como de la familia y la protegeré con mi vida. Por otro lado, así vivirá en la casa que la vio nacer.

En realidad los pensamientos de Ahmed discurrían por otro camino. Lo que pretendía era continuar disfrutando de la casa y de sus privilegios, que podrían peligrar ahora que Claudia había regresado. Por otro lado, la muchacha siempre había sido condenadamente buena en los tratamientos de las dolencias de los caballos, cosa que él no dominaba en absoluto ya que se había centrado en la herrería. Sería un estupendo complemento para su creciente fama entre la alta sociedad musulmana. Y por supuesto estaba el hecho de que por fin así tendría la oportunidad de disfrutar de los encantos de la muchacha. Era un plan perfecto.

Claudia, aún medio atontada por el shock de saberse sola en el mundo no acertó a comprender bien la propuesta de Ahmed. Para cuando quiso darse cuenta, el eunuco daba la mano de Claudia a Ahmed concediéndole la propuesta de matrimonio.

¡Pero ella no quería a Ahmed! Al menos no de esa manera. Sí, era un buen trabajador y siempre había sido buena con ella; pero... pero estaba Ivar.

Aunque no, en realidad no estaba. Se había ido para siempre. Estaba camino de la lejana tierra de los vikingos, a muchas semanas de navegación.

## XLI

**I**VAR cruzó el ancho río en dirección a la orilla en donde se veía el campamento más grande de soldados musulmanes. Le acompañaba Haakon y Fátima, una mujer que había sido hecha prisionera y que, al igual que le había pasado a él con Claudia, había descubierto el amor con un vikingo. Los hombres remaban con fuerza acostumbrados a ese trabajo. A medida que se acercaban a la orilla, la mujer gesticulaba y gritaba en árabe dirigiéndose hacia los guardias que les apuntaban con sus arcos. Tras arribar a la orilla fueron inmediatamente reducidos. Por supuesto ni Haakon ni Ivar opusieron ninguna resistencia. Fueron conducidos a una gran tienda ocupada por el general encargado de doblegar a los vikingos.

Muhammad ibn Rustum tenía un problema entre manos. Le habían encargado terminar con los últimos reductos de vikingos en al-Ándalus. Por un lado tenía una bolsa de unos cuatrocientos guerreros vikingos protegidos en una isla inexpugnable, al menos hasta que tuviera barcos para poder llegar hasta ella. Por otro lado, para el desembarco, precisaría de una gran cantidad de hombres. Los vikingos no se lo pondrían fácil, ya habían visto lo que la turba y soldadesca musulmana enfurecida había hecho a los prisioneros tras la batalla de Tablada en Sevilla. Aún colgaban las cabezas de los apresados en las palmeras. Era evidente que tarde o temprano vencerían; pero ¿A qué precio? ¿Cuántos hombres perderían en el desembarco? Era obvio que demasiados. Y eran soldados que se necesitaban en la frontera que el reino andalusí mantenía con los reinos cristianos del norte de la península, de donde habían sido reclutados. El rey cristiano Ramiro estaba crecido tras la batalla de Clavijo y podría aprovechar la debilidad de efectivos en la frontera para hacer una incursión o lo que es peor, para reconquistar territorios. Por todos estos factores recibió con agrado la noticia de que dos vikingos querían parlamentar.

Hizo entrar a los prisioneros indicando a sus guardias que los soltaran.

—Mi señor —dijo Ivar en romance mientras iniciaba una reverencia cortés—. Mi nombre es Ivar y vengo en son de paz para tratar de encontrar una salida satisfactoria al problema en el que ambos nos encontramos.

—Mi nombre es Muhammad ibn Rustum —se presentó el general asombrado de la buena dicción del norteño—. ¿Ambos decís que tenemos un problema? No veo que yo tenga ningún problema. —Comentó queriendo partir de una posición de fuerza.

—Tenéis enfrente, mi señor, un ejército de casi quinientos hombres en vuestras tierras —exageró los números Ivar mientras mantenía un tono de voz neutro—. Están armados y saben luchar. No son campesinos cogidos en ninguna leva.

—Puede que sea cierto, pero estáis aislados. Y no podéis esperar refuerzo alguno. —Comentó confiado el general.

—Disponemos de tres navíos desde los que podemos acosar vuestras defensas o

incluso intentar huir.

—Ya lo habéis intentado y ha salido mal.

—Ya hemos aprendido cual es vuestra defensa —contraatacó Ivar—. ¿Creéis que un barco en llamas será suficiente para romper la cuerda que habéis tendido entre las orillas para impedir nuestra salida?

Muhammad reflexionó acerca de lo expuesto por el alto vikingo de ojos azules. Era evidente que no podría mantener el río cerrado contra un barco en llamas con unas pocas cuerdas tendidas de orilla a orilla en un tramo del cauce.

Ivar observó cómo ponderaba la cuestión su oponente y, captando que para el general era un dolor de cabeza el tenerles allí, estuvo tentado de lanzar la propuesta que había pensado sería más conveniente para los dos bandos; pero decidió esperar a que lo pidiera el general. Era una guerra táctica y cualquier movimiento era decisivo. No se equivocó pensando que lo pediría el general, puesto que tras unos instantes de reflexión este preguntó:

—¿Cuál es vuestra propuesta para deshacer este conflicto? —Inquirió el general.

—Soy consciente de que sois un pueblo tolerante con los que abrazan vuestra fe. Por ello estamos dispuestos a permanecer en vuestras tierras e integrarnos con la población.

—¿Integraros decís? ¿Qué podéis ofrecer a un pueblo que os acepte en su seno? —preguntó intrigado el general.

—En el poco tiempo que he permanecido en vuestra hermosa tierra, he comprobado que desconocéis el arte de tratar el ganado vacuno. Nuestro pueblo es experto en esas lides. Podríamos establecer unas granjas de vacas y explotar su leche para la elaboración de *ost*.

—¿*Ost*?

—Probadlo por favor. Es un queso de vaca que elaboramos en nuestra tierra —diciendo esto sacó de un pequeño zurrón un queso y se lo ofreció al general.

Este cogió el queso con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Ivar, que había previsto la reacción del general, tomó un trozo del queso y se lo metió en la boca. El general hizo lo propio y lo degustó con agrado. Era más suave que el queso de cabra que se elaboraba en al-Ándalus.

—Vos decidís. Podéis comer más queso como este, producido en vuestras tierras, o podéis pelear hasta que uno de los dos bandos pierda la contienda. Por supuesto, aunque ganéis la batalla, quizás perdáis más de lo que os podéis permitir.

El general valoró la propuesta. El vikingo desde luego hablaba con aplomo y parecía franco y sincero. Desde luego era una solución económica en tiempo y hombres. Si ahora rendían la posición los vikingos, el ejército musulmán podría retornar de inmediato hacia la línea fronteriza del norte, donde era vital mantenerlo.

—Para permitirnos quedar en nuestras tierras debéis aceptar una rendición absoluta —contestó el general consciente en todo caso que él era el bando más fuerte.

—Explicaros.

—Debéis abandonar las armas y entregaros sin lucha. Por supuesto no podemos permitir que permanezcáis todos juntos, por ello os separaremos en grupos distintos y seréis llevados a pueblos distantes entre sí con la prohibición expresa de que os juntéis bajo pena de muerte. Además enseñaréis el secreto de la elaboración del queso a los aldeanos que os acojan en su población. Y como muy bien habéis dicho antes, debéis abrazar la verdadera fe que Mahoma nos dejó escrita en el Corán.

Ivar ponderó que las condiciones exigidas por el general no eran en absoluto ofensivas ni lesivas. Por supuesto eran mejor que una muerte o esclavitud seguras.

—Estoy de acuerdo con las condiciones. ¿Me da su palabra de guerrero con honor que no tendrán lugar represalias con mis hombres?

—La tiene —dijo muy serio el general.

—Hay una cosa más. Durante el tiempo que hemos estado en la isla, se han formado parejas entre algunas mujeres musulmanas y varios de mis hombres. Quiero poder ofrecerles un futuro en común.

Fátima, la mujer que les acompañaba miró con una mezcla de vergüenza y esperanza al general. Por su condición de viuda no tenía a nadie en Sevilla y, tras haber sido esclavizada por los vikingos, conoció a Graff, un buen hombre del norte, rudo y muy diferente a su anterior marido; pero atento y cariñoso con ella. Pese a conocerse y haberse juntado apenas hacía un mes, ahora no soportaría volver a su anterior vida sola y quizás hasta estigmatizada por su propia gente tras un cautiverio en el que muchas mujeres fueron violadas y maltratadas por los vikingos. La sociedad musulmana no sería muy benévola con ellas. Los hombres, ya reacios a pretender a una viuda sin dote, aún serían más esquivos ante una viuda, sin dote y quizás mancillada por los nortños.

—Las mujeres que libremente deseen marchar con vosotros, podrán hacerlo. — Concedió el general consciente de que nada ataba más a un hombre al terreno que una mujer a su lado. Además, la integración sería así más rápida y fácil.

Ivar sintió un enorme alivio en su interior. Había conseguido lo que parecía imposible, salir airoso de la situación en la que se encontraban los vikingos en la isla. Era consciente de que su única esperanza era la que había propuesto al general y le había salido bien la jugada. Algunos hombres protestarían por las concesiones pactadas, quizás quisieran morir heroicamente para acceder al Valhalla; pero la gran mayoría estaba claro que preferían vivir libremente, aunque fuera lejos de sus casas. Los que tenían familia en la península danesa la habrían perdido de todas formas si pretendían salir por la fuerza del cerco musulmán. Tras la lucha, el único resultado que cabía era la muerte, o lo que era peor, la esclavitud.

—Sea pues. Mañana al alba comenzaremos el desembarco en este campamento. —Dijo con decisión.

Los dos hombres se dieron la mano mientras un anonadado Haakon les miraba sin haber comprendido nada de lo que en la reunión se había dicho.

## XLII

CLAUDIA cruzó el umbral de su hacienda con verdadera alegría. Que familiar era todo de nuevo, el patio pleno de actividad, las cuadras al fondo, la casona regia e imperturbable como siempre; y sin embargo, que extraño. Su padre, Marco, muerto. Ahmed, el herrador, su marido por orden del eunuco Nasr. Ella, la legítima dueña de la casa, condenada a vivir como una segundona en la estricta sociedad musulmana en la que la mujer no tenía voz ni voto.

Casada con Ahmed. Era un concepto difícil de comprender. Había sido ninguneada y adjudicada al primer postor como esposa. Era tanta la ira y la impotencia que sentía que no podía ni llorar. Tan solo sentía furia. Sentía furia contra el eunuco que la había «empaquetado» como un fardo a la primera de cambio. Por supuesto era impensable intentar decir algo en contra de lo acordado, era solo una mujer. Lo que no sabía qué pensar era que sentía por Ahmed. Por un lado Ahmed siempre fue atento y servicial con Marco y con ella. Además era joven y no carecía de atractivo, podía ser hasta guapo cuando sonreía, lo cual no era muy común. Su físico era imponente tras toda una vida en la herrería trabajando con el martillo y el yunque. En definitiva, podría resultar un hombre deseable para una muchacha como ella.

Entonces. ¿Qué pasaba por su cabeza para no sentir nada por él? Se preguntaba la muchacha. Estaba claro, pasaba que ella se había entregado a otro hombre, se había enamorado de Ivar de una manera que no se creía. Cuantas veces se arrepintió de no haberse ido con él, aunque fuera a una muerte cierta. Pero ahora nada de eso importaba ya, debía afrontar su nuevo futuro con coraje y determinación.

Apenas había hablado con Ahmed tras sus esponsales. Este se había limitado a ordenar a unos siervos que acompañaran a la señora a la hacienda. Según dijo, él tenía otros asuntos que atender en Córdoba y llegaría dos días después. No volvió a verle. La caravana partió al cabo de dos horas en las cuales Claudia se limitó a observar cómo se desarrollaban los preparativos para la puesta en marcha. El viaje fue tranquilo y monótono por la campiña cordobesa. Solo el acicate de volver a casa, a su casa, le procuraba a la joven un poco de felicidad.

Por eso entrar en la vivienda le retrotrajo a un pasado no tan distante en el tiempo; pero sí en cambio distante en el devenir de los acontecimientos.

—Por lo menos viviré en mi casa. —Quiso consolarse la muchacha.

Tras su llegada, se preparó un baño y se metió en el agua humeante con verdadero placer. La casa disponía de una especie de pequeña piscina, en donde bajando por dos escalones de piedra, se podían recostar hasta dos personas. Dos siervas de la casa, que la recibieron con verdadera alegría al reconocerla, se afanaron en disponerlo. Ya no se acordaba de lo relajante y gozoso que podía resultar un baño. Durante su estancia en



el barco vikingo se lavaba en el río siempre de forma pudorosa para no incitar a los guardias. No podía estar mucho tiempo, ni mucho menos desnudarse para lavarse a conciencia. Por eso ahora estaba en la gloria. Notaba escalofríos en el cuerpo por la temperatura del agua, caliente, fragante por las esencias vertidas en ella. Tras tanta tensión acumulada, notó como el agua y el jabón le devolvían el sosiego. De hecho debió dormirse un lapso de tiempo puesto que perdió la noción del tiempo y cuando quiso darse cuenta estaba el agua solo un poco tibia. Sin embargo no fue la temperatura del agua la que la espabiló, sino unas voces en la casa.

—¿Dónde está? —Se oía al fondo mientras el ruido de unos fuertes pasos se acercaba a la estancia del baño.

Claudia cogió una toalla y se irguió tapando su desnudez en el mismo momento en el que Ahmed entraba en la habitación. Tenía la ropa y el pelo cubierto del polvo del camino, sin duda de galopar a gran velocidad desde la ciudad. Portaba en la mano una bolsa de tela en la que unos cercos rojos se hacían muy visibles.

—¿Tomando un baño querida? —dijo con una nota de ironía en la voz que no acabó de gustar a la joven.

Claudia no sabía ni cómo dirigirse a Ahmed. Le resultaba tan extraño pensar en él como en su esposo...

—Habéis llegado pronto. No os esperaba hasta pasados dos días, según me dijisteis —acertó a decir.

Ahmed se acercó hasta la muchacha. Los negros ojos recorrían el cuerpo de la muchacha apenas tapado por la toalla. Pero esos ojos traslucían algo más que deseo o lujuria, sentimientos estos que Claudia hubiera encontrado normales dentro de su anómala situación. No, esa mirada era oscura y peligrosa. Sintió miedo.

Ahmed llegó hasta ella y de un tirón le arrancó la toalla de las manos. El movimiento la pilló desprevenida. Tras un instante en el que su instinto natural le hizo querer cubrirse con las manos, cejó en su empeño y se irguió mostrándose desnuda ante el que sería de ahora en adelante su marido. No fue un acto que considerara, surgió como algo natural.

La bofetada, brutal, no la vio venir. Cayó hacia atrás de nuevo al agua por la fuerza del golpe. Tragó agua y, tosiendo y aturdida, pudo ponerse de rodillas dentro del baño. Entonces una mano le cogió de la melena con fuerza por detrás.

—Hola amita. —Dijo con voz meliflua Ahmed—. ¿Aún crees que soy un sirviente? —comentó a la vez que de un tirón del pelo la obligaba a echar hacia atrás la cabeza—. ¿Aún piensas que eres alguien en esta casa? —dijo ya con ira en la voz—. Yo te enseñaré el papel que desempeñas aquí.

Y diciendo esto la empujó violentamente hacia delante mientras se colocaba encima de ella por la espalda obligándola, por el enorme peso del hombre, a estar casi sumergida en el agua. Notó sus manos callosas abrirla las piernas y la punción dolorosa de su sexo al entrar en su cuerpo con inusitada violencia. —Mi marido me está violando— acertó a pensar mientras pugnaba por sacar la cabeza del agua para

respirar. Pero la enorme fuerza de los envites de Ahmed la obligaban una y otra vez a sumergirse en el agua.

Por fin, cuando ya sus pulmones no aguantaban más, su marido se retiró. Claudia tosiendo y boqueando buscando un poco de aire solo tuvo fuerzas para apoyarse en el borde de la bañera.

—Escúchame atentamente —dijo con voz sibilina—. A partir de ahora ya no eres la amita. Eres lo que yo quiera que seas y harás lo que yo te diga. Ya he disfrutado de tus placeres y no quiero seguir teniendo que soportar tu presencia. Sinceramente, esperaba haber gozado más —afirmó con sarcasmo.

Claudia apenas podía concentrarse en nada que no fuera recuperar la respiración.

—Hubiera sido más placentero sin duda el haberme derramado en ti mientras te ahogabas en el agua; pero me haces falta —comentó como de pasada—. Aunque pensándolo bien, creo que sí, es necesario que mueras.

Pese a que entendió perfectamente las palabras de Ahmed, descubrió con sorpresa que las había recibido con alivio. Prefería mil veces la muerte antes que volver a ser ultrajada como lo había sido hacía unos instantes.

Ahmed sacó un cuchillo curvo que portaba en la cintura y se aproximó de nuevo a la muchacha. Claudia no hizo ningún ademán de querer escapar. La muerte le parecía bien, era una manera definitiva de escapar a su suerte maldita que se había cobrado las vidas de Marco y de Ivar. Así por lo menos tendría la esperanza de encontrarse con ellos en donde quisiera que estuvieran en el más allá.

El hombre la volvió a coger de la larga melena y con un movimiento lento y preciso vio la joven como el cuchillo se aproximaba a su cabeza.

## XLIII

**A**BDERRAMAN II estaba realmente complacido con el final de la crisis de los vikingos. Por ello ofreció una espectacular fiesta en la que agasajó a todos sus generales y por supuesto al eunuco Nasr. Las fiestas en palacio eran memorables. Enormes grupos de bailarinas y músicos iban turnándose en el centro de un salón abarrotado de invitados colocados en una mesa inmensa con forma de herradura. Como de costumbre todos los invitados eran hombres de la alta burguesía cordobesa. Casi todos eran musulmanes; pero también se podía encontrar algún judío y algún cristiano entre los comensales. Pero sin duda, el que más atención suscitaba era Ivar. Había sido llevado a la corte por Muhammad ibn Rustum, el general con el cual había negociado la rendición de los vikingos hacía ahora ya casi dos meses. Ivar estaba deslumbrado a su pesar, no pretendía dar señales de asombro; pero todo lo que veía era magnífico y opulento.

Enormes alfombras de vivos colores cubrían los suelos, por otro lado immaculados. Una ingente cantidad de siervos ofrecían toda clase de refrigerios a los asistentes. Una colosal lámpara con cientos de velas dominaba las alturas del salón. Todo era enorme, fastuoso y preciosista.

Muhammad ibn Rustum, al que las largas horas de conversación y negociaciones habían convertido en su amigo, sonreía al ver la expresión de sorpresa del vikingo. Y es que Ivar estaba muy lejos de haber visto semejante palacio ni semejante salón. Ni siquiera la Representación mental que se hacía de cómo sería el salón del trono de Odín en el que los guerreros esperaban tomando cerveza, el Valhalla, en el reino de los cielos de Asgard; ni siquiera ahí se habría imaginado tal cantidad de riquezas.

Muhammad le tomó por el brazo cuando consideró que ya había babeado bastante y lo acercó a la mesa principal en la que un alborozado Abderramán departía con gran cantidad de invitados.

—Mi señor. —Dijo con una profunda reverencia que Ivar repitió.

—He aquí a un hombre sabio. —Dijo el emir levantándose de su asiento para acercarse al general—. No solo ha preservado la vida de mis soldados tan necesarios para protegernos de los cristianos en el norte, sino que nos ha aportado un grupo de fuertes hombres hábiles en la cría del ganado y en la fabricación de estos estupendos quesos. —Comentó mientras sostenía un pedazo de queso *ost* que Ivar había proporcionado al general.

Ivar se sintió un tanto cohibido por la presencia tan cercana de ese poderoso rey. Al constatar sus riquezas y poder, se había amedrentado un tanto.

—Y este debe ser el joven embajador de los *mayus* —dijo dirigiéndose hacia Ivar mientras lo ponderaba lentamente con la mirada.

Ivar sabía por boca de Muhammad que a los vikingos se les conocía como los

*mayus* o magos por parte del pueblo musulmán.

—Mi señor —repitió el saludo Ivar.

—Dejemos los formalismos, joven —comentó Abderramán mientras movía una mano con disgusto—. Estoy deseoso de escuchar vuestras costumbres, historia y religión.

Y así, para sorpresa de todos, y aún más de Ivar, Abderramán hizo sentar a Ivar a su lado durante toda la velada hasta bien entrada la noche, durante la cual estuvo acribillando a preguntas al vikingo.

Ivar relató cómo eran las aldeas de su pueblo en la península danesa, cómo construían las casas y los barcos, cómo vestían... y luego pasaron a la parte que más interesó al emir; la religión.

Abderramán II no resultó ser un emir muy preocupado por la faceta religiosa durante su mandato. Ciertamente es que se hicieron algunas purgas entre los cristianos más ortodoxos; pero fue siempre por no enfrentarse a sus propios alfaquíes que exigían más mano dura contra los que ellos consideraban infieles. Entre estos alfaquíes destacaba por su intolerancia y ambición Yahya, quien contaba con gran respeto entre su gente como hombre conocedor y estudioso del Corán, el libro sagrado. Sus exigencias continuas en contra de la población cristiana de Córdoba, crearon grandes dificultades y no pocos mártires a los cordobeses que no habían abandonado la fe cristiana. Sin embargo, el conocer otras culturas y otras religiones fascinaba al emir quien escuchaba con deleite al danés mientras este le hablaba de Odín, Thor, Frigg o Loki.

—He de reconocer que habéis hecho de vuestras creencias un cuento precioso —afirmó el emir tras escuchar de los labios de Ivar parte de la mitología escandinava.

—Me place que sea de su agrado, señor.

—Y decidme Ivar. ¿Qué opináis de las estrellas?

Abderramán II era un gran amante de la astrología y mantenía a los más afamados Astrólogos del mundo conocido a sus órdenes, pagándoles grandes sumas por sus servicios.

—Son imprescindibles para nuestro pueblo. Ellas nos permiten navegar y orientarnos en el mar. Por ello debemos aprenderlas perfectamente.

—Creo que voy a dotaros de una vivienda aneja al palacio. Ardo en deseos de comparar vuestros conocimientos de las estrellas con nuestros mejores astrólogos.

Ivar no creía que su suerte fuera tan caprichosa y propicia. Desde la corte de Córdoba, pensaba, no le sería difícil encontrar a Claudia. Al fin y al cabo era la hija del cuidador de caballos del emir.

Envalentonado por la aparente confianza del emir, se atrevió a inquirir al gobernante.

—Mi señor. Me han dicho que sois amante de las composiciones poéticas y que incluso vos mismo componéis grandes obras.

El emir miró con curiosidad a su invitado.

—Os han informado bien. De todos es conocido mi amor por las letras.

—Me gustaría entonces hablaros de los poetas escandinavos. Los llamamos escaldos.

—¿Escaldos? Nunca escuché esa palabra —dijo interesado el emir.

—Los escaldos narran historias heroicas en composiciones poéticas que llamamos *drapar*.

Al llegar a este punto el emir estaba completamente entregado a su huésped. Ivar había jugado bien sus cartas sabiendo, de boca de Muhammad, que Abderramán sentía pasión por la poesía. Así, comenzó a explicar a Abderramán como se escribían los *drapar* usando los *kenning* a modo de metáforas.

Tras un buen rato de conversación Abderramán dio por terminada la velada no sin antes despedirse efusivamente de su nuevo conocido con el que prometió volver a mantener largas charlas.

Tal y como se había comentado durante la cena, asignaron a Ivar una casa en las inmediaciones de palacio. Así mismo se le asignó un sirviente, Alí, que nada más presentarse ante él le preguntó.

—¿Desea el señor que le prepare el baño?

Curiosa práctica esta de los árabes de bañarse continuamente, pensó Ivar que ya lo había comprobado tras convivir varias semanas en las dependencias de Muhammad. Y lo que era más curioso es que descubrió que le resultaba altamente gratificante. Disfrutó de su baño caliente mientras pensaba en su amada Claudia. Ansiaba tener la suficiente presencia en palacio para ir descubriendo en donde encontrarla. Sería una gran sorpresa para ella que a buen seguro le creería en la lejana península danesa.

## XLIV

**G**UNROD trabajaba duramente en la fragua. Permanecía atado con una larga cadena a su único tobillo. La otra pierna, la que se astilló bajo el peso del caballo, se la habían amputado por debajo de la rodilla. Pese a que hacía seis meses de ello, aún le palpitaba el muñón en un dolor sordo e interminable que le impedía conciliar el sueño o concentrarse.

Pero si creían que habían doblegado su espíritu por dejarle sin pierna estaban equivocados. Trabajaba con denuedo para mantener ocupada su mente y moldear su gigantesco cuerpo. Su musculatura estaba intacta y pese a permanecer atado día y noche, los demás trabajadores de la herrería mantenían una respetuosa distancia con el gigante rubio. Todos le temían y le evitaban, tan solo el esclavo encargado de llevarle la comida y retirar los excrementos de un cubo dejado allí al efecto, se acercaba lo suficiente. De todas formas, Gunrod le ignoraba.

Los días pasaban monótonos. Gunrod atizaba el fuego y poco a poco comenzaba a familiarizarse con el martillo y el yunque a la hora de fabricar nuevas herramientas y herraduras. Su inmensa fuerza hacía que el trabajo se desarrollara con gran velocidad, pese a que su falta de pericia hacía que los acabados no fueran tan perfectos como el de otros herreros con más experiencia.

Por las noches el resto de los trabajadores de la herrería volvían a sus casas. Gunrod en cambio permanecía en la herrería. En una esquina de la misma, justo en el extremo de la cadena, había un camastro de paja, el cubo de los excrementos, un cántaro con agua y un cuenco de raíz de olivo vaciada en el que le dejaban la escasa comida diaria, consistente casi siempre en una pasta untuosa de algún tipo de harina de sabor neutro. Gunrod complementaba la alimentación con todo los nutrientes que encontraba, ya fueran pequeñas lagartijas o insectos. Una noche se dio un festín al lograr cazar una de las muchas ratas que poblaban las instalaciones. La abundancia de grano para las caballerizas hacía de la casa un lugar muy atractivo para estos roedores. Además estaban tan bien alimentadas que duplicaban el tamaño de cualquier rata que Gunrod hubiera visto antes, cosa que agradeció mientras daba buena cuenta de ella tras asarla en el fuego de la fragua.

Gunrod, en su prisión caliente, recibía muy de vez en cuando la visita del execrable Ahmed. Aún recordaba la cara de placer que mostraba durante la amputación de su pierna. Ciertamente es que era necesaria, el propio Gunrod reconocía que solo un colgajo de piel mantenía su pierna pegada al resto del cuerpo. Sin embargo la forma en que se la amputaron fue inhumana. Sin administrarle ningún tipo de calmante, el mismo Ahmed, por supuesto tras atar fuertemente a Gunrod a una mesa, fue serrando la piel, la carne y los huesos del nórdico. Lentamente, con deleite. Gunrod se prometió no gritar para no dar placer al salvaje musulmán. Para ello apeló

a toda su concentración, la misma que utilizaba para dominar los efectos de la poderosa droga de los Berserker. Si al menos hubiera dispuesto de algo del bebedizo, pensaba con añoranza recordando la insensibilidad a la que le transportaba el preparado. Por suerte Thor había acudido en su ayuda y, tras los primeros instantes de dolor inhumano, le había conducido a la inconsciencia.

Cuando despertó, un menudo cirujano cosía jirones de piel construyéndole el muñón. Por lo menos era considerado y manipulaba la dolorosa herida con cuidado. Pese a que no había manera humana de hacer ese trabajo sin enorme dolor, Gunrod apreció el esfuerzo del joven y atento sanador.

El mismo y callado sanador acudió a visitarle a diario para interesarse por la herida. Nunca cruzaron una palabra. Muchas días de las dos semanas siguientes a la traumática operación permaneció Gunrod embotado por la fiebre. La herida se había infectado y la fiebre le comía por dentro haciendo que pasara muchas horas delirando sin poder recobrar la consciencia. Después de los primeros quince días la fiebre cedió. La gran fortaleza de Gunrod junto a los buenos oficios del sanador parecían haber ganado la batalla a la muerte.

Pese a que muchos otros hombres hubieran deseado morir en esas circunstancias, Gunrod, tras pensarlo detenidamente, decidió que no. Debía hacer pagar a Ahmed su sadismo con él y con sus compañeros indefensos en el campo de batalla. Sí, ese sería su objetivo en la vida, encontrar el momento y el lugar para la venganza.

Por ello se puso a trabajar. Trabajaba hasta quedarse exhausto. Al principio, fruto de su debilidad, apenas podía con el peso del martillo tras media mañana de pesados golpes; pero ahora, meses después de su llegada a la casa, era una verdadera máquina de golpear.

Y es que Gunrod en su mente no atizaba al yunque, atizaba la cabeza de Ahmed.

## XLV

**N**o podía ser casualidad. Aquel encuentro en el pasillo de uno de los corredores de palacio era demasiado «oportuno». Tarub estaba como siempre espléndida y además lo sabía. Su cuerpo escultural apenas estaba cubierto por unas gasas semitransparentes que dejaban adivinar menos de lo que se veía. Nasr sonrió cuando la mujer fingió sorpresa al verle.

—Mi buen amigo Nasr —dijo con una voz melosa y sensual.

—Señora. —Saludo educado el eunuco.

—Que formal. Siempre tan considerado —comentó la favorita mientras se agarraba del brazo del eunuco—. Permite que te rapte un momento de tus, sin duda, múltiples quehaceres.

—Es un rapto que muchos envidiarían. —Comentó Nasr cortés.

—Precisamente hace poco me acordaba de la conversación que mantuvimos hace unos meses en una situación parecida a esta —comentó la mujer como de pasada. Nasr, dejó que continuara—. ¿La recuerdas viejo amigo?

—Vagamente —respondió esquivo el hombre pese a que la tenía bien presente.

—Creo que me engañas —dijo riéndose la mujer mientras continuaban del brazo paseando lentamente por el largo corredor.

—¿Puede mi señora refrescarme la memoria?

—Nasr, no sé porqué te haces el tonto. Bien sabes que jugábamos a hacer futuribles. Si nuestro bien amado Abderramán nos dejara y mi hijo pequeño aún heredara el trono, te pedía fueras el regente que lo llevara de la mano y lo educases.

—Ah, si, ahora caigo. Perdonar mis fallos en la memoria.

—No pasa nada. Tan solo era un juego —sonrió la mujer sin que sus ojos felinos lo hicieran.

—Es cierto, era un juego de ver el futuro de una manera curiosa.

—Pero que puede suceda en un momento dado.

—El tono de la mujer ahora era serio y cauto. Sus ojos se clavaban en el eunuco valorando la disposición del mismo hacia el tema que estaban tratando.

—Recuerda mi buen amigo que comentábamos que sería el culmen de nuestra vida. No podríamos llegar más lejos partiendo desde tan abajo. Dos almas gemelas saliendo del harén y haciéndose con el poder de uno de los reinos más prósperos del mundo.

—Es un bonito sueño —comentó prudente el eunuco.

—Puede ser más que eso. Has hecho una buena gestión en la guerra contra esos bárbaros nortños y la gente te respeta más que antes, lo cual ya es difícil.

—Gracias señora, me aduláis.

—No quiero adularte, quiero que entiendas que está en nuestras manos el poder



cumplir nuestro sueño.

El eunuco respiró fuerte. ¿La favorita del harén le estaba proponiendo traicionar a su rey? Desde luego la propuesta era muy atractiva. Abdallah, el hijo de Tarub, la favorita, era aún joven para reinar y además no tenía muy buena cabeza, por lo que fácilmente podía llegar a ser un títere en las manos de Nasr.

—Me siento un tanto sorprendido por vuestra audacia —acertó a comentar—. ¿Porqué pensáis que os ayudaré?

—Porque quieres más. Ya te comenté que te vi muchas veces contemplar a las mujeres del harén como lo hace un hombre. Y, aunque sé que nunca podrás tenerla como tal, presiento que algo en tu interior te pide una compañía femenina que caliente tus sábanas en las frías noches de invierno.

¿Tanto se notaba? ¿Tan transparente era? Nasr estaba realmente turbado. Era cierto que muchas veces imaginó acariciar un cuerpo femenino. Era cierto que soñó, más veces de las que quería recordar, que una mujer se abrazaba a él en las noches de insomnio que a menudo le acometían sin piedad. Todo eso era cierto y por Allah que ardía en deseos de poder cumplir sus sueños.

—¿Qué me proponéis? —preguntó soltándose de su interlocutora y mirándola fijamente a los ojos.

Ella esbozó apenas un rictus que parecía una sonrisa de triunfo. Había logrado tentar al hombre más poderoso de al-Ándalus detrás del emir. El mismísimo eunuco Nasr, el hombre de confianza de Abderramán II, estaba ahora en sus manos y, curiosamente, pese a sus genitales mutilados, por una mujer.

—Verás Nasr, en el harén hay una mujer, Zoraida, que ya no es llamada por el emir a su alcoba hace muchas muchas lunas.

Nasr admiró la perspicacia de esa mujer. Zoraida era una de las mujeres con las que más había fantaseado. No era la más bonita, ni por supuesto la más joven; pero le atraía su sonrisa y sus pechos grandes y aún enhiestos. Muchas noches soñó dormir entre ellos, arropado y cobijado mientras ella le acariciaba lentamente. Muchas noches lloró por no poder hacerlo. Y ahora, Tarub, la favorita, la jefa del harén de palacio, le estaba ofreciendo poder satisfacer su sueño.

Un ligero temblor en la expresión del eunuco le indicó a Tarub que había dado en el clavo.

—Como jefa del harén puedo disponer su traslado. Por supuesto no podría enviarla a tu casa, sería demasiado arriesgado. Debería ser una casa que pertenezca a alguien de tu entera confianza y en donde tú puedas acercarte y pasar la noche. A ser posible, debiera ser una casa algo apartada de la ciudad, así tu coartada será perfecta si no regresas durante el día. Siempre podrás argumentar que te pilló la noche y te quedaste en casa de tu amigo.

¿Alguien de confianza con una casa a las afueras de Córdoba? ¿Quién podría acallar un secreto que le podía costar el puesto? Debía ser alguien al que él hubiera encumbrado, alguien que no sería nadie sin su apoyo. ¡Alguien como el herrero

Ahmed! Descubrió con ilusión cuando le vino su imagen a la mente. Su hacienda, la que fuera de Marco, estaba alejada de Córdoba y además Ahmed le debía demasiado a Nasr para negarse a su petición. Era el lugar perfecto. Podría disponer de una buena estancia y quedarse a pernoctar con Zoraida. Con Zoraida, se repitió no creyéndose que pudiera ser verdad.

—Hay una casa a pocas leguas de Córdoba, la del herrero Ahmed.

—¿Ahmed? ¿El heredero de Marco?

—Ese mismo.

—Me parece bien. Avísale y si no dispones otra cosa, dentro de una semana tendrás allí a Zoraida.

—¿Y a cambio? —preguntó el eunuco consciente de que Tarub no hacía regalos a la ligera.

—Ya te lo diré. De momento disfruta de Zoraida. Es una buena chica y sé que sabrá complacerte.

Y diciendo esto, dio grácilmente la vuelta y se alejó contoneando su cuerpo con pasos cortos y voluptuosos.

## XLVI

**I**VAR estaba totalmente integrado en la vida cortesana de la Córdoba del año 846. Abderramán había quedado muy impresionado por los conocimientos y por el exotismo de su invitado y le había ofrecido una vivienda en las dependencias de palacio. Salvo el harén y la zona reservada al emir, tenía derecho a pasear por todo aquel lugar que le apeteciese. Ivar solía frecuentar a los astrólogos del emir. Estos, ricamente pagados por Abderramán, se reunían en una torre al norte del palacio. En esta torre observaban los astros y, tras complicadas fórmulas y diseños, elaboraban una carta astral de lo que el futuro depararía. Ivar asistía interesado aunque no creía una sola palabra de lo que los adivinos decían haber leído en las estrellas. Aún así, concedió que sus conocimientos de la bóveda celeste eran dignos del mejor navegante y por ello sentía la necesidad de visitarles en esas dependencias de la torre al menos cada dos o tres días.

En otras ocasiones, Ivar se reunía con los músicos y poetas que Abderramán mantenía en palacio. Era sabido de su gusto exquisito para la poesía y para la música; por ello hacía venir a su palacio a artistas de cualquier confín del mundo para tenerlos a su servicio. Además pagaba excepcionalmente bien, razón por la que nunca declinaron su invitación.

El resto de los vikingos había quedado establecido en diversos pueblos y los preciados quesos de vaca realizados a la manera escandinava empezaban a ser un artículo imprescindible en cualquier ágape que se produjese en palacio. Evidentemente alguno de sus compañeros había escapado tratando de regresar a Dinamarca; pero eran los menos. En general casi todos los hombres se habían integrado bien. Se convirtieron al islam, que evidentemente era una de las condiciones para poder quedarse, y muchos incluso empezaron una vida nueva contrayendo matrimonio con esas preciosas mujeres morenas de pelo negro y brillante tan distintas a las rubias y pálidas nativas de su país de origen.

Pero Ivar estaba solo. Tras llegar a Córdoba fue haciendo indagaciones acerca de la posible situación de su amada. Un día uno de los siervos que le habían asignado se presentó ante él.

—Señor, tengo noticias acerca de la muchacha que busca —dijo en un tono que no auguraba fueran noticias halagüeñas.

—Dime pues —dijo Ivar mitad esperanzado mitad asustado.

—Veréis señor, hace varios meses, tras la liberación de Sevilla, Claudia se presentó ante Nasr el fatá preguntando por su padre. En ese momento estaba Ahmed, el Maestro Herrador, con el fatá. Él fue el que informó a la muchacha de la muerte de Marco.

—Entonces, su padre ha muerto —dijo Ivar para sí mismo.

—Hay más —dijo con pesar el sirviente de Ivar—. El fatá, allí mismo casó a Claudia con Ahmed porque así lo solicitó el Maestro Herrador.

Ivar miró al siervo con ojos desorbitados.

—¿Pero ella quería? —preguntó mientras zarandeaba al sirviente.

—No le comprendo. ¿Eso qué importa? —preguntó el siervo de Ivar mientras le miraba con extrañeza. Al cabo de unos segundos, ya zafado de las grandes manos del vikingo, retomó el relato.

—Por lo visto, en el mismo viaje hacia la hacienda que posee Ahmed y que antes fuera de Marco, Claudia contrajo una dolencia que sin duda ya portaba de su penoso encierro como esclava en Sevilla.

Era evidente que su informador desconocía las características del cautiverio de Claudia, pensó Ivar.

—A consecuencia de esa enfermedad murió sin siquiera llegar a pisar su casa. Según me han comentado, Ahmed lo contó con lágrimas en los ojos al fatá. No llegó siquiera a consumar el matrimonio. Aún dicen que camina apenado por la pérdida de Claudia —dijo con conmiseración el informante.

El que quedó consternado y apenado fue Ivar. Sin despedirse de su informador deambuló como ido por los pasillos. Claudia, su Claudia, había muerto. Tras tantas vicisitudes, tras tantos reveses, tras tantas peripecias, ahora que parecía podían volver a encontrarse... ella había muerto. Se había ido.

Ya nunca besaría esos labios carnosos y suaves, ya nunca notaría su cuerpo menudo apretarse al suyo buscando calor en las noches frías, ya nunca la miraría callado mientras dormía, ni posaría suaves besos en su melena impregnada del aroma del jazmín. Todo eso se acabó. Ella había abandonado este mundo dejándole solo. Una vez más parecía que todos aquellos a los que amaba partían de este mundo abandonándole a su suerte. Su padre, su madre, Rieg, su hermano y ahora... Claudia.

## XLVII

LIMPIÓ con vino la herida que aparecía marcada en el nacimiento de la crin de la yegua. El animal apenas se movió aunque temblaba nervioso. El semental la había mordido más fuerte de lo habitual al montarla en la cubrición. Claudia tras volver a examinar la herida quedó satisfecha y se despidió del animal con unas palmaditas en la grupa.

Extrañamente comparó su suerte a la de la yegua, el acto sexual había sido algo agresivo con ambas. Aunque en su caso, la agresión había sido algo innoble y antinatural.

La faja de su pecho le apretaba y el calor del día la sofocaba. El estar siempre ocultando sus senos tras un lienzo enrollado en torno a su torso era algo molesto en las calurosas jornadas estivales. Pero esa era su condena, una condena para una falta que nunca había cometido, la de ser culpable de ser mujer. Ahmed, el amo, ya nunca pensaba en él como su marido, por lo menos la ignoraba. Ella se limitaba a cuidar a los caballos y tras acabar la jornada se recluía en la cabaña que antes había sido del ahora amo de la hacienda. Al menos le gustaba su trabajo. Había conseguido desempeñar mejor de lo que creía el difícil arte de curar a los equinos. En la hacienda todos le creían un hombre, callado y esquivo. Es más, dada su falta de interés en las reuniones con otros hombres y con otras mujeres, alguien había lanzado el bulo de que Amín, el nombre que Ahmed le había impuesto como albéitar, era en realidad un eunuco, afirmación que se veía reforzada por el dulce tono de su voz.

Para Claudia ese bulo resultaba perfecto, así se acababa de completar su disfraz. Era de todos sabido que la voz de los eunucos era normalmente más aguda de lo que los hombres no mutilados tenían normalmente, por ello nunca desmintió el rumor que corría sobre su persona.

Claudia aún recordaba cómo llegó a pensar que Ahmed acabaría con ella con aquel afilado cuchillo curvo cuando se acercó mirándola con desprecio.

La hoja de acero fue segando poco a poco sus cabellos. Cogía un mechón tras otro y los sajaba limpiamente pasando a continuación la fría hoja del cuchillo sobre el cuero cabelludo hasta que no quedó un pelo que cortar en la cabeza de la muchacha.

No se le había olvidado aquel triste día a Claudia. Tras el humillante rapado, Ahmed se apartó contemplando su obra.

—Bastante bien —apreció—. Escúchame atentamente. A partir de este momento serás... Amín. Sí, Amín es un nombre que te pega —dijo con una sonrisa cruel—. Bueno Amín —prosiguió—. Eres el nuevo albéitar de la hacienda. Te ocuparás del cuidado de los animales, en especial de los caballos. Sé que se te da bien y ese es el único motivo por el que te dejo vivir.

—¡Pues mátame ahora mismo, porque no quiero obedecerte ni seguir viviendo!

—dijo Claudia con despecho y con rabia mientras una lágrima despuntaba en sus ojos.

—No, Amín, de eso nada. —Dijo Ahmed mientras detenía con sus enormes manos la lágrima que discurría por la mejilla de la muchacha—. Tienes que vivir y obedecerme o de lo contrario pasaré a cuchillo a Yasmina, a Fátima, a Miriam, a Zaida y a todas las sirvientas que en el pasado te conocieron y te cuidaron —dijo sin alzar la voz pero con un tono gélido que hizo que Claudia no dudara de la certeza de la amenaza.

Yasmina, Fátima, Zaida y sobre todo Miriam habían sido como unas madres para la chica huérfana que había crecido en la hacienda. La habían enseñado a peinarse, a coser, a maquillarse y por supuesto le habían enseñado, cuando llegó el momento, lo que era la menstruación y como debía proceder en esos días. Habían suplido los consejos y la educación de una madre que nunca tuvo. Eran su familia sin serlo. Ahora, ya mayores, solían ocuparse de lavar las ropas y limpiar la casa.

—Me crees ¿verdad? —dijo Ahmed esbozando una cruel sonrisa mientras imitaba con la mano en la que sostenía el cuchillo el movimiento de cortar un cuello.

—Si —dijo iracunda Claudia.

—Como no sé si creerte, me he permitido prescindir de las dos esclavas que te prepararon el baño —comentó como de pasada mientras daba una patada al saco con el que había entrado en la mano. De dentro del mismo surgió la cabeza de una de las muchachas mientras Claudia ahogaba un grito en su garganta.

—¿No queremos que nadie sepa de ti verdad? —Dijo el hombre peligrosamente—. Te pondrás un lienzo atado fuerte en el pecho para disimular los senos. No te será difícil, tampoco son tan grandes —expresó con menosprecio.

Claudia permanecía en estado de shock. La visión de la cabeza de la sirvienta y la evidente presencia de la otra dentro del saco la había conmocionado.

—Vivirás en mi vieja vivienda. Así podrás estar sola. Y por supuesto, no pienses ni por un momento en escapar o en hablar con nadie de esto, porque mataré primero a tus amiguitas y luego a ti —dijo con hielo en la voz—. ¿Me crees verdad?

Claudia asintió aterrorizada.

—Bien, para todo el mundo Claudia ha muerto, así que, Amín, bienvenido como albéitar a mi humilde morada —dijo con ironía mientras hacía una reverencia.

De todo eso hacía ya casi dos años.

Sus buenas artes como veterinaria hicieron que no pocas veces tuviera que tratar a los mismos sirvientes cuando estos sufrían un percance. Así, limpiaba forúnculos igual que entablillaba miembros rotos o extraía alguna pieza dental ocasionalmente. Por todos estos actos era respetada y querida por el resto de los sirvientes de la casa. Claudia no pedía nada a cambio; pero las personas, agradecidas, le solían procurar de algún pequeño lujo para los moradores de la hacienda, como algún plato cocinado con carne de conejo, trozos de pan, aceitunas o vino. Ella recibía los presentes con humildad procurando siempre ocultar su cara bajo una especie de capuchón que solía

llevar puesto en cada momento. Su pelo, cortado casi al ras a cuchillo por el infecto Ahmed, había crecido de nuevo aunque ella procuraba mantenerlo corto a la manera de un hombre. O eso quería creer, ya que no había vuelto a ver su aspecto reflejado desde el aciago día de su violación.

Sus ropajes, humildes, cubrían cualquier curva femenina al llevarlos siempre holgados. Prácticamente se componían de túnicas de lana con capucha, debajo de las cuales portaba una camisola y las consabidas vendas de los pechos.

A todos los efectos era Amín, el albéitar, y no deseaba cambiar nada porque solo aspiraría a estar peor. Ahmed cada vez era más brutal con todos los que estaban bajo su mando y aquí y allá aparecía de vez en cuando una muchacha brutalmente violada por el amo. Claudia procuraba tratarla de las erosiones y golpes de su cuerpo; pero no podía hacer nada con las heridas del alma. En una ocasión, una muchacha especialmente reclamada por Ahmed, prefirió colgarse de una viga del techo. Ahmed, enterado del suicidio escupió sobre el cuerpo de la difunta a la vez que tomaba del pelo a su compañera de habitación y se la llevaba a sus aposentos.

El miedo y el odio se habían instalado rápidamente en una hacienda en la cual siempre imperó el amor y el respeto.

Acabó de recolocarse el lienzo sobre su pecho cuando alguien la llamó.

—¡¡Amín, Amín!! —gritaban desde la herrería.

Claudia se apresuró a cubrirse con la túnica y salió de su vivienda para encontrarse con un pequeño caos en la puerta de la herrería.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras entraba a la carrera en la sobrecalentada estancia.

Enseguida se percató del problema. Uno de los herreros permanecía en el suelo con una enorme viga de madera encima. Por lo que contaban los presentes, herrando a un semental, el animal había comenzado a estirar varias veces de su atadura haciendo que la argolla clavada en la pared hubiera cedido llevándose el paramento y la viga que sostenía, que por mala fortuna fue a caer sobre los hombros del herrero.

Claudia intentó poner algo de orden en el caos que imperaba en la estancia.

—¡Apartaros, dejar que me acerque a ver! —dijo con autoridad.

La orden causó efecto y los presentes se retiraron para que Claudia se aproximara al herido. El hombre estaba inconsciente y un murmullo sibilino salía de su boca cada vez que respiraba, cosa esta que hacía con dificultad.

—Debe tener varias costillas rotas. Hay que sacarle cuanto antes de aquí —dijo rotunda.

—Hemos quitado las piedras, pero la viga es muy pesada y está parcialmente cubierta de escombros y rocas en un extremo. Nos costará poder liberarle.

—No aguantará mucho. Esa espuma rosada que aparece por su boca indica que puede estar entrando sangre en los pulmones. Además es evidente que le cuesta trabajo respirar.

Varios hombres trataron de mover la viga; pero el problema estribaba en que, por

la posición en la que había caído, no podían acceder a ella más de tres a la vez y no eran capaces de mover la pesada carga. Tras varios esfuerzos los hombres se retiraban agotados sin apenas haber desplazado el madero.

—Tenéis que conseguirlo. No podemos dejarle aquí, no durará mucho. —Les apremiaba Claudia impotente al ver que los hombres no podían con la carga.

—Es demasiado pesada y nos estorbamos al tratar de asirla. No hay espacio. Tendremos que tirar la pared contra la que se apoya para hacernos sitio —comentó uno de los herreros que había estado forcejeando.

—No hay tiempo. No vivirá mucho más. —Les explicó Claudia.

—¡¡¡Soltadme!!! —tronó entonces una voz.

Desde la estancia contigua, en la fragua, Gunrod debía haber oído lo que pasaba.

—¡Venid a soltarme la cadena. Yo moveré la viga! —Volvió a gritarles Gunrod.

Claudia se aproximó a la fragua en donde Gunrod permanecía encadenado con un grillete en su tobillo derecho, el único que le quedaba tras la amputación de su pierna izquierda. La verdad, desde que le había curado el muñón y las fiebres tras la amputación brutal que sufriera, no había vuelto a verle. Desde el primer momento le había reconocido como el gigante rubio que causó su desgracia en Sevilla; pero su corazón no le permitía dejarle morir por la infección que el tremendo trauma le estaba provocando. Por ello se había aplicado a limpiarle el muñón cada día. Con sumo cuidado, y pese a que el gigante estaba comido por la fiebre, fue limpiando la herida y cosiéndole los jirones de piel que colgaban como despojos tras la cruel operación. Contra todo pronóstico salió adelante, la fiebre desapareció y la herida cicatrizó. En ese momento dejó de verle, hasta ahora.

El Gunrod que había conocido era gigantesco; pero se le antojó pequeño al lado del que ahora se le presentaba. Las largas jornadas con el martillo y el fuelle habían moldeado aun más si cabe el tremendo físico del vikingo. Su torso desnudo era un perfecto mosaico en el que descubrir la musculatura del cuerpo humano. Su brazos eran portentosos y sus manos enormes. Solo el muñón de su pierna izquierda privaba al gigante de la perfección.

Desde luego, pensó Claudia, si había alguien en el mundo capaz de mover esa viga, ese era Gunrod.

—¡Soltadle! —ordenó con autoridad.

Los asustados herreros la miraron con perplejidad. De todos era conocido que el prisionero vikingo era el trofeo favorito del amo.

—¡Soltadle de una vez! —volvió a ordenar consiguiendo que esta vez la obedecieran.

Con una pesada maza partieron el taco de madera al que permanecía cogida la cadena que lo fijaba en el suelo de la fragua. El coloso al verse libre se acercó cojeando arrastrando la larga y pesada cadena al lugar en donde yacía el hombre apresado por la viga.

Tras estudiar la situación enrolló la cadena en torno a la viga y dejó un extremo a



cargo de los tres hombres que anteriormente habían tratado de mover la madera.

—Asid esta cadena con fuerza y estirar como si os fuera la vida en ello cuando yo levante la viga —dijo con su pronunciado acento germánico.

A continuación apoyó el muñón de la cortada pierna contra un bloque de piedra para poder ayudarse en el tremendo esfuerzo que iba a realizar, asió la viga desde abajo, inspiró fuertemente dos veces y, bufando, procedió a intentar levantar el pesadísimo madero.

Claudia, como los demás presentes, no daba crédito a lo que veía. Gunrod estaba consiguiendo levantar la viga que tres hombres fornidos no habían conseguido mover anteriormente. El gigante tenía todos los músculos en tensión y las venas de sus brazos, pecho, cuello y frente parecía estaban a punto de reventar. Los tres hombres que estaban en la terminación de la cadena comenzaron a estirar, no sin problemas, de la pesada viga ahora levantada por el coloso rubio. Otros hombres pudieron mover ligeramente el cuerpo del herido y arrastrarlo fuera de su prisión, momento en el cual Gunrod soltó la viga que cayó con un gran estruendo al suelo levantando una buena cantidad de polvo.

Claudia se arrodilló al lado del herido mientras un gran revuelo saludaba con efusión el tremendo esfuerzo de Gunrod en liberar a su compañero. El vikingo, visiblemente agotado, se recuperaba del tremendo esfuerzo realizado sentado en la viga que había desplazado.

Pero la alegría fue breve, Ahmed se presentó de improviso en la semiderruida herrería.

—¿Qué pasa aquí? —Inquirió mal encarado—. ¿Y por qué está libre este hombre? —dijo señalando al norteño con la fusta que últimamente siempre portaba encima.

Algunos de los herreros intentaron explicarle los recientes acontecimientos; pero la ira del amo, como todos le conocían, fue en aumento.

—¿Quién ha liberado a este preso? —Preguntó a voz en grito encolerizado.

Claudia se levantó de al lado del herido.

—He sido yo. Era el único capaz de mover la viga que aplastaba a Ibrahim.

Ahmed miró a Claudia con un odio infinito. Ibrahim era uno de sus mejores trabajadores, de hecho era el herrero en el que tenía más confianza para realizar delicados herrajes en casos complicados. Poseía una rara habilidad para cortar el casco de los caballos que tenían algún problema al andar y conseguía muchas veces que un caballo cojo caminara bien tras ser herrado.

Ahmed, además, se percató del clima de amistad que se había creado en torno a la figura de Claudia. Todos los siervos que estaban en la estancia estaban impresionados por la valentía del que ellos creían un albéitar. Sin duda apoyaban las órdenes que había dado para ayudar a uno de los suyos. Y ahora mismo estaba junto al herido, tratando de ver el alcance de sus heridas.

Tragándose su despecho salió del escenario del accidente no sin antes ordenar

volver a fijar la cadena del prisionero en su sitio. Gunrod, desde su imponente altura miraba desafiante a un Ahmed al que no temía. De hecho esperaba que ahora que estaba suelto se acercara a él para darle un abrazo mortal. Pero no fue así, los hombres que le soltaron, volvieron a colocar la argolla del final de su cadena en otro tocón clavado profundamente en el piso de la fragua. Su oportunidad de venganza había pasado ante él sin poder aprovecharla. El estar cojo le impedía atacarle si no estaba muy cerca, y no se había dado la ocasión.

Claudia volvió a fijarse en el herido. Este tosió liberando un costrón de sangre y mocos que sin duda le había estado obturando las vías respiratorias por el peso del madero. Después de eso pareció recobrar una respiración normal, quizás, después de todo, no sufriera ningún daño en los pulmones y su falta de respiración se debiera solo a la enorme presión que soportaba su pecho por la viga. Examinándole bien descubrió que la sangre procedía de una herida que tenía en la boca y quizás también de su nariz, partida por el golpe. Aún así era evidente, por los dolores que mostraba tras palparle, que tenía no menos de cuatro costillas rotas y un brazo dislocado.

Tras lavarle, colocarle una fuerte venda alrededor del torso, cosa que tenía demasiado bien aprendida por su propia y penosa experiencia, y recolocarle el brazo con un estirón preciso, dejó que el herido descansara en el jergón que tenía en su vivienda, en donde su mujer lloraba de alegría por ver que su marido volvía de lo que creyó una muerte segura.

Claudia descubrió que estaba agotada sin duda por la tensión que había soportado; pero aún tuvo fuerzas para acercarse a la herrería. Gunrod, ya prisionero de nuevo por la cadena, golpeaba con ritmo cadencioso una barra de hierro al rojo sobre el yunque. El pesado martillo pegaba en la barra y rebotaba dos veces para a continuación elevarse y volver a caer repitiendo el mismo ritmo. El rostro del vikingo no mostraba más que determinación. Su mirada, absorta en la barra de hierro, era azul y fría. Claudia se encontró a un hombre que parecía aceptar su destino sin más. Era algo contradictorio. El grito que había dado al percatarse de que en la otra estancia no podían izar la viga había sido un claro ejemplo de hombre hecho para mandar. De un hombre acostumbrado a que se le obedeciera y a ganarse el respeto de los que le rodeaban. Su tremenda musculatura quedaba de manifiesto en cada movimiento. Los enormes hombros eran más anchos que el talle de la muchacha y las anchas espaldas parecían poder cargar con el peso del mundo.

Estando absorta Claudia en las evoluciones del gigante rubio, este detuvo su golpeo sobre la barra y, sin mirarla, comentó.

—¿Nunca vio trabajar a nadie en una herrería?

Claudia descubrió que el gigante ya sabía de su presencia allí, tras él, observándole.

—Venía a darle las gracias —acertó a decir.

—Ibrahim no es mala persona y nadie merece morir así, aplastado debajo de un peso que no puede mover, lo sé por experiencia —dijo Gunrod mientras evocaba su

propia imposibilidad para moverse debajo del caballo cuando le apresaron en la batalla.

—En todo caso, gracias.

Gunrod se giró mirándola desde su imponente altura. Por un momento Claudia creyó ver un reconocimiento en la azul mirada del norteño. ¿La habría descubierto? ¿Acaso la recordaba? También descubrió, con tristeza, que había algo en esa mirada que le recordaba a su hermanastro, a Ivar.

El gigante, tras unos segundos en los que solo se limitó a mirarla, se volvió hacia el yunque mientras levantaba de nuevo el martillo por encima de su cabeza.

—No hay de qué —comentó poco antes de que el martillo percutiera de nuevo sobre la barra de hierro.

Era algo extraño, Claudia había mudado de nuevo sus sentimientos hacia ese hombre rudo que ahora le daba la espalda. De un profundo miedo en Sevilla había pasado a un odio cerval por haberla secuestrado; después de haberle curado la pierna amputada tuvo una larga etapa de indiferencia y ahora descubrió con sorpresa que tenía un vínculo en común con el gigante rubio; los dos eran presos del mismo hombre y cada uno cargaba con una pesada cadena encima.

## XLVIII

**A**HMED recibió a la enviada de Nasr con curiosidad. Lo poco que admiró de Zoraida, que apareció cubierta por un velo, denotaba una perfecta y esmerada educación y unos ojos vivaces e inteligentes. Tras saludar cortésmente la acompañó a sus aposentos en un ala de la enorme casa. Por supuesto, Ahmed cedió con gusto la mejor parte de la casa, aquella que disfrutaba de un patio central y un baño completo al estilo romano. Todo agasajo era poco para la enviada del ilustre fatá del emirato.

Nasr se lo había dejado claro. Esa mujer era intocable y por supuesto digna de todas las atenciones. Además era un secreto su existencia por lo que se le asignaría una sirvienta que nunca saldría de la casa. El propio eunuco haría visitas a menudo y ello sería también un secreto, en todo caso, si le preguntaban por las frecuentes veces que el fatá acudía a la casa de Ahmed, el Maestro Herrador, se limitaría a decir que era por amistad y por interesarse por el método de herraje de las caballerizas.

Ahmed, que distaba mucho de ser tonto, estaba realmente ilusionado. El honor que el eunuco le hacía de tenerle como hombre de confianza era algo que en el futuro podría reportarle muchos beneficios. Por supuesto entendió que se estaba jugando algo más que su recién inaugurada vida social si le fallaba al fatá; pero podía correr ese riesgo.

Solo cuando el eunuco le preguntó por Claudia, su mujer, se puso algo nervioso; pero cuando le explicó a Nasr que falleció al poco de llegar víctima de unas fiebres contraídas sin duda mientras estaba esclavizada por los vikingos. Esta explicación acompañada de unos oportunos hipos y sollozos que había aprendido a esbozar sin ningún sonrojo, convencieron al eunuco de la muerte de Claudia. Además el eunuco pareció aceptar la explicación sin volver a sacar el tema, debido sin duda a que estaba más pendiente de su propia mujer.

Nasr se dirigió al ala que le había asignado Ahmed a Zoraida. La mujer estaba dándose un baño en una enorme instalación sin duda originaria de ese pueblo antiguo que había colonizado la zona, los romanos. Nasr sabía de su amor por los baños; pero el buen gusto del que había diseñado la estancia estaba sobradamente demostrado a la vista de las instalaciones de la misma.

Una enorme bañera llena de humeante agua presidía la habitación. Al lado, un pequeño canal por el que discurría agua llenaba una segunda bañera, esta de agua fría, en la que cabían tres o cuatro personas.

Nasr entró admirando el conjunto de la sala. Zoraida al verle entrar, sin duda aleccionada por Tarub, se mostró como la mujer bella que era. Se irguió lentamente del baño de agua caliente dejando que el agua resbalara libre por su piel aceitada y brillante.

—Mi señor. —Dijo mientras realizaba una elegante reverencia.

Nasr se sintió totalmente cohibido. Tras años y años de estar en un harén y de ver a las más bellas y sensuales mujeres del mundo conocido siempre destinadas a otro hombre, siempre ignorándole porque su emasculación hacia de él un medio hombre; ahora, en la madurez, en la cima de su éxito, descubría lo que se siente cuando una mujer que amas te mira como lo estaba haciendo ahora Zoraida. Aunque era un hombre acostumbrado a lidiar en el campo de batalla o en los salones de palacio, lo cual generalmente era más duro que la misma guerra, ahora, frente a esa mujer, estaba desarmado. Se vio a sí mismo como un niño. No sabía que decir y mucho menos que hacer. Ella, viendo la total paralización que sufría el fatá, se acercó, y con las manos aún húmedas y por supuesto calientes, comenzó a desnudar muy poco a poco a su actual señor.

Nasr se dejó hacer aún perturbado por la situación. Evidentemente no sentía ninguna punción sexual como la que sienten los hombres con sus miembros intactos; pero algo en su interior le hacía respirar entrecortadamente y sentir una adorable quemazón allí en donde su piel era rozada por las suaves manos de la mujer.

Tras quitarle la túnica que portaba, la mujer procedió a deshacer el lienzo de lino que, anudado, tapaba las partes pudendas del eunuco. Este reaccionó casi de inmediato saliendo de su aparente parálisis asiendo con su mano la frágil mano de la mujer que ya casi tenía desatado el nudo.

Ella, sin decir nada, se irguió. Miró fijamente a los ojos de su ahora señor. Nasr descubrió que los ambarinos ojos de la mujer le habían hipnotizado y suavemente soltó la mano que detenía el movimiento de ella al tratar de desanudar el lienzo.

La pieza de lino cayó mansamente al suelo dejando a ambos desnudos frente a frente. Ella entonces le tomó la mano y le acompañó a la bañera. Dos escalones ayudaban a sumergirse en la cálidas aguas. Al principio a Nasr le pareció ciertamente caliente; pero tras el primer momento de dolor-placer, su cuerpo se acostumbró a la elevada temperatura y poco a poco fue metiéndose con deleite en el baño mientras Zoraida, siempre con una sonrisa, le empezaba a masajear el cuerpo con una esponja extraída de las profundidades del mar por un pueblo que ella no conocía y nunca llegaría a conocer.

El eunuco, aún un tanto cohibido, fue abandonándose poco a poco. Era como si los efluvios del agua caliente aromatizada con pieles de limón y pétalos de rosas le invitaran a dejarse llevar. Era como si le transportaran al jardín del Edén.

El suave masaje de la esponja sobre su piel nunca le pareció tan intenso. Él, como uno de los hombres más importantes y ricos del emirato, por supuesto disponía de las esponjas en su baño; pero no de una mano femenina que las utilizaran.

Ahora, sumergido en la cálida y perfumada agua del baño, con Zoraida a su lado atenta a sus necesidades, Nasr se sintió por primera vez en su vida feliz.

Tras el placentero baño caliente, la mujer, siempre asiéndole por la mano y aún sin decir una palabra, lo condujo a la balsa de agua fresca. Esta se renovaba de continuo por un pequeño canal que sin duda provenía de un manantial aprovechado

para este fin. El contraste fue intenso. A Nasr se le cortó la respiración y bufó dos o tres veces mientras se sumergía en la fría agua. Zoraida a su vez agitó su respiración al entrar en la bañera. Tras un breve periodo de tiempo se irguió invitando a su señor a que la siguiera siempre de manera sumamente delicada y grácil.

El contraste del agua caliente y fría le había estimulado. Nasr se sentía más vital que en toda su vida. Lo que parecía una pequeña tortura, el baño en las gélidas aguas que discurrían por la bañera, había pasado a ser un placer inesperado. Su piel estaba fresca y suave, además de extremadamente sensible a los estímulos que Zoraida le provocaba mientras, atenta, le secaba con una fina toalla de algodón. Ella, aún desnuda, se mostraba sin arrobo ante el fatá.

Tras secar al eunuco, la mujer lo condujo hasta una estancia aneja que estaba dominada por una enorme cama. Allí hizo que se tumbara y poco a poco empezó a aceitar el cuerpo del fatá. El aromático aceite y las suaves y expertas manos de Zoraida, condujeron a Nasr a un relax que hacía tiempo no conocía, acaso nunca lo había hecho. El culmen de su paz llegó cuando la mujer se tumbó junto a él. Sus cuerpos se abrazaron por primera vez. Nasr acariciaba la suave espalda de Zoraida mientras una lágrima discurría por su mejilla, sorprendiéndole porque no le importaba mostrarse así frente a esa mujer. Hundió la cara en los pechos de Zoraida. Era su sueño secreto, su gran anhelo. Descubrió que los senos enhiestos de Zoraida le acogían, frescos, turgentes. Ella le acariciaba la nuca con un suave masaje dado con las uñas. Nasr disfrutó besando los pezones oscuros, desafiantes, mordiéndolos tenuemente. Al final, siempre acariciado por la mujer, se durmió como un bebé en su regazo.

## XLXIX

**Y**AHYÀ ibn al-Hakam al-Bakri, popularmente conocido por su belleza como Al-Ghazal (la gacela), era un irreverente poeta acogido por Abderramán II. Su gracia y picaresca eran legendarias y tanto en sus obras como en la vida real era un hombre divertido y cercano. Por lo menos si eras amigo de él, ya que en caso contrario solía dedicar ácidos poemas a los personajes que no fueran de su agrado, incluyendo en este paquete los que dedicaba al fatá Nasr, acérrimo enemigo del poeta que dedicaba constantes escritos cargados de ironía contra el proceder de violencia desproporcionada con el que Nasr trataba a los cristianos cordobeses.

Además de todo esto, al-Ghazal era amigo de Ivar. Se habían caído bien casi desde el momento de conocerse. Para el poeta, Ivar era tan exótico que merecía la pena escuchar sus relatos de fríos territorios donde la nieve campaba gran parte del año. Para el norteño, Al-Ghazal era el único que le animaba tras enterarse de la muerte de Claudia. Le había sacado del sopor vital en el que estaba sumido y sus constantes gracias y ocurrencias le animaron en esa oscura etapa de duelo que ya duraba varios meses. Ivar se lo agradecía al poeta y sabio Al-Ghazal. Por ello, cuando Abderramán II le encargó al poeta que se preparara como embajador frente a los normandos, no dudó ni un instante en ponerse al servicio de esa empresa que uniría los dos pueblos, el árabe de al-Ándalus y el danés de los vikingos.

Pese a que ya tenía experiencia como embajador, había estado en Bizancio en calidad de tal, Al-Ghazal estaba excitado como un niño. Sabía que el eunuco Nasr era el principal valedor de la idea de nombrarle embajador, era la única forma que veía de apartarle de la corte; pero a Al-Ghazal no le importaba. Era una nueva experiencia y una nueva oportunidad de conocer otras culturas, algo que le fascinaba. Su vitalidad era contagiosa pese a que doblaba la edad a Ivar. Para semejante embajada, los preparativos debían ser concienzudos y esmerados. Febrilmente, Al-Ghazal se enfrascó en la tarea de organizar toda la caravana que le llevaría al norte.

Un día abordó a Ivar y tras las habituales chanzas le comentó:

—Ivar, para este viaje el emir me permite llevar a algunos de los vikingos capturados en calidad de intérpretes y guías. Además, así se verá la buena fe del emir pese a que fuimos atacados.

—Lo sé. Te ayudaré a elegirlos. Hay muchos que desean retornar a la patria pese a que otros muchos se han adaptado perfectamente a la vida en al-Ándalus y ya no quieren volver.

—Quería pedirte que además me acompañaras tú —dijo mirando fijamente con esos inteligentes ojos negros a un aturullado Ivar.

Ivar enmudeció. ¿Qué quería él? ¿Volver a su tierra en donde nadie le echaba de menos? ¿Quedarse en aquella hospitalaria tierra en donde tampoco nadie ocupaba su

corazón? Era algo difícil de decidir. Por un lado sentía nostalgia de su casa y de sus conocidos en la aldea. Por otro lado quizás, seguramente, Olga se habría unido a algún otro hombre. Además, después del sentimiento tan intenso que había provocado Claudia en su ánimo, le parecían frívolos los escarceos con la curandera de la aldea, pese a que un gran sentimiento de afecto dominaba sus recuerdos de la rubia danesa. Pero, a fin de cuentas. ¿Quién le esperaba? ¿Qué le ofrecía la vida en la aldea? ¿Comerciar con los alamanes y los noruegos? ¿Participar en otras vikings? No, la guerra ya le había hastiado. Su corta experiencia en la misma le había desposeído de familia, amigos y su único amor.

Al-Ghazal observaba a su alto amigo danés. Sus ojos astutos parecían comprender la tesitura en la que había colocado a Ivar.

—Ayúdame a encontrar los hombres de tu tierra que me acompañarán en la embajada. Y mientras tanto, por favor, piénsatelo, sería un honor viajar contigo — dijo apoyando una mano en el hombro del norteño para a continuación proseguir con sus quehaceres.

Ivar se quedó solo, de pie, pensativo. Sí, nada lo retenía en Córdoba. Claudia, su Claudia, ya no estaba. ¿Para qué seguir en esa ciudad que solo le recordaba a su desaparecido amor? Quizás el viaje fuera lo que necesitaba para olvidar.



## L

**T**ARUB llevaba tiempo estudiando al último médico llegado de Siria. Se trataba de Al-Hasirrisaga, un joven de mucho talento que, como tantos y tantos estudiosos y eruditos de la corte de al-Ándalus, había llegado a Córdoba de la mano del ilustrado Abderramán II, siempre deseoso de rodearse de los sabios más relevantes de oriente.

Como mujer experta en las artes amatorias y por tanto en las debilidades de los hombres, Tarub percibió en el joven médico una natural inclinación por las mujeres. Al-Hasirrisaga era joven, guapo, cultivado y exitoso, es decir, un imán para cualquier mujer, lo que le convirtió en un deseable partido en la sociedad andalusí en la que abundaban las hijas casaderas de buena familia. Pero estaba claro, por lo menos lo estaba para Tarub, que el médico prefería no comprometerse para así disfrutar de los placeres carnales de manera más abierta que con un matrimonio que le ataría sin remisión a unos rígidos compromisos familiares y sociales. Y en eso era experta Tarub, en las debilidades de los hombres, sobre todo si esas debilidades eran las mujeres.

Una mañana abordó a Nasr, como siempre haciendo parecer casual el encuentro.

—Mi querido amigo —dijo con una sonrisa enigmática.

—Señora. —Saludo Nasr con una pequeña inclinación de cabeza.

—Os noto mucho mejor aspecto. ¿Acaso dormís mejor? —dijo ladinamente sabiendo por sus espías que cada vez frecuentaba más el eunuco la casa del herrero en busca de los placeres de Zoraida.

Nasr no pudo por menos que admirar a aquella mujer. Era una formidable adversaria y sabía lo que quería.

—Sabéis sin duda que sí —respondió sin molestarse en fingir.

—Me alegro. Dormir bien es uno de los mayores placeres en la vida. Espero que podáis disfrutar esa suerte mucho tiempo.

El tono en el que se expresaba la mujer era claramente irónico, no exento de una nota de advertencia que Nasr detectó al momento.

—Por favor señora, decidme lo que pretendéis sin más rodeos —cortó Nasr consciente de que ahora estaba en manos de la favorita.

—Verás, querido amigo, el médico que tenemos en el harén es viejo y de pulso tembloroso. Estaba pensando que bien merece descansar una buena temporada como premio a sus muchos años como fiel servidor.

Por supuesto Nasr conocía al médico del harén que ni por asomo era tan mayor como para que le temblase el pulso y además pasaba por ser uno de los hombres más piadosos e íntegros de la corte andalusí.

—Comprendo —dijo cauto—. Así que pensáis es mejor darle descanso para que

se recupere —continuó siguiendo el juego a la mujer.

—Si. Seguramente una buena temporada a orillas del mar le sentaría estupendamente y le ayudaría a relajarse.

Era evidente que la conocida profesionalidad y probidad del galeno estorbaba los planes de la mujer, cualesquiera que estos fuesen.

—Un premio para un buen servidor siempre es algo loable.

—Eso mismo pensaba yo —dijo alegre Tarub viendo que el eunuco le seguía la corriente—. La única pega es que el harén necesita siempre un médico atento y competente... —comentó dejando la frase en el aire como si no hubiese pensado en ello hasta ese mismo instante.

—Estoy seguro que alguno habrá en la corte que pueda sustituir a nuestro buen amigo.

—Pues mira, ahora que lo dices, se habla en la corte de un joven llegado hace no mucho de Siria que dicen tiene grandes conocimientos de farmacopea. Al-Hasirrisaga creo es el nombre.

—Lo conozco señora. Ciertamente dicen es un joven brillante, aunque también circulan noticias de que es... como lo diría... un tanto fogoso.

—¿Qué joven no es fogoso, querido amigo? —dijo la mujer.

—¿No será peligroso ponerle en el harén donde hay cientos de mujeres a cual más hermosa?

—El mayor peligro es que yo, como jefa del harén, me entere de cualquier desliz, porque no valdrá nada su cabeza. Tened en cuenta que el miedo es también un buen amo. Por otro lado, descuidad, sabré manejarle.

—De eso estoy seguro señora —comentó el eunuco mientras pensaba que al joven médico no sabía la que se le venía encima.

—¡Está decidido! Por favor hacer el nombramiento cuanto antes, no queremos que pase algo en el harén por culpa de un médico agotado —dijo más ordenando que solicitando.

—Contad con ello señora. El joven Al-Hasirrisaga será el médico del harén desde mañana mismo. Todo sea por el bien del harén.

—Y por el futuro del emirato —dijo Tarub con una sonrisa ladina tras la que se marchó sin despedirse.

Nasr se quedó mirando el contoneo de la mujer al alejarse por el pasillo. Ignoraba por supuesto los planes de Tarub; pero estaba seguro que pronto se enteraría de ellos.

## LI

Los días pasaban monótonos en la hacienda. En calidad de albéitar no es que Claudia tuviera una rutina concreta de trabajo. Había días tranquilos en los que simplemente pasaba revista a los caballos y en el otro extremo había días complicados en los que el parto de una yegua o una enfermedad en alguno de los magníficos ejemplares de las caballerizas exigían de Claudia, «Amín», toda su atención y destreza.

Claudia prefería estos días complicados. El estar atareada le abstraía la mente de cualquier otra consideración que no fuera el tratar al animal. Estos días exigían de la muchacha toda la atención y dedicación. Las horas pasaban rápidas. Sin embargo, para su desdicha, lo normal es que no hubiese más que tres o cuatro días así a lo largo de un mes. El resto de las jornadas, tras pasar por las cuadras dos o tres veces al día revisando a los nobles brutos, disponía de todo el tiempo del mundo para darse cuenta de su desdichada condición.

El temor a que la descubriesen hacía que no tuviera verdaderos amigos. Cierto es que era respetada y querida; pero no podía permitirse un desliz entre los siervos de Ahmed que comprometiese su identidad. Sabía que el cruel amo era capaz de cumplir su amenaza de matar a las esclavas que tanto la habían cuidado y querido en su infancia.

Muchos días se aventuraba hasta las estancias de la casa del amo, antes su casa, bastante alejada de la zona de los establos y la herrería. Quería comprobar por sí misma si sus anteriores cuidadoras gozaban de buena salud o habían sido maltratadas por el cada vez más sádico Ahmed.

Uno de estos días tropezó con una esbelta mujer vestida ricamente que parecía leer debajo de un olivo centenario. Leer, que gran placer prácticamente olvidado para Claudia. Su primer impulso fue alejarse de la mujer; pero ella la vio y la llamó indicando con la mano que se acercara.

—Déjeme adivinar, usted debe ser Amín, el albéitar. —Afirmó más que preguntó la señora dirigiéndose a Claudia.

—En efecto señora —dijo Claudia mientras esbozaba una tímida reverencia.

Zoraida no pudo por menos que adivinar que la mirada del albéitar se dirigía al libro que reposaba en sus manos. Se trataba de un tomo de poesía de la época que Nasr, su «amante», le había proporcionado como método para pasar el tiempo los larguísimos días que permanecía la mujer sola en la hacienda.

—No le imaginaba tan joven. —Comentó Zoraida—. Supongo que sabe leer. Veo que sus ojos se han posado en el libro. —Dijo la mujer con una gran sonrisa mientras ofrecía el libro al albéitar.

Claudia lo acogió con avidez. El libro, con tapas de cuero endurecido, poseía ese

olor inconfundible de tintas y piel. Paseó sus manos por el lomo abstraída pensando en sus libros y en su padre, que la enseñó a leer desde bien pequeña.

La mujer la sacó de su ensimismamiento.

—Mi nombre es Zoraida. He oído hablar a las criadas de su saber hacer y sus buenas prácticas médicas.

—En realidad señora, mi trabajo es con los animales, en particular con las monturas.

—No seáis modesto Amín. Cuentan de vos que sois un gran médico que ayudáis en partos y dolencias también a los sirvientes.

—Es de buen vecino ayudar al prójimo —dijo prudente Claudia.

—Sin duda debéis ser el mejor vecino que nadie pudiera tener —alabó Zoraida—. Pero decirme, ¿por qué no habitáis aquí, en la casa? Es evidente que no será por falta de espacio y para mí sería un placer tener a alguien cultivado con quién compartir los muchos ratos ociosos de que dispongo.

Claudia no supo bien como abordar el tema. Ciertamente un albéitar era un personaje muy prestigioso en la sociedad islámica de la época. Por ello era realmente extraño que uno de estos profesionales no habitara con todas las comodidades de su rango.

—Prefiero residir cerca de los establos. Los caballos son mi mundo y no me perdonaría nunca el que no llegara a tiempo a una urgencia de alguno de los equinos puestos a mi cargo —improvisó la muchacha.

Zoraida la miró largamente. Si la explicación le había resultado verosímil o no, Claudia lo ignoraba. Lo que estaba claro es que la estaba estudiando.

—Veo que la dedicación que profesáis a vuestros caballos es encomiable. Pero perdonar si insisto en que me gustaría poder reunirme con vos alguna tarde para charlar con alguien que no sea una criada o una esclava. Seguramente sabréis, porque estoy segura que los chismes corren por la hacienda como corren por palacio, que soy la favorita de un gran hombre de la corte de nuestro bien amado Abderramán.

Efectivamente Claudia sabía por los comentarios que los herreros y sus mujeres realizaban, que una mujer procedente de Córdoba residía en la hacienda y que esta era visitada a menudo por un personaje de la corte. Por ello asintió en silencio.

La mujer continuó:

—Dado que se rumorea que sois un eunuco, no sería punible por mi parte ni por la vuestra el que nos encontráramos alguna tarde para departir y disfrutar de una conversación inteligente fuera de las que me proporciona el tosco servicio de la casa —ofreció la mujer, aunque a Claudia le dolió la calificación que Zoraida hacía del servicio.

Ante su silencio Zoraida continuó.

—Porque, decirme la verdad, no debo temer represalias si me encuentran con vos ¿verdad? Mi honra está a salvo ¿no?

Claudia no pudo por menos que sonreír ante la pregunta. Sí, la honra de Zoraida

estaba a salvo con Claudia, «Amín», aunque no por los motivos que sospechaba la mujer que la confundía con un eunuco.

—Descuidad señora, en mi cuerpo no hay rastro de ninguna inclinación «especial» hacia las mujeres —dijo Claudia matizando ese «especial» para que la mujer pensara que estaba en lo cierto al pensar en ella como en un eunuco.

Zoraida sonrió a su vez al ver la expresión de «Amín».

—Entonces queda decidido, cada tres días nos veremos aquí, bajo este olivo, por las tardes.

Claudia, mientras regresaba a su humilde morada, se sorprendió de haber cedido. La mujer le caía bien. Era más alta que ella y, aunque ya no era muy joven, poseía una innegable belleza que se acentuaba por su boca perfecta hecha para sonreír. El cuerpo, sinuoso y voluptuoso, no se disimulaba bajo la preciosa túnica que portaba. Además descubrió que le apetecía mucho el tener una amiga. No se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos el conversar con alguien. Por otro lado, según comentaban las mujeres de los herreros, verdaderas informadoras de todo lo que ocurría en la hacienda, la mujer era respetada por todos en la casa, incluido el amo. Debía ser muy poderoso el personaje de la corte para que Ahmed se mantuviera alejado de ella.

## LII

**G**UNROD golpeaba una y otra vez el hierro colocado sobre el yunque. Para no sobrecargar un brazo más que el otro, cada cierto número de golpes, cambiaba el pesado martillo de mano. Así discurrían sus días. Los demás herreros le dejaban en paz y desde el incidente con la viga le trataban con respeto y hasta con deferencia. Todos eran conscientes de que había salvado a Ibrahim, el jefe de los herreros tras el amo, de una muerte infame asfixiado debajo del enorme madero.

Ibrahim siempre había sido respetuoso con el vikingo, puesto que él mismo había sido esclavizado hacía ya bastante tiempo, cuando apenas contaba diez años, tras robar un huevo en un mercado de Tánger. El visir que lo juzgó respetó su mano, que solía ser cortada a los ladrones, atendiendo a su corta edad y a que tenía hambre tras haberse quedado huérfano y sin familia; pero le condenó a la esclavitud. Marco le había comprado al poco en el mercado de esclavos. Desde entonces moraba en la casa. Tras aprender el arte de herrar, había quedado como encargado de la herrería tras el ascenso de Ahmed.

Ibrahim respetaba el poder que emanaba del hombre del norte. Desde el accidente se mostraba abiertamente amistoso con Gunrod, pese a que este era frío y distante. Zaida, la mujer de Ibrahim, solía llevarle un plato de comida cada día. En la herrería todos eran conscientes de las duras condiciones del prisionero del norte. La escasa y nauseabunda comida que todos los días le llevaban desde la casa y el trato vejatorio en extremo que le proporcionaba el amo en las contadas ocasiones en las que aparecía por la herrería, hacían que algo dentro de Ibrahim se revolviere. Así que, pese al pavor que le inspiraba el amo, se había propuesto mejorar las condiciones de vida de Gunrod.

Decididamente, el capítulo del accidente de Ibrahim había sido el catalizador que había logrado cambiar la situación de Gunrod. Por supuesto Gunrod apreciaba la comida de Zaida. No siempre era cuantiosa; pero sí resultaba sabrosa, máxime si lo comparaba con el brebaje infecto que le solían servir desde la casa. Aún así decidió que tenía que comer también el plato de la casa, no quería que se dieran cuenta de que estaba siendo alimentado por la familia de Ibrahim. Por primera vez en mucho tiempo se descubrió agradecido a alguien. Apreciaba sus nuevas condiciones de vida, aunque se tratara de algo tan simple como tener un plato de comida decente cada día. Su carácter hosco y frío no había cambiado y él mismo se daba cuenta de ello, por lo que se propuso tratar de sonreír de vez en cuando y sobre todo agradecer a Ibrahim el plato que le llevaba preparado por Zaida. No era tarea fácil para Gunrod. Su propuesta era vivir lo suficiente para vengarse de Ahmed y para eso alimentaba su odio y su ira todos y cada uno de los días de su nueva y mísera existencia. Cuando golpeaba el metal pensaba en Ahmed golpeado, cuando fundía el hierro pensaba en

Ahmed ardiendo en la fragua, cuando enfriaba la pieza en el agua pensaba en Ahmed ahogándose. Cada trabajo estaba dedicado a la imagen del amo; pero siempre proporcionándole el máximo sufrimiento.

Tenía que estar preparado para ese día, para el día en el que Ahmed estuviera en sus manos, porque ese día llegaría.

## LIII

**A**L-HASIRRARISAGA estaba deslumbrado con las estancias del harén. Ni en sus mejores sueños había contemplado tener la posibilidad de visitar el harén del todopoderoso señor de al-Ándalus. Y ahí estaba él. Nada más y nada menos que como médico del harén, es decir, con acceso total no solo a las estancias, sino a las mujeres. Por supuesto siempre iba escoltado por dos monstruosos eunucos que no se separaban de él desde el momento en que cruzaba las puertas de ese paraíso repleto de fuentes, sedas y sobre todo mujeres. Lejos de sentirse intimidadas por la presencia del médico, le dedicaban mil y una carantoñas, desde guiños hasta besos al aire cuando no miraban los eunucos. El médico estaba sobrepasado. Por supuesto, su fama de mujeriego había llegado también a oídos de las mujeres del harén, lo que hacía del médico un motivo de curiosidad y morbo.

Tarub estaba encantada. Tal y como sospechaba, a medida que pasaba el tiempo, el joven médico se envalentonaba más y más con las mujeres del harén. Por supuesto había dado instrucciones muy precisas a dos de sus pupilas del harén. Debían de tratar de seducir al médico. La cosa parecía iba a resultar muy fácil.

La tela de araña se cernía sobre el joven médico y una mañana Tarub notó como la seda de su tela daba tirones. Al-Hasirrarisaga atendía a una de las mujeres designadas por el ama del harén para seducir al médico. Fátima, la mujer, se quejaba de un dolor en el pecho. El médico la dejó semitumbada en un diván mientras le preguntaba: que había cenado, como había dormido... Por supuesto los eunucos se mantenían a una distancia prudente; pero atentos al proceso. En un momento dado un fuerte chapoteo seguido de unos gritos hizo que comenzara un alboroto. Dos mujeres se peleaban dándose fuertes tirones de pelo en la fuente central del patio del harén. Los eunucos salieron en pos de las contendientes, dejando solos a Fátima y al médico en la pequeña estancia cerrada con cortinas de seda designada para las exploraciones.

—Parece que hay jaleo —comentó el médico mientras miraba distraído hacia el fondo del patio en donde se desarrollaban los acontecimientos.

—Por favor, concéntrate en mi salud —dijo de forma insinuante la mujer mientras lograba captar la atención del médico.

—Por supuesto querida amiga. Me tienes a tu entera disposición. ¿Dónde dices que notas el dolor?.

La mujer se irguió ligeramente y siempre mirando a los ojos del médico con una media sonrisa en la cara, dejó caer el tirante de su vestido dejando expuestos sus senos al hombre.

—Aquí —dijo con la voz muy tenue mientras cogía la mano del médico y se la llevaba a su pecho izquierdo.

Al-Hasirrarisaga creyó morir de la sorpresa. Su deseo crecía mientras observaba



cómo la mujer se acariciaba primero un seno y luego el otro con su mano, inerte en las manos de Fátima. Notó los pezones duros, firmes, desafiantes. En ese momento la mujer le asió por detrás de la nuca con la mano libre y le atrajo para que el galeno besara sus pechos. Una voz gritaba, peligro, dentro de su cabeza; pero el deseo era mayor. Le desarmó, se abandonó a su cuerpo pese a ser consciente de que le iba la vida en ello y al poco estaba tumbado encima de la mujer mientras frenéticamente exploraba su piel desnudándola y besándola en todo su cuerpo. Ella a su vez le desnudó hábilmente. Fue en ese momento cuando las sedas que hacían de cortinas de la pequeña estancia en donde pasaba la consulta se abrieron abruptamente.

La muchacha escapó como por ensalmo y Al-Hasirrarisaga se encontró solo, desnudo y sin habla frente a la todopoderosa Tarub que le miraba con una pérfida sonrisa que heló la sangre del médico.

—Vaya. Si está aquí el buen médico —dijo juguetona Tarub mientras observaba divertida cómo la virilidad del joven caía de forma vertiginosa.

—Señora, lo siento. —Intentó esbozar una disculpa que no le salía y sabía inútil.

—Me han informado de que está especializado en farmacopea. En la corte se rumorea que conoce más de mil productos entre sueros, medicinas, ungüentos y venenos.

Al-Hasirrarisaga estaba estupefacto. El ama del harén no solo no le había recriminado nada por el hecho de encontrarle con una de las mujeres del harén, sino que se interesaba por sus conocimientos médicos.

—Mil son muchos señora; pero bastantes cientos seguramente se aproximarán —acertó a decir mientras con la mirada trataba de encontrar su ropa desperdigada por la habitación.

Tarub observaba divertida cómo el joven trataba de salvar la situación de la manera más digna posible. Prosiguió con su interrogatorio.

—¿Y esos preparados son todos de su invención?

—Todos los médicos dependemos de los estudios previos de otros como nosotros que nos precedieron. Ciertamente también innovamos, y en mi caso se me da particularmente bien la farmacopea, o sea, el estudio de los libros donde se recogen fórmulas y también la galénica que es la elaboración de remedios, pócimas y ungüentos.

—Fascinante. —Dijo Tarub mientras miraba fijamente al médico que poco a poco parecía recobrar la compostura pese a que permanecía desnudo frente a la mujer.

—Es un arte que pocos dominamos. —Se vanagloriaba ahora el galeno animado al ver a la favorita tan interesada en sus conocimientos.

¿O era algo más? Poco a poco pasó de cubrirse torpemente sus partes a erguirse y mostrarse a la mujer. Quizás, pensaba, Tarub necesitara de sus servicios de otra manera. Se sabía atractivo físicamente y también su intelecto fascinaba en gran medida a muchas mujeres que lo encontraban irresistible. Quizás fuera este el caso de Tarub. Quizás la favorita anhelaba un joven fuerte e inteligente para encontrar su

satisfacción.

Tarub pareció leerle sus pensamientos y siempre con su voz melodiosa comentó.

—Irguiéndote, querido amigo, observo mejor los atributos que han de cortarte por violentar a una mujer en mi harén.

Fue como una bofetada. El joven se contrajo de nuevo tratando de cubrirse el sexo. Tarub sonrió dominando la situación.

—Vístete. Precisaré de ti un veneno.

—¿Un veneno? —preguntó extrañado el médico mientras a la carrera y torpemente procedía a vestirse.

—Sí. Un veneno que no parezca tal. Un veneno que provoque la muerte con apariencia de enfermedad.

—Hay muchos venenos con esas características señora. ¿Con qué velocidad de actuación lo deseáis?

—No sé, digamos unas pocas horas.

—Y con qué síntomas.

—No lo sé. —Tarub se quedó un rato pensativa—. ¿Dolor de barriga?

El joven médico asintió.

—Conozco la elaboración de un preparado que simula la acción de un cólico. —Contestó solícito.

—¿Ese cólico es mortal? —preguntó interesada la favorita.

—Siempre. No se conoce cura, al igual que no hay antídoto para el veneno.

—Me gusta. ¿Cuándo podrás tenerlo preparado? —inquirió Tarub.

—Tengo que buscar varios de los componentes del veneno y tras mezclarlo hay que dejarlo reposar unas semanas. Yo creo que en dos lunas estará preparado —contestó el médico aliviado porque veía una salida a su situación.

Tarub se aproximó al joven ya parcialmente vestido. Le acarició la mejilla con dulzura hablándole con voz melosa.

—Mi joven y apuesto médico. Prepárame ese veneno. Quizás después de matar a una rata con él, decida emplear tus conocimientos en otras materias —dijo seductora mientras bajaba su mano a lo largo del pecho del hombre hasta llegar a su sexo—. Pero cuidado, buen amigo —comentó apretando firmemente los testículos del médico — una palabra de más y me quedaré con estos como recuerdo.

CLAUDIA no cabía en sí de gozo. Su amistad con Zoraida era un estímulo tan grande que le hacía olvidar su propia desgracia como prisionera de Ahmed. Desde que compartía camaradería con la mujer, tenía lectura, conversación y lo que quizás más echaba de menos, una amiga. Charlaban acerca de los libros, de los chismes de la casa, de sus labores cotidianas... lo importante es que charlaban. Tras varias semanas viéndose cada tres días, pasaron a verse casi todas las tardes. Solo cuando una urgencia retenía a Claudia, o cuando Zoraida recibía la visita de su hombre, dejaban de verse. Zoraida, avezada en mil triquiñuelas en palacio, había dispuesto que una esclava la informase de cualquier novedad que sucediera en la mansión mientras departían bajo el olivo. Así, si alguien la buscaba, la criada era la que avisaba con prontitud a Zoraida, Claudia, «Amín», regresaba a sus aposentos y Zoraida se dirigía a la casa. Además Claudia estaba relajada; Ahmed, el Maestro Herrador, el amo, el infecto marido que le habían impuesto, casi nunca estaba en la casa. Vivía en la corte de Córdoba y rara vez visitaba su mansión en el campo, aunque eso sí, cuando aparecía por la hacienda se hacía notar al exhibir su tremenda y despiadada forma de ser con el servicio. Fustigaba a los esclavos por naderías e insultaba a cualquiera que se cruzara en su camino. Por suerte, cada vez espaciaba más sus visitas y había meses en los que no aparecía por la casona para gran alivio de todos.

Un día de primavera Zoraida le espetó.

—Amín, fiel amigo, voy a preguntarte algo que espero no te haga sentir mal.

—Dime Zoraida —dijo Claudia ya acostumbrada a responder a su nombre de hombre.

—Espero que no te moleste la pregunta, apelo a nuestra amistad y camaradería para hacértela.

—Suéltalo ya —dijo sonriendo Claudia.

—El hombre que me visita, bueno, no sé cómo decirlo para que no te hiera... también está emasculado.

—¿Es un eunuco? —Preguntó sorprendida Claudia.

—Sí, lo es —dijo con cara de circunstancia Zoraida explorando la reacción de Claudia buscando algún tipo de rechazo por la conversación.

—Un eunuco tan poderoso como para poder disponer de una mujer... — reflexionó en voz alta Claudia.

—Es el fatá. Nasr. —Aclaró sus dudas Zoraida.

Para Claudia fue un golpe el saber que su amiga yacía con el hombre que la entregó a Ahmed; pero se forzó para no transmitir ninguna sensación de que le conocía. La cama es indiscreta y cualquier insinuación de Zoraida podía llegar a los

oídos de Ahmed.

—Dime. ¿Qué te atormenta tanto que no hablas con tu habitual locuacidad? —inquirió Claudia con la voz templada para transmitir tranquilidad a su amiga.

—Verás, quería preguntarte cómo percibís... es decir, vosotros cómo notáis o que sentís...

Era la primera vez que Claudia veía a su amiga tan dubitativa a la hora de exponer algún tema.

—Amín —pareció decidirse Zoraida—. ¿Tenéis los eunucos placer sexual de algún tipo?

Tras esbozar la pregunta, se quedó observando la reacción de Claudia casi manteniendo la respiración.

Claudia a su vez se sintió turbada. La pregunta le resultaba totalmente inesperada y lo que es peor, imposible de contestar. Decidió apelar a su imaginación. Pensó en cuando castraban a los caballos. Estos tendían a engrosar y a ganar peso y volumen. Con el tiempo, todos los bufidos y relinchos que un semental esboza de normal cuando aventea a una yegua desaparecían. Además el comportamiento de estos caballos se modificaba radicalmente, pasando a tener una mayor docilidad. Decidió responder a partir de su experiencia con los caballos para mantener su disfraz de eunuco. Pero antes trató de obtener más información.

—¿Tú qué notas que siente tu hombre?

Zoraida pareció reflexionar acerca de la pregunta de Amín.

—Es complicado Amín. Otros hombres, digamos enteros, tienen una demostración carnal evidente del deseo. En el caso del fatá es distinto. Él me acaricia y me mima, me besa y me masajea, me regala poesías y frutas exóticas; pero no tiene erecciones. En la cama es muy frustrante para una mujer no saber qué hacer para satisfacer a tu hombre. Además... —en ese momento pareció tomar aire—... además está el hecho de que yo también tengo mis necesidades.

Claudia iba a comentar algo; pero Zoraida la calló con la mano extendida.

—Perdona Amín, —se excusó para proseguir—. Cuando estoy con él en la cama, mi cuerpo, pese a saber que no tiene un pene funcional, acaba reaccionando a sus caricias. Mis pechos desean sus besos y los consigue; pero también ansío que me penetre y ahí es cuando me quedo desasosegada, porque evidentemente no puede hacerlo.

—Comprendo —dijo Claudia acordándose de lo que sentía al hacer el amor con Ivar.

—Comprendes al fatá. Pero no puedes hacer nada, igual que él tampoco. Yo también lo comprendo; pero resulta muy duro estar así noche tras noche. En el harén, al no ser reclamada usualmente, llega un momento que se te olvida qué es el deseo; pero aquí, tras varias horas de caricias y besos, mi cuerpo se inflama para al final no encontrar nada.

—Es complicado Zoraida.

—Lo sé, perdona por ponerte en este apuro. Por favor olvida lo que te he comentado. Ahora debo recogerme, debo bañarme porque hoy vendrá a pasar la noche.

Y se alejó de Claudia dejando a esta aliviada por no haber tenido que entrar en detalles. Zoraida enjugaba una lágrima mientras se marchaba.

Los preparativos de la caravana marchaban a buen ritmo. Al-Ghazal estaba entusiasmado y había contagiado su entusiasmo a Ivar. Tras visitar las aldeas y poblaciones en donde habían sido confinados los daneses que permanecieron en tierra, al final resultó que casi se les hace imposible reclutar a ninguno para la expedición. La bonanza del clima, el trabajo remunerado y apreciado por su entorno y, sobretodo, el que casi todos los hombres estaban ya casados, hizo que, lo que se prometían sería una fácil labor de reclutamiento, resultara ser una ardua tarea de convencimiento. Al final consiguieron que les acompañaran una veintena de hombres después de visitar varias aldeas. Para disgusto de Ivar, uno de los hombres era el inefable Haakon.

Dejando aparte el carácter siempre hosco del berserker, Haakon guardaba bastante rencor a Ivar tras haber quedado relegado a un mero espectador en la negociación que hizo que los vikingos entregaran las armas. El golpe que este acto asestó a la autoridad del viejo Berserker fue definitivo y desde ese momento prácticamente pasó a ser un personaje secundario dentro de la jerarquía de los daneses. La suerte hizo que en el reparto de poblaciones que sobrevino tras la rendición le tocara una aldea pequeña y remota que lo aceptó con bastante indiferencia. Dado que el trabajo de granjero nunca le había satisfecho, se excusó en su edad avanzada para no trabajar salvo en tareas menores. Por ello al final consiguió ser el pastor de los pocos animales de la aldea, actividad en la que podía estar solo sin que nadie le diera otros trabajos.

El día que se apareció Ivar por la aldea, se apuntó de inmediato, para gran alivio de la población en general que no iban a lamentar la pérdida de un vecino tan insociable. Por supuesto nunca respetó la llamada a la oración musulmana, ni siquiera trató de aprender el idioma del que tan solo entendía contadas expresiones.

Una fría y hostil mirada mientras asentía tras el ofrecimiento de Ivar de que les acompañase de nuevo a Dinamarca fue su única respuesta. Recogió sus pocas pertenencias y se unió a la formación que reclutaba vikingos.

Ivar presentía problemas con Haakon, y seguramente no se equivocaba.

—¿QUÉ tal resulta el nuevo médico del harén? —Preguntó Nasr a Tarub mientras compartían una infusión.

—Prometedor, muy prometedor —dijo enigmáticamente la favorita.

Sorbió un poco del líquido que estaba realmente caliente. Un fresco sabor de menta y salvia llenó su boca refrescándola pese a estar poco menos que hirviendo.

—Nasr, ha llegado el momento de abordar el tema. No caben ya juegos de palabras ni dobles sentidos.

El eunuco asintió casi liberado porque al fin podría conocer los planes de esa mujer ambiciosa.

—Sea pues. Cuéntame cual es tu idea.

La favorita dio otro pequeño sorbo mientras ordenaba sus ideas.

—He decidido que no puedo esperar a la providencia para ver a mi hijo coronado como emir de al-Ándalus. Por ello he conseguido que nuestro común amigo el médico Al-Hasirarisaga prepare un veneno que simula un cólico mortal.

—Estamos hablando de alta traición —dijo Nasr consciente de lo transcendental de la conversación.

—Abderramán ha traicionado a mi hijo. Él es el que olvida que nuestro hijo Abdallah es tan válido como el que tuvo con esa mujer al que ha nombrado heredero —dijo iracunda refiriéndose a Mohamed, el hijo que tuvo Abderramán con su primera esposa Al-Shifá, fallecida hacía varios años.

—¿Cuál es la idea que ronda por tu cabeza?

—El médico nos proporcionará el veneno y tú te encargarás de que Abderramán se lo beba.

Nasr respiró fuerte asimilando las palabras de la mujer.

—Últimamente se queja de ciertas molestias después de las comidas. Le ofrecerás una tisana como remedio para favorecer la digestión y en ella añadirás el veneno.

—Parece muy fácil —dijo no muy convencido el eunuco.

—Lo es. Solo hace falta determinación y valor. Y piensa en la recompensa, dirigirás el reino mientras mi hijo es pequeño.

Ese era el fin último. Dirigir al-Ándalus. Sería un rey, él, el eunuco de palacio, el eterno segundón. Esa sería su merecida recompensa a los sacrificios que había realizado toda su vida por el reino.

—Lo haré —dijo con convicción.

—Bien —dijo visiblemente aliviada Tarub—. La próxima semana enviaré al médico a ver a Zoraida y le entregará el paquete con el veneno. Tú lo recogerás días después. Así conseguiremos que nadie os vea juntos y no se establezca ninguna relación entre vosotros.

—¿Por qué lo decís?

—Porque de ser necesario, es prescindible nuestro médico que por supuesto no tiene ni idea de para que quiero el veneno.

—Desde luego es mejor estar de vuestra parte.

—Nunca lo dudes —dijo medio en serio medio en broma la favorita consiguiendo que un escalofrío recorriera la espalda del eunuco.



## LVII

**Z**ORAIIDA estaba realmente sorprendida por la visita del médico del harén. No se encontraba mal y además técnicamente no pertenecía al harén al estar cohabitando con otro hombre. Era una situación extraña. Se vistió e indicó a su criada que diera paso al médico.

Al ver a Al-Hasirrarisaga se sintió aún más confusa. Ella esperaba al médico del harén que conocía, el venerable anciano que prácticamente desde que llegó al harén le había atendido. En su lugar se presentó un médico mucho más joven y además realmente atractivo. Inconscientemente se puso a coquetear con el recién llegado.

Tras las presentaciones de rigor pasó el médico a explicarle el motivo de su visita.

—Señora, me han encomendado que os haga entrega de este paquete —dijo mientras dejaba una pequeña bolsa de piel encima de una mesilla.

—¿Y cuál es el contenido del mismo y qué se supone que debo hacer con él? —preguntó extrañada la concubina.

—Me han dicho que alguien de vuestra máxima confianza os lo pedirá. En cuanto al contenido del paquete, no me está permitido informaros del mismo —dijo enigmático.

—Es curioso que me visite un médico pero solo en calidad de mensajero. ¿Por qué no aprovecháis el viaje para examinarme? —dijo la mujer de forma tan coqueta que hasta ella misma se sorprendió.

El joven médico esbozó una gran sonrisa mientras observaba a la hermosa mujer casi paladeándola. Desde su nombramiento como médico del harén disfrutaba del contacto con las más bellas mujeres de al-Ándalus y sin embargo no podía seducir a ninguna. Era algo cruel para un hombre tan fogoso como él y ahora se le presentaba la ocasión de que esa suerte cambiara. Era patente el interés de la mujer y Al-Hasirrarisaga no quería dejar pasar esa ocasión.

—Procedamos pues al examen —dijo mientras invitaba a la mujer a tumbarse en un diván que había en un extremo de la habitación.

Zoraida, sonriendo, caminó contoneándose mientras el médico la observaba embelesado. La sensualidad que desprendía esa mujer era algo palpable. Al llegar al diván se tendió con cuidados gestos que solo acentuaban su feminidad. Se quedó de medio lado mirando fijamente al médico. Llevaba demasiado tiempo sin estar con un hombre de verdad. El acostarse con Nasr había despertado su sensualidad. El eunuco era tierno y cariñoso, la acariciaba y la besaba de forma continuada. Era algo que le gustaba sobremanera; pero a la vez era algo que no se culminaba. El eunuco no podía darle más y Zoraida ya no aguantaba esa situación. Eran muchos meses seguidos de quedarse a las puertas del placer y el apuesto médico podía aliviar ese problema. Su propia audacia le sorprendía; pero estaba decidida a lanzarse a los brazos del médico.

Por lo que parecía Al-Hasirrarisaga estaba de acuerdo con ello, porque comenzaba a desnudarse mientras se aproximaba.

## LVIII

**N**ASR se aproximó a Zoraida como siempre con una enorme sonrisa en la boca. Era evidente la felicidad que el eunuco encontraba en brazos de su amada. Zoraida sonrió a su vez, si bien mantenía un secreto terrible en su haber. El joven médico Al-Hasirrarisaga que le visitara hacía apenas una semana por primera vez, había despertado algo dentro de ella que nunca conoció. Zoraida, preocupada, se daba cuenta de que estaba perdidamente enamorada del galeno. Tras su encuentro inicial, el médico se las había arreglado para aparecer por la casa todos los días. Incluso habían pasado dos noches completas juntos. El placer que el médico había conseguido proporcionar a la mujer era solo una de las partes que le atraían del médico. Pero en realidad Zoraida estaba entregada a ese amante servicial, atento y cariñoso que la colmaba tanto en la cama como en su fantástica compañía. Era un hombre viajado y muy muy cultivado. Le hablaba de lugares exóticos, de rincones del mundo lejanos, de paisajes fabulosos, de pueblos extraños. Le había abierto una ventana al mundo exterior a ella, una concubina que tan solo conocía el harén del emir de Córdoba y ahora la gran hacienda del Maestro Herrador. Al-Hasirrarisaga le describía todas esas maravillas con la mirada ausente. Estaba claro que mientras lo relataba las estaba viendo en su memoria. Zoraida le observaba embelesada y eso la hacía aún más irresistible para el médico, que a su vez se había prendado de esa mujer de belleza serena, educada y de una sensualidad y sexualidad extraordinaria. Casi sin pensarlo, sin premeditarlo, sin pararse a evaluar las consecuencias, se habían prometido una vida juntos. Así, en menos de una semana de conocerse, ambos habían acordado buscar una oportunidad para escapar a sus destinos, sendas cárceles de oro, una en la casa a disposición del eunuco Nasr y otro como médico del harén de Abderramán, o quizás debería decir de Tarub.

Nasr, completamente ajeno a lo que a su amada le estaba sucediendo, cogió de las manos a Zoraida para besárselas en un gesto que a la mujer le produjo un rechazo instintivo. Ella, Zoraida, ya no era la concubina del eunuco, era la prometida de Al-Hasirrarisaga. Aún así se dio cuenta de que de nada serviría tratar de mostrar sus sentimientos a Nasr. Debería jugar sus cartas y dejar que pasasen los días hasta que al fin pudieran escapar juntos. Se forzó a sonreír y a aparecer complaciente.

—Mi buen señor —dijo como azorada y alegre por recibir al eunuco.

—Mi amor —dijo Nasr besando de nuevo las manos de la concubina.

—Le noto muy alegre en este día —comentó Zoraida dándose cuenta de la gran sonrisa y de los nervios evidentes del visir.

Nasr la miró siempre con esa gran sonrisa dibujada en la cara.

—Eres tan bonita como perceptiva, querida mía —dijo de forma acaramelada—. Espero poder hacerte reina de al-Ándalus dentro de muy poco —comentó dejando

que el impacto de la noticia sorprendiera a una atónita Zoraida.

—Debéis estar de broma.

—Nada más lejos de la realidad. En breves días puedo ser el hombre más poderoso del reino como regente del próximo emir Abdallah, el hijo de Tarub.

Zoraida se alarmó de inmediato. Sus planes para huir con el médico podían complicarse enormemente, sino hacerse inviables, si eso era cierto.

—¿Acaso está enfermo Abderramán? —preguntó ingenua.

—Verás querida, es complicado. Por razones de estado creemos que Abderramán no debe seguir en el mando. Cierto es que bajo su mandato el reino ha florecido; pero también hemos sufrido severas derrotas por parte de nuestros enemigos. Ramiro I, rey de Asturias, está más fuerte que nunca y además recuerda que hace varios meses los vikingos invadieron Sevilla arrasándola. Por otro lado se olvida que los cristianos que habitan en nuestras ciudades están cada día más envalentonados y desafiantes. Decididamente el reino necesita una mano fuerte e implacable que afronte a sus enemigos con determinación y se olvide de tanto poeta y tanto astrólogo.

Zoraida no era tonta. Estaba claro que había un complot contra Abderramán y además ese complot estaba orquestado por el mismísimo gran visir del emir.

—Pero decidme señor. ¿Qué osáis hacer?

—Decidme señora, ¿os han entregado un paquete para mí? —Preguntó Nasr manteniendo la sonrisa.

—En efecto, un médico de palacio vino hace unos días y dejó esa bolsa de piel. —Dijo la concubina señalando una mesilla en donde reposaba el paquete.

Nasr se aproximó a la mesilla, tomó la bolsa y procedió a abrirla con cuidado de no verter el contenido.

—Mirad señora. Estos polvos provocan un cólico mortal en aquel que lo ingiere.

—Pero ¿Cómo lo vais a administrar? —Preguntó Zoraida aterrada.

—Comentaré a Abderramán que es un remedio universal elaborado por nuestro flamante médico del harén.

—Pero los guardias le echarán la culpa al médico cuando vean que el emir está siendo envenenado.

—Eso es lo bueno de mi plan, que el médico correrá con las culpas mientras que yo seré elegido como regente. Es obvio decir que ese médico no tiene ni idea de que voy a utilizar su ponzoña contra el emir, con lo que ni siquiera sabrá de que se le acusa. Una muerte rápida y se borrará todo rastro de la conjura.

Zoraida no pudo por menos que echarse las manos a la cara en una muestra de espanto. Su amante, Al-Hasirrarisaga, estaba en el ojo del huracán. Era la cabeza de turco perfecta en ese juego de poder. Le iban a utilizar para asesinar a Abderramán y encima le matarían acusándole de traidor.

Nasr le observaba con estupor. No comprendía la reacción de Zoraida y la mujer se percató al momento de que debía fingir para salvar la situación. Corriendo se echó en los brazos del eunuco casi sollozando.

—Mi señor, temo tanto por vos —mintió con lágrimas en los ojos, lágrimas que surgieron libres; pero no por la causa que pensaba el eunuco.

Nasr se tranquilizó. No hay nada más perturbador para un hombre que una mujer llorando en su regazo, su amor por Zoraida hizo el resto, se cegó pensando que realmente la mujer sufría por su destino.

—No te preocupes Zoraida, serás mi reina. —Susurró a la mujer mientras la besaba en el cuello.

## LIX

CLAUDIA escuchaba aterrada a Zoraida. La mujer le estaba contando que una conjura a gran escala se estaba preparando en palacio, una conjura orquestada ni más ni menos que por el gran visir Nasr.

Zoraida sollozaba mientras relataba los pormenores a una estupefacta Claudia. Entendía las razones de Zoraida. Era consciente de que la bella concubina estaba enamorada del médico que además era el principal perjudicado de la trama.

—¡Por favor Amin! ¡Debes ir a palacio y avisar a Al-Hasirarisaga! —suplicaba Zoraida.

Claudia estaba espantada. ¿Cómo se suponía que ella, un eunuco, o lo que es peor, una mujer maldecida, iba a poder acceder hasta el médico del harén de palacio?

—Amin, si me aprecias un poco, lo harás. —Dijo Zoraida mirándola con los ojos brillantes de lágrimas.

—Pero Zoraida, yo soy un simple albéitar. No me dejarán ni entrar en palacio.

—Coge el mejor caballo de las cuadras y llévalo a palacio. Si te vistes como un gran hombre y mientes con convicción diciendo que es un presente para el gran Abderramán seguro no te pondrán ninguna traba.

El plan podía funcionar. Recordaba, no sin cierto dolor, la primera vez que visitó el palacio acompañando a su padre. Los guardias de la puerta solo se fijaron en su porte y presencia para dejarlos pasar sin más. Era evidente que no deseaban inmiscuirse en las vidas de personajes poderosos. Pero había un gran pero, Ahmed. Si la descubría era mujer muerta y no solo ella, era casi seguro que la obligaría a mirar mientras asesinaba a sus antiguas criadas.

Miró indecisa a Zoraida. Quería ayudar a esa mujer, a su amiga; pero el terror que le infundía Ahmed era mayor.

Entonces Zoraida, viendo la indecisión de la persona que ella creía un eunuco, comentó con amargura.

—Amín, se nota que nunca has amado a alguien tanto como yo amo a Al-Hasirarisaga.

Fue como una punzada directa a su corazón. Se acordó de Ivar, de lo feliz que había sido en sus brazos, de lo que había sentido al separarse de él, de lo que le había llorado desde entonces.

—Iré.

## LX

**L**A caravana se aprestaba a formarse. Al día siguiente, con el alba, partiría hacia lejanos horizontes, nada más y nada menos que hasta Escandinavia.

Al-Ghazal estaba como un niño. Hacía ya casi tres días que no pegaba ojo por los nervios de la partida. Abordaba los problemas, por nimios que fuesen, como si un conflicto de índole mundial se tratase. Una mula coja, un fardo mal cerrado... cualquier cosa era supervisada por el poeta y embajador. Ivar sonreía viendo la tremenda tensión en la que vivía su amigo.

—Te va a dar algo amigo mío.

—Es que estoy rodeado de incompetentes, Ivar. Parecen no comprender la importancia de la misión —dijo enervado Al-Ghazal.

Ivar puso una mano en el hombro de su amigo al que casi sacaba la cabeza.

—Deberías sosegarte, comer algo y dejar que el jefe de la caravana acabe con los preparativos.

—¡Ese incompetente!

—Ese incompetente como tú dices, ha hecho cientos de viajes con caravanas y sabe como sobrellevar los preparativos. A ti en cambio cualquier problema te sobrepasa y al final caerás enfermo antes de partir —dijo Ivar procurando convencer al embajador para que se relajase—. Créeme amigo, come algo y duerme, te esperan largas jornadas a caballo y debes estar fuerte y descansado.

Al-Ghazal miró a Ivar, suspiró y sonrió a su vez.

—Soy un poco histérico ¿no?

—No, no un poco, un histérico total —rio Ivar.

—Venga, acompáñame a tomar algo, norteño sin sangre —rio a su vez Al-Ghazal.

## LXI

CLAUDIA galopaba por la campiña cordobesa como antaño hiciera con su padre. Había cogido un hermoso pura sangre árabe alazán que avanzaba por el terreno con gran facilidad y ligereza. Se sentía viva como hacía mucho que no se sentía. Había vuelto a ser ella, se volvía a reconocer encima del semental mientras se dirigía a la corte de Córdoba a avisar al emir de la conjura que se cernía sobre él y su heredero Mohamed. Aún no sabía cómo haría para llegar hasta él; pero debía intentarlo. Se había vestido con las mejores galas que pudo encontrar en la casa. Afortunadamente Ahmed no estaba en la misma y gracias a Zoraida y a su criada pudo rebuscar entre los ropajes que se guardaban en la mansión. Al final encontró unos pantalones y una camisola de seda que no le venían demasiado grandes. Una sobrevesta con capucha también de seda y unas botas que, estas sí, eran realmente grandes, completaban el atuendo.

Al galopar, la sobrevesta hacía un vuelo sobre la grupa del caballo. Claudia notaba el viento en su cara y el mundo se reducía en ese momento al golpeteo de las herraduras del semental sobre la tierra compactada del camino y el resoplido del equino al ritmo del galope. La montura era magnífica, el recorrido se acortaba a pasos agigantados bajo la enorme facilidad que exhibía el noble bruto al galopar. Claudia se descubrió sonriendo y una lágrima de felicidad corrió por su cara. ¡Cuánto había añorado esta sensación! Ella, que se mantenía oculta bajo el disfraz de Amín, el albéitar, el veterinario, ahora, sola, galopando a todo lo que daba el caballo, volvía a ser la joven vital y jubilosa que antaño fuera.

La ciudad de Córdoba se hizo visible en lontananza. Claudia redujo el galope del caballo y comenzó a pensar en cómo abordar el tema que le llevaba a palacio. En un primer momento le cruzó la idea de comentarlo con los guardias de puertas; pero el problema era que no la creyeran o incluso que aunque lo hicieran lo comentaran con alguien también implicado en la conjura, incluso con el mismísimo Nasr. No, decididamente debía intentar llegar a más altas instancias dentro del palacio.

Zoraida en eso no supo ayudarla. Si como parecía estaba también implicada la favorita Tarub, el llegar al harén con la noticia sería solo una sentencia de muerte para Claudia. Fuera del harén Zoraida tampoco conocía a nadie, a fin de cuentas era un espacio impermeable al exterior. La única opción de Claudia era encontrar a Al-Hasirarisaga, el amante de Zoraida, y contarle el complot que se había urdido entorno a su persona para asesinar a Abderramán y a su hijo Mohamed. Por supuesto el médico haría lo posible por abortar la traición, le iba la cabeza en ello. El problema era cómo encontrar al galeno.

En esas estaba pensando cuando se encontró a las puertas de la ciudad. Puso el caballo al paso, pese a que le urgía entrar y llegar cuanto antes a palacio y se dispuso



a cruzar las puertas. Los guardias apenas repararon en lo que les pareció otro rico personaje que llegaba a la ciudad. Tal y como había previsto Zoraida los guardias de puertas no solían interpelar a los personajes poderosos, eso solo les podía acarrear problemas futuros.

Dentro de la ciudad el bullicio la sacudió. Recordaba los rincones, las calles, las plazas. Le volvieron a saltar los sonidos de los mercados, los gritos de los vendedores, el trajín de una gran ciudad en la que multitud de gente se cruzaba cada uno con un cometido. Tras su prolongada estancia en la hacienda, recluida, prisionera; ahora se dejaba empapar por ese bullicio que la rodeaba y la acogía en su seno.

Llegó a las puertas de palacio. Los guardias de aquí no se dejarían impresionar tan fácilmente como los de las puertas de la ciudad.

Claudia se irguió en su montura y procuró abordar al guardia que le salió al paso de la forma más altanera que supiese.

—¡¡Alto!! —exigió uno de los guardias mientras se aproximaba.

—Soy Amín, hermano del médico del harén Al-Hasirrarisaga —dijo con todo el temple que logró poner en su voz demasiado atiplada por fingir ser un hombre.

El guardia lo observó con desconfianza mientras daba una vuelta inspeccionando el caballo de ese visitante. Era evidente la calidad de la montura y los ricos ropajes que portaba el personaje que pretendía entrar en palacio. Si le parecieron un tanto estafalarias y holgadas las prendas, lo atribuyó a que el visitante procedería de Siria, como el médico del harén, lugar en donde las modas seguramente eran distintas. Con una leve reverencia indicó a Amín en donde dejar la montura y en donde podría encontrar uno de los muchos servidores de palacio que le ayudaría a encontrar a su hermano.

Claudia se forzó a no sonreír de manera descarada mientras avanzaba por dentro del patio del palacio. Había conseguido entrar.

## LXII

**T**ARUB estaba realmente nerviosa. Hoy era el gran día. Hacía unos días que Abderramán se quejaba de un poco de malestar en las digestiones. Era el síntoma perfecto. Nasr ya le había informado de que tenía en su poder el preparado con el que envenenar al emir. Todo rodaba según lo planeado. Ahora solo quedaba atar bien los cabos sueltos que pudieran quedar. Y uno de esos cabos sueltos era el médico que había preparado el veneno. Debía tenerle bajo vigilancia constante e incomunicado hasta el devenir de los acontecimientos, no sea que sumase dos y dos en cuanto corrieran por palacio las noticias de la muerte del emir. Para ello había hecho llamar al médico a su presencia.

—Hacerle pasar —ordenó a uno de sus eunucos.

Al-Hasirrisaga entró en las dependencias de la favorita. Como siempre que se presentaba ante esa poderosa mujer, una sensación de inquietud le asaltaba. Él, que se las daba de gran concededor del sexo femenino, estaba totalmente a oscuras cuando trataba con Tarub. Nunca sabía por donde transcurriría la conversación, ni que le iba a pedir la mujer. Solo una cosa la tenía por cierta, esa mujer era peligrosa y algo muy dentro de él se lo advertía cada vez que se encontraba con ella.

—Hola, mi buen médico. —Saludó obsequiosa la favorita.

—Señora —dijo el médico mientras esbozaba una elegante reverencia.

—Os he llamado por que quiero pedir os que no abandonéis hoy las dependencias del harén.

Al-Hasirrisaga miró estupefacto a la favorita. La «petición» como decía Tarub, no era sino una orden. El médico, ajeno al complot, pretendía visitar a Zoraida en la casa de la campiña. Una decepción se pintó en su cara. Intentó adivinar cuales eran las intenciones de la mujer.

—¿Entiendo que hay alguna urgencia? ¿Acaso algún parto? No recuerdo que haya ninguna de las mujeres fuera de cuentas —dijo casi a la desesperada.

Tarub estudió al médico. No le gustó la reacción de este. Era evidente que el galeno tenía algún plan y le molestaba sobremanera el ignorar de qué se trataba. Con la tensión del complot había descuidado un tanto el férreo control que aplicaba a todos los que la rodeaban. Eso la hizo aún más desconfiada. No podía dejar que el médico hiciera y deshiciera a su antojo.

—No hay ninguna urgencia, de momento —e hizo una pausa mientras miraba ladidamente al galeno—. Pero quiero que estéis a mano por si la hubiera.

—Pero señora... —esbozó el médico poco antes de que Tarub levantara la mano con autoridad acallándolo.

—No es una discusión —atronó—. Ahora retiraros de mis aposentos y no salgáis bajo ningún concepto de las dependencias del harén.

Cuando el médico, cabizbajo, abandonó la estancia, Tarub llamó a uno de sus más fuertes eunucos.

—No quiero que el médico salga del harén ni que salga nadie que haya hablado antes con él. Y por supuesto no quiero que nadie de fuera le visite. Respondes de ello con tu vida. —Amenazó al eunuco que, haciendo reverencias, se retiró a vigilar al galeno.

## LXIII

CLAUDIA encontró a un mozo que se hizo cargo de su montura y un siervo a su vez la condujo hacia los aposentos de Al-Hasirrarisaga. Al llegar a ellos, suntuosos como el resto del palacio, un esclavo del médico le salió al paso.

—¿Qué desea el señor?

—Vengo a ver a vuestro amo. Es un asunto de vital importancia, decidle que es de parte de Zoraida. —Dijo lo más firmemente que pudo.

—El señor no está ahora disponible. Está en el harén cumpliendo sus obligaciones.

—¿Y no se le puede avisar?

—Me está prohibido, como a todo el mundo, entrar en el harén del emir —dijo con condescendencia el siervo viendo la angustia que agitaba a Claudia.

—¿Hay alguna manera de avisarle?

—Quizás si habla con los eunucos de las puertas le den el aviso.

—Llévame hasta allí —exigió Claudia aunque no le gustaba mostrarse tan autoritaria. Pero la vida de Abderramán y del joven médico estaba en sus manos.

El siervo la acompañó hasta que llegaron a dos imponentes puertas custodiadas por dos no menos imponentes eunucos. Claudia se armó de valor y se dirigió a uno de ellos que esperaba sus palabras mientras claramente aferraba con fuerza un enorme alfanje ante el desconocido que se le presentaba.

—Deseo ver al médico del harén, Al-Hasirrarisaga. —Dijo con autoridad.

—El médico está dentro del harén y no puede ser molestado por nadie. —Dijo el eunuco con una voz sorprendentemente dulce para los poderosos músculos que exhibía.

—Es un asunto de suma importancia. —Insistió Claudia siempre disfrazada de Amín.

—Espere, hablaré con la jefa del harén. Ella es la que tiene la última palabra. Su nombre por favor.

—Soy Amín, el albéitar del Maestro Herrador. Dígale que necesito sus conocimientos de galénica para preparar un remedio para uno de los mejores caballos de la yeguada del emir —mintió Claudia tal y como le vino a la mente.

El eunuco golpeó la puerta de una determinada manera y esta se abrió. Por ella apareció otro eunuco aún más grande y musculoso si cabe que los dos guardianes. Hablaron en voz baja. El eunuco de dentro miró a Claudia con recelo y cerró la puerta tras un breve «Espere».

A Claudia no le gustaba para nada la escena. Si Tarub estaba implicada la prenderían de inmediato. Debía buscar otra forma para avisar al emir. Por ello volvió a improvisar.

—Esclavo, cual es tu nombre —dijo al siervo de Al-Hasirrisaga.

—Ismail, mi señor. —Dijo con media reverencia.

—Ismail, espera aquí las noticias sobre tu amo. Voy a buscar unos pergaminos que me he dejado en la montura —dijo mientras daba la vuelta y desandaba el camino para no dejar pensar a los eunucos de la puerta ni al propio esclavo que se limitó a poner cara de asombro ante las órdenes que le daba tan menudo personaje.

## LXIV

TARUB palideció al escuchar al eunuco de la puerta cómo le relataba que un individuo, que decía ser el albéitar del Maestro Herrador, quería ver al médico. Sumando dos y dos se dio cuenta de que la casa del Maestro Herrador era en donde estaba la querida del eunuco Nasr. Maldición. Ese imbécil medio hombre con ínfulas de amante debía haberse ido de la lengua. Había ordenado que llevasen de inmediato al visitante a su presencia, aunque ya suponía que este, si sabía algo, no estaría en la puerta esperando.

Cuando el eunuco volvió para darle la mala nueva de que efectivamente el personaje ya no estaba en la puerta, Tarub ya había definido un plan a seguir.

Por un lado retendría al médico en el harén, ahora con mayor motivo que antes puesto que ya estaba claro lo buscaban. Por otro lado no hablaría con Nasr, el plan debía seguir adelante y ya no habría marcha atrás. Si de verdad alguien sabía del complot, lo mejor era consumarlo, y si no lo sabían y era una coincidencia la visita de ese albéitar, tampoco tenía razón de ser aplazado. Lo que si parecía conveniente era mantenerse al margen para no ser implicada en caso de que la conjura fracasase. A tal efecto preparó una serie de actividades destinadas a permanecer ocupada y ajena a los asuntos de palacio como coartada.

De todas maneras, había un cabo suelto en su planteamiento. ¿Qué sabía ese albéitar? Y sobre todo ¿quién era? No había oído hablar de ningún albéitar de relumbrón en casa del Maestro Herrador. Y el no conocer algo de lo que sucedía a su alrededor, sobre todo cuando le afectaba de manera tan notable, le ponía muy nerviosa.

—Ve a buscar al Maestro Herrador y tráelo a mi presencia. —Ordenó a uno de sus eunucos.

Tarub había mordido una presa y ella no era de las que soltaban.

**A**HMED, alarmado por la súbita llamada de la favorita, aparecía desconcertado frente a la poderosa Tarub.

—Maestro Herrador —dijo con voz firme pero amable la mujer—. Tengo un caballo en mal estado que precisaría una visita de parte de vuestro albéitar.

Ahmed tragó saliva. El que disponía de un albéitar era un secreto. No podía exponerse a que nadie descubriera que Amín, su albéitar, era en realidad Claudia, la heredera de Marco y su esposa. Por ello decidió mentir a la favorita.

—Perdonarme señora. Con sumo placer enviaría a un albéitar de mi casa a donde fuese preciso para serviros; pero en realidad carezco del mismo. Los cuidados que damos a los caballos en mi hacienda se limitan a los herrajes y alguna corrección de los cascos de las monturas; pero no tengo ningún albéitar. —Mintió con la voz más melosa y sumisa que pudo.

Tarub ya se imaginaba algo similar, puesto que no había oído hablar nada acerca de ese albéitar y no había tantos en Córdoba. Era un grupo de profesionales muy reducido y que ocasionalmente se reunían a comentar sus descubrimientos. Pero que ella supiese, después de consultar a uno de los mozos de cuadra de palacio, no había ninguno que procediese de la casa del Maestro Herrador.

Quizás fuese una coincidencia; pero no podía arriesgarse. Por ello preguntó de nuevo a Ahmed.

—¿Y no tenéis ningún empleado que atienda al nombre de Amín?

Ahmed ya no supo que decir. Era peligroso mentir a la favorita, era famosa por su dureza.

—Veréis señora, uno de los mozos de mi hacienda se ocupa de la salud de los caballos; pero dista mucho de ser un albéitar, es tan solo un cuidador.

—Ya veo. —Dijo Tarub callando a continuación.

Había descubierto que según que personas, al ser pillados en alguna situación de riesgo respondían por sí mismos sin necesidad de ser interpelados con solo el truco de mirarlos fijamente sin decir nada. Y ella tenía bastante dominio de sus miradas tanto para seducir como para inquirir.

Tal y como había previsto, Ahmed acabó por decirle más cosas de las que seguramente había previsto contar.

—Os aseguro señora que ese Amín no os serviría de nada como albéitar. Solo se ocupa de limpiar las camas de los caballos y de darles de comer. Acaso alguna vez haya curado una herida menor de un caballo; pero ciertamente no es un albéitar ni nada que se le parezca.

—Pues ha acudido hoy a estas dependencias para buscar a nuestro médico alegando un preparado para una montura —dijo Tarub notando cómo la sorpresa se

pintaba en la cara del fornido Maestro Herrador.

—No sabía nada, señora. —Balbuceó maldiciendo y jurándose matar a Claudia en cuanto llegase a la casa.

Tarub supo que era verdad. El zoquete del Maestro Herrador era un perro servil, tal y como decía Nasr; pero no sabía nada de ese tal Amín. Su expresión de estupor, miedo e ira eran genuinas.

—Retírate Maestro Herrador, y vigila mejor a tu gente —dijo Tarub dando por acabada la entrevista.

No solo la vigilaría, Claudia tenía las horas contadas; pensó Ahmed furibundo mientras abandonaba las dependencias de la favorita.



## LXVI

CLAUDIA vagó por palacio medio huyendo medio buscando alguna cara conocida a la que poder confiar su terrible secreto. No sabía que hacer cuando se vio en las caballerizas de palacio. Parecía su sino estar siempre rodeada de equinos. Aunque, pensó, de encontrar a algún conocido, sería en ese ambiente en donde siempre se había movido.

En el patio de las caballerizas había un enorme trasiego de animales entre caballos, mulas y bueyes. Por lo visto una caravana se preparaba para la salida a juzgar por los preparativos que aquí y allá se organizaban.

Admirada por la precisión con la que trabajaban tan ingente cantidad de animales y siervos, casi no se percató de un personaje que, apartado de la zona de trabajo, afilaba lo que parecía ser una tosca y enorme hacha.

¡Era un vikingo! La constatación del hecho la asaltó como una puñalada. No habían desaparecido. Así que eran ciertos los rumores de que vivían algunas bolsas de vikingos en poblaciones muy distantes. No sabía en qué manera podría ayudarla; pero estaba casi segura de que no tendrían nada que ver con el complot. Decidió acercarse a él.

Era un hombre grande y mayor que escondía sus facciones debajo de una poblada y blanca barba y una melena no menos densa. Sus vestiduras, toscas y claramente fuera de sitio, ya que eran de piel en la calurosa Córdoba, hacían que decididamente el personaje llamara la atención por su evidente origen norteño. Al aproximarse más, una mirada fría y glacial la detuvo. El vikingo se irguió estudiándola. Claudia lo reconoció entonces, era Haakon, el jefe de los berserker.

—¿Haakon? —preguntó con algo de miedo en la voz.

El vikingo, ahora ya totalmente centrado en el personaje misterioso que le abordaba, dejó el hacha en el suelo cuidadosamente mientras asentía con la cabeza.

—No se si me recordará. Estuve en el barco con Ivar y Rieg.

Haakon en realidad no hablaba prácticamente nada que no fuese su lengua materna, por lo que no entendió nada de lo que le dijo Claudia. Lo que sí entendió fue el nombre de Rieg y de Ivar.

Con la voz atronadora que Claudia recordaba Haakon llamó a alguien que trabajaba por el otro lado del patio.

Un hombre alto y fornido se aproximó a donde estaban. Habló brevemente con Haakon y luego se dirigió a Claudia con un acento muy marcado pero perfectamente entendible.

—¿Quién es y qué quiere?

Claudia suspiró. Ahora era el momento de contar su secreto y esperaba que fuera la persona adecuada para ello; pero no se le ocurrió otra manera.

—Mi nombre es Amín, soy el albéitar del Maestro Herrador... —por un momento no supo como proseguir con la conversación—. Deben avisar al emir Abderramán de que hay un complot para matarle. Será envenenado por el eunuco Nasr.

Mientras el hombre traducía la información a Haakon, Claudia pensaba que no sabía en que manera serviría dar esa información a los vikingos, cuando a ellos ni les iba ni les venía la conjura que se iba a tramar en al-Ándalus; pero eran su última oportunidad. Desconfiaba totalmente de encontrar a alguien a quien confiar el secreto en todo el palacio.

Haakon dijo algo en su lengua que el otro hombre tradujo.

—¿Por qué me cuenta eso a mí?

—Espero que pueda avisar de alguna manera al emir. Yo no conozco a nadie en palacio.

Tras la oportuna traducción prosiguió la conversación.

—¿Y por qué debería posicionarme en lo que claramente es un conflicto que no nos incumbe?

Claudia pensó cómo podría convencer al vikingo para que le apoyase y finalmente tuvo una idea.

—**I**VAR, sabe Odín que si no fuera porque aprecio a tu hermano me llevaría este secreto a la tumba.

Ivar estaba anonadado. Haakon le había llamado a un aparte y parecía tener preocupantes noticias que comunicarle.

—Un alfeñique amanerado me ha abordado en el patio donde preparábamos la caravana.

Ivar pensó que eso de usar el plural al hablar de trabajar en los preparativos, viniendo de parte de Haakon, que no movía un dedo si no era para afilar eternamente su hacha, ya era de chiste. Pero esperó paciente a que terminara de hablar el hosco berserker. Haakon prosiguió.

—Me ha dicho una cosa muy importante que debes saber.

Ahora Ivar prestaba toda su atención al viejo guerrero.

—Según este canijo, tu hermano vive y está esclavizado en la hacienda de un tal Maestro Herrador.

La noticia le golpeó como un mazazo. Gunrod vivo. Las preguntas se agolparon en la boca del muchacho.

—¿Cómo es que te lo ha contado?

Haakon remoloneó un tanto la respuesta.

—Me pidió que avisara al emir ese, como se llame, de que el castrado que tiene de mano derecha va a envenenarlo con una tisana. Y a cambio de hacerlo me dio la información sobre Gunrod. Ese alfeñique sabía cómo sacarme un juramento ya que me hizo prometerlo por el martillo de Thor.

Ahora Ivar miraba estupefacto a Haakon. Gunrod vivo y el emir en peligro. El castrado, como decía con desprecio Haakon, solo podía ser Nasr.

Saltó como un resorte para ir a la carrera a ver a Abderramán. Solo pensaba en no llegar demasiado tarde.

## LXVIII

**N**ASR llegó a sala en donde Abderramán esperaba con varios de sus consejeros. A su lado un siervo portaba una bandeja en la que una tisana humeaba en una pequeña jarra de fina cerámica.

—Mi señor, he hablado con el médico Al-Hasirrisaga, como ya sabréis ilustre y muy nombrado galeno. Le he comentado que padecéis de unas incómodas digestiones y me ha proporcionado un remedio que dice ser infalible para vuestros males, del cual me he permitido prepararos una infusión.

El siervo se aproximó a donde se hallaba el emir con la tisana y dejó la bandeja en una mesilla aneja a donde se encontraba el emir medio recostado sobre unos almohadones.

—Es de agradecer el mucho cariño que me profesáis Nasr. Ojalá todos mis siervos fueran como tú —dijo el emir mientras una bella criada, a un gesto suyo, servía la tisana en la copa.

Nasr, expectante observaba todo con más tranquilidad de la que esperaba. Repasando los hechos que sobrevendrían tendría que asesinar también a Mohamed, el heredero de Abderramán, lo cual sería tarea fácil tras el revuelo que se originaría al ver que el emir moría.

Abderramán cogió la copa con el humeante líquido. Lo inhaló buscando un perfume y a continuación ofreció el bebedizo a Nasr que permanecía de pie en el centro de la sala.

—Bebed de esta copa Nasr, porque en verdad quiero admirar los prodigios de esta medicina —dijo Abderramán con los ojos muy fijos en el eunuco.

Nasr se quedó traspuesto. Miró al emir y luego a los asistentes. Entre ellos estaba ese alto vikingo, Ivar, sonriendo como si lo supiese todo. ¿Cómo había fallado el plan? ¿En qué momento? ¿Le habría traicionado la propia Tarub?

Con todas estas pregunta agolpándose en su cabeza se vio de repente asiendo la copa en sus manos. El vapor surgía tenue y tranquilo del bebedizo. Un cierto olor a regaliz le llegó a sus fosas nasales. Solo había esperar que el veneno no fuese tan violento como para que al médico le diera tiempo de proporcionarle un antídoto. Con toda la dignidad y sangre fría que pudo acumular apuró la copa.

Un pequeño espasmo le sacudió a los pocos momentos. Sin verla, sentía la fría y afilada mirada del emir en su persona. Se excusó como pudo y se retiró a las cocinas.

—Ve rápido a buscar al médico Al-Hasirrisaga —dijo a un siervo que le atendió cuando otro espasmo, este más violento, le hizo caer de rodillas.

El sirviente corrió a buscar al galeno; pero tras ser conducido a las puertas del harén, por supuesto no tuvo acceso al médico, encerrado y custodiado en esas dependencias. Nasr, el orgulloso eunuco, el general triunfante, la mano derecha del

emir de al-Ándalus murió solo en el suelo de sus habitaciones echando las tripas por la boca.

## LXIX

**A**HMED galopaba veloz hacia su casa. A lo lejos veía el polvo que levantaba otra montura, sin duda la de Claudia. —¡Se iba a enterar esa zorra rastrera de quien era el amo!— pensaba iracundo mientras espoleaba sin piedad a su caballo. La hacienda se divisaba ya en el horizonte y efectivamente la montura que le precedía cogió el camino que se adentraba en sus dominios. Era ella. Ahmed anticipó su muerte casi salivando. Decididamente había aplazado demasiado asesinar a su mujercita. Casi le dio un ataque de risa al pensar en Claudia como en su mujercita.

Una vez más espoleó a su caballo que ya mostraba signos de extenuación por la gran corpulencia del jinete y el severo trato que le era exigido al galopar sin freno ni medida durante tanta distancia. Un mar de espuma se había formado en su cuello allí en donde rozaban las riendas, así mismo espesas babas cubrían su boca mientras resoplaba por los ollares casi al rojo vivo por el esfuerzo. Las enormes espuelas de castigo con púas, muy propias de Ahmed, el gran amante de la sangre, habían lacerado los costados del enorme semental tordo que seguía galopando con largos trancos.

Aunque hacía tiempo que había divisado el caballo de Claudia, no pudo alcanzarlo. Claudia era mucho más ligera y además su caballo estaba mucho más descansado al no recibir tanto castigo y tener mejor administrado el esfuerzo. Claudia sí se había percatado de que alguien le seguía, porque en un altozano se había parado a otear el camino. Conocedora como era de las cabalgaduras de la hacienda, seguramente habría reconocido a Bastión, el caballo de Ahmed. Para Ahmed, el que Claudia pudiera estar avisada de que había sido descubierta no solo no era motivo de preocupación, sino que provocó en Ahmed un placer rayano en el gozo. Quería que la muchacha sintiese su caza. Ahmed saboreaba el miedo que provocaba en los demás y estaba seguro de que iba a degustar largamente el de Claudia nada más verla, porque ella ya estaría segura de su destino.

De pensar en cómo le aplastaría el cuello, de cómo crujirían sus débiles huesos entre sus enormes manos mientras la violaba, sintió una poderosa erección.

—¡Sí, amita! ¡Ha llegado tu maridito! —aulló cuando atravesaba al galope el dintel del patio de la hacienda.

## LXX

CLAUDIA bajó de un salto de su montura. Abdul, uno de los mozos de cuadras se aproximó para tomar el caballo casi sin reconocer a Amín por las extrañas vestiduras que portaba. Claudia musitó un agradecimiento mientras velozmente corría hacia las cuadras.

Era Ahmed, estaba segura. Su marido galopaba en pos de ella, sin duda enterado de su aventura en palacio. No esperaba ningún perdón porque en el corazón de Ahmed no lo hallaría. No sabía por qué corría hacia las cuadras, quizás porque habían sido su hogar durante los últimos meses. El caso es que los trabajadores de las mismas salieron a ver que pasaba tras escuchar el repiqueteo de los cascos de los caballos en los adoquines y el aullido del amo a lo lejos.

Claudia dudó en el centro del patio de las caballerizas, buscaba un arma con la que defenderse mientras a lo lejos escuchaba las imprecaciones que Ahmed lanzaba mientras avanzaba a grandes zancadas hacia ella. Una horca clavada en el almiar de paja que utilizaban para la comida y la cama de los caballos le pareció la mejor opción.

Asió la horquilla y la irguió delante de ella con las dos púas apuntando a Ahmed. Claudia temblaba mientras Ahmed con grandes risotadas se aproximaba a ella. La gente se agolpaba en los bordes del patio sorprendida de ver ese espectáculo. Amín, el eunuco, como era conocida Claudia, se estaba enfrentando al amo. Y el amo, tantas y tantas veces denostado por su maldad y tratos vejatorios hacia todos ellos, iba directo hacia el albéitar con una mirada asesina clavada en él.

Claudia miró a un lado y al otro mientras retrocedía paso a paso sin dejar de poner las puntas de la horca de madera de fresno entre ella y Ahmed. Quería creer que alguno de los muchos trabajadores de la hacienda la ayudarían; pero en el fondo de sí misma sabía que no sería así. El levantarse un siervo o un esclavo contra el amo era motivo de una muerte espantosa según las leyes y además el miedo que inspiraba el amo tenía a todos atezados.

En un momento determinado Claudia cruzó su mirada con la de Ibrahim, el esclavo al que había ayudado a salvarse de morir aplastado por la viga meses atrás. Ibrahim, como todos los herreros, era corpulento aunque mucho menos que Ahmed. Tras un instante en el que leyó determinación en el esclavo, Ahmed se percató del cruce de miradas.

—Hola Ibrahim. —Gritó el amo—. ¿Quieres unirse a la fiesta? —Preguntó con evidente descaro y provocación hacia un subordinado demasiado apaleado durante tantos años como para enfrentarse—. ¡Ja! ¡Eso pensaba! —dijo cuando vio bajar la mirada de su herrero mayor.

Claudia, que por un momento sintió renacer su esperanza, comprendió al herrero.

De todas formas, al ver que Ahmed aún mantenía una sardónica mirada hacia su lado derecho en donde estaba Ibrahim una vez más humillado por el amo frente a todos, lanzó un ataque que casi sabía suicida. La horca avanzó rápida buscando el enorme pecho del Maestro Herrador. Por un momento pensó que iba a conseguir ensartar a Ahmed entre las astas de madera; pero en el último momento Ahmed se apartó y la horquilla solo acertó a enredarse en la camisola del amo. Asiendo el palo con sus enormes manos lo alzó volteando a Claudia que cayó rodando al suelo ya sin arma alguna.

—Casi gatita, casi —rio Ahmed mientras se quitaba la camisola rajada por las puntas de la horca.

Claudia se levantó para salir corriendo cuando notó que su avance se detenía en el acto. Ahmed la había asido de la sobrevesta que aún llevaba puesta.

—¿De qué te has disfrazado? —comentó mientras de un tirón rasgaba la tela dejando solo que la camisola la protegiera de la desnudez.

Un rumor corrió entre los trabajadores al ver levantarse del suelo a Claudia con el pelo suelto por el violento trato, en vez de a Amín, el que ellos creían un albéitar eunuco y que había convivido con ellos tantos y tantos meses.

Ahmed se percató de la sorpresa de todos.

—Vaya, vaya, Amín. Qué bien guardaste tu secreto. —Dijo mientras cogía a Claudia del pelo y la arrastraba hacia el almiar de paja del que Claudia había sacado la horca.

Claudia, agarrotada por el enorme tirón de pelo que la sacudía y llevaba, tan solo luchaba por no caer al suelo para no ser arrastrada sobre los adoquines. Ibrahim, que se encontraba a la puerta de la herrería dejó de mirar y se retiró hacia el interior. Claudia vio esfumarse su última oportunidad de recibir ayuda en ese acto. Estaba claro que el buen herrero no quería ver es espectáculo de su muerte a manos de Ahmed.

—Mirar, mirar. Es vuestra anterior amita, mi mujer, Claudia. —Y mientras gritaba hacia los trabajadores, Ahmed le cogió la cara con una de sus enormes manos y le plantó un asqueroso lametón en las mejillas.

Claudia quería morir. Tras su vano intento de defensa solo esperaba tener una muerte rápida e indolora; pero los planes de Ahmed no parecían discurrir en ese sentido. Siempre con grandes carcajadas, tras un enorme bofetón que la lanzó hacia la paja medio aturdida, comenzó a quitarse los pantalones.

—Esto voy a disfrutarlo mucho amita. —Escuchó Claudia mientras una montaña de carne se abalanzaba hacia ella.



## LXXI

**E**L golpe le acometió con un estallido de dolor. Ahmed no daba crédito. Un atizador de la fragua tintineaba aún en los adoquines del suelo tras haber impactado en su pierna. —Así que Ibrahim se había atrevido al fin— pensó mientras se levantaba de encima de una semiinconsciente Claudia a la que casi había llegado a desnudar. —Bien, una lección a un subordinado no estaría de más, y la muchacha ya no estaba en disposición de huir.

Por si acaso, de un manotazo lanzó a Claudia rodando hacia la paja. Se irguió lentamente en un estudiado teatro que solo pretendía asustar a esa chusma que tenía por trabajadores. Se preocupó de hinchar bien sus poderosos pectorales mientras con un enorme grito se giraba hacia la puerta de la herrería de donde le había sobrevenido el ataque. Mientras se giraba extrajo de su funda el martillo que nunca, ni en las recepciones de palacio, le abandonaba. Era su arma, con la que se había forjado, con la que había templado su cuerpo y su espíritu. Era ese arma con la que había matado a Marco y con la que iba a matar a Ibrahim.

La sorpresa al alcanzar a mirar la puerta de la herrería fue mayúscula. Sobre una tosca muleta y cubierto solo con un taparrabos Gunrod le miraba con esos fríos ojos azules. Ahmed no vio miedo, no leyó duda. No, el vikingo estaba hecho de otra pasta. Había determinación y otra cosa que no alcanzó a comprender hasta que se reconoció en esa mirada, Gunrod estaba disfrutando de ese momento, tal y como él disfrutaba cuando anticipaba una muerte a sus manos.

Entonces el vikingo fue el que gritó. Fue un alarido tremendo, grave, animal. Fue una liberación que salía de un hombre agazapado, esperando su momento.

Ahmed constató que el tremendo grito parecía haber sacudido a su servidumbre, un rumor comenzó a crecer entre los esclavos que se congregaban en la plaza.

—Gunrod, Gunrod, Gunrod...

El rumor creció en cadencia e intensidad mientras Ahmed miraba a unos y a otros esperando intimidarles. No fue así.

—Gunrod, Gunrod, Gunrod...

Ahmed despertó su ira y se abalanzó a la carrera contra el tullido vikingo que le aguardaba a la puerta de la herrería. Por el camino comprendió que Ibrahim, en un acto de desesperación y temiendo enfrentarse a su amo directamente, había liberado el tocón que mantenía la cadena de Gunrod sujeta al suelo. Pese a ello Gunrod debía arrastrar la cadena larga y pesada.

El miedo que le inspiraba el enorme vikingo se había esfumado. Las múltiples precauciones que siempre tomaba al estar cerca de él quedaban atrás. Ese malnacido se había atrevido a encararse frente a los demás y no podía permitirlo. Además era un pobre cojo y él tenía su martillo.

Se lanzó como un poseso contra el enorme corpachón del gigante rubio blandiendo su martillo de herrero. El metal se dirigió directo a la cabeza del vikingo, pero cuando parecía iba a impactar en ella, el rubio levantó su poderoso antebrazo y desvió el golpe. Aún así el metal impactó contra un lateral de sus espaldas. A su vez la embestida de Ahmed hizo perder el pie al vikingo privado de su pierna izquierda, no sin antes soltar un tremendo puñetazo que alcanzó a Ahmed en el torso.

Ahmed notó como se desplomaba el gigante rubio; pero se encontró buscando aire que respirar. El puñetazo del vikingo le había alcanzado la zona del hígado y le había dejado sin fuelle. Pese a quedarse doblado como si le hubiera coceado una mula, se aseguró de tener el martillo bien asido en la mano.

Gunrod, si había notado el golpe del martillo, no lo dejó entrever. Casi gateando se retiró hacia dentro de la herrería, en donde la cadena, al tener más recorrido, no le impidiese tanto los pocos movimientos que podía realizar.

Ahmed, cuando hubo recuperado el resuello, comenzó a aproximarse al vikingo, esta vez con más precauciones. Nunca había conocido a nadie que le hubiera hecho tanto daño con un solo golpe y advirtió que algo dentro de él le gritaba que iba a luchar por su vida. También constató que por una vez iba a matar a un hombre sin que le acompañara su habitual erección.

Vio como se erguía el vikingo de nuevo cerca de la fragua. Blandió su martillo y lanzó un golpe circular que el vikingo esquivó por poco. Era evidente que no podría esquivar muchos más golpes, ya que su movimiento limitado por la amputación de su pierna izquierda se lo impediría. Lanzó un segundo ataque con el martillo que, este sí, rozó el hombro izquierdo del vikingo provocando una mueca de dolor en su rostro.

Saboreó ese rictus de dolor de la cara del rubio.

—Metal contra carne. No tienes nada que hacer perro...

Pero mientras estaba aún hablando, Gunrod, en un movimiento que no había previsto Ahmed, dio un fuerte tirón a su cadena que permanecía inerte entre las piernas de Ahmed haciéndole trastabillar.

En ese momento el vikingo se abalanzó hacia el herrero asiendo con su enorme mano derecha el cuello de Ahmed. Este, asustado por el cambio de los acontecimientos enarboló el martillo y golpeó a Gunrod en la espalda.

Cayeron los dos hombres sobre la fragua. Gunrod de espaldas y, siempre sujeto por el cuello, Ahmed de cara a Gunrod encima del cuerpo del vikingo.

Las ascuas saltaron por doquier envolviéndolos a ambos. Ahmed casi no podía respirar por la enorme presión de los dedos del vikingo alrededor de su cuello. Casi no se lo creía, su cuello era ancho como el de un toro y aun así la enorme manaza del vikingo lo rodeaba. Soltaba martillazos sin ton ni son al cuerpo del vikingo que parecía no acusar los golpes. Cierto era que al estar tan cerca, el martillo no cogía la suficiente velocidad para permitir que el impacto fuera demoledor; pero aun así varios de sus martillazos alcanzaron los costados y el hombro izquierdo del vikingo.

Además, empezaba a percibir cómo el pelo del gigante rubio se prendía al estar en

contacto con las brasas. Pero la presión no aflojaba, el aire que buscaba no acudía a su boca. Sus movimientos se empezaban a tornar torpes y desmadejados y la visión se le empezaba a nublar. Por otro lado estaba ese intenso calor que le acometía de las brasas sobre las que inexplicablemente permanecía tumbado el vikingo sin aflojar ni por un momento su presa.

Cuando ya creía que sus pulmones iban a estallar, la presión de la mano del vikingo pareció aflojarse. Con gran alegría Ahmed fue a aspirar una bocanada de ese aire que no le llegaba. En ese momento Gunrod, con una mirada en la que se leía una enorme satisfacción, lo asió por la nuca para lanzar la cara de su oponente contra las ascuas al rojo, con lo que todo lo que aspiró Ahmed fue una gran cantidad de brasas ardientes dentro de sus pulmones.

Ahmed, con terror y un enorme dolor como nunca había percibido, sintió cómo se le quemaban las entrañas. El fuego devoraba sus pulmones y su garganta desde dentro. Ambos contendientes rodaron fuera del alcance de las ascuas. Al rodar, Gunrod logró apagar el fuego del poco pelo que le quedaba sin haber ardido. Ahmed en cambio tenía el fuego en su interior. Los alveolos pulmonares se cerraron y la garganta se fundió prácticamente por efecto del calor. Se asfixió lenta y dolorosamente buscando un aire que no llegaba y sintiendo un terrible dolor como nunca imaginó que existiera en su interior. Antes de morir, para su vergüenza, notó como sus fluidos corporales se escapaban de un cuerpo que ya no le obedecía. Mientras, tumbado a su lado, Gunrod disfrutaba del espectáculo con una media sonrisa de satisfacción que fue lo último que alcanzó a ver Ahmed.

## LXXII

**C**LAUDIA corrió medio aturdida a donde se encontraba Gunrod. El aspecto del vikingo era demoledor. Grandes moretones cubrían su cuerpo allí en donde el martillo de Ahmed había encontrado carne. El rubio pelo del gigante, ahora postrado, prácticamente había desaparecido por la acción de las brasas. Y lo peor eran las espantosas quemaduras de la espalda. Un penetrante y nauseabundo olor a carne quemada llenaba la estancia. Aun así, cuando el gigante la reconoció al arrodillarse a su lado, sonrió.

Era una sonrisa limpia y desprovista de toda intención. Era la sonrisa de alguien feliz. Para nada era la sonrisa que Claudia tan bien recordaba cuando la raptó de la casa de Sevilla. Aquella sonrisa, irónica y detestable, solo prometía segundas partes oscuras y lascivas. Esta en cambio era la sonrisa de un amigo al ver a otro.

—Ya decía yo que eras muy delicada en tus cuidados para ser un hombre, aunque fuera un castrado. —Dijo con su fuerte acento del norte.

Claudia sonrió a su vez. Era evidente que el vikingo había cumplido su objetivo que no era otro que la venganza sobre el hombre que lo esclavizó y masacró a sus compañeros. El espíritu del guerrero estaba en paz y eso era lo que traslucía la cara del danés.

Un gran revuelo llegó desde el exterior, alguien avanzaba a la carrera con gran ruido de metales, es decir, armado. Claudia esperaba algo así, la guardia de la ciudad o algún mercenario contratado por Ahmed no tardaría en entrar en la estancia. Era evidente por las zancadas y los gritos y empujones que apartaban a los siervos aglomerados alrededor de los cuerpos que se trataba de soldados corpulentos y acostumbrados a imponerse.

—¿Qué ha pasado aquí? —Voceó un hombre alto—. ¡¡Gunrod!! —Gritó una voz que se le clavó a Claudia como una espina.

Al dirigir su mirada hacia la figura que se arrodillaba al lado del enorme danés llamándole por su nombre su corazón se desbocó. Era Ivar. No se atrevió a decir nada, era evidente que el piloto no se había fijado en ella y solo tenía ojos para su hermanastro tendido en el suelo y malherido.

—Hola hermanito —dijo Gunrod siempre con esa sonrisa que ahora que había comenzado a esbozar parecía no querer borrarse de su cara.

—Gunrod —dijo con preocupación Ivar tomándole la mano y mirando con consternación la gravedad de sus heridas y la pierna amputada.

Otra figura se añadió al grupo, la de Haakon enarbolando su eterna hacha.

—Hola muchacho —dijo con su voz grave el veterano guerrero dejando entrever algo de congoja en su tono.

—Tenía yo razón Haakon, además de las drogas, los espíritus nos acompañan en

la ira y la determinación y nos hacen más fuertes y más insensibles al entorno —dijo Gunrod entrecortadamente a causa de los seguros dolores que le acometían ahora que ya estaba relajado tras la lucha.

—¿No tenéis por ventura un médico que pueda atenderle? —Preguntó Ivar dirigiéndose por primera vez a esa figura menuda que acompañaba a Gunrod arrodillada.

Claudia le miró con lágrimas en los ojos. Estaba golpeada y magullada por el salvaje Ahmed, sus ropajes aparecían rotos y manchados al ser arrastrada por el suelo; el pelo, alborotado y con greñas de los estirones. Aún así, Ivar la reconoció. Reconoció esa mirada ambarina y esos labios delicados y carnosos. La sorpresa modificó su rostro, era evidente que no esperaba verla allí.

—Otra vez te la vas a llevar hermanito. Menuda suerte tienes —suspiró Gunrod en el primer comentario tierno y con humor que Ivar le hubiera escuchado nunca dirigido a su persona.

—Gunrod, vine en cuanto me enteré. Siento no haber llegado a tiempo de ayudarte —dijo Ivar con pesar.

—Era mi lucha y es mi triunfo —dijo con orgullo.

Una mueca de dolor cruzó su semblante, sin duda las terribles quemaduras de su espalda se cobraban su precio.

—Haakon, quiero ir a beber cerveza con mis padres al Valhalla —dijo siempre sonriendo a su mentor.

—Si muchacho, allí me esperarás. Siento que pronto mis huesos descansarán y me reuniré contigo.

Ivar sabía lo que significaba aquello. Gunrod, su hermano, pedía una muerte digna y acorde con un guerrero. Cogió la mano de su hermano para despedirse.

—Perdóname hermano. —Dijo el gigante rubio a un Ivar que luchaba por contener las lágrimas.

—Recuerda lo que decía nuestra madre: «Lo pasado, pasado está». —Esbozó Ivar mientras Gunrod asentía.

—Le daré un beso a Olalla de tu parte.

—¿Pero qué decís? ¿De qué habláis? —Preguntó Claudia que empezaba a comprender que se estaban despidiendo. Sí, las heridas eran terribles; pero Gunrod era fuerte y joven, con muchos cuidados quizás podría restablecerse.

—Explícaselo a esta chica y cuídala, es buena. —Dijo Gunrod despidiéndose mientras Ivar se erguía levantando y apartando del cuerpo del caído a su vez a una temblorosa Claudia.

—¡¡Venid Valkirias!! ¡Venid a acompañar al más bravo guerrero danés que he conocido! ¡Llevalle a Asgard, al salón del trono de Odín, al Valhalla! —tronó Haakon justo antes de que su hacha cercenara la cabeza de un sonriente Gunrod que ya parecía mirar al más allá.

## EPÍLOGO

**E**L aroma de la reciente lluvia impregnaba el ambiente de olores frescos: a tierra mojada, a musgos y helechos, a prados y frondas. Un tenue penacho de humo surgía de una casa solitaria enclavada en un valle de verdes pastos, y al fondo el océano lamía manso y azul la fina arena de una playa pequeña y limpia. Unas gotas límpidas de fresca lluvia caían revoltosas entre las hojas de un enorme olmo que los cobijaba.

Ivar abrazó a su mujer. Claudia se acurrucó en su cuerpo disfrutando del paisaje, dejándose envolver por el entorno hermoso y colorista tan distinto del de su tierra natal y además aspirando el olor que emanaba de Ivar, de hombre, de su hombre.

—Esta es la tierra de mi madre. —Dijo Ivar.

Abrió los brazos y, aspirando el aire fuertemente, dejó que los aromas de ese lugar le impregnaran el cuerpo y el alma.

—Puedo sentirla. Ella está aquí, con nosotros, sonriendo.

Claudia nunca le había visto tan lleno, tan vital, tan feliz. Ella misma parecía advertir algo familiar en ese paisaje pese a que nunca había visitado el norte, en Galicia, tan lejos de su casa. Sin embargo percibió que la tierra tiraba de ella y la envolvía. Sintió una energía que la acogía en su seno.

Desde que se había reencontrado ya no se separaron más. Abderramán II, agradecido a Ivar y a Claudia por destapar la conjura había permitido que se casaran. Por supuesto mantenían la hacienda que fuera de Marco e incluso habían podido mantener en su casa el título de Maestro Herrador en la persona de Ibrahim, al que habían liberado como esclavo y ahora era un empleado de la casa.

Tras la boda Ivar insistió en visitar la que fuera la tierra de su madre, de Olalla. Y aquí estaban tras un largo y gozoso viaje en el que paseaban su amor allí por donde pasaran.

Ahora, plena, llena de ese entorno mágico, Claudia se sentó en un viejo tocón que asomaba entre el pasto.

Ivar se volvió buscándola. Claudia, su Claudia a la que tanto lloró estaba ahí, en la tierra de su madre. Y estaba más bella que nunca, mirándole con amor desde sus ojos de avellanas y miel, a él, el hombre más feliz del mundo.

Entonces se fijó.

—¿Sabes? Estás sentada en el tocón de un fresno. Cuenta nuestra cultura que de ese árbol sacó Odín al primer hombre, a Ask.

Claudia entonces pasó suavemente una mano por el húmedo tronco que le servía de asiento.

—Yggdrasil —susurró.

—Y yo estoy aquí, a la sombra de este olmo, árbol del que Odín extrajo a la

primera mujer.

—Embla —volvió a susurrar Claudia siempre mirándole.

Ivar supo entonces que todo tenía un sentido.

Se había cerrado el círculo.

# VIKINGPEDIA

**D**ADO que este libro que tienes en tus manos es una novela que utiliza personajes reales y hechos reales combinados con personajes y hechos ficticios, en este capítulo trataré de dar una somera explicación de todos estos personajes y hechos para aclarar y solventar dudas.

## PERSONAJES:

—**Ivar, Gunrod, Haakon, Rieg, Harald, Olalla.** —Personajes inventados, así como sus acontecidos.

—**Claudia, Marco, Ahmed.** —Personajes inventados, así como sus acontecidos.

—**Abderramán II.** Abu I-Mutarraf Abd ar-Rahman ibn al-Hakam (792-852). Personaje real. Gran emir culto amante de las letras y las ciencias. Bajo su mandato se inició la biblioteca de Córdoba que llegó a ser la más grande y rica de su época, así mismo atrajo a su corte a sabios en todas las disciplinas. Fue el emir de al-Ándalus entre los años 822 y 852.

—**Tarub.** Tarub significa hechizo. Personaje real. Fue la favorita del emir Abderramán II y parece ser que conspiró con el eunuco Nasr para envenenar al emir con objeto de hacer llegar al trono a su hijo Abdallah. Dicen que Abderramán II amó tanto a Tarub que le obsequió con el «dragón», un valiosísimo collar de perlas de más de 10 000 dinares de costo. Tras la conjura en la que hubo serias sospechas de que Tarub estuviera detrás de la misma, Abderramán, desesperado por la posibilidad de que Tarub estuviera implicada por desear más poder y riquezas, mandó una noche tapiar la puerta de la habitación de la concubina con monedas de oro para que al abrir esa puerta por la mañana una cascada de oro se postrara a sus pies.

—**Nasr.** Nasr Abu I-Fath (822-851). Personaje real. Entró en la corte de Abderramán II a los 26 años cuando este accedió al trono. Conspiró contra la vida de Abderramán II pretendiendo envenenarlo. Al final el emir, avisado por una sirvienta, hizo tomar el veneno al propio Nasr que se lo había ofrecido como una medicina asombrosa con estas palabras «Bebe de esta copa Nasr, porque en verdad quiero admirar los prodigios de esta medicina». Nasr murió según los cronistas «Echando las tripas por la boca».

—**Al-Hasirrarisaga.** Personaje real. Médico procedente de Siria que ejerció su cargo como médico del harén. Parece ser que fue el que proporcionó a Nasr el veneno con el que pretendía matar a Abderramán II.

—**Al-Ghazal.** Yahya ibn al-Hakan al-Bakri (772-866). Se le llamó Al-Ghazal (la gacela) por su belleza. Fue un aristócrata jienense famoso por sus poemas libres y críticos contra personajes poderosos como el eunuco Nasr y los alfaquíes islámicos ortodoxos de la época que llegaron a odiarlo sobremanera. Ejerció funciones de



embajador en Bizancio y en una expedición a Escandinavia.

—**Ramiro I.** (790-850). Fue rey de Asturias entre los años 842-850. Parece ser que se enfrentó a Abderramán II en la batalla de Albelda (que luego se llamó de Clavijo) y tras la cual se instaura a Santiago Apóstol como Matamoros al decir la leyenda que participó en esa batalla a lomos de un caballo blanco y con una espada flamígera. Eliminó el Tributo de las 100 doncellas.

## **HECHOS Y BATALLAS:**

—**Incursión vikinga de 844.** Los vikingos al llegar a la península arrasan Gijón, después siguen y desembarcan al lado de la torre de Hércules buscando en vano la gran ciudad que construyó ese faro (construido por los romanos en el siglo I). Más tarde lo intentan con Lisboa; pero tras tres días de batalla se ven rechazados. Toman Cádiz y finalmente subiendo por el Guadalquivir llegan a la isla Qabtil (Isla Menor) y saquean Coria del Río el 29 de septiembre. Cuatro días después saquean Sevilla durante una semana. Posteriormente iniciarán incursiones a pie y a caballo por los pueblos colindantes.

—**Batalla de Tablada** (1 Noviembre 844). Nasr dirige las tropas musulmanas contra los vikingos en la zona que hoy sería el aeropuerto de Sevilla. Mueren 1000 vikingos y 400 son hechos prisioneros y colgados hasta la muerte en las palmeras. Tras rendirse y comprometerse a abrazar el Islam, unos 300 vikingos son aceptados como habitantes de al-Ándalus y alojados en las poblaciones de Carmona, Morón y Coria del Río. En estas poblaciones se comenzará a elaborar el queso Ost escandinavo, precursor del actual queso sevillano.

—**Tributo de las 100 doncellas.** Consistía en un pago que debía hacer el reino de Asturias al emir de al-Ándalus. Por medio de este pago 100 doncellas le serían entregadas para ser utilizadas en los harenes del palacio. Las doncellas eran reclutadas entre las jóvenes de las poblaciones y se entregaba una proporción acorde con su población. La revuelta de 7 jóvenes que dice la leyenda prefirieron cortarse las manos para no tener que tocar al moro está situada en lo que hoy es la población de Simancas (acorde a lo que el recaudador parece ser que dijo al ver a las doncellas mutiladas «Si mancas me las dais, mancas no las quiero»). En esta población aún hoy en día se celebra la fiesta el 6 de Agosto en la que se representa el acto de valentía de estas muchachas.

—**Berserkers.** Secta guerrera dentro de los pueblos escandinavos. Ingerían antes de las batallas una cerveza a la que se le añadía una droga compuesta por cornezuelo del centeno, amanita muscaria y beleño (drogas potentísimas y ocasionalmente mortales). Esta droga les privaba de razón y por ello se lanzaban al ataque de forma suicida e insensible. Tanto, que hay numerosos relatos de vikingos corriendo con las tripas a rastras mientras vociferaban y proseguían el ataque. Con este tipo de ataques

conseguían desmoralizar a un enemigo que, aterrado, pensaba eran hombres inmortales. El término berserker parece ser que quiere decir «descamisados» (BERR desnudo y SERKR que es un tipo de camisola). Eran temidos y apartados por su propio pueblo (en ocasiones no diferenciaban amigos de enemigos) y corría la leyenda de que con el tiempo llegaban a convertirse en hombres lobo.



VÍCTOR J. ANDRÉS (León, España, 1967). Cursó estudios de agrónomos, empresariales y turismo. Aficionado a la historia y a la geografía de España ha participado como colaborador en prensa escrita en diversas publicaciones. Actualmente dirige una tertulia literaria en Alicante. *El Godo* es su primera novela.